

TOPOGRAFÍA  
E  
HISTORIA GENERAL DE ARGEL

POR EL MAESTRO

FRAY DIEGO DE HAEDO

LA PUBLICA

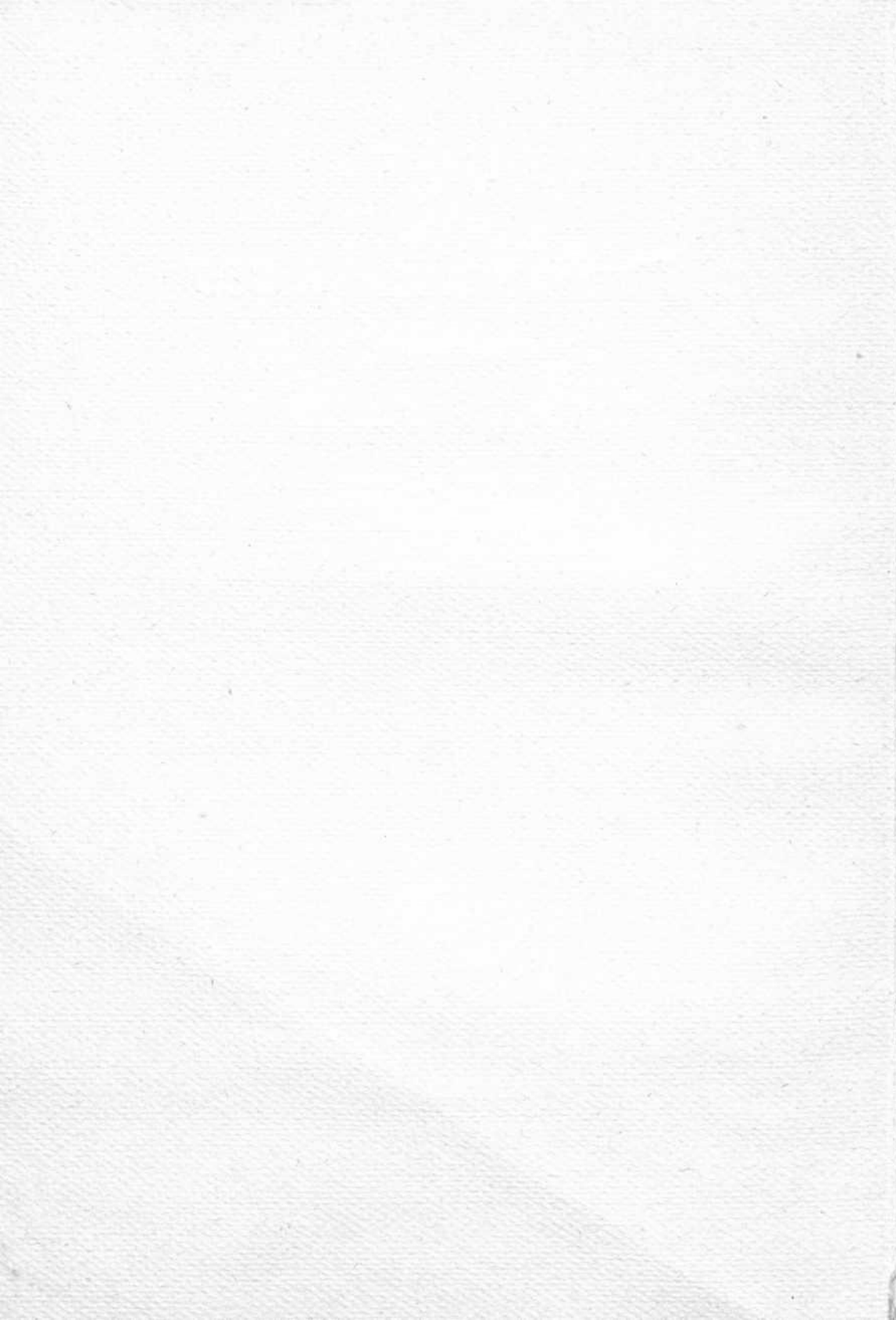
LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

III



MADRID

MCMXXIX





Doc  
A

TOPOGRAFÍA  
E  
HISTORIA GENERAL DE ARGEL  
III

+ .161770  
C .1205530

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

SEGUNDA ÉPOCA

VI

ESTE VOLUMEN HA SIDO COSTEADO POR NUESTRO SOCIO  
PROTECTOR Y TESORERO EL EXCMO. SR. D. IGNACIO BAUER  
Y LANDAUER. LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA SOCIEDAD SE  
COMPLACE EN EXPRESARLE PÚBLICAMENTE SU GRATITUD.

y en el año de mil e quatrocientos e setenta e tres años  
 el día de veinte e tres de Mayo, yo el dicho Sr. Obispo de  
 Mexico, mande a mi secretario, el Sr. Juan de la Cruz,  
 que diese traslado de lo contenido en esta cédula a los  
 dichos señores oidores, para que se acuerde lo que en  
 esta parte toca a su cargo, lo qual se cumplió. Yo el  
 dicho Sr. Obispo, mande que se diese traslado de lo  
 contenido en esta cédula a los dichos señores oidores,  
 para que se acuerde lo que en esta parte toca a su  
 cargo, lo qual se cumplió. Yo el dicho Sr. Obispo,  
 mande que se diese traslado de lo contenido en esta  
 cédula a los dichos señores oidores, para que se  
 acuerde lo que en esta parte toca a su cargo, lo  
 qual se cumplió. Yo el dicho Sr. Obispo, mande  
 que se diese traslado de lo contenido en esta cédula  
 a los dichos señores oidores, para que se acuerde lo  
 que en esta parte toca a su cargo, lo qual se  
 cumplió. Yo el dicho Sr. Obispo, mande que se  
 diese traslado de lo contenido en esta cédula a los  
 dichos señores oidores, para que se acuerde lo que  
 en esta parte toca a su cargo, lo qual se cumplió.

y en el año de mil e quatrocientos e setenta e tres años  
 el día de veinte e tres de Mayo, yo el dicho Sr. Obispo de  
 Mexico, mande a mi secretario, el Sr. Juan de la Cruz,  
 que diese traslado de lo contenido en esta cédula a los  
 dichos señores oidores, para que se acuerde lo que en  
 esta parte toca a su cargo, lo qual se cumplió. Yo el  
 dicho Sr. Obispo, mande que se diese traslado de lo  
 contenido en esta cédula a los dichos señores oidores,  
 para que se acuerde lo que en esta parte toca a su  
 cargo, lo qual se cumplió. Yo el dicho Sr. Obispo,  
 mande que se diese traslado de lo contenido en esta  
 cédula a los dichos señores oidores, para que se  
 acuerde lo que en esta parte toca a su cargo, lo  
 qual se cumplió. Yo el dicho Sr. Obispo, mande  
 que se diese traslado de lo contenido en esta cédula  
 a los dichos señores oidores, para que se acuerde lo  
 que en esta parte toca a su cargo, lo qual se  
 cumplió. Yo el dicho Sr. Obispo, mande que se  
 diese traslado de lo contenido en esta cédula a los  
 dichos señores oidores, para que se acuerde lo que  
 en esta parte toca a su cargo, lo qual se cumplió.

TOPOGRAFÍA  
E  
HISTORIA GENERAL DE ARGEL

POR EL MAESTRO

FRAY DIEGO DE HAEDO

L A P U B L I C A

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

III



MADRID

M C M X X I X

Imp. de Ramona Velasco, Vda. de Prudencio Pérez.—Libertad, 31, Madrid.  
Papel de la fábrica de los señores Ll. Guarro Casas, de Barcelona,  
expresamente fabricado para nuestra Sociedad.



R. 126667

# DIÁLOGO SEGUNDO.

## De los mártires de Argel.

### ARGUMENTO.

*Visitando el Capitán Jerónimo Ramírez al Doctor Sosa, su amigo, en las prisiones en que está cautivo, de un libro que le vió en las manos tomaron ocasión de tratar cuán provechosa cosa sea para todos, particularmente para cautivos, la lección de buenos libros, y en especial la vida de los santos y mártires de Dios. Y a este propósito, se trata la vida del bienaventurado San Paulino, que en otro tiempo fué cautivo en Barbaria, y de los diversos modos con que los tiranos y gentiles en otro tiempo mataban y atormentaban los cristianos, y cuéntanse también algunos martirios y otras muchas y muy crueles muertes que turcos y moros han dado, de pocos años acá, a cristianos en Argel.*

### RAMÍREZ. SOSA.

RAMÍREZ. ¿De manera que siempre que acá vengo le he de hallar ocupado en los libros? SOSA. En una soledad como ésta y en un encerramiento tan apartado de toda plática y conversación en que este bárbaro de mi patrón me tiene, ¿qué mejor ocupación que leer los libros santos y buenos? RAMÍREZ. Esa ventaja nos tienen los que su vida han gastado en las letras a los que no sabemos mas de las armas, que en tales ocasiones de cautiverio y otras, y aun en todo tiempo, todo estado y lugar, gozan de cosa tan excelente. SOSA. Bien es que las



armas reconozcan la superioridad y ventaja muy grande que les tienen las letras, y cuando no hubiera tantas causas y razones como hay, ¿no le parece a v. m. que es ésta harta grande y bastante? RAMÍREZ. Cosa es esa harta reñida, y no falta quien defienda nuestro partido. Mas dexando aparte contiendas, ¿quién negará que el estudio y lección de buenos libros sea una de las más ricas y excelentes cosas del mundo? SOSA. Y cuando más no fuese que aquella hermosura tan divina y aquel tan maravilloso y admirable lustre que la alma y entendimiento recibe del conocimiento de las cosas que los sabios y varones prudentes nos dexaron en los libros, como preciosos tesoros y depósito, ¿qué más bien ni qué mayor ganancia en el mundo puede ser? Nacimos, no sólo, como dixo Aristóteles, a manera de tabla rasa, lisa, informe, sin colores y pintura o ornamento alguno; mas como dixo Platón, y bien, viene al mundo nuestra alma envuelta en grosísimas tinieblas de estupidas ignorancias y muy bastas, las cuales, después de metida en esta obscura cárcel y encenagada en este hediondo y tan vil lodo del cuerpo, crecen y se aumentan tanto más cuanto dura más y se prolonga la vida, si la luz de la doctrina y el resplandor de la sabiduría no la remedia, alumbra y purifica. Y, por tanto, los hombres que comenzaron a participar algún tanto desta luz y a gustar del conocimiento de las cosas, a que llamaron filósofos, estimaron tanto eso poco que sabían (que fué harta poco) que, para poder saber más, no sólo no buscaban, mas despreciaban y aborrecían todo otro placer y contento, olvidándose hasta del mismo comer y sustentación de la vida, como leemos de Carneade; y aun otros, para mejor se entregar en sola esta ocupación, por ganancia tenían perder todas sus riquezas y bienes, como Anaxágoras; y aun otros las echaban a la mar, como Crates, el tebano; y se sacaron los ojos (cosa tan preciosa), como hizo Demócrito;

Aristot. lib.  
3. de anima.  
Plato. in Cra-  
tylo.

Dioge. La-  
ertius in vitis.  
Vale. Máx.  
lib. 8. c. 7. &  
16.  
M. Tul. act.  
6. in verren.  
Livius lib. 4.  
Decad. 3.

y aún se holgaban perder la vida antes que no perder aquel gusto, como Arquímedes, siracusano. Esta estima y opinión del valor grande del saber aprobó harto y confirmó siempre el mundo, pues sabemos que en todas las edades y aun entre las fieras gentes y bárbaras, faltas de entendimiento y juicio, los hombres que a otros excedían en prudencia y saber eran por más que hombres tenidos; y de aquí vino que los egipcios, maravillados del saber de Hermes Trimegisto, y los escitas de Anacarsis, y los agrigentinos de Empedocres, y los crotoniadas de Pitágoras, y otros muchos de otros, les edificaron templos y instituyeron honras divinas. Y por la misma razón se persuadían las gentes que, excediendo aquéllos tanto a los otros hombres por ser sabios, no era posible menos, sino que debían ser muy queridos y amados de los dioses, pues en cosa tan divina eran dellos tan sublimados. Así los romanos afirmaban por verdad que Numa Pompilio, que fué el más sabio de sus reyes, trataba familiarmente con la ninfa o diosa Egérica; y los atenienses, que Solón era muy amado de Minerva, y que Píndaro era amigo del dios Pan, y que la deidad de las Musas favorecieron a Hesíodo y Arquilogo aun después de la muerte, y que el dios Esculapio fué recibido y alojado de Sófocles en su casa, y que en componer las leyes asistieran los dioses con Zoroastro, Rey de los bractrianos; y con Zeleuco Locrense y con Minoe el de Candia, porque fueron legisladores muy sabios. Y aun el dios Apolo Píto dicen que respondió al sabio y prudente Licurgo que no sabía si le contase entre los hombres o le pondría entre los dioses; tanta, tan grande, maravilla causaba su saber y prudencia. Y por esta misma causa, siendo preguntado Platón, qué diferencia había de un hombre docto al ignorante, respondió cuanto hay de un maravilloso médico al enfermo. Y Aréstipo dixo haber tanta diferencia del uno al otro cuanto de

Hermes.  
Anacharsis,  
Empedocles,  
Pythagoras.

Plutarc. in  
Numa.

Plutarc. in  
Licurgo. &  
Vale. Max.  
lib. 5. c. 3.

Ludovicus  
Guicercard.  
lib. recriat.  
fol. 283.

Tullius lib. 2  
de inventione

Plato. Tu-  
lius lib. I.  
Quest. Acha-  
dem.

Servius in  
vita Virg.

Provechos  
de la lección  
de libros.

un caballo manso y domado al indómito y fiero. Y Aristóteles, hablando más severamente, dixo: Tanta diferencia hay del hombre docto al ignorante quanto hay de los vivos a los muertos. Y, finalmente, M. Tulio decía que tanta ventaja hacía el hombre docto a los demás que no lo eran quanto un hombre animal racional hace a los brutos animales. Y todo este valor, este ser y esta estima, dígame ¿con qué la alcanzaron los hombres sino con la lección de los libros, en que se estudia y se depende el saber y la prudencia? Larga cosa sería si para justificar esto (aunque para con v. m. no es necesario) y para mostrar particularmente lo mucho que se gana con la lección de los libros, yo me pusiese a contar cuántos y cuán grandes son los provechos que della sacan los hombres; baste por ahora esta verdad, que así como no hay arte, no sciencia, no disciplina alguna, entre todas las que Platón dividió tan generalmente, como escribe M. Tulio, que no sea, no sólo provechosa, pero utilísima y necesaria para la vida humana, así, por la misma razón, es imposible que de todo libro (sea indocto y mal compuesto y trate de lo que fuere) no se saque algún fruto y provecho, porque tampoco hay muladar tan vil do no se halle o un pedazo de oro o alguna perla y preciosa piedra o a lo menos alguna cosa de precio y utilidad, como Virgilio decía por los libros y rudos versos de Ennio. Y si más en particular hablamos de aquéllos que por ahora sirven a nuestro propósito y a este estado de cautivos en que vivimos (de los cuales trataremos agora y no de otros), y cuáles deben ser aquéllos que enseñan y nos muestran el bien vivir en cualquiera modo, forma, estilo y artificio que sea, todos y cada uno de ellos en su grado no son menos que unos lindos y ricos jardines, en los cuales el juicio, paseándose y díscurriendo con atención, va cogiendo lindas y suavísimas flores y rosas. ¿Qué mas linda

y hermosa rosa o flor preciosa puede ser que la prudencia, la discreción, la justicia, la fortaleza, la templanza, con otras infinitas virtudes y el aborrecimiento y fastidio de los vicios que deso libros deprendemos? Pues si el que trata con ellos antes deso era bueno, hácese con ellos mejor; si prudente, muy más sabio; si discreto, muy más entendido, y si justo, muy más santo. Porque la lección es adonde la memoria se renueva, el juicio se despierta, la voluntad se inflama y todo el hombre toma aliento y recibe fuerzas animosas para proseguir el bien y pasar más adelante. A este mismo propósito decía uno que los libros no eran menos que las cartas de navegar por la mar tempestuosa, porque así como una de aquéllas a los que van sobre las aguas avisa por una parte de los rumbos que han de seguir los vientos que les son buenos, los puertos que han de buscar, las bahías y playas do podrán echar fierro y dar fondo y los lugares do se podrán abrigar y reparar, y por otra tienen notados por maestros y pilotos experimentados y sabios los golfos temerosos, las corrientes tempestuosas, los bancos y baxios peligrosos, las peñas en que pueden tropezar y las tormentas ordinarias para que las sepan huir así, y de la misma manera, los hombres de ciencia, juicio y experiencia nos debuxan en los libros, como cada uno mejor puede, el viaje de nuestra vida, avisándonos de las cosas que convienen y a todos están bien, y nos advierten de los vicios, de los males y de los peligros que habemos de huir en todo tiempo. De do con mucha razón dicen todos comúnmente que tres cosas hacen a un hombre sabio, prudente y discreto: o tratar con los que son tales, o peregrinar por muchas tierras o leer en muchos libros de filósofos. RAMÍREZ. Y aun por eso alaban tanto a aquellos antiguos filósofos, a que llaman maestros de la vida, porque como en una herencia muy rica nos dexaron liberalmente en sus libros muchos, muy

Angelus  
Politianus.

grandes y muy importantes preceptos y avisos de las virtudes y vicios. SOSA. No tantos como ellos pensaban, ni tan ciertos como fuera menester, aunque su voluntad es cierto para agradecer; pero son tantas y tan bastas las espinas que sembraron entre algunas pocas de rosas, que es cosa muy difícil cogerlas en sus libros sin que se lastime la mano. Y, por tanto, es menester que el que esos libros de gentiles ha de leer sepa con discreción y juicio discernir lo que es bueno de lo malo, y apartar el grano limpio de la mucha paja que tiene. Y a falta desto, hemos visto y conocido a muchos que, gastando todo el tiempo en los libros de gentiles, fueron con su daño, y de otros, poco menos que gentiles en sus vidas y costumbres. ¿Nunca ha oído v. merced decir, pues tanto tiempo ha estado en Lombardía, lo que acaeció a los franceses en la ciudad de Pavía, cuando monsieur Lutrech, capitán general del campo francés, caminando para Nápoles, la entró por fuerza de armas? RAMÍREZ. Quizá lo habré oído, y diciéndolo me acordaré. SOSA. Fué el caso desta manera: Que después de una espantosa batería y cruel asalto, entraron los franceses aquella muy noble ciudad, matando a todos, robándola y destruyendo la tierra. Porque, en efeto, sentían mucho los franceses que debaxo los muros de aquella ciudad, y en su cerco, fuese pocos años antes preso y desbaratado su rey Francisco. Con esta furia militar, ciertos soldados gascones entraron por fuerza en casa de un boticario, y como echasen al punto mano de algunas cosas dulces y conservas de azúcar que había en la botica, pensaron que todos los demás letuarios fuesen de aquella suerte y dulzura, y, por tanto, a quien más podría hurtar, asieron luego de muchos vasos, redomas y ollas vidriadas que estaban en sus puestos, y bebiendo muchos de aquellos licores y medicinas, a poco perdieron unos el juicio, otros los sentidos, otros enferma-

Mons. Lutrich. Francés.

Tomada de Pavía.

ron terriblemente y aun otros acabaron a pocos días miserablemente la vida. RAMÍREZ. Dios nos libre de tal burla; eso merece gente baxa, vil canalla y sin honra, que no sigue la guerra para mostrar su valor y, sirviendo a su patria y rey, ganar gloria y honra, que es el fin propio y verdadero premio de los discípulos de Marte. SOSA. Pues esto mismo, en su modo, acaece a los que gustando la miel de algunas cosas buenas (que no neguemos los filósofos haber dicho), y particularmente engolosinados de aquel apacible y artificioso estilo con que escriben los libros, sin advertir más, tragando sin diferencia, aprueban todo lo que dicen por bueno, y se persuaden con una verdad cien mil otras opiniones y mentiras, y a la postre paran cuando menos en que ni gustan ni pueden gustar sino de aguas corruptas de los charcos de Egipto. Por lo cual la lección de tales libros se dexé para los que ya tienen (como dicen) los sentidos exercitados y son suficientes para con maña y artificio hurtar a los egipcios las riquezas y joyas preciosas que tienen, como San Agustín dice de los doctos, que, con juicio y prudencia, se aprovechan de lo bueno que escriben los gentiles. Y hablando de lo que más cuadra y sirve al propósito y estado de cautivos, como decía, en el cual hay tanta hambre de doctrina y falta de consolación para pasar este triste cautiverio, no se puede declarar lo mucho que para ambas estas dos cosas sirve la lición de aquellos libros que los varones católicos y amigos de virtud nos dexaron para instrucción y aviso nuestro. Porque si miramos a la copia y abundancia de preceptos y doctrina, no hay abejas tan solícitas y cargadas de lindas flores de donde sacan la miel dulcísima, ni tan abundantes nubes del cielo que echan aguas con que se riega la tierra seca, de lo que ellos son en sus libros y doctrina. Y si a la verdad y certidumbre de lo que dicen y enseñan, y siendo su doctrina, como

Hieremiæ  
cap. 2.

S. Agustín.  
lib. 2. de doctrina  
Christi.

Libros de  
Católicos y  
sus provechos.



en efeto lo es, dada por Dios y de su Espíritu, que gobierna la Iglesia admitida, es una pura luz sin mezcla de errores ni tinieblas, si a la dulzura y sabor dellas, como sea cierto que la agua retiene en sí el sabor del lugar de adonde nace y por do pasa, siendo la fuente desta doctrina el mismo pecho de Dios, de do manan las aguas que riegan el Paraíso de deleites (que es su santa y católica Iglesia), es dulce sobre toda miel y habo. Y por la misma razón, siendo palabra de Dios, que habla por sus Santos y siervos, es la doctrina diferente de gentiles, porque es poderosa, eficaz y penetrante hasta la alma, de fuerza y persuasión. Todos los demás que no son éstos, y han dexado grandes libros y cartapacios, como fueron los filósofos, su negocio todo es darnos voces importunas, como ranas de Egipto, y como el cañón lleno de pólvora sin bala, truena mucho y la batería que hace es ninguna, así ellos y sus libros, como les falta el espíritu de verdad del Señor, que es el que rinde y echa por tierra un pecho, todos se consumen en estruendo de afectadas palabras y voces. Y si es verdad que con sólo tañer pudieron los anti-  
guos sanar los enfermos, como Hermete, tebano, a los bócios. Y Tales, cretense con su cítara deshizo y echó fuera la peste; y Empedocles, agrigentino, a su huésped, que estaba muy airado contra uno que le injuriaba, tañiendo su vihuela le quitó; y Arión se hizo a los delfines amigo con el son de su laúd o arpa. Y si, finalmente, dexando otros exemplos, Alejandro se inflamaba y encendía en gran manera a la gloria y virtud con la lección de la *Eliade*, de Homero, y por esto la tenía tan familiar que hasta durmiendo no la apartaba de sí, mas la ponía debaxo su cabeza, ¿de cuánto más fuerza y persuasión será (si nosotros no repugnamos) aquella buena doctrina y santa de los libros? Pues el Señor es el que en ellos habla, el que enseña, el que incita y persuade. Preguntadlo a

Gene. cap.  
2.

Psalm 18.

Ad. Heb. 4.

Hermes  
Thebanus.  
Tales Creten.  
Empedocles Agri-  
gent.

Arión.

Alexandr.

Paladio y Casiano, pues nos dejaron escrito que aquellos bienaventurados espíritus de los padres de los yermos, que fueron unas puras y vivas llamas ardientes en amor del cielo con la oración y lección de libros santos, se inflamaron todos en Dios; y venciendo todo el peso grave de la carne corruptible, casi que volaban al cielo y salían de sí mismos; y no entiendo sólo esto por los libros que más propiamente llamamos santos, que son los sagrados y canónicos, y que decimos Escritura santa, en los cuales tampoco se duda, que todo eso muy copiosa y abundantemente se halle, porque no siendo esos libros para todos, porque no todos son escogidos para tratar los vasos santos y los que han de subir a la cumbre dese monte do se da la ley de Dios; y do hay tanto fuego y humo para cegar a los soberbios es necesario ser escogidos y llamados del Señor, como Moisés; y en los cuales para sacar aguas es más necesario el caldero de capacidad cristiana que no en el pozo de Jacob y fuente de la Samaritana; yo los pongo también aparte para aquellos que con lágrimas y suspiros, a exemplo de los Santos, merecen que el que puede les abra el libro tan sellado con el sello de tantas dificultades y misterios tan profundos; mas hablando de aquellos libros, que si no están en este grado tan alto y se acomodan más a nuestra capacidad flaca, humana, por mostrarnos la virtud, y a ser santos, también ellos se pueden decir santos (siendo principalmente escritos por Santos o que, a lo menos, desearon de ser Santos), y destes tales se dixo lo que San Pablo escribe: que toda aquella doctrina que es inspirada por Dios es útil para enseñar, para convencer, para reprehender y para amaestrar en justicia, para que el siervo de Dios sea perfeto y instruído para toda obra buena. RAMÍREZ. Y, ¿qué otra razón es necesaria para creer que es así, que la misma experiencia, pues no hay hombre tan frío que leyendo un libro desos no sienta

Palladius & Cassius, in vitis patrum.

Libros de la sagrada Escritura.

Leuit. ca. 8.

Exod. c. 19.

Joan. cap 4.

Apoc. c. 5.

2. Ad. Thimoth. c. 3.

al mismo punto que el corazón se punge, se altera, se muda, se enciende, se inflama; sin duda, aquel calor divino y santo, que en las almas de los buenos ardía, cuán vivos aún hoy día en aquellas letras muertas de sus libros se halla, se toca, se palpa, y se siente tan notable, que sería insensible el que esto no sintiese? SOSA. Desemana escusadas son razones para quien tan persuadido está, pero no dexaré de decir que tienen aún más los libros una cosa inestimable, la cual, como Séneca dice, los muy poderosos del mundo con toda su felicidad y grandeza jamás pudieron alcanzar y hallar en sus consejeros, y que no basta agradecerse con cuanto hay en el mundo; que lo que ellos nos dicen y persuaden todo es sin engaño o sospecha de lisonja, porque no pretenden sus autores otro premio ni esperan de sus trabajos otro galardón que desengañarnos y mostrar puramente la verdad. Y, por tanto, el valeroso rey Alfonso de Aragón y de Nápoles, preguntado una vez ¿qué consejeros más aprobaba y hallaba ser más útiles? respondió muy sabiamente que los libros. Y pidiéndole la razón, decía porque estos tales sin temor, sin adulación y sin pasión o premio me dicen fielmente todo aquello que yo busco y deseo saber. Por eso y porque en tanto grado amaba y preciaba los libros, traía por enseña y empresa de sus armas un libro abierto puesto en una mano. Pues para tratar con ellos no es necesario caminar a lexas tierras ni tomar aquel trabajo tan continuo de Eucides, que de Megara iba todas las noches a Atenas por oír a los filósofos, porque, como dixo M. Tulio, a nuestro lado los tenemos cuando queremos, en casa con nosotros están, fuera de ella nos acompañan y en los caminos nos dexan; tampoco son importunos, ni nos cansan, ni dan molestia, si primero no nos cansamos; y en tal caso, en diciendo que no hablen, al punto cierran la boca. Son, finalmente, alegres amigos, modestos compañeros, fa-

Séneca in  
epla.

Rey Alfonso.

Pandolphus  
Colenutis, li-  
br 6. hist.  
Neapolit.

Tulio.

Ludou. Chi-  
cerard. libr.  
horarum re-  
cre. fol. 330.

miliares muy blandos y discretos, no temerarios, no atrevidos, no voraces o robadores. Y si Dionisio siracusano, se tenía por dichoso y el más bienaventurado del mundo, por tener en su casa a Platón, por poder gozar de su plática y doctrina, ¿en qué grado se estimarán los libros en los cuales tantos y tan ilustres varones nos tratan, nos conversan y nos hablan de continuo? Mas resolviendo esta materia en que hay un número infinito de cosas muy notables, que se podían decir, hoy desto por remate de todas otras razones. Nuestro sapientísimo padre Adán (como Josefo, autor gravísimo, dexó escrito) viendo que sus nietos y descendientes (que ya eran multiplicados en gran número) comenzaban apartarse del conocimiento verdadero y fiel servicio de Dios, que él les enseñara así como de Dios fuera enseñado, y temiendo como hombre tan prudente que siendo los pensamientos y sentidos de los hombres tan inclinados al mal por discurso de algún tiempo, entre ellos se acabase de perder todo el conocimiento de Dios, acordó de hacer, como hizo, para remediar este mal, dos muy grandes y muy altas columnas: una de ladrillo y otra de piedra mármol recio. De manera que el tiempo consumidor de todas cosas, o nunca o tarde las consumiese, y en ellas de su mano entalló y escribió la doctrina de la fe, y conocimiento de Dios, y la manera de su culto y veneración, con que de los hombres había de ser honrado y venerado, y el misterio de la venida del Mesías, y juntamente muchas otras cosas de filosofía, astrología, movimiento de los cielos, curso de los planetas y división de los tiempos y meses del año. Y estas dos columnas así escritas y entalladas (dice), que las puso en alto, para que todos las mirasen, y como en unos libros pudiesen todos leer en ellas de manera que fuesen (como el otro decía de los libros) unos mudos maestros, que sin estruendo de voces advirtiesen a los hombres lo que debían de creer y

Phazel lib.  
3. Decad. 2.

Josephus  
de antiqui.

Gene c. 8.

Quinti.  
libr. inst.

hacer en todo tiempo y edad, de manera que podemos decir y afirmar con razón que fueron éstos los primeros libros del mundo, porque importa poco fuesen de piedra y bronce, o de cortezas de árboles y hojas, o de pergamino y papel, como después, por discurso de tiempo, acostumbraron hacer los hombres. Y pues una tan prudente y tan sabia persona como el hombre primero, criado de la mano del mismo Dios, y tan entendido en todo, juzgó que su lección sería de tan grandes efectos y provecho, que realmente la lección de buenos libros, como es tan viejo y antiquísimo remedio, es también utilísimo y provechosísimo a los hombres. Y así quieren algunos doctores que la lección destes libros o columnas (que según dice Josefo se conservaron hasta su tiempo), juntamente con la plática y conversación de los santos Patriarcas que por línea y sucesión derecha heredaron de Adán, y de su tercer hijo Seth, la piedad y santa doctrina, como fueron Noé, Sem, Arfaxat, Caynan, Sala, Heber, Ragau, Saruc, Nacor, Tare, Abraham, Isaac, Jacob y sus hijos, fué la causa muy principal, porque muchos tiempos y por muchas edades se conservó el conocimiento de Dios en el mundo, y que entre muchas naciones de Oriente, como asirios, caldeos, arabios, egipcios y otros tales quedasen, después de perdido, muchas reliquias de buena y santa doctrina y de todas las artes y ciencias liberales, de las cuales naciones, deprendiendo los griegos todo esto por el discurso de tiempo (porque muchos dellos, como Solón, Licurgo, Arquita y Platón, pasaron en aquellas partes), y ornándolo y poliéndolo con artificiosas palabras y añadiendo algún poco de su casa, lo vendieron al mundo por suyo. RAMÍREZ. Muy ignorante sería el que en cosa tan manifiesta demandase más razones. Lo que yo quisiera es que mis trabajos continuos y que tan fatigado me traen en poder de un tirano tan cruel como aquel morisco de España, mi

Primeros libros del mundo.

Lud. Carvajal, lib. I de restructura theol. cap. 6. & 10.

Patriarcas santos que enseñaron al mundo.

De quien tomaron los Filósofos lo que supieron.

patrón, no me estorbaran cosa de tanto provecho y de tanto gusto y contento. Pero ya que así quiso mi fortuna, o para decir mejor, Dios así ha ordenado como yo lo merecía, si quiera por ahora este rato participemos de lo que v. m. tan de espacio está gozando. ¿No sabremos qué es lo que lee en ese libro? SOSA. De muy buena voluntad: leía aquí la vida de algunos santos, que realmente me espantan y admiran. RAMÍREZ. He ahí una lección que a mí me contenta y agrada en gran manera, porque ultra que soy aficionado en extremo a la historia, la cual, como uno dixo y con gran verdad, es maestra de la vida y de incomparables provechos, esta parte della que trata de ilustres varones, y principalmente de los santos que ilustraron nuestra santísima Fe y doctrina cristiana, es tan suave, tan dulce, tan excelente y de toda buena doctrina y preceptos de bondad tan copiosa y rica, que nunca me siento tan inflamado al bien como cuando leo tales libros. SOSA. Con mucha razón, porque si en todas las cosas el exemplo (como escribe Tulio) hace las cosas más creíbles y probables, y a los hombres más prompts y alegres, para imitar y seguir a otros, antes excita y despierta la codicia y deseo en todos y acrecienta y aviva la industria, cuando hay esperanza de poder (imitando) llegar adonde otros llegaron, el que leyere tantos, tan raros y tan ilustres exemplos de santos, ¿como será posible que también no codicie y se esfuerce a ser santo? Scipión Africano, cuando pasaba por Campo Marcio y por donde estaban las estatuas de los ilustres romanos, sentía en sus orejas unas voces penetrantes que le decían: mira cuál conviene que tu seas. Y Temistocles ateniense andaba toda la noche errando por la ciudad y sus calles, y preguntado ¿qué cosa era aquélla?, respondía que las vitorias de Melciades le desvelaban y hacían perder el sueño. Y el sabio rey Alfonso de Nápoles, preguntado por qué con tanto estudio buscaba

M. Tullius.

M. Tul. lib.  
4 ad Here.

Scip. afric.  
Vale. Max.  
libr.

Temisto-  
cles Plutarch.  
in vita.

Alfon. Rex.

Pandolph.



Colenutius,  
lib. 6 histor.  
Napolit.

las medallas antiguas y las conservaba con tan grande diligencia, como si fuesen un precioso tesoro, decía que porque cuando las miraba se sentía inflammar a la gloria y virtud. Y leyendo nosotros las historias de los santos que representan, no la delineación de sus miembros fríos y muertos, como las estatuas de metales y mármol, mas nos figuran al vivo el interior de sus almas, el valor de sus espíritus, sus admirables triunfos, sus virtudes, su fe, su amor a Dios, su prudencia, su saber y discreción, su fortaleza, su esfuerzo; finalmente, todas sus obras, todos sus hechos y aun sus deseos y pensamientos tan heroicos que tuvieron, hasta dar la sangre y la vida por su Dios y su servicio ¿no nos moverá todo esto?, ¿no nos incitará, no nos persuadirá seguir por sus caminos? Dos cosas hacen al hombre retirarse y dexar una empresa o la imposibilidad y dificultad de la cosa, o la flaqueza y falta de fuerzas. Y de la misma manera todas las disculpas y frías razones que alegamos para no obrar la virtud, se resuelven en que o el monte adonde somos llamados y habla Dios, dando su ley, nos espanta, y nos atemoriza el humo y apariencia de fuegos, siendo, en efeto, todo temores noturnos y diferente de lo que parece, o nos quejamos de la pobre Eva, echándole toda la culpa y que la carne compañera es muy flaca, siendo cierto que así como es ella de vil barro y de lodo, todo lo puede en aquél que la conforta. Y, por tanto, que no es menos un hombre estando en gracia de Dios que todopoderoso y omnipotente, de manera que ni hambre, ni sed, ni cárcel, ni cadenas, ni cautiverio, ni galeotas, ni azotes, ni espadas, ni turcos, ni moros, ni tiranos, ni aun la misma muerte o infierno, son poderosos para apartar de Dios al que ama el mismo Dios. Y la verdad y experiencia desto en las vidas de los santos y en sus trabajos y miserias que por Cristo padecieron se conoce y se ve tan claramente que no

Exod c. 19.

Gene. cap. 2.

Ad Philip.  
ca. 4.

hay que replicar. Y ansí del glorioso San Agustín leemos que oyendo decir a un su amigo las virtudes grandes que el bienaventurado Abad San Antonio obraba en los desiertos de Egipto, a tiempo que el mismo San Agustín aún no estaba bien resuelto para del todo renunciar al mundo, pareciéndole cosa ardua y dificultosa, quedó todo admirado y atónito, y vuelto a sus compañeros rompió en estas palabras: ¿Hasta cuándo?, ¿hasta cuándo?, ¿qué hacemos?, ¿qué hacemos?; levántanse del polvo los indoctos y roban el cielo, y nosotros con todas nuestras ciencias baxamos a las profundezas. Y el santo Abad Moisés, siendo un ladrón público y salteador de caminos, viendo y oyendo los exemplos de muchos de aquellos padres que vivían en los desiertos, no sólo al momento dexó aquella vida en que viviera tantos años obstinado; pero le hizo ser como fué después uno de los grandes santos de Dios. Y, por tanto, son de alabar mucho los Chinas (pueblos más orientales de cuantos hoy sabemos), que entre otras muchas costumbres excelentes y nada por cierto bárbaras, que tienen ésta es una, que hay entre ellos hombres asalariados del pueblo para que a ciertos tiempos y horas del día, lean en las públicas plazas a todos los que quisieren oír las vidas de Alexandro, Ciro, Darío, y de otros muchos varones excelentes, tanto estranjeros (cuyas vidas tienen escritas en su lengua) como sus mismos naturales, que hicieron otras heroicas y dexaron de sí gran nombre. Persuadiéndose, como es verdad, que la lección destes libros, y los exemplos de virtud que aquéllos han dexado son de muy gran momento y eficacia para provocar a otros que intenten y hagan lo mismo. RAMÍREZ. Desa manera díganos también v. m. algo deso que ahí lee, no se nos haga avaro de lo que se dexó para todos. SOSA. ¿Avaro?, eso no seré por cierto. RAMÍREZ. Pues, ¿quién diremos que es el Santo cuya vida ahí lefa? SOSA. Un gran

S. Agust.  
li. I. Confes.

S. Abbas.  
Moyses.  
Cassianus.  
lib. vit. pa-  
trum.

S. Paulino  
cautivo, y  
siervo.

Aug. lib. I.  
de civit. Dei  
cap. 10.

D. Greg. II.  
3, dialog. c.  
2 & 3.

Genser.  
Rex Uvando-  
lorum.

S. Aug.  
lib. I de ciuit.  
Dei. Blond. II.  
de rest. Ita-  
liæ.

siervo de Dios y bienaventurado cautivo. RAMÍREZ. ¿Cautivo?, tanto que mejor. ¿Y quién es por vida suya? SOSA. El bienaventurado y glorioso San Paulino a quien con mucha razón llamó San Agustín copiosísimamente santo, porque, sin duda, lo fué en extremo y en gran manera. Dice este libro y lo tomó del mismo San Agustín, y del bienaventurado San Gregorio, que este varón de Dios fué Obispo de aquella antiquísima ciudad de Nola, que está distante de Nápoles doce millas, noble de linaje y sangre, y en las letras divinas y humanas doctísimo, y dado caso que en todo fué siempre un perfecto retrato y exemplo de virtud; pero su caridad con los próximos fué la que más espanto puso al mundo. Porque habiendo en sus tiempos, sucedió que Genserico, rey crudelísimo de los vandolos (que domina en Africa) pasó con grandísimo poder en Italia do asoló infinitas ciudades y pueblos, y la misma ciudad de Roma, y donde sus robos, violencias y crueldades fueron tantas que San Agustín y Blondo y otros no las acaban de contar, y, por tanto, cautivando aquellos bárbaros infinito número de gente que tomaban por esclavos, el santo varón, que de sus padres había heredado un riquísimo patrimonio, fué tan humano, tan piadoso y liberal para con todos que sin dexarse una blanca, todo lo dió y repartió entre los pobres y consumió en la redención de cautivos. De manera, que como dél escribe San Agustín, de opulentísimo rico se hizo de su voluntad pauperrimo. Después de lo cual, y que ya no tenía más que dar porque nada le quedara, demandándole limosna una pobre mujer viuda para rescatar a un hijo que estaba cautivo en poder de los vandolos, y no sufriendo su santo pecho ver las lágrimas que derramaba la viuda, hizo una de las más notables hazañas de caridad que en el mundo se han hecho, porque luego, al momento, sin más esperar, con una

promptitud admirable y de su misma voluntad, se ofreció, se dió y se entregó a la viuda, y al bárbaro que tenía al mancebo cautivo, porque dándole libertad le volviese a su madre. Y tras esto, a pocos días, olvidando el santo prelado de su misma casa y patria, desamparando los hermanos, los parientes y amigos y ni se curando de sí y de los inmensos trabajos que le estaban aparejados, y la vil esclavitud de fuerza trae consigo, muy alegre, contento y satisfecho, poniendo solamente los ojos en Dios, a quien de su persona hacía aquel sacrificio, se fué con aquel bárbaro y nuevo amo a tierras extrañas de Cartago, donde en aquel entonces residia Gensirico, y los vandolos tenían su señorío y reino. RAMÍREZ. ¡Oh, bienaventurado Santo! ¡Qué caridad! ¡Qué bondad! ¡Qué fe! ¡Qué virtud! ¡Qué vergüenza para tantos Midas y Sardanápalos que en tantos deleites, tantas vanidades y locuras, consumen tantos tesoros y a sí mismos! Y para ayudar a un cautivo o viuda, son tan pobres y mezquinos. SOSA. Tras esa caridad tan grande y verdaderamente de santo y copiosísimamente santo, notad también otras cristianas virtudes admirables: su humildad digo y paciencia. Porque no haciendo caso aquel bárbaro vandolo de que el varón santo era obispo noble, bien nacido y nada avezado ni idóneo al trabajo, hizo, como vemos cada día que hacen estos bárbaros, moros y turcos, que llegando a Barbaría, luego al momento le metió en un jardín y huerta y mandó al santo obispo que cabase días y noches, trayéndole verano y invierno al sol, a la lluvia, al calor, al frío, y heladas y siempre con la azada en las manos, ¡y qué manos!, ¡manos santas!, ¡manos sagradas!, ¡manos del Cristo de Dios, y ungidas con su óleo! Y si este tan fatigoso, tan duro, tan rústico ejercicio y trabajo, aun a los robustos, y que lo tienen dende mozos por oficio, los muele y los consume, ¿qué sentiría este bendito varón, tan diferente, tan delicado y tierno?

Gensericus.  
Rex Vandolorum.

Pues de creer es que así como en esto también en lo demás no sería más bien librado o respetado el varón santo. Mas sin duda, juntamente con aquel trabajo continuo, do sin ninguna piedad ni respeto le traían, debía también padecer lo que de ordinario padece un pobre cavador y cautivo jardinero: mucha hambre, mucha sed, mucha nudez, mucha necesidad y miseria, a lo cual acompañaría lo que es propio de un bárbaro y soberbio señor, sin piedad y ser antojadizo, vario, mal contento, pesado, molesto, colérico, airado, sin respeto ni razón o consideración alguna, y que a tuerto y a derecho descarga toda la furia de su cólera y enojo en el pobre esclavo, no le bastando injurias, afrentas, vituperios y aun palos que de continuo le da, como vemos cada hora y momento. Y, por tanto, ¡qué espectáculo, qué vista y de cuánta maravilla sería ver a un santo obispo y tan señalado prelado, tan noble, tan docto, desta manera en tan vil ejercicio y miserable estado; todo roto, todo desnudo, descalzo, hambriento y fatigado noches y días, como el más vil negro esclavo! Y tras esto, considere cada uno cuál sería el pecho, el valor, el esfuerzo, la bondad y la constancia de aquel santo que no solamente padecía todo esto muy contento y alegre más que de su misma voluntad, y que él propio lo quiso, lo acetó y procuró. Pues tan poco padeció esta tan extraña y tan miserable vida y de tan grandes trabajos uno, o dos años, o tres; mas como aquí leía, y San Agustín y San Gregorio lo dicen muchos años y muchos tiempos, hasta que el mismo Señor, por cuyo amor todo esto padecía y que jamás se olvidó de los buenos que le sirven y le aman, volvió esto en más bien y en mayor gloria del varón justo, porque revelándole que el Rey moriría presto y mandándole que así lo dixese de su parte, como hizo a su patrón, que tenía por mujer una hija del mismo Rey, y, por otra parte, el mismo Rey (porque así lo ordenó Dios), habiendo visto en

sueños al mismo bienaventurado San Paulino, sentado entre dos terribles jueces, y que le quitaba de las manos un azote que tenía, luego él y su hierno cayeron en la cuenta del negocio y conocieron al momento el valor grande y santidad del varón justo. Y, por tanto, siendo dellos tratado con mucho respeto y honra, no sólo le dieron luego libertad; pero por respeto y causa suya la dieron también general a todos los que eran de su tierra naturales y se hallaban allí entonces cautivos, dándole franco poder y licencia para llevarlos todos consigo, como hizo. Y ansí con mil bendiciones, aun de los mismos bárbaros vandolos, se volvió con ellos a su patria y casa, do a pocos tiempos murió santísimamente y se fué a gozar a Dios en el cielo. RAMÍREZ. Corrido y afrentado estoy de oír semejante cosa. Mezquinos de nosotros los cautivos y cautivos cristianos; mas qué caso hacemos tan grande y cómo a voces, con suspiros y quejas tan continuas, encarecemos ese poco de trabajo que pasamos, porque no miramos lo mucho que los santos han sufrido, y si ellos siendo santos, siendo justos, siendo amigos de Dios, sólo por mostrar el amor que a Dios tienen y el deseo de servirle, procuran desa manera los trabajos en que lo muestran, y después de hallados los abrazan desa suerte y con un contentamiento tan grande llevan la pesada cruz, gloriándose en ella, ¿qué flaqueza es la nuestra?; o, para decir mejor, ¿qué soberbia y presunción que rehusemos el azote y castigo paternal, y no queramos pagar con penitencia tantos y tan graves pecados que habemos cometido? ¡Oh, vergüenza nuestra, poquedad, miseria y falta grande de fe y amor de Dios! SOSA. Algún día trataremos muy de espacio esa materia, que por cierto es muy digno de llorar, lo poco que cautivos conocemos la merced inestimable de Dios y que a todos nos ha hecho en traernos a este estado y a este lugar y escuela de penitencia, do los bienes, las riquezas

Math. c.  
16 ad galat.  
ca. 6. ad Ad  
Heb. ca. 12.



y los tesoros incomparables de gracia que se ganan sufriendo todo con paciencia, ni se pueden imaginar, cuanto más decir o declarar. Mas, pues, comenzamos a hablar de la grande alegría, gozo y contentamiento con que los Santos padecen por Dios y nuestro Señor Jesucristo, qué diremos de aquél glorioso y bendito mártir San Ignacio, que llevándole a Roma, dende Antioquía, a do era Obispo, y tercero, después de San Pedro, para ser martirizado, escribía del camino a los mismos romanos que le estaban aguardando, significándoles el ardor y deseo grandísimo que llevaba para morir por Jesucristo, y decía desta manera, cómo escribe San Jerónimo. ¡Oh, si gozare yo de aquellas crueles bestias que me están aparejadas, a las cuales suplico y ruego que sean para mi muerte y tormentos muy ligeras, y que codicien tragarme con sus bocas, porque no hagan conmigo lo que hicieron con otros mártires, no osando tocar sus cuerpos! Mas si ellas no se quisieren llegar, yo mismo les haré fuerza, y las provocaré para que dellas sea tragado. Perdonadme, hijuelos míos, perdonadme; que yo sé lo que me cumple ahora; ahora comienzo a ser discípulo de Cristo, no deseando cosa alguna de cuantas miran los ojos, para que halle a Jesucristo; el fuego, la cruz, las bestias, el rompimiento de huesos, la división de los miembros, el despedazar de todo el cuerpo y todos los tormentos del demonio me den: solamente goce yo de mi Señor Jesucristo. Y siendo ya condenado a las bestias, oyendo bramar los leones, con el ardor grande de padecer por Jesucristo que tenía, dixo también estas palabras: Trigo soy de Cristo, con los dientes de las bestias seré molido, para que desta manera sea hallado pan muy limpio y muy puro. A este mismo propósito me acuerdo también que Eusebio Cesariense, escribe de los santos mártires una cosa digna, por cierto de tan grandes y admirables santos de Dios y que nunca se

S. Ignacius.

S. Hieronymus libr. de script. Ecclesiast.

Euseb. hist. Eccles. lib. I.

olvidase. Porque dice que estando como era ordinario un grande número dellos presos de continuo en las cárceles tenebrosas y oscuras, esperando por horas y momentos la cruel muerte de espantosos tormentos a que los solían condenar, como los ministros de justicia viniesen a sacarlos donde estaban, y ellos de lexos los oyesen y sintiesen venir con aquel tropel y ruido, que suelen, y sonar también los hierros y cadenas que traían para ligar sus santos miembros, así como esto todo a quien lo oye (aun sin temer la muerte) le pone terror y espanto y le eriza los cabellos y carne, así al contrario, dice él todos estos avisos y denunciadores de muerte tan crueles, enchían sus almas y pechos sagrados de una extraña, admirable y divina alegría, y tanto que luego con una piadosa envidia contendían entre sí, cuál sería de todos a quien cupiese aquella bienaventurada y dichosa suerte, y, por tanto, cada uno como podía, se allegaba más a la puerta para que en abriendo fuese él y no otro a quien echasen luego la mano y le sacasen; y ya que habían llevado al que querían, los otros que allí dexaban quedaban con una profunda tristeza por ver que no llegaba la hora deseada en que con su sangre diesen testimonio al mundo de su Dios, de su ley y santísima fe. Y el que llevaban al tormento y cruel muerte iba (dice él) alegre, jocundo, contento, gozoso, triunfando y como si fuera (según dicen de Santa Agata, tierna niña) convidado a ricas fiestas y bodas, ¿y qué bodas?, ¿y qué fiestas?, no menos que a quemar vivos, como a San Policarpo y San Teodoro, a asar y torrar en el fuego, como a San Lorenzo y San Vicente; apedrear como San Esteban y San Timoteo; a asaetear como San Sebastián y San Marceliano; a enterrar vivos como San Vital y San Crisanto; a hacer pedazos y tallar todos los miembros como San Adrián y San Serapión; a rasgar todas sus carnes con peines de hierro como San

Varia mar-  
tirum, tor-  
menta.

Blas y San Teodoro; a arrastrar por las calles a las colas de caballos como San Saturnino y San Hipólito; a abrirlos todos con crueles azotes como San Máximo y San Gervasio; a echar a los leones como San Primo y San Feliciano; a echar a la mar con una piedra al cuello, como San Clemente y San Faustino; a romperle todos los brazos y piernas como los santos cuarenta mártires, y también a crucificar como San Simón, hijo de Cleofas, y los once mil mártires, y, finalmente, a otros infinitos, horrendos y espantosos tormentos y géneros de muerte crudelísimos, que el mismo Satanás y demonios enseñaban a sus miembros para matar a los de Cristo. Y en otra parte, decía el mismo Eusebio Cesariense y otros, que cansados algunas veces, fatigados y aun enfadados, los tiranos y emperadores de derramar tanta sangre cristiana, y no pudiendo con todo dimover a los santos mártires de su fe y gran constancia con que alegremente morían por Jesucristo, por tanto, condenaban infinitos a diversos y muy fatigosos trabajos, como era a talar montes, arrancar piedras, cavar arena, hacer cal, traer leña y otros a la sulfuraria, que eran minas de azufre, y otros a sacar diversos metales de los montes y entrañas de la tierra, y purificarlos, a que llamaban condenar a los metales y obras dellos, y aun otros a hacer acueductos, murallas, bestiones y termas o baños, como hicieron Galeno, Valeriano, Deocleciano y otros cuando obraron aquéllos admirados, de que hoy día se ve alguna parte en Roma. Y, finalmente, a otros tales ejercicios de gran fatiga y trabajo, en los cuales todos no andaban menos de lo que en este Argel andan los pobres cautivos esclavos todos con guardianes que los molían a palos, y todos con sus cadenas y traviesas de hierro, herrados; porque conforme a las leyes romanas (como aún hoy leemos en ellas), todos los condenados al metal y obra dél (debaxo del cual

Euseb.  
Cæs. libr. 2.  
eccl. histor.

ff. de pœnis.  
l. quidam. l.  
damnum l.  
capitalium  
Joan. Ferra.  
inst. lib. 1.

nombre se entienden, como dicen los juristas, todos los trabajos que diximos arriba) tenían esta particular pena, que han de andar todos trabajando con sus cadenas y hierros. Y con ser desta manera tantos infinitos y sin número los santos mártires de Cristo, que andaban más espesos que enxambre de abejas trabajando y sudando y nunca hartos de vil pan y alguna agua, y entre ellos muchos obispos, muchos prelados, muchos doctores, muchos senadores, varones nobilísimos muy conocidos de todos y de toda edad y manera: era (dicen ellos) para alabar al Señor, verlos, no quejándose, no murmurando y muy menos renegando o blasfemando, como muchos de nosotros hacemos. Mas todos, como unos ángeles del cielo, alegres, contentos, ayudando y exhortando unos a otros, y, en general, alabando todos a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo por quien de buena voluntad todo aquello padecían, y cantando de continuo psalmos, himnos y alabanzas a Dios. ¿Parece a v. m. que era esto Cristiandad y en algo diferentes aquellos bienaventurados varones siervos de Cristo, de lo que somos hoy día los cautivos? RAMÍREZ. Alabado sea Dios; ¡qué bondad!, ¡qué esfuerzo!, ¡qué ánimos tan invencibles!; gloriense los paganos de la constancia de su Zeno Eleate y de la prontitud del Curcio Romano y de la paciencia del Régulo y de la alegría de Almícar cartaginense, en padecer y morir que todo es aire y nonada, si miramos a los santos que ilustraron nuestra fe. Glorioso sois, por cierto, Señor, en vuestros siervos y santos. Exemplos son esos tan admirables que si como acaecieron en aquellos tan ricos tiempos y tan abundantes de varones tan ilustres y de tantos varones de Dios, acaecieran en los nuestros, tan fríos de caridad y tan pobres de todo bien y virtud, sin duda que quedarán los hombres atónitos viendo cosas tan milagrosas y raras. SOSA. No de otra manera plantaron ellos la Iglesia del Señor y tru-

Zeno Eleate. Curtius. Regulus. Almicar. Hieronym. Osori. de nobilitate Christiana.

xeron los reinos e imperios del mundo a la fe y servicio de Jesucristo Señor nuestro, sino con aquella invencible paciencia y esfuerzo de sus pechos. Pero si no es más que por exemplos, no tiene el Señor tan poco cuidado de nosotros y de toda su Iglesia, que nos falten hoy día para despertar nuestro descuido y avivar nuestra pereza. infinitos siervos de Dios, cuyos exemplos son tales que no hay más que desear. Porque sin ir fuera de Argel, donde ahora estamos, oso decir que dado caso que con gran vergüenza nuestra hallaremos infinitos cristianos sin tener cosa que se parezca y diga con el nombre y ley que profesan; todavía hallaremos (si miramos con diligencia) aun más de siete mil otros, que no sólo no se han arrodillado ante Baal, pero admirablemente con su fe, vida y costumbres cristianas, y con una constantísima paciencia y esfuerzo más que humano en los grandes trabajos y miserias que padecen glorifican y honran en sí mismos y en sus cuerpos a Nuestro Señor Jesucristo. Y si no, eche los ojos por todos esos baños y casas, tanto deste bárbaro rey y tirano, cuanto de todos esos cosarios, turcos y moros; qué número tan grande hallará en ellas de eclesiásticos, religiosos, clérigos, letrados, doctores, maestros y predicadores de varias lenguas y naciones, que (según la cuenta que aquí tengo de todos ellos escrita) ha llegado este año a número de 62, cosa jamás vista en Barbaría. Y tras estos tantos caballeros, tantos hidalgos y nobles, tantos capitanes, tantos alféreces, tantos sargentos, tantos oficiales y personal principales, perdidos en servicio de Su Majestad. Y después de tantos otros infinitos cristianos de toda nación, suerte y condición, los cuales como es lástima y piedad grandísima verlos en tantas cárceles, tantas cadenas, tantas traviesas y aun tantas mazmorras y martirios, apaleados, hambrientos, enfermos, desnudos, angustiados, aflictos y perseguidos del mundo, que realmente

3. Reg. c.  
19.

Ad Philip.  
cap. I.

Año 1579.

no es dellos digno. Ansi también resplandecen no menos que las luminarias del cielo, en medio desta tan mala y perversa nación. Y fuera de todo encarecimiento no tengo ni juzgo yo por menos todo esto que otros muchos milagros y maravillas muy gloriosas de Dios en que muestra su poder. Pero como las obras de Dios, por milagrosas que sean, con la continua costumbre (según dice San Agustín) invilecen, pasamos por tan heroicos hechos y por exemplos tan excelentes y raros, de tantos siervos de Cristo, como por cosas domésticas que ya no se echan de ver. Y si no queremos tratar destes, en los cuales, por ser vivos y estar aquí presentes, ni yo me puedo extender, recontando sus muchas y raras virtudes, ni mi testimonio será tan recibido por libre, y sin sospecha, hablemos de los muertos, ya difuntos, do no podrán decir que el amor y la afición me engaña. Dígame ¿qué de siervos de Jesucristo Señor nuestro, parte habemos aquí conocido y tratado, y parte habemos de personas muy dignas de fe, y que hoy día están en Argel vivos, oído decir y contar con muy grande maravilla, que muy pocos años y meses ha, y aun casi ayer con ánimo grandísimo, con admirable alegría, con maravilloso esfuerzo y constancia, no sólo santificaron todos estos baños, cárceles y cadenas de Argel, con sus miembros y trabajos, pero aun consagraron con su sangre inocente y bendita, esas calles, esas plazas y marinas? Pues si miramos los tormentos que sufrieron, ¿cuáles hubo en el mundo, que en ellos no renovasen con muchos otros nuevos y extraños que espantan?; y considerando todo esto como conviene se considere y mire a quien no dará ánimo y esfuerzo ver que con tanta alegría y contento despreciaron todo partido, escogiendo más la muerte que la vida y no queriendo esta temporal redención por hallar otra mayor. RAMÍREZ. De algunos puedo yo ser buen testigo que los vi con mis ojos y

Ad Hebr.  
c. 11.

Ad Philip.  
cap. 2.

S. August.  
in Joann.

Ad Hebr.  
cap. 11.

de otros he oído a quien con sus ojos también lo miró, cosas tan admirables que me ponen increíble admiración. SOSA. Pluguiera a nuestro Señor que los pasados nos dexaran en escrito alguna luz y manera de memoria de cosas tan dignas que la tengan para siempre y no estuvieran tan sepultadas en olvido como vemos, que yo le afirmo nos sobrarán ejemplos infinitos que imitar en los trabajos que pasamos en tan triste cautiverio. Con todo, pues, no puedo encubrirle cosa alguna; siendo mía, quiero mostrar a v. m. unos papeles que aquí tengo en los cuales con todas las diligencias del mundo que hice dende estas prisiones y cadenas, informándome de toda suerte de gente, cristianos, renegados, turcos y moros, escribí las muertes que algunos (dende el tiempo de Barbarroxa) padecieron muy crueles por manos destes bárbaros turcos y moros enemigos de nuestra fe, y soy cierto que en viéndolas dirá que es verdad lo que he dicho y quizá si le agradan llevaré adelante la impresa, trabajando tanto que saque a luz los trabajos de muchos siervos de Cristo que con sus vidas y muertes santificaron esta ladronera de Argel. RAMÍREZ. Extremada merced es esa para mí y a quien de cuantos profesamos la fe de nuestro Redentor. Jesucristo, y tenemos algún celo de la gloria de su nombre, ¿no dará contentamiento leer y saber martirios con que los Santos glorificaron su santo nombre? SOSA. También cuanto a eso, le aviso que por ahora no disputemos si a todos los que aquí tengo escritos los debemos tener por mártires, aunque algunos hallará entre ellos tan ilustres en el testimonio que dieron con su sangre o de la verdad de nuestra fe, o de la justicia cristiana, que sería temerario el que no los juzgase por excellentísimos mártires. Pero basta que, a lo menos, todos ellos nos dexaron maravillosos ejemplos de fe, constancia, fortaleza, paciencia y devoción que mostraron en los tormentos y

muerter que padecieron. RAMÍREZ. Eso me basta; harto es que tengamos que imitar y materia de que alabar a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. SOSA. Tome v. m.; he ahí los papeles, lea con atención.

MEMORIA DE ALGUNOS MARTIROS Y OTRAS MUY CRUELES MUERTES, QUE ESTOS AÑOS ATRÁS ALGUNOS CRISTIANOS HAN RECIBIDO, PARTICULARMENTE EN ARGEL, DE LOS INFIELES TURCOS Y MOROS

En el año de Nuestro Señor Jesucristo, 1516, cuando Barbarroxa el mayor (que se decía Aruc) se apoderó de la ciudad de Argel y sus tierras, matando en un baño (como en otra parte escribimos más largo) a Selin Eutemi, príncipe de los alarbes que habitaban en Motijar, y que entonces era señor de Argel, deseó él también apoderarse luego, y después por algunas veces, de la fuerza que los cristianos tenían en la isleta frontera de la ciudad, en distancia de 300 pasos, para quizá hacer el puerto y muelle que después su hermano y sucesor, Queredin Barbarroxa, hizo donde sus navíos, y de los otros cosarios sus compañeros, estuviesen más albergados, y también los navíos de cristianos y de moros mercaderes, que acudían con sus mercaderías a Argel, tuviesen puerto más seguro y capaz; porque a falta desto, y por estar aquella fuerza de la isla tan cerca y tan junta con la tierra, tenía él su galeota y las de los otros sus compañeros, allá fuera de la puerta de Babaluete, en aquella playa y arenal, por do pasa la fiumara, o arroyo, adonde, aunque dende la isleta y fuerza de los cristianos no podían recibir daño alguno (por quedar aquella playa y lugar encubierto), todavía era trabajo muy grande e incompartable que todas las veces que del corso ve-



nían los pobres cristianos cautivos, que tan cansados y consumidos venían del bogar, los hubiesen de tirar en tierra, a brazos, y después echar a la mar; y a los mercaderes cristianos y moros que usan de navíos de alto borde era forzado poner también sus navíos, allá en aquella rezaga y rincón de seno que la mar hace, lexos de la puerta de Babazón, hacia medio día, a donde se dice la palma, do todos estaban en grande y muy manifiesto peligro, todo lo qual pensaba Barbarroxa remediar, tomando, como diximos, de poder de cristianos la isleta y deshaciendo aquella fuerza que allí tenían. Pero como el dicho Aruch, primero Barbarroxa, la batiese, y no hiciese efeto alguno, desistió desta demanda, ocupado también en otras cosas más importantes, o quizá por pensar que no podría salir con la empresa. Lo mismo deseó muchos años después su hermano Queredin, que le sucedió, y se dixo el segundo Barbarroxa, pero difirió esto hasta el año del Señor mil y quinientos y treinta, que siendo los seis días de mayo del propio año, dende aquel mismo lugar, donde está ahora aquel bestión y puerta, por do se va al muelle y puerto, que es lugar frontero y eminente a la isleta y distante, como diximos, hasta 300 pasos, Queredin Barbarroxa le plantó la batería, con muchos cañones, entre los cuales había dos grandes y muy reforzados, uno de los cuales, un capitán y patrón de una nave de Francia, que se decía la nao de frajoanes (que entonces estaba en Argel y viniera allí a contratar), le prestó: desta suerte batió, por espacio de quinze días continuos, sin jamás cesar la batería día y noche, tirando también los turcos mucha escopetería y flechazos a la fuerza, lo cual todo no pudo dejar de hacer efeto, estando la fuerza tan cerca como estaba. Conforme a lo que supe de cristianos, que vieron aquella fuerza y aún se hallaron presentes a esta batería y toma della no era mala para aquel tiempo. Pero demás de ser

ella pequeña y de poca plaza, dos faltas muy notables, no tenía más de quatro bestiones pequeños, dos que miraban la ciudad por donde la batían, y otros dos de la misma manera hacia la mar, y todos no tan fuertes que pudiesen resistir a la furia de los cañones que tiraban. Dentro de la fuerza habría hasta 200 hombres españoles, buena gente y valientes soldados, y por capitán dellos y de la fuerza, un muy honrado y esforzado caballero español, de nación castellano, que se decía Martín de Vargas. Fué la batería tan feroz y brava, y Barbarroxa con sus turcos (que serían más de 1.000, sin otra infinidad grande de moros) avivaba el combate de manera con una furia y priesa tan grande, que a los seis días echó por tierra gran parte de aquel lienzo, que estaba en medio los dos bestiones que miraban hacia la tierra, y abrieron los cañones a los mismos bestiones por muchas partes; pero no por eso desmayaron los cristianos, esforzándolos en gran manera el noble y valeroso capitán Martín de Vargas; porque trabajando, especialmente las noches, todos con gran diligencia en rehacer lo caído, se fortificaban de manera que nunca Barbarroxa fué osado acometerlos con asalto, hasta que siendo ya veinte y uno de mayo, y quince que duraba la batería, viendo Barbarroxa que ya los cristianos eran pocos, porque así los cañones que batían, como con las escopetas que tiraban, mataban dellos cada hora, y que ya la muralla y bestiones eran deshechos, mandó a todos los arraeces que pusiesen en orden las galeotas y baxeles, y antes del amanecer de un viernes, que se embarcasen en ellos todos los cosarios y turcos, para dar a la fuerza un asalto general. Eran los baxeles catorce en número, doce de los quales de diez y ocho bancos, y los dos de veinte y dos, y embarcaríanse en ellos más de 1.200 hombres. Los quales, esclareciendo el día y tirando mucha arcabucería y flechas, se allegaron a la isleta, y no siendo los cris-

tianos parte para les impedir el acostarse, desembarcaron al pie de la muralla caída: y peleando todos de una parte y otra con gran ánimo y esfuerzo, como los cristianos eran ya pocos y todos heridos, fueron al fin de los turcos entrados, quedando muy pocos dellos vivos, aunque los muertos vendieron harto caro y muy bien sus vidas. Estos pocos que fueron tomados vivos, Barbarroxa los distribuyó, entre los más principales arraezes y turcos: porque participasen de aquella tan notable hazaña y victoria, y para sí tomó solamente, dos o tres, uno de los cuales fué el dicho capitán de la fuerza, Martín de Vargas, que quedó muy mal herido, y le mandó llevar a su baño y casa, do tenía encerrados sus cautivos. Allí estuvo el esforzado caballero como tres meses, en los cuales algunos de los pobres cristianos cautivos, de quien lo supe, le servían, y ayudaban de la miseria que tenían ansí para curarse, como para poder pasar la vida. Porque el cruel Barbarroxa, como bárbaro que era inhumano, nunca usó, siquiera de algún respeto o modo de humanidad, con un hombre tan honrado y tan principal capitán, más solamente, como a los otros cautivos vogadores, le mandaba dar cada día tres panecillos que comiese y no más. Lo qual todo pasaba, el buen caballero y honrado cristiano, con un ánimo generoso y constante, y tanto que (como me lo dixo quien le sirvió hartos días) ponía maravilla en los demás cristianos: hasta que cumplidos los tres meses, y siendo en fin de agosto de aquel año mil y quinientos y treinta, mandó Barbarroxa, le llevasen a su casa: que es la misma do hoy día viven, y apesentan los reyes, y sin más causa, ni razón, que de nuevo sucediese, viéndole delante, comenzó muy colérico a decirle: Habiendo yo enviado a decir tantas veces y con tantos requerimientos, que desamparases aquella fuerza y me la entregases en paz, y te fueses de mi tierra, ¿por qué no lo quisiste

hacer?, descargándose desto el valeroso capitán, con decirle, con alguna libertad, la obligación que los hombres, como el de su ser y calidad, y de quien confían sus reyes y señores tenían para morir antes, que no desamparar las fuerzas que estaban a su cargo y gobierno; el bárbaro le replicó con gran cólera y voz alta, que se dejase de razones, que para con él no convenían, y juntamente con esto, le comenzó a decir mil vituperios, y que si sabía cuantos turcos hombres mejores que no él le matara en aquel cerco y batería, que juraba por Alá, que estaba para mandarle quemar vivo; y replicando a esto Martín de Vargas, que aquello era usanza de guerra, en la cual cada uno ha de hacer lo que debe en defenderse y ofender, muy airado el Barbarroxa, y colérico mandó a grandes voces, que luego allí matasen aquel perro a palos delante dél: por lo cual asiendo de Martín de Vargas algunos turcos que allí estaban, le tendieron en el suelo, y sentándose uno sobre la cabeza, y otro sobre las piernas, como es de su costumbre, le dieron con un rebenque estrobo grosísimo de cáñamo, tantos, tan fieros golpes y azotes, hasta que ellos se cansaron, y sucediendo otros, le molieron todos los huesos, los hígados y las entrañas, sin ninguna piedad, y de tal suerte que a fuerza de los crueles azotes y golpes le sacaron la alma, y mataron allí en el suelo tendido. Era el valeroso Martín de Vargas de edad, por cuanto se podía juzgar, de hasta cincuenta años poco más o menos, de mediana estatura, barbinegro con algunas canas y más blanco que no moreno: murió como fué notorio a todos, con grandísima devoción, por que habiendo sufrido infinitos golpes y mortales azotes, sin quejarse ni dar un ¡ay!, ya que sentía arrancar el alma, no desamparó jamás de la boca, el nombre Santísimo y gloriosísimo de Jesús y de María, su santísima Madre. Muerto que fué, mandó Barbarroxa (que estuvo presente hasta que

expiró) que se lo sacasen de delante, y tomando los turcos que allí estaban el cuerpo y arrojándole en el patio, lo mandaron echar a la mar. Por que muchos tiempos no consintió Barbarroxa, ni sus sucesores, que los cristianos se enterrasen, hasta que después muchos años, Asan Baxá su hijo, siendo Rey de Argel, les permitió los pobres cimiterios y sepulturas que hoy día tienen fuera de las puertas de Babaluate y de Babazón a la marina; pero con tal condición, que no los pudiesen cerrar, ni cercar de valos y murallas, como hacen los moros turcos, aun los judíos de Argel.

El año siguiente de mil y quinientos y treinta y uno, el mismo Barbarroxa tomó dos galeras de Nápoles, junto a Palinuro, en Calabria, que de Mesina iban cargadas de seda; así creció más el número de los cautivos y esclavos cristianos. Por lo cual, y porque en aquel tiempo (si no era Barbarroxa) ninguno otro arreez o cosario tenía baño, o casa cerrada, a do sus cautivos estuviesen metidos, mas los tenían todos en sus casas, y todo el día andaban por la tierra como libres, cuando no iban en corso, Juan de Portundo y los otros seis capitanes españoles, que cautivaron en las siete galeras con él, como queda dicho, comenzaron a platicar entre sí, que sería cosa muy fácil poderse alzar con Argel si los cristianos tuviesen ánimo para hacerlo. Y como estas pláticas de pequeños principios suelen irse argumentando, tratóse esto tantas veces que, en efeto, llegaron a punto de querer tentarlo y ponerlo por obra si pudiesen, para lo cual fué mucha parte y que mucho persuadía un esforzado soldado español muy principal, que se decía Luis de Sevilla, capitán de una de aquellas dos galeras de Nápoles, que Barbarroxa (según diximos) había pocos días antes tomado, y tenía por esclavo en su baño. Resolutos en esto, comunicáronlo con otros, y hallando en todos la misma voluntad y ánimo, y que casi todos los

cristianos cautivos venían en ello, concluyeron que cierto día que señalaron, estuviesen todos prestos con sus armas (que luego comenzaron procurar y haber) y a punto: apuntado esto, dieron orden Juan de Portundo y los siete capitanes; como de Buxia les enviase D. Alonso de Peralta, padre de D. Luis de Peralta, que era capitán de Buxia cuando los turcos la ganaron, que entre ciertos regalos de tocino, carne salada y otras cosas que les había de enviar para la fiesta de Navidad, les enviase también en la misma barca, en que el refresco había de venir, una bota llena de espadas, como, en efecto, envió y les fué dada y entregada. Demás desto dieron también orden como se hiciesen unas llaves para abrir (cuando fuese el tiempo) de noche aquel baño de Barbarroxa en que estaban y pudiesen salir dél, las cuales se ofreció hacer de muy buena voluntad un cristiano herrero de Barbarroxa y cautivo suyo, de nación español, que se decía maestro Francisco, y otro cristiano español, que se decía marroquín, hundidor de artillería, hizo una maza de hierro con su cadena de lo mismo, larga, como de dos o tres palmos, que había de servir para romper (cuando fuese menester) los cerrojos o candados de las puertas: ya questo estaba hecho, y todos se andaban aparejando para el caso, vino la fiesta de Navidad, de Nuestro Señor Jesucristo, del dicho año 1531, y pasando tiempo los cristianos (como suelen), jugando las cartas unos con otros en el baño de Barbarroxa, un Francisco de Almansa, español (que ya había sido antes dos veces renegado), y ahora no era de los turcos conocido, estando así cautivo, jugando de la misma manera, con otro cristiano de nación ginovés, que se llamaba Segundo, casado en la ciudad de Cuenca, en España, vino a palabras con él, sobre el juego, y tomando jueces, como se suele, juzgaron que el Francisco de Almansa no tenía razón y le condenaron. Eran estos mismos jueces de los mismos



capitanes españoles que tramaban el negocio. De lo cual, indignado en gran manera el Francisco de Almansa, y como hombre leve y inconstante que era, deseoso de vengarse, fuese luego a Barbarroxa, descubrióle todo el caso, cómo y de la manera que estaba ordenado; porque él, como participante, lo sabía menudamente; y dijole, que para más certificarse, si le decía verdad, enviase a la herrería del maestro Francisco herrero, y que debaxo una bota hallarían enterradas las llaves que él mismo había hecho, y la maza que el marroquín hundidor le había llevado. Oyendo esto Barbarroxa, y de persona que tan en particular lo sabía, quedó muy alterado; y no fiando de ninguno, él mismo quiso en persona ir a la herrería a buscar aquellas llaves, las cuales todas, y la maza con su cadena, halló en el propio lugar que el Almansa le dixera, por lo cual, y porque en la determinación no había que dudar, en extremo se indignó; y luego, sin esperar más, determinó de matar muy cruelmente a todos los que desto eran autores. Y hallando, por relación del mismo Francisco de Almansa, que las principales cabezas eran diez y siete, en que entraban como más culpados Juan de Portundo, y los seis capitanes de las seis galeras españolas (cuyos nombres nunca fué posible saber), y también el Luis de Sevilla, capitán de la galera de Nápolés, y el maestro Francisco, herrero, y el marroquín hundidor, día del bienaventurado Apóstol San Juan, 27 del mes de diciembre, estando todos descuidados, sin pensar que jamás tal cosa sucediese, mandó que a todos diez y siete cristianos los sacasen de su baño, donde estaban, y los llevasen luego a matar; no lo hubo Barbarroxa mandado, cuando muchos de sus turcos y renegados, armados, se fueron luego al baño, y llamando a todos los que estaban condenados a morir, comenzaron a decirles grandes afrentas, como usan, llamándolos perros, canes trai-

dores; y que se querrían alzar con la tierra, y que ahora verían el pago que recibían por tan gran atrevimiento, y dicho esto, tomando cada dos turcos a un cristiano en medio atadas las manos atrás, siendo las ocho horas de la mañana (como en España las cuentan) los llevaron allá fuera la puerta de Babaluete, que mira hacia poniente, y llegados que fueron aquel campo, que allí está, echaron mano los turcos a sus alfanges, y estando todos los diez y siete cristianos, maniatados, mansos como unas ovejas o corderos, a grandes y fieras cuchilladas, los hicieron pedazos, hendiéndoles las cabezas, cortándoles los brazos, jarretándoles las piernas, y todos los otros miembros del cuerpo. Hecho esto, y que aquellos crueles turcos y renegados, se artaron en los cuerpos cristianos, mandó Barbarroxa que sopena de la vida, ninguno fuese osado enterrarlos, ni aun echarlos a la mar, más que allí en aquellos muladares los comiesen perros y las aves del cielo. El Francisco de Almansa autor de tan grande maldad (que como diximos fuera antes dos veces moro, y le llamaban cuando lo era Alf de Almansa) de allí a seis meses en el mes de junio siguiente, huyendo para Orán por tierra con otro cristiano mallorquín que se decía Gabriel, fué tomado de los Alarbes. Y traídos a Barbarroxa, el cual al Gabriel mandó dar doscientos palos, y al Francisco de Almansa mandó que le echasen a la mar vivo, con una piedra al cuello, junto de la isleta: y desta manera acabó la vida el falso y desventurado. Eran Juan de Portundo, como diximos, mancebo de hasta veinticinco años, muy agraciado, y que comenzaba entonces a barbar; tenía el cabello roxo, la color blanca, ojos muy vivos, de mediana estatura, y bien proporcionado: el capitán Luis de Sevilla, sería de cuarenta y cinco años, comenzaba encanecer, barbinegro y de buena estatura: el maestro Francisco, herbero sería de edad hasta treinta años, barbinegro y corcobado.



Por la costa de Berbería hacia poniente, veinte leguas de Argel, está un lugar que se dice Sargel, que en otro tiempo fué ciudad muy principal, y estando los años atrás des poblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragón se han pasado a Berbería, viendo la comodidad del lugar, y la fertilidad y hermosura de sus campos, la han poblado de manera, que habrá en ella como mil casas dellos y más. Este lugar, aún antes que Aruch Barbarroxa el mayor se hiciese señor de Argel, le dió la obediencia como en otra parte escribimos largamente, y la misma dió después al segundo Barbarroxa Queredin, que sucedió al hermano; y muchas veces que el Queredin volvía de su corso, y de robar, o partía para ello, hacía lo que hoy día hacen todos aquellos corsarios que van en corso para España y sus islas, y a poniente, que allí iba espalmar, y a la vuelta allí hacía escala, porque además de la fertilidad de la tierra, tiene la ciudad comodidad razonable de puerto, aunque no tan grande ni tan abrigado. Esta tierra y lugar tan acomodado, deseó mucho el dicho Queredin Barbarroxa ennoblecer, con hacer en (como comenzó) un castillo fuerte, y engrandecer más y ensanchar aquel puerto, haciendo un muelle en que todas sus galeotas y baxeles de otros estuviesen seguros. Por lo cual traía en estas dos obras ocupados de continuo setecientos cristianos cautivos; los cuales hallándose en el año del Señor 1531 en el mes de abril, muchos días allí casi solos (esto es, con no tanta copia de turcos y guardianes, que no pudiesen cometer algún buen hecho) comenzaron a platicar entre sí, que sería cosa muy fácil alzarse con aquel castillo y toda la tierra, y entregándola a la Majestad del Emperador Carlos Quinto, Rey de España, no sólo haber ellos libertad; pero también ganar todos mucha honra. Platicando esto algunas veces, y viéndose los pobres cautivos tan bárbaramente

tratados, y que vivían sin ninguna esperanza de libertad, y, por tanto, muy aborridos, resolvieron, viendo la posibilidad del caso, detentar la fortuna y poner si pudiesen el negocio en efeto. Y, sin duda, si la mala fortuna no fuera a sus buenos deseos contraria, hicieran entonces sin sangre, lo que después en el año mismo de mil y quinientos treinta y uno, el Príncipe Andrea Doria tentó de hacer, queriendo tomar aquella tierra con sus veinte galeras, y no pudo acabar, antes le mataron y cautivaron los turcos y moros más de seiscientos hombres, todos gente escogida y principal, y fué el mal suceso y desgracia desta manera: Que estando ya los setecientos cristianos cautivos resolutos, como dixé, y determinados para matar cierto día todos los turcos y moros, y alzarse con la tierra, acaeció, que unas dos galeotas de Barbarroxa, que entonces allí estaban en Sargel, por orden de Barbarroxa, se hubieron de partir para Argel en el mes de abril de aquel año, y no pudiendo dos cristianos españoles cautivos que entraron en este concierto, encubrir lo que tenían todos ordenado, sin que lo escribiesen y comunicasen con otro amigo suyo que estaba en Argel, español de nación, que se llamaba Sotomayor (soldado principal y esclavo de Barbarroxa), escribiéronle ambos una carta, en que le contaban todo el negocio por extenso, y el modo y orden que en ello determinaban tener. Esta carta dieron en gran secreto, y muy encomendada a un cautivo español que estaba herrado en una de aquellas dos galeotas, su amigo y conocido; el cual, encargándose della, pero advirtiéndole bien do la ponía, metióla en el seno, para después la envolver en su hatillo y ponerla a recaudo: ido que fué el que se la dió, y el que la recibió descuidándose, en meneando el cuerpo un poco, cayóle luego la carta a los pies, sin advertir, ni sentirlo; la cual, tanto que la vió caída un renegado español (que allí estaba junto a su

bancada) que se llamaba Alimolina, bajóse por ella, y sin lo sentir el cristiano la tomó, y abriéndola y viendo lo que decía, quedó maravillado, y disimuló por entonces; más luego que llegó a Argel dió la carta a Barbarroxa, el cual viendo lo que decía, quedó muy suspenso y temeroso, y sin esperar más, envió luego a la hora a Sargel una de sus galeotas, avisando con toda diligencia de lo que había entendido, y mandó que estuviesen todos los turcos alerta y con grande advertencia, y para mejor guarda de la tierra, envió en aquel baxel una cantidad de turcos con muchas escopetas y armas: y no contento con esto, pareciéndole que los cristianos que estaban en Argel tentarían quizá hacer algún día lo mismo, y, por tanto, deseando poner a todos temor y deseando, por otra parte, saber más por extenso todo el modo y manera que los cristianos de Sargel querían tener en el caso, puso luego al tormento al inocente Sotomayor, para quien venía la carta; y no contento con le dar doscientos palos terribles a dos manos, por dos turcos en las espaldas, y otros doscientos en la barriga, y otros doscientos en la planta de los pies, con que le molieron, y quedó como un cuero hinchado, y pisadas las entrañas, mandó tras esto darle tormento de fuego, para que confesase lo que sabía de aquel caso. Y así untándole los turcos a menudo las plantas de los pies (hinchadas antes con los crueles palos) con manteca, y poniéndole desta manera las plantas untadas al fuego encendido, por muchas horas y espacio, haciéndole las preguntas que diximos: pero como el honrado soldado, era en todo inocente, sin culpa, sin saber cosa alguna, ni aun imaginar cosa, de cuantas aquellos crueles bárbaros le decían y preguntaban, afirmaba, que delante de Dios le mataban sin culpa, causa o razón alguna; pero no aprovechó nada esto con Barbarroxa, que a todo estaba presente, haciéndole martirizar; mas rabioso, como una fiera, y

sin querer escuchar o atender alguna de muchas razones, que en sus tormentos daba Sotomayor, le hizo quemar crudelísimamente todos los pies, nervios, huesos, con grandísima maravilla de cuantos estaban presentes, mirando el grandísimo y muy esforzado ánimo de Sotomayor, el cual, como otro Mucio, romano, sufría animosamente asar y consumir sus carnes en el fuego, y juntamente con esto, jamás dexaba de la boca el nombre de nuestro Señor Jesucristo y su bendita madre bendita, y sus Santos, que de continuo llamaba, con muy gran devoción cristiana, desta manera, quedando inútil de los pies y piernas, le dexaron los verdugos por muerto, como, en efeto, parecía: y mandando Barbarroxa un cristiano español, que se decía Francisco del Puerto, porque era natural del Puerto de Santa María, le sacase de allí y echase a la mar, donde echaban, como dixen, todos los demás cristianos muertos, sin dexarlos enterrar, tomóle el cristiano a cuestras, y viéndole todavía vivo, le llevó al baño, do maestro Antonio Grimal, calafate mallorquín, su camarada y amigo (que todo esto me contento), poniendo mucho cuidado para regalarle y curarle si pudiese, fué imposible, porque hasta los tuétanos tenía quemados, y así acabó de nueve días, en los cuales padeció grandísimos dolores con grandísima devoción cristiana, dexando a todos los cristianos con dolor grande; porque por sus muchas virtudes era de todos amado, dió su alma al Señor a 16 del mes de abril de 1531. Era Sotomayor de casi cuarenta y cinco años, barbirroxo, alto de cuerpo y flaco.

El año adelante mil y quinientos treinta y cinco, considerando la Magestad de Carlos V, Emperador y Rey de España, el aumento grande en que iban las cosas y poder de Barbarroxa, porque no se contentando con haber usurpado los reinos de Argel y de Bona, con muchas tierras y pueblos, había también el año antes tomado a Túnez y su reino,

echando dél a Muley Assán, su propio y natural Rey. Y considerando también los continuos y gravísimos daños y robos que este bárbaro, con sus galeotas y de otros cosarios que recogía y ayudaba, hacía en las islas de Cerdeña y Sicilia y riberas de Calabria y Nápoles, y de otras tierras de sus señorios, por la vecindad de aquel reino, y comodidad de sus puertos, y abundancia de sus tierras, y recogimiento que tenía en la Goleta, que edificara y fortificara a la entrada del Estañó y ribera de la mar, y siendo también para esto rogado y muy requerido dei mismo Rey Muley Assán, que se ofrecía serle leal vasallo si le restituía en su reino, resolvióse su Magestad de ir en persona a la Goleta y Túnez y echar de allí aquel bárbaro y cruel cosario y sus turcos, y en cuanto se aparejaba para esta empresa, haciendo grandes aparejos de guerra, de soldados, naves y municiones por toda Italia y España, parecióle avisar, antes que llegase, de su ida y manera della, al mismo Muley Assán, Rey de Túnez, que estaba huído y retirado en el Carruán, y para esto y llevar las cartas y aviso hizo elección de un gentil hombre italiano, el cual se llamaba Luyse de Pazencia; el cual, embarcándose en una fragata en Sicilia y atravesando de allí el cabo de Asafrán, que está en Berbería, desembarcó en aquel cabo; y llevando consigo una espía muy plática de la tierra y de la lengua morisca, maltés de nación, tomó lo más disimuladamente que pudo su camino para el Carruán; y ya que había caminado dos jornadas topó con unos alarbes, los cuales sospechando mal asieron dél en mitad de una campaña grande y rasa, y despojándole, y a la espía y lengua, toparon con las cartas que llevaba. Por lo cual, creciendo más la sospecha, los llevaron ambos luego a Túnez y los entregaron con las cartas a Barbarroxa, el cual, haciéndolas leer y entendiendo lo que en ellas se escribía, luego al momento mandó empalar vivo al

maltés, atravesándole con un palo a manera de asador (cosa que los turcos mucho usan), dende el fundamento hasta la cabeza, hombros o otra parte, por do sale la punta, quedando como un tordo en asador, lo cual el buen maltés padeció con mucha paciencia y a cabo de pocas horas murió. A Luis de Pazencia, Embajador, entretanto le mandó meter y encerrar en la alcazaba y castillo de Túnez, do tenía sus cautivos cristianos encerrados y buen recaudo, adonde estuvo aquella noche solamente, esperando con gran ánimo (según quien con él comió y durmió en un aposento aquella noche me dixo) la muerte, que era muy cierta y que no sería menos cruel que la que a su compañero habían dado, y así fué. Porque luego, en siendo mañana, le mandó Barbarroxa arrastrar vivo, y así desnudándole los turcos, quedando con solos unos calzones de lienzo, le ataron por los pies a la cola de un caballo y le llevaron arrastrando por toda la ciudad de Túnez, hasta que, muerto y deshecho todo el cuerpo, le llevaron a unos muladares de la campaña, do le dexaron a los perros y aves que le comiesen. La cual muerte certifican haber animosa y cristianamente pasado el animoso y valeroso gentilhombre. Acaeció esto cuatro meses antes que el Emperador tomase la Goleta y Túnez, a los postreros de Marzo de aquel año 1535. Sería Luis de Pazencia de hasta cincuenta años, comenzaba a encanecer; era alto de cuerpo, bien hecho y proporcionado, de medianas carnes, blanco y cabello negro. Paulo Jouio, libro 34, hace mención de un Luise Prosenda, de nación genovés, que dice haberle en este tiempo cautivado Barbarroxa junto a la Mahometa, yendo en viaje, y que le mató después por no le haber dicho la verdad del aparato y armada del Emperador, y así no parece ser este Luise de que tratamos, porque no lo conforma en el lugar y causas de su prisión, ni declara qué muerte le dió.

DESDE ESTE AÑO MIL Y QUINIENTOS TREINTA Y CINCO, HASTA EL DE MIL Y QUINIENTOS CINCUENTA Y OCHO, EN QUE FUÉ REY DE ARGEL ASÁN BAXÁ, HIJO DE BARBARROXA, AUNQUE HICE MUCHAS DILIGENCIAS, NO PUDE HALLAR QUIEN ME DIESE NOTICIA DE OTRAS MUCHAS MUERTES QUE A CRISTIANOS SE DIERON EN BERBERÍA

En la mal afortunada batalla y jornada en que el conde de Alcaudete, don Martín de Córdoba, se perdió y fué muerto de Assán Baxá, hijo de Queredin Barbarroxa y Rey que era de Argel, en los campos de Mostagán a 26 de agosto de 1558, fué cautivo con los demás un cristiano que se decía Martín Forniél; éste era de nación moro, nacido en antigua ciudad de Tremecén, distante de la ciudad de Orán para poniente veintiuna leguas, de padres muy principales y que descendían de los reyes de aquel reino y ciudad. Este, siendo muy mozo, inspirado del Señor, se vino de su voluntad a Orán a ser cristiano, do como fuese bien recibido y tratado del mismo conde don Martín, capitán general de aquella ciudad y sus fuerzas, rogó al tiempo de su bautismo le pusiesen el nombre del mismo conde Martín; y porque de allí adelante en todo dió de sí muy buenas señales de ser de veras buen cristiano y hombre en los hechos de honra y ser, mostrándose en las cosas de guerra, en que siempre se hallaba animoso, todos le tenían mucho respeto, y el conde particularmente lo trataba con mucho amor y le convidaba muchas veces a su mesa, y al último le llevó siempre consigo y a su lado en aquella infelice jornada, do siendo, como diré, cautivo, fué con los demás llevado a Argel, do luego fué conocido de muchos moros y turcos y sabido públicamente que había sido moro y de padres moros nacido. Por lo cual muchas veces y por muchos días trabajaron con gran instancia, así moros como turcos, reducirle

otra vez a la secta de Mahoma, prometiéndole grandes riquezas y bienes si lo hacía, y, por otra parte, amenazándole que si perseveraba en la fe de Jesucristo le matarían con muy terribles tormentos; pero todo esto nunca fué parte para le dimover o apartar della. Porque con una invencible constancia y fortaleza respondía que era todo por demás, porque nada bastaría apartarle de la fe y religión cristiana. En cuanto esto pasaba en Argel, súpose luego en Tremecén, de moros y de judíos que de continuo van de Argel a aquella tierra, que Martín Forniél se cautivara con los otros cristianos y cómo se trabajaba con él reducirle a ser moro; mas que ni todos los morabutos y letrados eran bastantes, ni el mismo Rey, con sus ofrecimientos y amenazas, a persuadirle esto. Lo cual, como supiese su madre, que aún vivía, y sus parientes, que eran muchos y todos caballeros principales en Tremecén, determinaron en persona ir a Argel, que es camino de ochenta y una leguas, con intención de acabar con su presencia lo que a los otros era imposible con palabras y razones. Llegados, pues, a Argel, así la madre como parientes, muchas veces le visitaron en el baño y casa de los cautivos del Rey, do estaba encerrado el buen Martín Forniél y con una cadena al pie, como todos los más principales cautivos tenían; y platicando con él le representaban muchas causas, muchas razones y aun muchas promesas para le persuadir su intento y que volviese a ser moro, y principalmente la madre, abrazábase con él, derramaba arroyos de lágrimas, hería sus mismos pechos, mesaba sus largos cabellos y rasguñábase la cara como suelen las moras hacer, y mostrándole los pechos que mamara le pedía, rogaba e importunaba se compadeciese de su cansada y desamparada vejez y se volviese con ella a su casa y a la ley en que vivieron todos sus padres y abuelos. Fué admirable y digna de eterna memoria la constancia que en todas es-



tas pláticas, y de tantos días y tan continuas mostró el valeroso Martín Forniel. Porque con ver y oír tales cosas, que aun a los mismos cristianos que se hallaban presentes y no entendían muy bien la lengua morisca en que hablaban (sólo con ver los suspiros, las lágrimas y ademanes) les enternecían las almas y corazones, y apenas podían retener las lágrimas; sólo Martín Forniel, como peña dura y fuerte, en que por demás bate la mar con sus olas y furioso ímpetu, estaba inmuelle, constante, invincible, y sólo por respuesta decía a la madre y parientes, con un bulto y semblante muy severo, que él no conocía por madre ni por pariente a moros, mas que él era cristiano, y que tal quería ser y había de vivir y morir. Duraron estas visitas y pláticas, este derramar de lágrimas y multiplicar de razones tantos días, que conoció la madre y los parientes que trabajaban en balde, y que era por demás apartar a Martín Forniel de su intento y propósito, y, por tanto, se volvieron sin hacer nada a Tremecén. Todo esto era cada día referido al rey Assán, hijo, como dixe, de Barbarroxa, y ninguna cosa pasaba o se trataba con Martín Forniel que él luego no supiese, y, por tanto, viendo que todo era gastar tiempo sin esperanza de fruto, inflamóse en ira, y lleno de una rabia ferina, porque Martín Forniel despreciaba los tormentos que los turcos y moros de su parte le representaban, determinó darle una espantosa y cruel muerte que hiciese a todos temblar; y para esto, a los veinte y uno de noviembre le mandó sacar del baño o casa de sus cautivos, do, como diximos antes, le tenía encerrado; y una gran copia de turcos y renegados de la casa del mismo Rey, le llevaron fuera de la puerta de la ciudad del muro, que mira entre Levante y Mediodía, y se dice de Babazón; antes que se llegase a la barbacana o revellín de otro muro, más adelante (que después, en el año del Señor de mil y quinientos y sesenta y

cuatro, Arab Hamat, Rey de Argel, deshizo, para mejor fortificar la tierra, como hizo) se pararon todos con él, de manera que quedaron entre las dos puertas del muro de la ciudad, o del revellín, o barbacana, en un llano y plaza que allí se hacía, como saben los que lo han visto. Parados que fueron todos, llegóse a la hora un vil moro, que servía de verdugo, y poniendo un cepo que traía a cuestas, alto como cuatro palmos, delante de Martín Forniel, le echó mano a la pierna izquierda, diciendo en su habla morisca: perro, muestra acá esa pierna. Y los turcos y moros que le tenían asido le mandaron luego que la pusiese sobre el cepo, diciéndole: ¿Ha de haber en el mundo, perro, cornudo, que siendo tú moro y nacido de moros, no has de vivir moro y en la fe de los moros? Agora verás qué te aprovecha, querer tan obstinadamente ser cristiano; pero mira que si te arrepientes y te vuelves moro, el Rey te perdonará. Mezquino, ¿por qué quieres así morir? Y si no, sobre este madero te habemos de hacer pedazos. A esto todo respondió el bendito Martín Forniel, con gesto muy sereno y con una constancia más que humana: Si pensáis vosotros que por vuestras amenazas tengo de dexar de ser cristiano, estáis todos muy engañados. Y con esto alza la voz, diciendo: Cristiano soy y cristiano he de morir. No hubo bien dicho esto, cuando ya tenía puesta la pierna izquierda sobre el cepo, tendida. Y diciéndole los turcos y moros mil injurias, mandaron al verdugo que hiciese su oficio. El cual, luego, con una hachuela pequeña de aquellas que suelen traer los genizaros cocineros, le cortó la pierna por la rodilla, no de un golpe, más de muchos y con mucho dolor y tormento. Cortada la pierna y teniéndole de los brazos y del cuerpo algunos moros que no cayese, mandaron los turcos al mismo verdugo, diciendo: como cortaste la pierna izquierda y de cabalgar, a este perro, córtale también el brazo de la lanza con que

peleaba en favor de cristianos, y así lo hizo el verdugo, cortándole al momento en tres golpes el brazo derecho por el codo. Era infinita la sangre que corría del bendito mártir de Cristo, y los dolores no podían dejar de ser muy grandes, cortando de aquella manera tales miembros y por partes tan dolorosas; pero todo esto sufría y padecía el bienaventurado varón, con un esfuerzo del cielo, que ponía maravilla en los mismos moros, turcos y renegados de los cuales y del pueblo, que este tan horrendo espectáculo de todas las partes corría, había un muy gran número y copia de gente. Hecho esto, y teniendo al santo mártir de Dios tres o cuatro moros de las manos porque no cayese en tierra, le desnudaron otros dos turcos. Y quedando solamente con unos calzones viejos de lienzo, esperaban que se acabase de poner en orden la horca en que lo habían de enganchar, la cual es desta manera. Que hincan en el suelo dos postes o palos muy recios y altos como veinte y seis palmos, y atravesando por las puntas destes palos o postes otro madero, queda como una horca. Demás desto, en este madero de arriba y en el medio dél ponen una polea o garrucha, de la cual cuelga una reja y fuerte sogá, y luego abajo de aquel madero de arriba que atravesó, como dije, los dos postes, y en distancia como diez palmos, atraviesan también otro palo, que viene con las dos puntas a tocar y enclavarse en los dos postes, y en medio deste madero segundo enfrente de la polea o garrucha, enclavan dos recios y grandes ganchos de hierro muy agudos, con las puntas hacia arriba, retorcidas y revueltas, que para fuera del mismo palo o madero sale un poco; de manera que alzando con la sogá a un hombre con ella por la cintura ligado y dende lo más alto del primer y más alto madero, dejándole caer abajo de golpe, luego topa con uno de los ganchos y su punta, y encontrando con ella, luego le traspasa y atraviesa

de parte a parte, y unas veces queda colgado y enganchado el cuerpo por el pecho, y otras por un lado, y otras por una espalda, y otras por un brazo, y otras por una pierna; y aun otras por la misma barba, según y de manera acierta a caer el cuerpo y algún miembro topar con el gancho. Y desta suerte, enganchado y colgando el cuerpo, está penando un hombre con dolores y tormentos terribles hasta que, consumido de ellos, acaba la triste vida. Acabada, pues, que fué la horca con sus ganchos y aparejo desta manera, y todo a los ojos y delante el bienaventurado varón mártir de Dios, así como le tenían cortados los miembros y todo bañado en sangre que dél corría en arroyos, y atándole por la cintura con la soga de la polea, le alzaron en lo más alto de la horca donde la polea estaba, y dejándole arrebataadamente caer de golpe sobre los ganchos, encontrando con uno de ellos, quedó atravesado de un lado y colgando todo el cuerpo. En todo esto no perdió el glorioso mártir de Cristo de su ánimo y fortaleza un punto; mas en medio de tantos tormentos se vió y conoció más su fe y amor de Jesucristo. Porque a grandes voces llamaba desde allí a Nuestro Señor Jesucristo, y por su gloriosa madre pidiéndoles y rogándoles se acordasen de su alma y favoreciesen en tan gran necesidad, y a los cristianos decía, como me lo contó quien lo oyó: Sedme, cristianos, testigos que muero por la fe de Jesucristo. Eran infinitos los moros, turcos y renegados que miraban todo esto, de lo cual estaban atónitos y espantados, viendo tan grande ánimo, constancia y fortaleza en un hombre de flaca carne. Y otros de la gente menuda daban voces y alaridos que hundían cielo y tierra, deshonorando con afrentas y injurias al mártir santo de Dios y diciendo mil blasfemias contra el nombre cristiano. Pero nada desto espantó al que de tan buen corazón y con voluntad tan perfecta se ofrecía en aquel tormento a su Dios y Redentor. Desta mane-

ra y en un tan terrible tormento y llamando de continuo por nuestro Señor Jesucristo, estuvo el mártir de Dios casi veinte y dos horas, y al cabo dió su alma y espíritu bendito con mucha devoción (como lo vieron personas que todo esto me han dicho) en las manos de su Criador y Redentor. Era el mártir de Dios, como supe de quien en Argel y en Orán le conoció y trató, de edad poco más o menos de treinta y tres años, alto de cuerpo, pocas carnes, más blanco que moreno, de ojos grandes y negros, cari redondo y la nariz afilada. Después de su santo fallecimiento y muerte tan gloriosa, no consintieron los turcos que los cristianos bajasen su cuerpo del patíbulo donde estaba. Más para espanto de otros estuvo allí dos días. Y después le mandaron echar en la campaña a las aves y a los perros; pero ciertos cristianos, de noche y secretamente, le hurtaron y enterraron sin saberse en qué lugar.

En el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y nueve, el mismo Asán Baxá, hijo de Barbarroxa, Rey de Argel, tenía por cautivo a un valeroso y muy valiente hombre en la mar, el cuál era de nación español, del reino de Castilla, que se decía Juan Cañete, que cautivara en el año de mil y quinientos y cincuenta, cuando la primera vez fué el mismo Asán Baxá, Rey de Argel, y cautivóle desta manera. Solía éste con un bergantín suyo de catorce bancos, andar en corso por toda la Barbaría, y en ella hacer muy gran daño a los moros. Y era tan osado y esforzado, que solía muchas veces en desembarcando de noche llegar hasta las puertas de Argel, debaxo las cuales cautivaba muchos moros, que, como es ordinario, suelen allí acogerse y dormir abrigados de noche: y aún dexó una vez en la puerta de Babaluate, que mira entre Poniente y Tramontana, enclavado de su mano su propio puñal, que a la mañana hallaron los turcos, presumiendo lue-

go de quien era. Por lo cual era en extremo terrible el miedo que todos tenían de Cañete. Y tanto, que cuando las moras querían hacer que callasen los niños, les decían: Azeutte caychi, Canette, que quiere tanto decir: Calla, que agora viene Cañete. Prosiguiendo, pues, el Cañete en tal oficio de cosario, a los primeros meses del verano de aquel año de mil y quinientos y cincuenta, salió de la isla de Mallorca, donde vivía y estaba casado, con su bergantín bien armado, y muy puesto en orden, como solía siempre traer, y habiendo tomado una noche lengua cerca de Argel como tres millas a Poniente, cautivando un moro en tierra, y sabiendo que en el puerto de Argel había muchos navíos de cosarios desarmados, galeotas y bergantines, vínole deseo de hacer una muy notable hazaña muy conforme a su esfuerzo: que era entrar dentro el mismo puerto y quemar estos baxeles. Y comunicando esto con los otros compañeros hallólos a todos del mismo parecer y voluntad. Por lo cual a los veinte del mes de mayo de aquel año, estuvo Juan Cañete alargado a la mar con su bergantín, por que de la tierra no fuese visto todo el día: y tanto que ya fué bien de noche, acostóse a la tierra poco a poco, hasta que siendo media noche, tiempo en que la gente está más descuidada y todo quieto, puso la proa en el puerto de Argel. Y ya casi era entrado sin ser sentido de los guardias que en el muelle suelen estar, y en el bestión que sale al puerto (que aun la torre de la linterna, do agora se hace la guardia de noche no era hecha, la cual está a la punta de la entrada del puerto), que ya casi llegaba al fin, y al cabo de efectuar su deseo, acaeció en este punto, que por la banda de Poniente y por detrás de la punta, do agora está la linterna, llegaban dos galeotas que volvían de su curso, las cuáles ambas eran de un renegado Napolitano, que se decía Mami Raez, y él traía el cargo de una y de la otra era arraez un su esclavo

renegado de nación griego, que también como el patrón se llamaba Mami Ruez. Las cuales galeotas como no pudiesen ser vistas y descubiertas, por causa que siendo la entrada del puerto de aquella parte, como punta que se dobla y re-tuerce, queda aquella parte como encubierta y abscondida, y de ninguna manera si el baxel se acostare bien a tierra, puede ser visto de los que están de la parte de dentro del puerto: no fué por tanto posible que Juan Cañete tuviese tiempo para poder reconocerlas, hasta tanto que de súbito, sin pensarlo o advertirlo, unos encontraron a los otros, casi dentro del mismo puerto. Los cristianos algún tanto primero echaron de ver a los turcos, y, por tanto, haciendo cía escurrer a gran priesa, volviendo la proa para huir, comenzaron a bogar con gran fuerza, y los turcos viendo esto, y creyendo que el baxel era de cristianos, enderecharon luego con él, porque lo tenían por proa, y le embistieron al momento, alzando grandes voces, gritos y alaridos, y como eran dos galeotas contra un solo bergantín, ya cogido en medio de ambas a dos, fué cosa de poco trabajo, tomarlo y rendirlo luego. A esta revuelta y a las voces de los turcos que combatían el bergantín, acudió mucha gente de la tierra, turcos y moros, y se supo al momento la tomada dél y qué gente era, y la causa de su venida. Y sobre todo fué de alegría y contento admirable, cuando se supo que habían tomado a Cañete, de quien tan grande miedo y temor tenían todos. El Mami Ruez, renegado napolitano, como dió fondo y puso a recaudo sus baxeles, aún no siendo amanecido, muy contento fué a visitar al Rey, que le estaba aguardando muy alegre, y particularmente llevando consigo a Cañete, se lo presentó y puso delante. De lo cual el Rey quedó muy satisfecho, y alabando al Mami Ruez, de como lo había tan bien hecho, mandó que llevasen a Juan Cañete a su baño y lugar de sus esclavos; a do el día siguiente concurrió

gran número de moros y muchachos a ver como milagro a Cañete, esclavo preso, y herrado con una buena cadena que le echaron a la pierna, cosa qua les daba gran contento. Desta manera estuvo Cañete encerrado siempre, hasta el mes de diciembre del año mil y quinientos y cincuenta y nueve, sin en todo este tiempo tan largo de su cautiverio, poder acabar con su patrón Asán Baxá y con otros que fueron reyes hasta este tiempo que le diesen libertad, con quanto el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, siendo príncipe tan humano y piísimo, ofrecía muy grande rescate por la persona de Cañete, teniendo respeto a los servicios que le hiciera; hasta que en el dicho año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, a los quince días del mes de diciembre acaeció que los guardianes del baño, que de ordinario suelen los reyes tener en ellos para guardar los esclavos, hallaron acaso una o dos espadas muy viejas entre ciertos cristianos escondidas, o lo que se afirma por más verdadero, ellos las hallaron en otra parte, y como acababan de beber y estaban todos borrachos (como suelen cada día), comenzaron a dar voces y publicar que los cristianos cautivos se querían alzar con la tierra, y que para eso andaban juntando espadas. Esta voz y fama bastó para que luego los moros y turcos todos se alterasen en gran manera por la tierra, porque no hay gente más sospechosa, ni que más fácil y de ligero todo crea, especialmente si es contra cristianos; y para decir la verdad, como en aquel tiempo había en Argel más de ocho mil españoles, que el año antes en la jornada de Mostagán cautivaron, sin otros infinitos cristianos, y más de otros ocho mil de varias naciones, habíase platicado esto entre algunos en secreto, pareciéndoles que se podría hacer, y no faltó un mal cristiano, que se decía Morellón, natural, según dicen, de la ciudad de Valencia, que, según fué fama entonces, avisó desto al Rey por complacerle,



y particularmente apuntó en que el señor don Martín de Córdoba, hijo del conde de Alcaudete (que murió en la jornada de Mostagán), marqués que es hoy de Cortes, y que entonces allí estaba cautivo, era autor deste negocio; diciendo más, que entraban también en él algunos renegados, alcaydes principales, aunque él no sabía en particular quién fuesen los alcaydes. Y eran destes el alcayde Morato, español de nación, alcayde de la artillería, y el alcayde Mami, calabres, alcayde de la Alcazaba y otros. Por lo cual, y más hallando aquellas espadas, el Rey más que todos se alteró, porque le movían muchas razones y sospechas. Y, por tanto, luego mandó que llevasen al mismo señor D. Martín a un castillo, fuera de la tierra como mil pasos, que el mismo Asán Baxá tenía comenzado, en una montañuela en el mismo lugar do Carlos V, Emperador de buena memoria, plantó su pabellón cuando el año del Señor de mil y quinientos y cuarenta y uno, a los veintiséis de octubre, puso campo sobre Argel. Y, por tanto, y porque este Rey principió aquel castillo, se llama hoy día el burgio de Asán Baxá, porque burgio en la lengua de los moros quiere decir castillo. Desta alteración de la tierra y del Rey enviar desta manera al señor don Martín a aquel castillo, pesaba en gran manera a un renegado del mismo Rey, muy su privado y mayordomo de su casa, a que los turcos llaman Chaya, de nación veneciano, que se llamaba Yaya. Porque de más de que él tenía en su casa al mismo señor don Martín, regalándole en gran manera y tratándole con mucho respeto, era también el renegado muy aficionado a cristianos, y aun de todos tenido por cristiano, aunque en el hábito fuese turco (y en la verdad no se engañaban, porque demás de otras cosas en que el renegado lo mostraba, a la hora de su muerte le hallaron ascondido en los pechos, debaxo la camisa, un muy lindo crucifijo de oro) por lo cual trabajó y hizo todo

lo posible por quietar al Rey y quitarle aquella sospecha, por todo se fué por demás; tan persuadido estaba el Rey y muchos turcos que atizaban más esto. De manera que llevaron al señor don Martín al castillo, y allí le tuvieron como dos años con buena guardia de turcos, hasta que pagó los veinte y tres mil escudos de su rescate y talla. Pero con esto no se quietaron los turcos y renegados; mas persuadieron al Rey que en todo caso hiciese justicia siquiera de algunos de los cristianos de su baño, dando por razón que, pues entre ellos se hallaron las espadas, ellos debían de ser los que más que otros se querían levantar y, por tanto, que merecían más que otros el castigo, y quien esto más que todos procuraba era un renegado de nación griego, que se decía Caur Alí, que quiere decir tanto como cristiano Alí. El cual era en extremo cruel y del nombre de cristiano enemícsimo, y siendo antes casado en la ciudad de Valencia en España, como le cautivasen renegó luego, y después, volviendo otra vez a ser cristiano, a poco tiempo huyó de España y se fué a Argel a ser turco otra vez, y agora era guardián baxi, esto es, guardián mayor de los esclavos del Rey, por lo cual el Rey le dijo y a los otros turcos que le hacían instancia por matar algún cristiano de su baño, que hiciesen como les pareciesen. Habida esta licencia del Rey, luego al momento el Caur Alí se fué al baño, acompañado de renegados y turcos, y unos dicen que de su motivo con deseo de venganza, porque Cañete muchos años antes le había cautivado, combatiendo con su bergantín con el mismo Caur Alí, que iba por arraez de una galeota. Y llevado a Valencia, do perdonado de su pecado y reconciliado con la Iglesia, se volvió de allí y huyó a Argel a ser moro, como diximos; y le tenía gran odio y deseaba la muerte, aunque otros afirman que por orden del Rey, que con esta ocasión quiso matar a Cañete, de quien todos temían,

no osando de otra manera, pues para ello no había razón ni causa; como quiera que sea, llegado Caur Alf al baño, llamó luego por Cañete, el cual, sintiéndose llamar, salió luego fuera de su aposento, pensando le llamarían para hacer algún servicio, y el Caur Alf le echó luego mano de un brazo, y díxole desta manera: «Perro, cane, cornudo, ¿parécete bien que te querías con otros tales como tú levantar con esta baño y con toda la ciudad? ¿Cómo, y pensabas tú que habías de salir con tu intento? Espera, que agora verás cómo se castigan los traidores». Y respondiéndole Juan Cañete que nunca tal cosa pensara y que todo eran invenciones para lo querer matar sin culpa; que mirasen que todos eran soldados que navegaban por la mar; que lo que a él hacían podía otro día acaecer también a ellos, respondióle el Caur Alf, atajándole, que andase para perro y se dejase de tantas palabras. Con esto él y los demás turcos le ataron luego las manos detrás con unos recios cordeles y le hicieron arrodillar en el suelo. Y estando mirando este cruel espectáculo muchos cristianos que allí se llegaron, vuelto el Caur Alf para ellos les dixo: «Mirad, perros cristianos, mirad bien, abrid los ojos, que así hacen a los traidores, y lo mismo han de hacer a todos los que aquí estáis». Y con esto, desenvainando un alfanje, le dió tres o cuatro cuchilladas en el pescuezo sin le cortar la cabeza. Lo que viendo un turco genízaro, y que Cañete estaba caído en tierra penando vivo, tomó el alfanje al Caur Alf, y echándole mano a la barba le degolló por el gznate y cortó la cabeza. El cual (según los que se hallaron presentes me dixerón) tomó esta muerte con muy grande paciencia y singular fortaleza, encomendándose a nuestro Señor Jesucristo con muy grande devoción, y así creemos que ese Señor le recibió en el cielo y en su gloria. Como le cortaron la cabeza y la apartó el genízaro del cuerpo, asió el Caur Alf della por

los cabellos, alzándola muy contento y triunfando; y dando los turcos renegados grandes voces y alaridos, como es su costumbre en las cosas de fiestas y placeres. Y desta suerte y con tan bárbaro triunfo salieron todos del baño y llevaron la cabeza a palacio, para que la mirase el Rey; el cual, harto de mirarla y los de su casa, volvieron el Caur Alf y los otros con ella al baño, y en la puerta por do se entra y se sale a la calle pusieron en lo más alto enclavada una asta de lanza, y en la punta della la cabeza de Cañete, para que de todos los turcos, moros, judíos y cristianos pudiese ser vista, como fué por espacio de dos días, en los cuales no quedó alguno de tan gran número de infieles que ellos y sus hijos no la fuesen a mirar. Y aun las mujeres fueron todas allá, y decían a los hijos: «Cata, aquél es Cañete». Este es el Caur Alf, que después, por discurso de tiempo, fué arraez y gran cosario, siendo tomado en la armada turquesca, que el señor don Juan de Austria venció en el año de mil y quinientos y setenta y uno, fué llevado a Roma con los demás turcos que al Papa Pío Quinto enviaron; y a quien después de tantas caricias que en Mesina y Roma le hicieron, mereciendo todos los tormentos del mundo, a la postre dieron con los demás tan honrosa libertad. Aunque no quiso Dios que un tan gran enemigo de su fe la gozase muchos días para volver a matar más cristianos de cuantos había muerto, sinnúmero y a diversos tormentos, muy crueles e inhumanos, porque antes de llegar a Constantinopla se murió en el camino. El día mismo que mataron a Cañete enterraron los cristianos su cuerpo; y acabado los dos días que estuvo la cabeza enclavada, dieron los turcos licencia para que la enterrasen con el cuerpo, allá do entierran de ordinario los cristianos fuera la puerta de Babaluete. Era Cañete de edad hasta sesenta años, de mediana estatura, moreno de cara, barbiblanco y de carnes medianas, mas robusto.

En el año siguiente de mil y quinientos sesenta y uno, a los diez y ocho de enero, pasando un moro de noche por entre aquellos jardines, que están más abaxo del castillo o burgo de Asán Baxá, de que antes habemos hablado, otros moros ladrones, de los cuales siempre hay muchos, que fuera de la ciudad roban y matan, tanto moros como cristianos, encontrando con él, que cuando mucho llevaría algún pobre alquicier o barregán acuesta, que es su ropa, le mataron. Y como allí cerca está un pozo, que hoy día se ve, echaron el cuerpo muerto dentro dél. El día siguiente, pasando por aquel paso otros moros y mirando qué agua tenía el pozo, vieron que estaba allí un cuerpo, y, sacándolo afuera, conocieron que era moro; y como es ordinario que luego ellos de todos los males echan a los cristianos la culpa, y los pobres siendo inocentes lo suelen todo pagar; y mirando hacia arriba, y viendo que un pobre cristiano andaba cavando en un jardín de su patrón, arremeten luego a él, imponiéndole que él matara aquel moro y no otro, le maniataron y, sin más pesquisa o indicios del caso, le truxeron a Asán Baxá. El cual, examinándole particularmente del caso, llamaba el pobre cristiano a Dios por testigo, afirmaba que ni él sabía de tal cosa, ni por pensamiento le pasara, y que ni había para qué él matase el moro, ni en caso que él le matara fuera tan necio que le echara en el pozo tan cerca. Mas antes le enterrara en una cueva, pues tenía su azada, que de continuo traía; ultra que era cierto como él todas las noches dormía en la ciudad en casa de su patrón, y que no salía al jardín sino siendo ya bien día y muy claro, estando, como estaba, tan cercano a la ciudad. Todas estas razones, y bien claras, daba el pobre cristiano mostrando su inocencia, tan manifiesta en un caso como aquél; pero como no tuvo quien allí le favoreciese y hablase una palabra por él, y, por otra parte, habiendo allí

tantos deseos de la sangre cristiana, más que lobos rabiosos que le acusaban; y en conclusión, siendo el pobre hombre cristiano (que basta este nombre para aquellos enemigos infieles así desear y procurar, como su misma salvación, la muerte a un cristiano), condenóle el mismo Rey (que era un crudelísimo bárbaro, hijo en todo de Barbarroxa), a que le cañaveasen, sin valerle algún modo de razón. Sería esto como dos horas después de mediodía, y luego, sin más esperar, así los moros que le habían traído al Rey atado, como los chauceces y ministros del Rey, y otros muchos turcos y moros que luego se suelen llegar para estas cosas, le llevaron fuera de la puerta de Babaluete, y, enterrándole hasta la cintura, allí donde venden la leña, le cañavearon con grandísima crueldad, invocando siempre el buen hombre el nombre de Jesucristo Señor nuestro, hasta que hartos de estos tormentos y que aún no estaba muerto, pero todo ensangrentado de las heridas de las cañas por toda la cara y cuerpo, le apedrearon cruelmente y acabaron de matar. Y luego un renegado de aquellos que le rescataron, de nación griego, que se decía Saín, se llegó a él y, abriéndole con un cuchillo sin ninguna piedad el pecho, le sacó el corazón, el cual envolviendo en un lienzo, lo traía después por gran hazaña y por muchos días en el seno, y aún fué cierto que todas las veces que comía echaba del un poquito en el plato y lo comía. Queriendo con esto mostrar cuán fino y legítimo renegado era, enemigo entrañable del nombre cristiano y su santísima fe, y particularmente de españoles, porque así lo decía él. Hecho que el renegado hubo esto, echaron los moros mucha cantidad de leña sobre el cuerpo muerto y le quemaron, si no fué algún poco de los huesos que después algunos buenos cristianos enterraron a escondidas. Era el buen cristiano inocente, español de nación, del reino de Castilla, de los que en el campo de Mostagán se perdie-

ron, mancebo de hasta veinticinco o veintiséis años, alto de cuerpo, poca barba, de color trigueña. Su nombre no fué posible saberle con cuantas diligencias he hecho muchos días.

En el año de mil y quinientos y sesenta y uno, en el mes de abril y en la misma semana de Pascua, que fué aquel año a seis de abril, acaeció en Tripol lo que agora diré. Un mozo de nación ginovés, que se decía Nicolín, fuera los años atrás cautivado de los turcos en una nave junto a Sicilia y llevado a Tripol de Barbaría, do con ruegos y amenazas tanto hicieron, que venciendo su flaqueza le hicieron volver turco. Túvome en su casa muchos años un turco muy principal, que era chaya o mayordomo de Dargut, que se decía Alichayá, el cual era renegado y de nación griego; por medio y con el favor deste griego renegado, vino el mancebo ginovés al cabo de algunos años a ser arraez de galeota. Con la cual y en compañía de otros baxeles de Dargut navegó algunos tiempos; pero, inspirado del Señor, con cuanto se veía, en cargos y con honra y riqueza, jamás dexó el propósito y deseo de, con ocasión, huirse para tierra de cristianos y volver al servicio y fe de nuestro señor Jesucristo. Y conforme a este intento y deseo, habiendo Dargut en el año del Señor de mil y quinientos y cincuenta y tres pasado en Pulla con la armada del Turco y puesto cerco sobre la ciudad de Bestia, en la cual jornada se halló también Nicolín con su galeota, de que era arraez y capitán, determinó en todo caso alzarse con el baxel y llevar juntamente con él todos los cristianos que en él estaban herrados y cautivos, para lo cual un día se separó de la armada que estaba sobre Bestia con su galeota, y diciendo que quería hacer agua se fué de allí más de dos millas, por la costa adelante, donde luego hizo escala; y estando suspenso y pensando si apellidaría libertad y mataría los turcos, parecióle al último que no era posible hacerlo por estar la galeota llena dellos y arma-

dos todos muy bien, y por tanto tomar antes por partido y más seguro salir también él y desembarcar en tierra con los demás turcos. Lo cual hecho, disimulando lo más que pudo, comenzó a apartarse de la compañía de los otros turcos, y alargado que vió y lexos dellos, tomó a gran priesa su camino y no paró hasta que llegó a Nápoles, do fué muy bien recibido y tratado del virrey, don Perafán de Ribera; y de allí se pasó a pocos días a la isla de Sicilia, donde entonces era maestre de campo de la Infantería española, y tercio de aquel reino, un caballero español que se decía don Luis Osorio, el cual, armando entonces una galeota suya para enviar en corso, y sabiendo que Nicolín se hallaba en Palermo, ciudad principal de aquel reino, envió luego por él y le rogó mucho que aceptase el cargo de patrón y capitán de aquella galeota, pareciéndole, y con razón, que siendo Nicolín tan plático en las cosas de la mar y del corso, lo haría mejor que ninguno otro, y no se engañó en pensarlo, porque en algunos viajes que hizo le sucedió prósperamente e hizo algunas presas ricas y muy notables. Después, en el año del Señor, como diximos, de mil y quinientos y sesenta y uno, en el mes de marzo, pasando el mismo maestre de campo, don Luis Osorio, a España en una goleta de Cigala, ginovés, que era en aquel tiempo muy famoso cosario, y en su compañía llevaba también a Nicolín, con intención de suplicar a su Magestad en la Corte, le hiciese alguna merced. Partidos, pues, de Mesina en la galera, tomaron su viaje por la parte de Mediodía de aquella isla de Sicilia: y llegados a la isla Fabiana, que está doce millas de Trapani, encontraron con tres gruesas galeotas de Tripoli, de una de las cuales era capitán Alí Ruez, de nación turco, y de la otra Xaban Ruez, también turco, y de la otra, otro turco buen cosario, las cuales, en viendo la galera cristiana, y sola, investiéronla al pun-



to, y por más que los cristianos pelearon valerosamente, fué al último entrada con muerte de algunos soldados valientes, y los demás todos presos y cautivos, entre los cuales fué el Cigala, con un hijo muy pequeño, de lindo talle y gesto que consigo llevaba, el cual después el Dargut Ruez presentó al gran Turco, y agora es Aga de los genízaros y capitán de la guardia del gran Señor; cautivaron también al dicho maestre de campo don Luis Osorio, y con él juntamente a Nicolín, ginovés, de quien hablamos. Y como fueron a Tripol llegados, como más principales entre todos los cautivos, fueron dados a Dargut. Y como Nicolín dende mozo se había criado en aquella tierra y entre aquellos turcos y renegados de Tripol, fué a la hora conocido de todos ellos. Había entre los más renegados uno que de nación era francés, y se decía Mani Frances, el cual, siendo del Chaya de Dargut, patrón de Nicolín, al tiempo que también él era renegado, había tenido palabras con Nicolín, por competencia y envidia, de quien más privaba con el Chaya. Acordándose, pues, ahora el renegado francés de las pasiones pasadas, y viendo a su competidor en otra tan diferente fortuna, como hombre baxo y de poco ser, quiso sobre una tan grande desgracia tomar de lo pasado venganza, y, por tanto, fuese luego al Dargut, y con grande instancia suya y de otros que tomó consigo, le importunó que en todo caso mandase muy bien castigar a Nicolín, dándole muerte tal, pues volviera a la fe cristiana, que fuese para otros escarmiento. Importunado Dargut, mandó le truxesen a su presencia: do llevado le preguntó por qué causa se huyera y volviera cristiano, a lo cual respondió Nicolín: Porque la ley de los cristianos en que vivieran sus padres y él naciera y se criara le parecía mejor y más segura para su alma. En oyendo esto Dargut, y más siendo instigado del renegado francés y de otros de que estaba rodeado, que habían acudido a ver

este espectáculo y juicio, sin más le replicar mandó que le llevasen de allí y le apedreasen y quemasen vivo. Por lo cual, asiendo del los renegados (principalmente por mostrarse buenos turcos) le quitaron delante de Dargut y le encerraron dentro de un aposento, poniéndole muy buenas guardias, en cuanto aparejaban lo necesario para su muerte. Dada esta sentencia y carcelado desta manera Nicolín, de todo fueron avisados don Luis Osorio y Cigala; y deseando remediarlo, trabajaron todo lo posible porque no se executase lo que Dargut había mandado, rogando unas veces y otras ofreciendo dineros y dones a los turcos principales y renegados, pero nada aprovechó, ni Dargut, por más que se lo pidieron, quiso revocar la sentencia. Y así un sábado, que fué a los doce de aquel mes de abril del año mil y quinientos y sesenta y uno, por la mañana, un gran número de renegados y turcos sacaron al buen Nicolín de la prisión en que estaba, y llevándole maniatado fuera de la puerta de Tripol, que hoy día se dice de Tajora, que está junto al castillo, le ataron a un palo, que en tierra estaba para esto hincado muy fuerte, y luego, con grandísima furia y crueldad le apedrearón, de manera que deshaciéndole toda la cabeza y cara y moliéndole todos los huesos, le mataron; y acabado esto, luego al momento echaron sobre él gran cantidad de leña seca con que le comenzaron a quemar, y ardiendo en grandes llamas de fuego en poco espacio volvió el cuerpo casi todo en ceniza. Quien allí se halló presente y todo lo vió, me dixo y afirmó que fué cosa maravillosa ver el bulto, semblante, ánimo, esfuerzo y fortaleza, con que el buen mártir de Cristo estuvo siempre constante, y con que recibió aquella muerte y martirio por su Dios. Y tanto, que los mismos renegados y turcos quedaron como atónitos y maravillados. Era el bienaventurado Nicolín de edad de hasta treinta y cuatro años, alto

de cuerpo, pocas carnes, lindos ojos y de muy buen talle y parecer.

En el año de mil y quinientos y sesenta y uno, a los primeros meses, revolviéronse los genízaros y turcos de Argel contra Asán Baxá, hijo de Barbarroxa, de tal suerte y con tan gran odio. que le achacaron quererse levantar con el Reino de Argel y sus tierras. Alegaban para esto que favorecía mucho a los moros y alarbes y que permitía al Rey del Cucuo (con cuya hija era casado y de quien hubo un hijo que hoy día está en Argel) y a sus vasallos que comprasen en Argel todas las armas que quisiesen, habiendo tenido siempre los turcos grande guerra con aquel Rey, aunque agora está en paz y a su obediencia. Por lo cual le prendieron, y al Belerbey suyo, o capitán general también, que se decía Aluch Alf Candelisa, de nación griego, y que entonces era en Argel el más principal renegado y había casado un sobrino, que se decía el Cay de Asán, con una parienta desta Reina y del Rey del Cucuo, y en grillos y a buen recaudo los enviaron en octubre del año de mil y quinientos y sesenta y uno a Constantinopla al turco dentro una galeota, con la relación de sus culpas, para que allá dellos hiciese justicia. Y en lugar del Asán Baxá envió el turco luego a cinco meses un turco principal que gobernase en Argel hasta que él otra cosa ordenase, el cual se llamaba Amat, y llegó a Argel en hebrero de mil y quinientos y sesenta y dos. Y como es ordinario que prendiendo alguno luego estos turcos le saquean la casa y cuanto hallan en ella, así lo hicieron al Asán Baxá cuando partió de Argel; venido el nuevo Rey, tomó también para sí algunos esclavos de los muchos que Asán Baxá dexara, con título de que los tomaba para el gran señor cuya ropa era aquella, que Asán Baxá perdiera por ser traidor, siendo en efeto para él mismo y para aprovecharse della, como hacen cada día con otros mu-

chos. Entre estos esclavos hubo a dos muchachos de muy tierna edad, porque ambos no llegaban a quince años, y ambos eran españoles, que se perdieron en el campo de Mostagán, siendo pajes de dos caballeros o soldados, uno de los cuales era de la villa de Pliego, de los que en aquella tierra se llaman los buenos, gente principal y honrada, y el otro era de Lorca, y de sobrenombre el Casado; los propios nombres no fué posible saberlos. A estos muchachos todo el tiempo, que fué dos años y medio, que los tuvo Asán Baxá, había trabajado en gran manera para hacerlos moros y turcos, como hiciera a otros muchos, prometiéndoles unas veces grandes bienes y regalos y otras poniéndoles grandes temores; pero de ninguna manera, con cuanto otros muchos y de más edad que no ellos lo hacían cada día, quisieron ellos ser moros. Y de la misma manera el Amat Baxá, nuevo Rey y amo, luego que vino procurando persuadirlos, y aun tentando hacer fuerza con ellos, que dexasen la fe de Cristo, tampoco lo pudo acabar con el otro, por lo cual, aunque servían en casa, no les mostraba voluntad buena. Acaeció, pues, a los cuatro del mes de abril de aquel año de mil y quinientos y sesenta y dos, que de un magazen o despensa donde estaban muchas cosas para la provisión de la casa del Rey, tomaron estos muchachos, como muchachos, un poco de tafetán blanco, para lo que ellos quisieron, no pensando ni advirtiendo que lo podrían hallar menos, y siendo cosa de no mucha sustancia; pero a pocos días, y no se supo bien cómo, el guardián del magazen fué avisado cómo ellos habían tomado aquellos pedazos de tafetán; y como él no los tenía menos mala voluntad que el Rey, al punto se fué a él y se lo refirió de la manera que quiso, de la cual (y más estando ya el Rey de mal humor para con ellos) se indignó en gran manera; y mandó que al momento los tomase y encerrase en la cárcel, que

en casa del Rey está, diciendo que los había de matar a palos, porque no usan otros azotes con grandes ni pequeños. Mas pensando el Rey después que esta era ocasión buena para acabar con los muchachos, lo que tantas veces él y otros no pudieran acabar con halagos y amenazas, envióles a decir algunas veces por turcos y renegados que si ellos se volvían moros les prometía perdonar y hacerles mucha merced; de manera que no se trataba de castigo, si bien alguno mereciesen por aquella travesura de muchachos. Mas, en efeto, el demonio, que como león hambriento nunca duerme, tomando al Rey por instrumento en aquella ocasión, trabajaba con sus acostumbradas astucias y artes, engañar aquellos simples y tiernos mozos para eterna perdición y condenación de sus almas. Por lo cual nuestro Señor (como en este negocio ya se trataba de la gloria de su nombre) fué servido prevenirlos con su gracia y darles un nuevo espíritu de varones perfectos para que tan admirablemente defendiesen su honra, su gloria y su nombre. Y así, tanto que ellos oyeron la embajada del Rey, la cual, no una vez, más muchas los turcos y renegados les traían, respondieron todos, con maravilloso esfuerzo y libertad, diciendo: que no sólo no lo harían, pero que aunque les diese el Rey mil tormentos todo habían de padecer y sufrir por amor de Dios. Con tan libre y cristiana respuesta se indignó el Rey mucho más, y viendo que nada aprovechaban sus ofrecimientos y amenazas, quiso circuncidarlos y hacer turcos por fuerza, como suelen hacer cada día a muchos cristianos, especialmente a los muchachos y mozos. De lo cual siendo avisados los benditos mozos, quedaron con grandísimo temor, y pesándoles en extremo si tal cosa el Rey hiciese; llaman de la cárcel donde estaban a todos los cristianos de la casa del Rey, que por la puerta y delante dellos pasaban, y refiriendo con grande sentimiento lo que habían entendido de

la intención y propósito del Rey en hacerlos por fuerza turcos, les decían y protestaban muy encarecidamente que todos les fuesen testigos para en todo tiempo que si el Rey tal cosa hacía, que ellos no consentían en ello, y aunque siendo atados de pies y manos los retajasen por fuerza, como a otros solían hacer, que ellos eran cristianos y cristianos habían de ser. Lo cual como supiese el Rey que ellos tan animosamente decían, acabó de resolverse en no esperar más y matarlos con grandísimos tormentos. Y así, inflamado en cólera, muy indignado, mandó que truxesen a su puerta dos caballos, y, traídos, mandó que atasen a los benditos mozos a sus colas y los arrastrasen así vivos y despadazasen por las calles de Argel. Hicieron luego los ministros del Rey lo que mandaba, y sacando a los dichos mozos de la cárcel, y desnudándoles sin les dexar más que unos calzones de lienzo, los llevaron a la calle delante de la puerta del Rey, y con sendas sogas los ataron cada uno a la cola de su caballo. Lo cual estando haciendo los turcos y atándolos muy fuerte, el de Priego, con el temor de la muerte, dixo a los turcos: «Desatadme, que yo me volveré moro.» El otro, de Lorca, que esto le oyó decir, inflamado en vivo amor de Dios y celo de su honra, revolió los ojos a él y díxole estas formales palabras: «¿Cómo, hermano? ¿Agora es tiempo deso? No, sino encomendarnos a Dios y a Nuestra Señora y morir como cristianos.» Las cuales palabras, como el compañero oyese, respondióle desta propia manera: «Hermano, la Madre de Dios me ayude, que el demonio me engañaba. Jesús, Madre de Dios.» Y tras esto comenzaron exhortarse uno u otro con un espíritu tan grande, que ponía en los mismos turcos espanto. Los ministros del Rey, viendo esto, comenzaron a aguijar los caballos y arrastrarlos por todas las principales plazas y calles de todo Argel, las cuales todas están empedradas, quedando todas teñi-

das de la sangre inocente y bendita, y desta manera los mataron cruelmente, deshaciendo todos los miembros y moliendo todos los huesos de los mártires de Cristo, en lo cual (como me lo afirmaron personas que lo vieron) fué admirable la fe, la paciencia y constancia de aquellos benditos muchachos, porque no dejando jamás el benditísimo nombre de Jesús y de la Madre de Dios de sus bocas hasta la muerte, no parecían en sus obras ser muchachos, mas varones muy perfectos y constantísimos, en la confesión de nuestra santísima fe cristiana. Ya que los turcos se cansaron de arrastrarlos por todas partes, aun después de estar muertos volvieron con ellos a la misma puerta del Rey, do estando ya en aquella plazuela que allí se hace puestas dos horcas por mandado del mismo Rey, en ellas ahorcaron los santos cuerpos. Era esto un lunes a treinta del mes de marzo de aquel año de mil y quinientos y sesenta y dos, el segundo día de Pascua, como las tres horas de la mañana como en España contamos. A las cuatro o cinco horas de la tarde un mercader muy honrado y muy cristiano mercader, natural de Granada, que se decía Martín de Baeza, que poco antes había llegado a Argel con limosna del arzobispo de Granada a rescatar cristianos, se fué al Rey y pidió por merced le dexase enterrar aquellos cuerpos, lo cual consintiendo, luego el dicho Martín de Baeza con algunos cristianos, baxándolos de las horcas, los fueron a enterrar allá fuera de la puerta de Babaluete, en el cementerio que allí está a la marina de cristianos.

En el año de nuestro Redentor Jesucristo de mil y quinientos y sesenta y dos, el Turco volvió a enviar a Argel por Rey y Gobernador al Asán Baxá, hijo de Barbarroja, de que atrás habemos hablado, porque informados bien de las culpas que los genzaros le ponían y porque le habían enviado en hierros a Constantinopla, halló que todo eran sospechas y

nada de lo que decían verdad, valiendo también mucho la memoria y servicios de su padre Barbarroxa. Y habiendo llegado a Argel de Constantinopla en el mes de septiembre de aquel año de mil y quinientos y sesenta y dos, acaeció en el mes de noviembre siguiente del mismo año, que vivía en las montañas que están enfrente de Argel, hacia Mediodía, distantes como quince millas, un moro en una ermita, de muchas que los moros suelen por aquella montaña tener, en que viven algunos que hacen vidas de eremitas y solitarios, el cual, inspirado sin duda (por lo que podemos juzgar) de Dios, desamparando su ermita se vino a la ciudad de Argel, do llegado a pocos días, estando unos moros conteniendo sobre cierta diferencia que tenían fuera de la puerta de Babazón, que mira hacia Levante. y jurando ellos por Mahoma, y diciendo que era profeta de Dios, el moro ermitaño que estaba presente comenzó a reprehenderlos de que no dixesen tal cosa, ni llamasen a Mahoma Profeta de Dios, porque no lo era, ni había otro Dios sino uno y solo, el cual era aquél que creían y adoraban los cristianos. Los moros que esto le oyeron decir quedaron maravillados, y vueltos a él le dixeron que ¿cómo decía y afirmaba tal cosa? Que mirase lo que decía. A los cuales una y otra vez, con grande instancia y muy ahincadamente, respondió el moro que lo que decía era verdad y que no había otro Dios, sino sólo el de cristianos. Viendo los moros que esto decía, y dando voces grandes sobre esto (con que luego otros acudieron y llegaron), asieron dél y al punto le llevaron al Rey. El cual, siendo informado dellos de lo que aquel moro dixera, vuelto a él le dixo: «¿Cómo, y es verdad que dixiste que no hay otro Dios sino el Dios de los cristianos?» A esto respondió el moro con una constancia muy grande: «Sí, Sultán, que lo he dicho, y esa es la verdad que otro Dios no hay, sino el Dios de cristianos». Quedó el Rey y to-



dos los turcos maravillados de oírle afirmar aquello con tan grande constancia. Y díxole luego el Rey: «Desa manera cristiano eres tú y no moro». A esto respondió el moro: «Lo que dixere, Sultán, es la verdad, no hay otro Dios sino el Dios de cristianos, y esto tengo, creo y afirmo». Como el Rey le vió tan determinado en esto comenzó a llamarle de perro, cornudo, cristiano y púsole nombre Martín, diciendo que no era moro, sino Martín; aludiendo al nombre del señor don Martín de Córdoba, que hoy es Marqués de Cortes y Capitán general de Orán y sus plazas, que no había mucho que estuviera allí en Argel cautivo y en poder del mismo Rey Asán, hijo de Barbarroxa. Y ordinariamente por esta causa solían entonces llamar los moros a todos los cristianos Martín, como hoy día suelen llamar a todos Juan. Y con esto juntamente, mostrándose el Rey muy airado porque Martín aquello dixese, mandó a los moros y turcos que allí estaban que, para castigo de tal osadía, de alabar de aquella manera públicamente y en su presencia al Dios de cristianos, le apedreasen vivo y quemasen luego al punto. No se demudó nada Martín por le tratar desta manera, ni por el temor de la muerte tan cruel a que se vió condenado retrató lo que dixera; más antes, estando en todo constante y mostrando alegría de que todos, así moros como turcos, le comenzaron a llamar y a tratar de Martín (el cual nombre él de buena gana aceptaba), ofrecióse de buen ánimo y voluntad a la muerte. Y así caminando con él fuera de la puerta de Babazón, le llevaron al mismo lugar donde él primeramente reprehendiera los moros y afirmara que sólo el Dios de cristianos era el verdadero Dios y no otro, el cual lugar es el mismo do se vende la cal, como doscientos pasos fuera de la misma puerta. Fué grandísimo el número de moros que acudió a la voz de que le llevaban a matar, y no se oía otra cosa por la tierra sino llevar apedrear y quemar vivo

a Martín, por acá va Martín, allá va Martín. De manera que todo era Martín y no se oía otra cosa. Llegados que fueron con él a aquel lugar le ataron a un palo, manos atrás por la cintura, y tirándole infinito número de piedras, le deshicieron toda la cabeza y bañaron en mucha sangre, con la cual piamente creemos fué bautizado, y estando siempre constante en lo que dixera y confesara, murió contentísimamente. Cansados que fueron los moros y turcos de tirar piedras, echaron mucha leña seca sobre él y quemaron el cuerpo, y después derramaron por todas partes las cenizas. Era Martín, a lo que mostraba, hombre de hasta treinta años, barbinegro, alto de cuerpo, seco y de pocas carnes, y moreno, como lo son aquellos moros; serían los catorce o quince de noviembre de mil y quinientos y sesenta y dos cuando esto acaeció.

Luego el mes siguiente de diciembre del mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos, acaeció lo que agora diré. Al tiempo que era Rey de Argel Amat Baxá, turco, de que antes hemos hablado, había en Argel un renegado, de nación corso, que se decía Morat Arraez, el cual, habiéndose ido a Orán en otro tiempo a volver cristiano, y siendo allí del conde don Martín de Córdoba y general de Orán y sus fuerzas muy bien recibido y tratado, cuando el dicho conde fué muerto y desbaratado en la jornada de Mostagán, cautivó también en ella el dicho renegado, llamándose Sebastián Paulo; y queriéndole Asan Baxá, hijo de Barbarroxa, entonces quemar vivo, porque huyera y se fuera a volver cristiano, persuadiéronle al Rey que no era verdad que él se volviera cristiano, mas que fuera siempre en Orán turco, y lo era también agora, y que por fuerza le había traído el conde en aquella jornada. Aplacada la ira del Rey, y pasado aquel ímpetu primero, volvió Sebastián Paulo a ser Morat Raez, y como plático de la mar, en que de niño se criara, volvió a proseguir el corso, y en

breve tiempo vino a tener de suyo una buena galeota, la cual, deseando adobar y rehacer, y teniendo necesidad para ello de madera y tablazón, en el mes de abril de aquel año de mil y quinientos y sesenta y dos, rogó a un renegado capón, muy privado del Rey Amat, que se decía Ferat Agat, que le prestase los cristianos que tenía de una galeota en que de Constantinopla vinieran con el Rey su patrón aquel año, para armar la suya, y ir a Argel y ir a Sargel, y Abiscari a traer leñame, por ser aquellas tierras de toda suerte de árboles muy abundantes. El Ferar Agá hizolo de buena voluntad, y mandó a sus cristianos que se embarcasen en la galeota de Morat Raez, los cuales casi todos eran de nación españoles, que había poco se cautivaran en la mal afortunada jornada de los Gelves, año de mil y quinientos y sesenta, y muchos dellos soldados aventajados principales. Como los cristianos supieron que iban de aquella manera y que no debían de ser muchos los turcos que fuesen en la galeota, concertaron entre sí de alzarse con ella, y platicando esto con otros soldados españoles y cautivos que entonces se hallaban en este Argel, persuadieron a cuatro que no eran de su patrón más de otros turcos, que habidas algunas armas se embarcasen en la galeota ascondidamente: y fueron éstos Francisco de Soto, Diego Lorenzo, de Málaga; un tal Maqueda, natural de Arjona, y otro Calatrava, natural de Ubeda. Los cuales, ascondiéndolos el compañero o despensero de la galeota, que entraba en este concierto dentro la meza y cámara de medio, al tiempo que la galeota llegó junto a Sargel, que está sesenta millas de Argel hacia Poniente, y que los turcos de la galeota comenzaron a desembarcar quedando en ella muy pocos, salieron los cuatro soldados de abaxo, do estaban ascondidos, y arremetiendo con sus armas, dos a proa y otros dos a la popa, y con esto, alzándose todos los demás cristianos y fa-

voreciéndole con palos y pedañas y otras cosas que a las manos hallaban, fácilmente se hicieron señores de la galeota, echándose a la mar esos pocos de turcos que en ella había, y quedando hasta tres o cuatro solamente cautivos. Ya que los cristianos a gran prisa se ponían todos en orden para irse con la galeota, el Morat Ruez, señor della que en tierra estaba, por que de los primeros desembarcara, echóse al punto a nado, y comenzó a dar voces a los cristianos que le recogiesen en el baxel, porque se quería ir con ellos. Lo cual como ellos viesan, y que de su propia voluntad venía, le tomaron y le recogieron en la galeota: y en pocos días, siendo el tiempo bueno, dieron consigo en España, y se fueron a la corte, donde su Magestad el Rey don Felipe Segundo, hizo a todos mucha merced. Porque al Maqueda y Diego Lorenzo los hizo capitanes de Infantería, y murieron después honradamente en galera, cuando la guerra de Granada. Al Calatrava y Francisco de Soto hizo también otras mercedes. Y al Morat Ruez, o Sebastián Paulo, el Príncipe don Carlos lo recibió en su servicio, holgando mucho de verle tirar con un arco turquesco, que el Sebastián Paulo hacía maravillosamente. Aunque después fué en el Puerto de Santa María tomado, queriendo huir para Berbería con otros tres o cuatro renegados que allí estaban: y constando como había tentado, y vuelto del estrecho con mal tiempo, fué condenado a muerte, y le dieron un garrote, y después le tiraron seis o siete cañas, porque así decía la sentencia fuese cañaveado, y cortándole la cabeza, la pusieron sobre una de las puertas de la ciudad. Habiendo, pues, como dixé hecho su Magestad merced a todos, y quedando muy satisfechos, cada uno se fué para donde más le agradó. El Francisco de Soto, siendo aficionado a las cosas de la mar y del curso, con lo que el Rey le hizo merced, y pudo de otras partes juntar, se vino a la Isla y ciudad de Ma-

llorca, y allí en el año de mil y quinientos y sesenta y dos, compró y armó un bergantín muy bien en orden con el cual se vino a la vuelta de Berbería, y llegando al cabo de Tenez, que está para Poniente deste Argel sesenta millas, encontró con una galeota de turcos, que venía de su corso, con la cual combatiendo valerosamente, aunque el baxel cristiano era menor, y la gente menos en número, estuvo la vitoria en duda, por un grande espacio de tiempo, hiriéndose y matándose unos a otros, y casi a tiempo que los cristianos hacían retirar los turcos con grande ímpetu y esfuerzo, fué la desgracia, que peleando valerosamente el Francisco de Soto con una espada y rodela, cayó entre los bancos, do quebró una pierna. Con el cual desastre, perdiendo ánimo los compañeros, apretaron con ellos los turcos, de manera que entraron el bergantín, y con muerte de algunos le rindieron y tomaron. Habida esta vitoria, los turcos se vinieron con la presa a Argel, y sería esto a los primeros de diciembre, de aquel año de mil y quinientos y sesenta y dos, y a los cuatro de aquel mes los turcos arribaron a Argel. Do presentando luego al Rey Asán, que entonces gobernaba, hijo de Barbarroxa, al Francisco de Soto, e informado de muchos que la conocieron luego, como había sido el principal en el levantar la galeota de Morat Ruez, como diximos: sin más esperar el Rey, otro día que fueron los cinco de diciembre, le mandó apedrear vivo y quemar, en venganza de lo que había hecho antes, y así luego que fué mañana, un número grande de turcos, de los cuales eran algunos de los que se habían hallado y echado a la mar, cuando alzaron la galeota, sacaron a Francisco de Soto, así como estaba malo y con la pierna quebrada, allá fuera de la puerta de Babaluete que mira entre Poniente y Tramontana, y en el Arrenal grande que está junto al cimiterio y enterramiento de los cristianos, do suelen los turcos

tirar flechas, le enterraron hasta la cintura en un hoyo que en la arena hicieron; y teniendo las manos atrás atadas, le apedrearón crudelísimamente, hasta que le deshicieron toda la cara y cabeza: y cansados desta bárbara crueldad, entregaron el cuerpo a muchos de aquellos moros que por allí se hallaban, y mandaron le arrastrasen como lo hicieron. Porque atándole a los pies una sogá, le truxeron desde el Arenal arrastrando, hasta donde venden la leña, cerca de la puerta de Babalúete, tirándole siempre los moros, mozos y muchachos, muchas piedras por el camino, tratándole como a un perro muerto. Llegados allí, echaron alguna leña encendida sobre el cuerpo, de manera que no se acabó de quemar, y quedando allí mucha parte del cuerpo por algunos días, nunca permitieron le enterrasen cristianos. Era Francisco de Soto de hasta cuarenta años, barbinegro, de cuerpo bien formado, pocas carnes, gentilhombre de muy linda gracia y talle.

El año de mil y quinientos y sesenta y tres el mismo Asán Baxá, o que quisiese ganar honra con hacer algún notable servicio al gran turco, o lo que muchos dicen, por vengarse de los genízaros, que el año de mil y quinientos y sesenta y uno, en ocho de octubre, le habían embiado maniatado al turco y en hierros, con decir que se quería hacer señor de Berbería y alzarse con esta tierra, emprendió de querer tomar a Orán, y la plaza de Mazaquevir, y para esto juntando el mayor poder que le fué posible, salido de Argel a quince de febrero de aquel año de mil y quinientos y sesenta y tres, llevando por tierra hasta quince mil turcos y renegados, y más de veinte mil moros y alarbes de a pie y de a caballo, con alguna artillería de campo, y por mar envió hasta cuarenta baxeles de remos, y dos saetias francesas, y dos carabelas, una de ginoveses, y otra de catalanes, que acaso se hallaban en Argel, cargadas de mucha artillería, municiones y vituallas.

Eran los tres de abril, cuando Asán Baxá con sus turcos puso cerco sobre Mazaquevir, así por tierra como por mar: y con cuanto la batió furiosísimamente, y le dió muchos asaltos, nunca la pudo tomar con pérdida de muchos turcos, defendiendo aquella plaza valerosamente el señor marqués, que hoy es, de Cortes, don Martín de Córdoba, capitán general de Orán y sus fuerzas, hasta que siendo ya dos meses y medio que el cerco duraba, y viniendo de Italia el Príncipe Doria con muchas galeras a socorrerla, y don Francisco de Mendoza, general de las galeras de España, también con ellas, fué forzado el Asán Baxá levantar el cerco y volverse a Argel con grande pérdida. Do llegados a los veinte y cuatro del mes de junio, los cosarios, que eran muchos, y que con el dicho Asán Baxá se habían hallado en aquella jornada, vinieron muy descontentos, así porque no salieron con su intento, como porque con la ocasión de aquella guerra habían perdido todo el verano, sin salir en corso de que viven y se sustentan, en tal manera, que, dexando de robar dos meses, a la hora mueren de hambre, que no se sabe como el diablo les lleva en una hora, lo que ganan y roban todo un año. Por lo cual llegados que fueron a Argel, luego se alistaron todos, y comenzaron a salir a todas partes en corso. Acaeció, pues, que dos destos cosarios, que iban en dos galeotas, una de diez y ocho bancos y otra de veinte, tomaron cerca de la isla de Mallorca un bergantín armado de cristianos, cuyo patrón se decía Jaime Puxol, un valeroso marinero, de nación mallorquín, el cual siendo en las costas de la mar muy plático, y en la costa toda de Barbaria, con este bergantín hacía grandísimos daños a los moros de toda ella. Al tiempo que estos dos cosarios salieron de Argel para su corso, era fama pública aunque falsa, como después claramente se vió, que en la ciudad de Mallorca habían quemado vivo a un renegado ve-

neciano, el cual desembarcando en aquella isla con otros turcos a robar, fuera de los mallorquines tomado y preso. Y no pasaron muchos días que el mismo renegado huyendo de Mallorca se volvió para Argel y le vieron todos, y aun quien esto me dixo y contó. Pero lo que entonces se decía, se tenía por muy cierto y sin duda. Por lo cual todos los cosarios, especialmente los renegados, estaban en estre- mo grado indignados y coléricos, y tanto que las dos galeotas tomaron este bergantín que diximos, acordaron luego los turcos y renegados que en las galeotas se hallaban, y concertaron entre si, de quemar vivo en llegando a Argel al dicho Jaime Puxol en venganza de la muerte del renegado, que crefan ser quemado, así porque él era de Mallorca, de cuyos naturales ellos deseaban en aquel caso la venganza, como porque siendo Puxol entre todos aquellos que en el bergantín cautivaron el más principal y señalado, pues era patrón del baxel, juzgaban que el castigo y venganza más señalada y notable sería. Por tanto, vueltos que fueron a pocos días a Argel, dieron della parte al Rey, el cual sin contradicción aprobó su intención. Por lo cual le entregaron al dicho Jaime Puxol para que le mandase entretanto guardar en su baño y prisión de sus cautivos, do estaría más seguro y bien guardado. Llevaron a Jaime Puxol al baño del Rey y le echaron una muy gruesa cadena, no permitiendo que llegase por ningún caso a la puerta. Desta suerte estuvo Puxol encerrado algunos meses, y parecía que ya los renegados o se resfriaban de su deseo o no se curaban de su intento primero, hasta que en el mes de marzo siguiente del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro volvieron algunos dellos a tratar de aquel negocio, y lo avivaron de tal suerte, que se resolvieron en no esperar más y quemar luego vivo a Jaime Puxol. Serían, pues, los doce días de aquel mes de marzo



cuando con este propósito se juntaron una copia de renegados en casa del Baxá y le suplicaron de nuevo con grandísima instancia les dexase efetuar su intento y deseo. No se hizo de rogar mucho el Rey, porque ningún escrúpulo tienen, antes muy gran gusto en derramar cruelmente la sangre cristiana, y demás estaba tan aterrorizado de cuando los de Argel le enviaron a Constantinopla los años atrás, que no osaba descontentar a ninguno o negar lo que pedían. Y así, habiendo el Rey dicho que hiciesen como quisiesen, luego los renegados se aparejaron. A este mismo tiempo estaba en el mismo baño del Rey cautivo un padre de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, que se decía fray Garao, el cual era de nación catalán, natural de la ciudad de Vich, y de edad casi de setenta años. Pocos días había que pasando en una fregata dende la ciudad de Barcelona a la isla y ciudad de Mallorca, por mandado del Provincial de Cataluña con cargo de vicario general en la isla de Mallorca, fuera cautivado con otros dos religiosos de su Orden y sus compañeros, uno de los cuales era su sobrino y se decía fray Bautista Ven y el otro fray Pablo Barceló, y con ciertos criados del obispo de Mallorca que en la misma fregata pasaban con ropa del dicho señor, y como es costumbre que de todo lo que roban los cosarios, así cristianos como ropa de mercadería, toma el Rey de Argel el quinto para sí, cúpole a su parte el reverendo Padre fray Garao, y, por tanto, le tenía en su baño entre los otros sus esclavos y cautivos. Fué, pues, el caso que al tiempo que el Rey dió licencia a los renegados para quemar vivo a Puxol, queriendo aún más contentarlos, les dixo: «Y si vosotros no os satisfacéis con vengaros en ése, tomad si queréis otro más de mi baño y quemadle.» No lo hubo el Rey dicho a sordos, más besándole por eso los renegados la ropa como usan, y nada mostrándose perezosos, saliéronse luego afuera y acordaron

entre sí que pues el Rey les daba a escoger cual de sus cristianos quisiesen, que sería bueno fuese el buen padre fray Garao, porque siendo este religioso tan venerable, les parecía que afrentaban más los cristianos y su venganza muy más ilustre sería. Con esta resolución, se volvieron al Rey diciéndole que para qué quería aquel viejo corcovado catalán y papaz de cristianos, diciendo esto por el padre fray Garao, que era por su vejez corcovado, y llaman ellos a los sacerdotes cristianos papaces, que si le parecía, aquél querían ellos quemar juntamente con Puxol. A esto respondió el Rey, con la misma facilidad que antes, que hiciesen como decían. Con esto mandaron los renegados al punto acarrear gran cantidad de leña seca a la marina, que señalaron para el bendito y glorioso martirio de los dos siervos de Cristo, que desto ninguna cosa sabían. Y juntamente con esto dieron orden que en lo último del muelle, y cerca de donde está la torre de la linterna, en dos hoyos muy grandes se enterrasen dos hierros de galeras o áncoras con las astas hacia arriba, que quedaban como columnas, en las cuales habían de ser atados como fueron los mártires benditos de Dios. Hecho esto, que no tardó muchas horas, fuéronse los renegados al baño del Rey, acompañados de una multitud de turcos y moros; y llamando al padre fray Garao, tanto que vino, sin le decir cosa alguna, mas de viene por aquí, le asió uno del brazo y le llevaron a casa del Rey, para que él viese que nunca le había mirado, y diciéndole que aquel era el Papaz, él les volvió a decir que hiciesen dél lo que quisiesen; por lo cual muy contentos los renegados, dexaron en el patio al padre fray Garao en buena guardia, y vueltos al baño llamaron por Jaime Puxol, el cual estaba comiendo con otros cristianos amigos, y bien descuidado de la merced tan señalada que Nuestro Señor le pretendía hacer; sintiéndose llamar, Puxol salió al punto

fuera, pensando le llamaban para cortar alguna vela, porque como lo sabía muy bien hacer, servíanse dél los turcos en este oficio los meses que allí estuvo. Sin le decir cosa alguna asieron dél por el brazo y lleváronle a la misma casa del Rey, do tanto que llegaron hicieron todos un gran corrillo, hallándose en él la mayor parte de los renegados de Argel, con un gran número de turcos y moros de la tierra, que como son muy amigos de ver y oír nuevas, acudían, como es de su costumbre, a ver aquel espectáculo, de que ya por la tierra andaba la voz. Y ansí como estaban ayuntados, tenían en medio a los dos siervos de Dios como están dos corderos entre lóbos, mostrándose muy rabiosos y coléricos, repitiendo muchas veces si sabían que los habían de quemar vivos a ambos. Y que si era razón que en Mallorca hubiesen quemado al renegado. Y que si pensaban haberlo con gente que no sabía tomar venganza. Y tras esto, diciéndoles mil afrentas e injurias como suelen, no les respondiéndolo los siervos de Dios más de que ellos no sabían tal cosa. Al cabo, y que en esto gastaron más de dos horas, vino aviso como ya estaba todo aparejado; lo cual sabido, quitaron luego a Puxol la cadena que tenía a la pierna, arrebatándole, y a su compañero fray Garao juntamente con él, comenzaron a caminar con ellos hacia el muelle y marina. Iba tras ellos un gran número de moros Baldis y Cabayles, y principalmente muchachos, que con voces y alaridos hundían el cielo de contentos y alegres porque llevaban a quemar dos cristianos. Pero en medio de tan grande confusión y vocerío de gente, y con verse llevar los siervos de Cristo a la muerte tan cruel y espantosa, fué admirable su virtud, constancia y fortaleza. Porque no sólo no se vió en ellos o notó algún modo de flaqueza; pero (como personas que con sus ojos lo miraban, y aún renegados me lo dixeron) por todo el camino iban ambos encomendándose a nuestro Señor

con tanta devoción y con voz tan clara, que hasta los que estaban acostados a las paredes de las casas por las calles mirando como pasaban, los oían distintamente. Y particularmente al buen padre Garaó, como era sacerdote, iba rezando algunos psalmos y oraciones en latín; y como los turcos y renegados que la oían no entendiesen aquella lengua, burlábanse dél y decíanle: «¿Qué dices? ¿Qué parlas. Papaz? ¿A quién llamas? ¿Con quién hablas? ¿Encomiéndaste a Dios y tú no ves que no te oye? ¿Para qué llamas por él?» Pero el varón de Dios no cesaba por eso de rezar y llamar por el Señor con muy grande devoción, así por el camino como después estando en el tormento y hasta que rindió su espíritu al Señor. Desta suerte, pues, llegaron los renegados y turcos con ellos a la marina y a la Isleta, que están al cabo del muelle, do así como iban vestidos los ataron a las dos astas de las áncoras que diximos, desta manera: que al Padre fray Garaó ataron primero por la cintura, con una sogá de cáñamo nueva y fuerte, y las manos atadas atrás a la asta; y en la otra asta, que desta estaba distante como doce pasos, ataron a Jaime Puxol diferentemente, porque estando atada una punta de sogá de cáñamo a la asta, con la otra punta de la misma sogá (y sería toda ella de veinte palmos) ataron a Jaime Puxol por la cintura, de manera que se podía arredrar de la asta como doce palmos, y las manos le ataron atrás con unos recios cordeles. Estando, pues, ambos atados desta manera a los patíbulos, rodeáronlos de mucha leña y brusca, que quedaba arredrada dellos y en círculo, de manera que ardiendo no les quemase, más tostase, y muriendo no muriesen, o acabasen con aquel tormento tan presto. Así fué, porque puesto el fuego y ardiendo la leña en vivas llamas, no llegaban a ellos, más de lexos los secaba, consumía y tostaba, que era la cosa más lastimosa que se podía imaginar. Y aun no con-

tentos con esto traían los crueles renegados cántaros de agua, y como los mártires de Dios estaban fatigados, secándose con el fuego se lo echaban encima y bañaban dende la cabeza hasta los pies, lo cual no les era refrigerio, mas causa de mayor tormento, porque volvían luego atizar mucho más el fuego y a tostarlos otra vez con grandísima crueldad. Y aunque algunos de los turcos mostraban tener alguna compasión humana, los renegados más crueles que fieros tigres, se mostraban muy solícitos, muy contentos y alegres, hasta que a cabo de algún espacio, el buen padre Garaó, como era hombre viejo y flaco, no pudiendo resistir más el tormento, baxando la cabeza, que tuviera hasta entonces siempre alzada, y con los ojos en el cielo fijos, encomendándose a Dios, con una voz tan esforzada, clara, que cristianos que de lexos estaban mirando le oían; expiró, dando su bendito espíritu a Dios su Criador y Redentor, y cayó sobre un lado; lo cual viendo los renegados, le acostaron toda la leña, echándola sobre el cuerpo y haciéndola de nuevo arder. De la otra parte, el bendito Jaime Puxol, como era de menos edad, de más fuerzas y más recio estuvo más en morir, penando terribilísimamente, porque estando rodeado de todas partes de llamas vivas y muy grandes, que le tostaban las entrañas, como la sogá en cuya punta estaba atado tenía largura, el temor natural de la muerte, y de muerte tan cruel, le hacía apartarse para una parte y otra, y que caminase muchas veces alrededor de la áncora, por el círculo de las llamas que ardían; de lo cual los renegados daban grandes voces y risadas de contento, viéndole de aquella manera penar y morir tan fieramente, hasta que uno de los renegados, compadeciéndose del, que ya las entrañas humanas eran forzadas a hacerlo, echó mano de una piedra, sin que sus compañeros lo supiesen, y llegándose cerca, le dió a gran fuerza con ella en mitá de la cabeza tan gran golpe,

que le hizo caer muerto. Visto esto por los otros renegados, cada cual asíó también de su piedra, y con un terribleísimo ímpetu le apedrearon y molieron los miembros y huesos, y fueron tantas las piedras, que quedó el cuerpo casi todo cubierto. Pero ni con esto aún se dieron los renegados por contentos, porque arredrando luego las piedras a una parte, echaron toda la leña que ardía y otra más sobre el cuerpo para que le volviese en ceniza; y así fué, porque ardiendo ambos los cuerpos de los benditos mártires de Cristo toda aquella noche, a la mañana, si no fué algún poco dellos, todo lo demás se volvió en ceniza y polvo; las cuales queriendo y tentando algunos cristianos recoger y enterrar no lo osaron hacer, por causa de los renegados y turcos. Los cuales, después al cabo de tres o cuatro días, las cenizas y huesos y algunas partes de los cuerpos que no estaban bien gastadas, las derramaron por toda aquella marina, aunque dicen que alguna parte recogieron después algunos cristianos, que enterraron fuera de la puerta de Babaluete, en el cimiterio de cristianos; mas no se sabe determinadamente en qué lugar. Era el padre Garao, como diximos, hombre viejo, de casi setenta años, todo cano, de mediano cuerpo, pocas carnes y flaco, y un poco corcovado por causa de su vejez. Dicen algunos (no lo afirmo) que al tiempo que expiró se vió una paloma, que dende el lugar de su gloriosa muerte subía al cielo; y aún hoy día lo dicen muchos. El bendito Jaime Puxol sería de hasta cincuenta y cinco años, baxo de cuerpo, rehecho en carnes, pero no demasiadas, barbicano por la mayor parte y bien proporcionado.

El año siguiente de mil y quinientos sesenta y cinco, siendo aún Rey y gobernador de Argel, el mismo Asán Baxá, concertaron entre sí algunos cristianos cautivos que en Argel se hallaban de hacer venir de la isla de Mallorca una barca, o

bergantín, para huir en él, y pasar a la dicha isla y tierras de cristianos. Fué participante deste concierto, y aún dicen algunos que principal autor, un mancebo renegado de nación ginovés, de edad hasta veinte años, que se decía Morato: el cual tocado del Señor, y conociendo su error, deseaba en extremo volverse a la fe de Jesucristo, Señor nuestro; y para este efeto, lo trataron con un hombre mallorquín, que entonces iba en libertad rescatado, el cual así por amor de Dios, como por hacer la voluntad y buena obra a muchos que esto le rogaban, que eran amigos suyos y naturales de Mallorca; y finalmente por ganar honra y provecho, que no se esperaba del negocio poco, prometió que él en llegando a Mallorca armaría alguna barca, bergantín o fragata, y vendrían a cierto tiempo por ellos, y como lo prometió, lo cumplió. Y así a los primeros de marzo del dicho año de mil y quinientos sesenta y cinco, vino con la barca, y llegó hasta las peñas que fuera de la ciudad están hacia poniente dos tiros de arcabuz, y desembarcando allí a media noche, y metiéndose por aquellos jardines que por allí están, escondióse hasta que fué la mañana, y la barca se alargó algunas millas a la mar, de manera que no fuese de la tierra descubierta. Venida la mañana y abiertas las puertas de la ciudad, el buen mallorquín entró en la tierra desconocido, como que venía de algún jardín de su patrón, y dió aviso como la barca era venida, y que todos a tiempo que se cerrasen las puertas de la ciudad, como es costumbre a prima noche, trabajasen quedar fuera, y se fuesen juntar al mismo lugar de las peñas, para allí se embarcar, como fuese bien de noche, sin ser vistos. Con este aviso, que luego fué dado a todos, como fué tarde aun antes un poco de la noche comenzaron los cristianos pocos a pocos a salir fuera de la ciudad, como que iban a trabajar allá fuera a los jardines. Acaeció, pues, por industria del demonio, como es de

creer que saliendo por la puerta de la ciudad de Babaluete, uno de los cristianos, echó en él los ojos uno de los turcos que allí de ordinario están puestos por guardias, y o que llevase el cristiano alguna ropa, o que se turbase de que el turco le mirase tan de hito, y que no supiese desimular; el turco le dijo: «¿a do vas?»; y viéndole turbado, añadió: «tú quieres huir, o cane perro». En esto echó mano del y viendo que no le daba satisfacción ninguna, confirmóse en su sospecha, tanto él como otros sus compañeros guardianes que allí estaban, y tomando al cristiano le llevaron al Rey. El cual apretando con él y amenazándole que le mataría a palos, como usan hacer, si no le decía la verdad: cortado el flaco cristiano del miedo, descubrióle todo el concierto, hasta nombrar la mayor parte de los que entraban en él, y la orden y modo que habían de tener en embarcarse, y la contraseña que los de la barca tenían y habían de dar. Sabido esto por el Rey, al punto dió orden como todos los cristianos que entraban en el trato que se hallasen, fuesen tomados, y que particularmente se tuviese cuidado en buscar al mancebo renegado genovés, y preso que le metiesen a buen recaudo en la cárcel pública de la ciudad. Lo cual todo fué luego hecho, aunque muchos de los cristianos, sabiendo que el que diximos fuera preso y llevado al Rey, temiendo no se descubriese el negocio se habían escondido. El renegado fué metido en la cárcel, y le pusieron unos muy gruesos grillos a los pies. Ultra esta diligencia usó el Rey de otra, que mandó al momento armar dos bergantines de moros y turcos con sus armas muy a punto, con intento de coger la barca que venía a llevar los cristianos. Y como fué bien noche, a la hora que la barca se había de acostar a tierra para embarcar los cristianos, envió el Rey quince o veinte turcos vestidos como cristianos, con sus armas escondidas al lugar de la embarcación, y que llevasen



consigo al cristiano que descubriera el trato y concierto para que, viéndole los de la barca y hablando con ellos, dando la contraseña como sabía, los de la barca asegurados se allegasen a tierra; y que a este tiempo ya los dos bergantines armados serían tanto adelante, que, o darían sobre la barca o la atajarían el paso, y así la tomarían y a los que en ella venían. Con este concierto se partieron los turcos vestidos a la cristianesca, con su aidal, el cristiano delante; llegados al lugar, hallaron ya la barca que estaba arredrada un poco a la mar esperando la venida de los cristianos, pero con vigilancia y mucho tiento. Los turcos mandaron al cristiano que llamase los de la barca que se acostasen a tierra; hizolo así el cristiano, y respondiendo los de la barca conforme a lo que estaba concertado y demandando la contraseña, que era San Pedro, diciendo: «¿Quién vive?» Respondió el cristiano de tierra: «San Pedro y San Pablo.» En oyendo esto los de la barca, luego sospecharon mal. Porque, como diximos, la contraseña no era más que San Pedro. Y así comenzaron a dudar no fuese algún engaño, y no quisieron hacer escala en tierra ni de todo allegarse a ella. Y estando así suspensos, los turcos de tierra, que no sufrían detenerse tanto, y deseosos de prevenir el negocio y acabarlo, sin más esperar, así como estaban vestidos se arrojaron con gran furia a la mar, pensando asir con las manos la barca y tomarla. Los que en ella estaban, viendo esto, alzan luego la voz diciendo: «Eya, hermanos, eya, que son turcos; descubiertos somos, arranca, arranca; tira; tira a la mar, a la mar.» Y así como lo decían lo hacían, porque bogando a grande fuerza, se alargaron un buen trecho a la mar. Al tiempo que ellos esto hacían y procuraban alargarse, ya los dos bergantines que el Rey armara venían muy cerca y tanto, que aunque era noche y no hacía muy claro, los de la barca los conocieron. Y acabando con esto de certificarse

que el trato era descubierta y venían aposta para tomarlos, y, por tanto, reconocieron el peligro grande en que estaban, animosamente se exhortaron unos a otros a bogar por escapar, y hicieron esto tan valerosamente, que por más que los dos bergantines les dieron caza más de cincuenta millas a gran furia, ellos escaparon y se pusieron en salvo y se fueron a Mallorca. Vueltos los turcos que fueron por tierra y después a la mañana los dos bergantines sin hacer efeto, quedó el Rey muy descontento. Con esta rabia y por hartar la ira y cólera con que estaba, mandó aquella mañana dar muchos paños a algunos cristianos que habían tomado la noche antes de los que entraban en el concierto de la barca, con que algunos estuvieron muy a punto de perder la vida; pero donde él más mostró su rabia y hartó su furia y crueldad, fué en el buen mancebo renegado ginovés, al cual otro día siguiente mandó sin más examinar la causa, que por cuanto se quisiera ir a tierra de cristianos a volver cristiano, le sacasen de la cárcel y llevasen fuera de la ciudad a la campaña y allá le apedreasen vivo. No hubo el Rey mandado esto, cuando dos o tres chauzes, que son como porteros o porquerones, porque de todo sirven al Rey, se fueron a la cárcel, llevando en su compañía otros turcos y moros, do llegados y llamando al buen mancebo, le comenzaron a examinar y preguntar si era verdad que se quisiera ir a tierra de cristianos en la barca, a lo cual él respondió muy libremente diciendo que era verdad y no lo había de negar. A esto le replicaron los turcos: «Desa manera, ¿cristiano eres tú?» Respondió el mancebo bendito: «Yo cristiano soy y contra mi voluntad me hicieron turco, y en la ley de mis padres deseo vivir y morir.» A esas palabras respondieron los moros y turcos con decirle infinitas injurias como ellos acostumbran, llamándole perro, cane, judío, cornudo y otras semejantes, y quitándole los gri-

llos que tenía a los pies le desnudaron en carnes, que no le quedaron más de unos pobres zaragüeles de lienzo, y atándole las manos atrás le sacaron de la cárcel y comenzaron a caminar con él hacia la puerta de Babaluete, y por el camino le iban diciendo mil afrentas e injurias, y de todas partes concurrían infinitos turcos, renegados y moros, y a voces diciendo todos: «Maten al bellaco, que se quería huir y volver cristiano». Todo esto y el verse llevar a la muerte no fué parte para que el buen mancebo (en cuyo corazón moraba Dios) le demoviese o causase algún espanto y temor; mas con un semblante y constancia divina, como los que le vieron me lo dixeron, iba por las calles llamando a nuestro Señor y encomendándose a Él muy de veras. Desta manera llegaron con él a la playa y arrenal que está fuera de la puerta de Babaluete, hacia Poniente, muy cerca del cemiterio do entierran los cristianos, do al momento, cavando, hicieron un hoyo en la arena, y metiendo en él al caballero de Cristo, le enterraron hasta la cintura, y diez o doce turcos a caballo le comenzaron a cañavear con muy gran crueldad. Y fueron tantas las cañas que le tiraron, que parecía un otro San Sebastián flechado; la sangre corría por todas partes y pecho de su bendito cuerpo. Mas particularmente dos tiros fueron los más crueles, uno de los cuales le dió en mitad de la boca, y, rompiéndole los dientes, quedó la caña enclavada en la garganta, y otro le dió en un ojo, que se lo sacó, de do comenzó a correr mucha sangre, y fué tan mortal este golpe, que quedó el mártir de Dios sin acuerdo ni sentido. Lo cual visto por los turcos y moros que estaban mirando con gran gusto como le acañaveaban, pesándoles de que se muriese sin que también ellos tuviesen su parte en matarle, arremeten todos a las piedras y con grandísima furia le apedrearón, de manera que no sólo a pocos tiros le acabaron de matar, pero le molieron los miembros y

deshicieron toda la cabeza, y quedó poco menos que todo enterrado entre aquella infinita multitud de piedras. Vióse en el mártir y santo de Dios que cuando lo cañaveaban alzaba los ojos al cielo muchas veces y que con muy gran devoción se encomendaba y llamaba por el Señor, y que recibía aquella muerte como valiente y esforzado mártir de Cristo, con muy grande paciencia y constancia. Estuvo todo aquel día (que serían los quince de marzo y las cuatro horas después de mediodía) hasta la noche el cuerpo del bienaventurado mancebo y mártir de Jesucristo Señor nuestro como enterrado entre la arena y montón de piedras, y muy de noche, sin que fuesen sentidos, ciertos devotos cristianos le sacaron de allí y le enterraron en el cementerio y enterramiento de los cristianos, que estaba allí muy cerca. Era el bendito mancebo, como dixe, de edad de veinte años, poco más o menos, de mediana estatura, no muchas carnes, bien blanco y roxo, y comenzábale a apuntar la barba.

En el año de mil y quinientos sesenta y siete era Rey de Argel Mahamet Baxá, hijo de Salabaja, que los años atrás había también sido Rey de la misma tierra, y que tomó a cristianos la ciudad de Buxia; el cual Mahamet Baxá es aquel que en el año de mil y quinientos sesenta y uno, cautivado en la armada turquesca, que el señor don Juan de Austria con liga valerosísimamente rompió, fué después llevado a Roma con los hijos del Baxá, que también allí cautivaron, y fué con ellos y con los demás, dado en cambio del señor Grabrio Cervellón y otros caballeros que estaban en poder del turco. En el cual año, pues, de mil y quinientos sesenta y siete, un valeroso hombre de la mar y muy esforzado, que vivía en el Garao (lugar que está a la marina de la ciudad de Valencia), do tenía su mujer y hijos, que se llamaba Juan Gasco, deseoso de servir a Dios y a Su Majestad, y ganar honra y provecho,

se fué a la Corte de España, y trató con Su Majestad le diese licencia, y aparejó para hacer una notable hazaña; la cual era, que se ofreció ir al puerto de Argel, y entrando dentro del, quemar todos los baxeles de cosarios que en él estuviesen; agradó a Su Majestad el buen ánimo y deseo de Juan Gasco, y visto bien el negocio por los señores del Consejo de guerra, le despacharon con cartas para el Virrey de Valencia, que le armase los baxeles que él dixese ser necesarios, y le diese todo lo que fuese para la empresa necesario; y para que fuese de mejor ánimo y más contento, no sólo Su Majestad de presente le hizo merced, mas aún le prometió tendría adelante mucha cuenta con su servicio. Con esto vino Juan Gasco a Valencia, do presentadas sus patentes, al punto el Virrey le mandó armar dos bergantines y ponerlos muy a punto con todo lo necesario: uno de los cuales era de catorce bancos y el otro de quince. Con estos dos bergantines llenos de muy buenos remeros y de soldados valientes, que Juan Gasco escogió para esta empresa, se partió de la playa de Valencia a los primeros días de octubre del dicho año de mil y quinientos sesenta y siete, por le parecer que conforme a la arte del corso y del navegar, entrando entonces el invierno, los cosarios estarían ya recogidos en Argel; y haciéndole buen tiempo y siendo la travesía de Valencia a Argel no más que de doscientas y cincuenta millas, en tres o cuatro días llegó Juan Gasco con sus bergantines a la vista de Argel; do reconocida la tierra, aún de día, se dexó estar con los bergantines, enxolito, tan lexos a la mar, que aunque él descubría la tierra, no podía ser visto della. Siendo, pues, ya casi media noche, pareciéndole que era aquella hora muy cómoda, a propósito de su intención, y que los turcos y moros estarían más descuidados, puso las proas de los bergantines en Argel, y sin ser sentido entró con gran ánimo por el puerto,

de manera que llegó a poner el espolón sobre las galeotas y otros baxeles turquescos que estaban en el puerto atados al muelle y desarmados; ya cada uno estaba avisado de lo que había de hacer, y era desta manera: había Juan Gasco dado a sus compañeros orden que tuviesen cuenta çon poner fuego a todos los baxeles, para lo cual traían aparejadas buena copia de alcancías y otros materiales de fuego muy a propósito, y que él, saltando en tierra con gran presteza, caminaría hacia el bestión de la ciudad, que por aquella parte sale a la marina y al muelle; do, por señal y muestra de su esfuerzo y valentía, quería dexar enclavado el puñal que traía, en lo cual se ponía, sin duda, a muy gran riesgo y peligro por causa de los turcos que de contínuo suelen hacer guardia toda la noche, así en el muelle que había de pasar como en el mismo bestión y sobre la puerta do él pretendía llegar y dexara aquella memoria de sí. Con esta orden saltó Juan Gasco en tierra y, caminando con gran ánimo y sin temor hacia el bestión, dió tres golpes con su puñal en la puerta del y dexarle enclavado en ella. Entretanto los compañeros arrojaron con mucha presteza muchas alcancías de fuego llenas de pólvora y otros materiales dentro las galeotas de los cosarios y hicieron todas las diligencias posibles por quemar a todas y que no quedase ninguna. Pero fué la desventura de suerte que jamás el fuego quiso pegar en los baxeles ni quemarlos. Lo cual visto por los cristianos que venían en los bergantines, algunos dellos saltaron en las mismas galeotas trabajando en poner fuego, los cuales ocupados en esto, las guardias del muelle y del bestión y algunos moros que dormían en algunos de los baxeles, habían reconocido los cristianos y lo que intentaban hacer, y, por tanto, comenzaron a apellidarse unos a otros y dar voces a la ciudad, con que se levantó una gran grita y rumor. A este tiempo Juan Gasco volvía ya de la puerta del



bestión, y oyendo el rumor y voces grandes de los moros y guardias, llegado a sus compañeros los exhortaba grandemente perseverasen en poner el fuego, el cual nunca jamás quiso pegar; y juntamente con esto volvió atrás y arremetió con su espada a las guardias del muelle que daban voces, y mató a una dellas; lo cual hecho embarcóse en los bergantines, viendo que de todas partes acudían ya los turcos y que no era posible con cuanto se trabajó de poner fuego a los baxeles; y mandó que se hiciesen al largo a la mar, haciendo primero embarcar en ellos tres cristianos que acaso se hallaron allí, que por mandado de sus patronos dormían en las galeotas para tener dellas cuidado. Desta manera se salió Juan Gasco con sus compañeros del puerto, alargándose a boga arrancada hacia la mar, harto descontento, y habiendo caminado como sesenta millas, que le pareció no podría ser visto ni descubierto, se dexó estar muy pensativo, no le faltándole ánimo ni voluntad, como él decía, para de allí a dos o tres días volver otra vez a la misma empresa y demanda. Por otra parte, aunque de noche, avisado el Rey cómo dos baxeles cristianos habían de aquella manera y a tal hora llegado al puerto, y lo que trabajaron por poner fuego a las galeotas, y cómo con muerte de una de las guardias se habían huído a gran priesa, hizo al punto llamar a cuatro cosarios, y les mandó que al momento armasen y metiesen en orden sus cuatro galeotas, y que a toda furia a vela y remo caminasen, repartiéndose en cuatro partes, y fuesen siguiendo los baxeles cristianos, y que por ningún caso volviesen sin traerle alguno dellos. Hicieron los arraezes lo que el Rey les mandó, y armando las cuatro galeotas, una tomó la vía de Levante; otra por Greco Tramontana, o, como decimos, Nordeste; otra hacia Tramontana, o Norte, y otra hacia Poniente. Y como llevaban buena chusma y mejor voluntad de topar con los

cristianos, caminaban extrañamente. El arreaez a que cupó la vía de Tramontana, o Norte, que era el camino de Valencia, fué Dalí, renegado griego, el coxo, el cual, caminando a gran priesa, antes de medio día descubrió los dos bergantines, los cuales también le habían visto, y sospechando los cristianos lo que era, comenzaron a huir; y los turcos, por el consiguiente, a seguirlos y darlos caza, con toda la furia posible; desta manera los fueron siguiendo más de ochenta millas, y a la postre, como la galeota caminaba como un pez y muy más que los bergantines de los cristianos, alcanzó uno dellos que quedaba más atrás, en que acertó de ir el mismo Juan Gasco: investiendo, pues, los turcos a los cristianos, fué cosa fácil entrarlos, por la ventaja que les tenían, así en el baxel como en el número de la gente que traían, y, por tanto, cautivaron a todos, aunque fueron algunos pocos heridos de escopetazos, y entre tanto, el otro bergantín se largó de manera que pudo ponerse en salvo. Muy contentos quedaron los turcos con tomar el bergantín, y mucho más cuando entendieron que entre los cristianos cautivos era uno Juan Gasco, el cual luego supieron de los mismos cristianos, que era el autor y capitán de toda aquella jornada y empresa: con este contento dieron la vuelta para Argel. Do llegados, presentaron los cristianos, y con ellos a Juan Gasco, al Rey que los estaba esperando con grandísimo deseo. Eran los catorce del dicho mes de octubre cuando presentaron a Juan Gasco delante del Rey, y era de mañana; el Rey, muy deseoso de hacer alguna notable justicia en aquel caso, para espanto y terror de los cristianos, al punto, sin más esperar, mandó que tomasen Juan Gasco, como cabeza y autor de aquel negocio, que armando en el propio lugar do desembarcara una horca, en ella le enganchasen por el talón del pie izquierdo, y así colgando le dexasen hasta acabar y morir en aquel tormento, que es



una terrible manera y género crudelísimo de muerte. Fué muy grande el contento de los turcos con la sentencia y mandamiento del Rey. Y agravando delante el Rey aún más el negocio, decían muy coléricos que, además de querer Juan Gasco quemar los baxeles, fuera osado también a dexar enclavado en la puerta su puñal, porque luego a la mañana fué hallado, y de los mismos cristianos tomados en el bergantín supieron que Juan Gasco fuera el que hiciera aquella valentía. Tomaron, pues, los turcos ministros del Rey al buen Juan Gasco y le llevaron a la marina, y subiéndole en la horca, que ya estaba a punto, con un muy grande y agudo gancho, le engancharon por el talón del pie, como el Rey había mandado; y para más afrenta, un turco que se había hallado al cautivar de Juan Gasco, y que saqueando al bergantín había hallado la patente de su Magestad el Rey de España (en que le daba licencia para aquella empresa y mandaba a los Visoreys de Valencia y Mallorca y cualesquier otros de otras partes do aportase, le favoreciesen y le diesen lo necesario para ella), del mismo pie y gancho en que Juan Gasco estaba colgado colgó también la misma patente, de la cual todos, turcos y moros, mofaban y hacían una gran fiesta y regocijo. Recibió el buen Juan Gasco este tormento de muerte con muy gran paciencia; y dan hoy día testimonio cristianos y renegados que se hallaron presentes y me lo certificaron que en todo el tiempo que estuvo desta manera colgado y penando se encomendó siempre con muy gran devoción a nuestro Señor, y llamaba particularmente muchas veces por su benditísima Madre que le valiese y socorriese en este tormento. Desta manera estaría casi una hora, cuando sabido por algunos arraeces y cosarios de la manera que el Rey le mataba, parecióles mal, y, consultando entre sí, acordaron de ir al Rey y hacer con él que revocase aquella sentencia. Y entre otras

razones que le dieron, la principal fué que decían ser uso de hombres de guerra procurar todo daño que pudiesen a sus enemigos y quemarles sus baxeles; sin que por ello mereciesen otro particular castigo y pena más de las que por otras cosas merecen, y que también ellos cada día hacen lo mismo, quemando y destruyendo los baxeles cristianos, y que convenía no hacer cosa, por la cual los cristianos tuviesen razón de hacer lo mesmo a ellos, si acaso los tomaban, y el que más instó en esto y tomó el negocio más a pechos fué Dali, coxo, renegado griego, que había cautivado a Juan Gasco; por lo cual hubo el Rey de mandar que desenganchasen a Juan Gasco, aunque contra su voluntad, y que le llevasen al baño del mismo Rey, que es el lugar do tenía sus cristianos cautivos, do los pobres cristianos como pudieron le acariciaron, y particularmente tuvo mucha cuenta en curarle Contreras, un muy honrado cristiano, muy gentil cirujano español, que entonces se hallaba en Argel detenido con otros dos gentiles hombres españoles, criados del señor don Martín de Córdoba, que ahora es marqués de Cortes, en rehenes, hasta que el dicho señor enviase lo que quedara a deber, para cumplimiento de su rescate y talla. Viéndose Juan Gasco en el baño, alababa al Señor, dándole muchas gracias por haberle librado de aquella terrible muerte tan injusta y sin razón, y lo mismo hacían los otros cristianos y muchos de los cautivos sus compañeros y amigos, que le fueron a visitar luego. Pero no fué servido el Señor que este contento les durase muchos días, porque no habían aún pasado más de dos, cuando ciertos moriscos, hufidos de Valencia y Aragón, Andaluzía y otras partes (de los cuales hay un número infinito en Argel y otros lugares de Berbería, que se pasan allá a vivir en la ley de Mahoma), pesándoles del bien de Juan Gasco por el odio entrañable que tienen a todos los cristianos, particularmente a los de Espa-

ña, se fueron al Rey y le afirmaron que los cristianos públicamente decían que él, por temor del Rey de España, había mandado quitar a Juan Gasco del gancho en que estaba, y que no era esto cosa para comportar y sufrir, pues en ella iba la reputación de un Rey y señor tal como él. Oyendo esto el Rey, enojóse en gran manera; lo cual, conociendo los moriscos, tanto más replicaban y atizaban el negocio, y hicieron y supieron decir tanto, que hubo de mandar el Rey de nuevo que le volviesen otra vez a enganchar. En diciendo el Rey esto, luego al punto, por instigación de los mismos tagarines (que procuraban no dilatar más el negocio, porque no viniesen como de antes algunos cosarios a hablar al Rey y estorvar no se hiciese), los chaucees y ministros del Rey, que serían como cuatro, se fueron derechos al baño del Rey a buscar a Juan Gasco, y otros dos caminaron hacia la marina, do plantaron al momento otra vez la horca para engancharle en el mismo lugar en que ahora está edificada la torre de la Linterna en la isleta y entrada del puerto. Los que fueron al baño truxeron luego a Juan Gasco, y a gran priesa antes que el negocio se divulgase lo llevaron a la marina, y no le engancharon como la primera vez, por el talón del pie izquierdo, más atándole por la cintura con la soga que colgaba de la polea de la horca, como ya atrás declaramos, diciendo cómo y de qué manera se hacía esto, le alzaron en lo más alto de la horca, y dexándole caer de golpe, como suelen hacer sobre el gancho que abaxo estaba hincado, y revuelto, con la punta para arriba, fué al momento cruelmente traspasado del gancho por la barriga, pasándole de parte a parte, y como la herida en tal parte fué mortal, no habló ni se quejó, como suelen hacer muchos, más cuando luego, sin sentido y acuerdo a poco espacio expiró luego, y dió su alma a Dios su Criador, por cuyo amor la recibió con

muy gran paciencia, ánimo y fortaleza. Sabido por los arraezes lo que pasaba, y como desta suerte habían enganchado y muerto al buen Juan Gasco, no hay duda, sino que les pesó, porque claramente entendían ser injusta y sin razón. Pero el Rey tan indignado quedó por lo que los tagarines habían dicho y persuadido, que no contento con esto so graves penas, que ningún cristiano ni moro osase baxar el cuerpo que estaba enganchado, ni enterrarlo, como suelen hacer a otros, más que allí quedase hasta que las aves le comiesen, o cayese a pedazos. Por esta causa estuvo allí el cuerpo desta manera muchos días, hasta que consumido casi, y deshecho, algunos cristianos un día secretamente lo cogieron y enterraron do entierran los cristianos, fuera la puerta de Babaluete. Mostraba Juan Gasco ser a la hora de su muerte de edad de treinta y ocho años o poco más, era alto de cuerpo, bien proporcionado, de color más blanco que moreno, barbinegro y bien barbado, ojos grandes y llenos de carnes.

En el año siguiente mil y quinientos sesenta y ocho, siendo Rey el mismo Mahamet Baxá, salió al principio del mes de agosto de aquel año una fragata de Sargel, lugar que está a la marina de aquella costa hacia Poniente, distante de Argel como sesenta millas, y caminado hacia España a robar, cautivaron los moros que en ella iban (que eran casi todos hufdos de España, de los cuales es aquel pueblo de Sargel todo poblado) en la playa de Almería, a un muy honrado cristiano, que en la misma Almería vivía casado, y era del número de los soldados de las cuadrillas, que están de continuo en aquella ciudad para defensa suya, que se decía Juan de Molina, y como ellos ya tenían antes cautivados por aquella costa otros cristianos en buen número, parecióles que esta presa bastaba, y dieron vuelta con ella para Berbería, do a pocos más de dos días llegados, tomaron puerto en el mismo lugar de Sargel.

20 de Agosto.  
to. 1568.

Y como es de costumbre, que tanto que los baxeles que vienen de corso, hacen en alguna parte escala, luego corre la gente de la tierra, unos a vender refresco y otros a comprar ropas, y otros curiosos a mirar las cosas y cautivos que consigo traen, acudiendo entonces a la fragata algunos de aquellos moriscos que allí vivían, y preguntando de dónde eran los cristianos cautivos, y sabiendo ser todos de España, y particularmente que Juan de Molina era de Almería, llegaron a él dos dellos y preguntáronle si les sabría dar nuevas de un pariente suyo, que habría como tres años que cautivara allí cerca de Almería, dándoles las señales del moro y cómo y a qué tiempo cautivara. Y fué desta manera, que aquel moro su pariente (sirviendo de espía a ciertos moros y turcos que iban a robar en una fregata o bergantín a la costa de España, porque siendo el moro nacido en el reino y ciudad de Granada, era muy plático por toda aquella costa y tierra) había desembarcado con otros diez o doce moros y turcos en tierra, en cabo de Gata, que está once millas de Almería, guiándolos a ciertos pasos, por do de continuo pasaba gente, para que allí pudiesen a su salvo cautivar los que pasasen. Y siendo él y sus compañeros descubiertos, y dando en ellos ciertos soldados que de Almería habían salido (entre los cuales se hallaba el mismo Juan de Molina), los cautivaron todos, si no fueron dos, que se acogieron al bergantín. Oyendo, pues, Juan de Molina preguntar por el dicho moro, y por las señales que dél daban, acordándose bien dél, simplemente y sin pensar más, les respondió, que él lo conociera muy bien, y aun que él mismo se hallara con los soldados que le habían cautivado. Y preguntándole los moros, tanto con más deseo de saber nuevas, qué se hiciera del dicho moro, y si era vivo, y a do estaba; con la misma llaneza, o inadvertencia, les contó Juan de Molina lo que ahora diré.

Y fué que cautivado el moro, fué con los demás llevado a la ciudad de Almería, y al punto fué conocido ansí de cristianos como de moriscos que allí vivían, con los cuales el moro antes de su venida a Berbería, que sería como seis años, tuviera plática, amistad y conversación en Granada, de lo cual avisado el corregidor de la ciudad le mandó traer delante de sí y después meter en la cárcel a buen recaudo, a causa que le informaron, como cuando este moro huyó de España para Berbería, siendo en Granada casado y con hijos, por lo que a él se le antojó matara una noche a su mujer, y muy ocultamente se había huído, después a pocos días le envió preso a Granada, avisando a la audiencia Real, de lo que había dél entendido y sabido. Llegado el moro a Granada, como su delito era allí tan manifiesto y público, y la mujer tenía parientes y deudos, que pidieron justicia dél, no tardó mucho, que le condenaron a la horca, aunque por haber apostado, y servir de guía y espía a los cosarios, otra muerte más áspera que aquella merecía. Todo esto contó Juan de Molina llanamente a los moros, sin sospechar el mal que de ello le podía venir. Oyendo esto los moros llególes a la alma, y no atribuyendo la muerte del moro a la culpa que cometiera, matando inicuamente su misma mujer, más interpretando todo siniestramente, y que los cristianos por se haber huído a Berbería y hecho moro, le habían de aquella manera condenado y muerto, inflamáronse en una cólera y rabia terribilísima con deseo grandísimo de vengar aquella muerte. Disimulando por entonces se volvieron a sus casas; y convocando otros parientes y amigos les dieron parte de todo cuanto de Juan Molina habían sabido, los cuales todos concurrieron en un mismo parecer, que en todo caso todos procurasen como de aquella muerte de su pariente y amigo se tomase justa venganza. Y como Juan de Molina había dicho, que él mismo

ayudara a cautivarle, parecióles que convenía cargarle de todo, y tomar dél y no de otro la venganza. Con esta determinación, se resolvieron también que todos como pudiesen contribuyesen con dineros para poderlo comprar del arraez y moros que le traían cautivo; de lo cual todos fueron contentos y prometieron que lo harían. La fragata o bergantín después de estar en el puerto como diez o doce horas, luego se partió para Argel a vender toda la presa y cristianos que traía; porque siendo Argel populosa ciudad, y habiendo en ella tanta copia de mercaderes, turcos y moros que allí viven, y de otras partes concurren, suelen todos los bergantines y navíos de cosarios, ordinariamente, llevar las presas y venderlas allí más a su provecho y contento. Partido, pues, que fué el bergantín, no tardó mucho que dos de aquellos moros se partieran por tierra para el mismo Argel, do llegados comunicaron su dañada intención con otros tales como ellos, moros huídos de España de que en Argel hay muy gran número, los cuales siendo como son mortales enemigos de cristianos, y mucho más de los de España, aprobaron su intención en gran manera y se ofrecieron favorecerlos y ayudarlos en todo, y ansí, no dexando resfriar más su pretensión, acordáronse con el arraez del bergantín y sus compañeros y prometióronle trescientas y setenta y cinco doblas, que son ciento y cincuenta escudos, por Juan de Molina, de que fué contento; y dándole señal de la paga, se llevaron luego al cristiano consigo, y le encetaron en casa de uno de los tagarines sus amigos, echándole al pie una muy gruesa cadena y no le dexando hablar con cristiano alguno. Hecho esto, juntáronse otro día hasta diez o doce tagarines de los más principales, y con los dos moros de Sargel se fueron al Rey, que como diximos era Mahamet Baxá, y le dixeron, no como el caso pasara, más desta manera: Los moriscos de Es-

paña eran tan tiránicamente avejados del Rey de España, que no solamente los constriñía ser cristianos por fuerza, pero que si alguno, con deseo de su salvación, se pasaba a Berbería, en cogiéndole le daban cruelísima muerte, como acaeciera había pocos días, cautivando un su pariente, que de España había venido a Berbería, habían los cristianos hecho en él muy cruel justicia en Granada, porque no osasen hacer otros lo mismo. Supieron decir esto de tal manera, con tales colores, que conmovieron al Rey que se mostrase muy indignado con oír semejante caso. Y como los tagarines le vieron que estaba alterado y con cólera, añadieron más: que supiese su Alteza que una fragata recién venida de corso truxera un cristiano español, el cual confesaba que fuera en cautivar al dicho pariente suyo, y que si él no fuera nunca le mataran (como habían hecho) los cristianos, de manera que era cierto que toda la culpa éste sólo la tenía, y, por tanto, que le suplicaban encarecidamente que por honra de Mahoma y por reverencia de Dios y de su ley, les permitiese, para escarmiento de los cristianos y venganza de aquella muerte, la pudiesen tomar ellos en el dicho cristiano, quemándole vivo, como de razón merecía. No se hizo el Rey mucho de rogar, más con mucha facilidad les concedió lo que querían. Con esta licencia, muy contentos los moros y sus amigos, se volvieron a sus casas. Y como quemar vivo, o matar con alguna manera y género cruel de muerte a un cristiano, lo tienen ellos por un muy particular y muy acepto servicio a Dios, acordaron que sería bueno participasen muchos desta santa y tan pía obra como era quemar vivo a Juan de Molina, aunque también en esto tenían ojo a su particular interese, de que en extremo grado son cautivos. Y, por tanto, no la quisieron luego poner por obra, usando (si bien se mira) una inaudita y jamás vista crueldad. Y porque el viernes es día de su fiesta,



como entre nos el domingo y entre judíos el sábado, en el siguiente viernes de la semana adelante, sacando a Juan de Molina del aposento do le tenían encadenado y muy cerrado, le ataron las manos atrás y en la boca le pusieron una mordaza, y delante dél yendo tres o cuatro moros con platos en las manos y dos o tres que detrás venían por guardianes, le llevaron a las puertas de las mezquitas a las horas de oración o sala, y después por todas las calles y lugares de la ciudad, demandando limosna y diciendo: «Dadnos para comprar este perro cristiano, que le queremos quemar vivo.» Y para conmovér más la gente, contábanles el caso y afirmaban que aquel cristiano había hecho matar muy cruelmente a un moro que de España fuera a Berbería a servir a Dios. Y porque Juan de Molina no replicase a esto ni pudiese decir a los moros la verdad y mostrar su inocencia en aquel caso, los traidores malignos le habían puesto la mordaza en la boca. Ora considere quien esto oye qué tormento sería y cuán grave para un corazón humano y de carne (y más siendo inocente y sin culpa) verse llegar de aquella manera con tan nuevo espectáculo, imponiéndole una tan notable maldad por toda la tierra, y qué ánimo, esfuerzo, paciencia y fortaleza sería necesaria para sufrir que delante de sus ojos, tantas veces y por tantos días, porque fueron muchos los que representasen la muerte tan terrible y demandasen limosna para comprarle a él y la leña con que le habían de quemar vivo. ¿Pues qué diré de las afrentas, injurias y vituperios que los moros le decían? ¿Y de los pecozones, bofetones, coces, puntapiés y rempujones que le daban hasta los viles muchachos, arrancándole muchas veces las barbas y los cabellos con muy grande contento y voces? Muchos que lo han visto me afirman que era cosa de muy grande compasión y que apenas le podían mirar con los ojos. Y así tenemos materia en esto de que dar muchas gracias al

Señor, que para exemplo nuestro nos dan siempre siervos suyos en los cuales nos muestra al ojo cuánto sea la fuerza de su gracia con que está pronto a ayudarnos, para con mucho ánimo, facilidad y contento poder pasar y vencer todos los trabajos del mundo y aun todas las crueldades, tormentos y muertes que Satanás y sus ministros procuran a los que en aquellas partes y otras son miembros de Jesucristo, Dios y Señor nuestro. Digo esto porque hasta los moros mismos y los turcos y renegados estaban espantados de ver el ánimo, paciencia y esfuerzo del bendito y dichoso Juan de Molina, porque con todo lo que dixere, jamás en él se notó flaqueza o desmayo; mas así como podía con su mordaza y alzando los ojos al cielo, y encogiendo algunas veces los hombros, mostraba que todo lo recibía con muy grande paciencia, y de todo daba muchas gracias al Señor, con cuya voluntad él conformaba la suya: era ya los veinte de agosto, y los moros habían ya cogido harta limosna, no sólo por sí mismo, mas también ayudados de algunos renegados (que en este caso se querían señalar y mostrar muy celosos de la ley de Mahoma), que andaban algunos dellos con platos en las manos, demandando por la tierra en compañía de los dichos moros, para quemar al cristiano, preciándose mucho de hacerlo; del cual dinero pagado el arreez del precio en que vendiera el cristiano, dieron orden aquel mismo día, los tagarines y moros, como se llevase gran cantidad de leña seca a la isleta, do está la torre del Fanal, a la entrada y punta del puerto; y siendo como tres horas después de medio día, sacaron al dichoso y bendito Juan de Molina de la casa do lo tenían muy encerrado sin que alguno con él hablase ni le mirase, y acompañados con algunos ministros de justicia y los chauzes del Rey, caminaron con él hacia la marina, llevándole siempre con la mordaza en la boca y con las manos atrás

atadas: era el concurso de la gente que a ver este espectáculo corría muy grande, como es costumbre, y de tal manera, que no se podía bien pasar por las calles con turcos, moros y cristianos. Y las voces y tumulto era tan grande, que parecía hundirse el cielo. Con todo eso, quien lo vió me juró que iba el bienaventurado Molina, tan quieto y tan sosegado y con tanta devoción encomendándose a Dios, que parecía claramente llevar a Dios en su pecho y corazón. Y particularmente volvía los ojos muchas veces por ver si había por allí algunos cristianos, que luego del hábito y vestido se conocen; y en topando con ellos, con mucha piedad les decía: «Hermanos cristianos, rogad a Dios por mí.» Y con cuanto llevaba mordaza, pronunciaba esto tan clara y distintamente, que lo entendían muy claramente todos cuantos lo oían. Con este ánimo y con esta fortaleza y devoción llegó el bienaventurado Juan de Molina a la isleta y lugar de su dichosa muerte, do hicieron al punto los moros poner fuego a un muy grande montón de leña seca gruesa y menuda que allí habían traído, la cual, siendo bien encendida y que las llamas eran grandes, echaron en tierra al bendito Juan de Molina, y como a un cordero manso, que no hace resistencia ni repugnancia, así como estaba vestido, le ataron de pies y manos con una recia soga de cáñamo nueva, y alzándole cuatro o seis moros en peso, le arrojaron así vivo en la grande hoguera que ardía con gran braveza; do a poco espacio, sin hacer el siervo de Dios movimiento alguno, ni se oír voz suya, dió su bienaventurado espíritu al Señor, el cual, sin duda, habemos de creer le recibió entre sus santos mártires que padecieron en este mundo por la justicia y honra de su nombre. Y fué el fuego de manera, que durando toda aquella tarde y mucha parte de la noche, que consumió todo el cuerpo y lo volvió en ceniza, si no fueron unos pocos de huesos que a la mañana se veían, los

cuales no sabemos si los moros, como suelen, los echaron a la mar, o si cristianos los cogieron y enterraron. Era Juan de Molina, a lo que mostraba de edad de treinta y siete años, poco más o menos, moreno de color, de mediana estatura, barbinegro y de medianas carnes.

En el principio de setiembre de mil quinientos sesenta y ocho envió el gran turco por Rey o gobernador del reino de Argel a Aluch Alf, renegado calabrés, el que después fué su general en la mar, a que corruptamente llamamos Ochali. Porque su nombre propio es Aluch Alf, que en turquesco quiere decir renegado Alf, porque lo que nos llamamos renegado y los moros Elche, llaman los turcos Aluc. En este tiempo estaba en Argel un mancebo de nación italiano, cuyo nombre y patria con cuantas diligencias tengo hecho no he podido saber, el cual, cautivado muy mozo, o de grado o por miedo el demonio le engañó y le hizo renegar y hacer moro. Después, inspirado por el Señor, que volviese a su santa fe cristiana y verdadero conocimiento fué tan obediente al movimiento y gracia del Espíritu Santo, que se resolvió de huirse para tierras de cristianos. Por tanto, a los primeros del mes de octubre siguiente del mismo año de mil y quinientos sesenta y ocho, en los mismos hábitos de turco en que andaba vestido y con su escopeta a cuestas como janízaro para ir más desimulado, partió de Argel tomando su camino para Orán, lugar de cristianos y que dista de Argel 60 leguas por tierra. Había el buen mancebo así solo como iba caminado más de las dos partes del camino y llegado muy cerca de la ciudad de Mostagán, cuando ciertos alarbes de un aduar que por allí estaba ya casi noche le vieron pasar, y como le vieron mozo y que iba solo, sospecharon no fuese algún cristiano, y que, como suelen otros muchos, por ir más desimulado huyese en aquel hábito de turco. Pero como quiera que fuese, lo cierto es que el de-

Octubre.  
1568.

monio, enemigo de nuestra salud, queriendo estorbar el camino del buen mancebo, los movió luego a sospechar dél en mirándole, y, por tanto, llegándose a él lo preguntaron en riesgo a dónde iba; el mancebo les respondió que iba a Mostagán; pero no se satisfaciendo desto los alarbes, y echando mano dél le buscaron todo a ver si llevaba algunas cartas y despachos, y no hallando cosa alguna más de algunos pocos de reales que llevaba en una bolsa, crecieron más en la sospecha, y afirmando que él se huía, pues así caminaba sólo y sin carta o licencia alguna del Rey (con cuanto el mancebo decía que no iba más que a Mostagán), le prendieron y al punto le truxeron a Argel y le presentaron al Aluch Alí, recién llegado. Sabido por el Rey cómo el mancebo era renegado, porque luego le conocieron algunos que se hallaron presentes, y adonde y de qué manera fuera tomado, volvióse al buen mancebo, el cual venía ya prevenido de la gracia del Señor y determinado a morir por su santo nombre, y díjole estas palabras: »¿Tú eres cristiano, o renegado o turco?», respondió luego muy prontamente: «Yo no soy turco ni renegado, más soy cristiano.» Díxole entonces el Rey: «Pues si cristiano eres, ¿por qué traes ese hábito?» Respondió el valeroso mancebo: «Porque por fuerza y contra mi voluntad me lo han vestido.» Respondió el Rey: «¿Pues adonde ibas?» Respondió: «A Orán.» «¿Y a qué?» dixo el Rey? ¿Qué tienes que hacer en Orán?» «Iba, respondió él, a hacerme cristiano.» Replicó a esto el Rey desamano: «¿Cristiano eres tú?» Respondió el soldado de Cristo con muy grande fe y constancia: «Sultán, sí que es verdad que soy cristiano y cristiano quiero ser.» Oyendo estas palabras el Rey, dichas con gran libertad, indignóse en gran manera, y volviéndose para algunos renegados y turcos que estaban allí y que se habían llegado para entender este examen, les dijo, «Tomad luego sin esperar más a este perro, y enganchalde en

un gancho». En diciendo esto el Rey, luego los chauzes y ministros suyos que allí estaban asieron del siervo de Jesucristo, escogido para ser tan ilustre y tan glorioso mártir suyo: y en cuanto algunos dellos iban aparejar el patíbulo de la horca y del gancho, le encerraron allí en palacio en una de aquellas casillas que están en los patios abaxo. No tardaron mucho en volver los que iban hacer esto: y juntándose todos aquellos renegados y turcos juntamente con los chauzes a gran tropel, y con muchas voces y ruido que por las calles iban haciendo, llevaron al bienaventurado mancebo, al lugar de su glorioso martirio, que fué más adelante un poco de donde está la puerta de Babazón hacia Levante, encima de otra puerta vieja, que allí entonces estaba, que en el año de mil y quinientos setenta y tres deshizo y echó por tierra Arab Amat, Rey que era de Argel, cuando fortificó por aquella parte la ciudad, porque en este lugar estaba el patíbulo y el gancho aparejado. Llegados, pues, aquí, luego desnudaron del hábito turquesco al bendito mancebo, diciendo, que, pues decía no ser turco, no convenía morir en aquel hábito, no conociendo que tanto más bien le hacían y que así convenía, que quien con tan grande fe moría, y de tan buena voluntad renunciaba la falsa ley de los moros infieles, ni aun los paños de infiel, tuviese sobre su cuerpo. Así le desnudaron hasta dexarle en carnes aun sin calzones para cubrir las partes inferiores. Y para burlarse del soldado de Jesucristo, le vistieron colete viejo de cuero y muy sucio, diciendo: que ahora con aquel vestido era cristiano y que estaba muy galán y bizarro soldado. Desta manera, atándole por la cintura con la sogá, que conforme a lo que otras veces hemos dicho colgaba de la garrucha o polea que está en lo más alto de la horca, le alzaron hacia lo alto y dexándole caer como es uso con gran ímpetu abaxo y de golpe, en tocando al gancho que

abaxo estaba con la punta hacia arriba muy grande y muy aguda, fué traspasado fieramente del por el estómago, y de tal suerte, que la punta le salió por las espaldas. Desta manera atravesado el mártir de Cristo en un tan terrible y cruel tormento, le dexaron y se fueron. No perdió el ánimo el bienaventurado mancebo en tormento tan horrendo, y en los dolores terribles en que estaba: mas antes llamaba con muy grande devoción por Jesucristo Señor nuestro, y por su benditísima madre y sus santos: de tal suerte, que hasta los turcos y moros que le miraban, se maravillaban de su esfuerzo y ánimo. Desta manera estuvo el bienaventurado mártir penando como tres o cuatro horas, porque siendo el lugar, por do con el gancho estaba atravesado tan peligroso y la herida tan mortal, al cabo de aquellas pocas horas, rindió el espíritu a su Redentor y Señor, que entre sus gloriosos mártires le recibió en el cielo. Fué este día digno de ser notado a los veinte y dos de octubre de mil y quinientos sesenta y ocho, y sería como medio día cuando le engancharon y las cuatro cuando acabó de expirar. El cuerpo no osó alguno quitarlo de aquel lugar hasta que los mismos turcos dos días después le mandaron echar en el campo a las fieras y a las aves: de do ciertos cristianos tomándole de noche le enterraron en aquel cimiterio de cristianos, que fuera de aquella puerta está junto a la marina. Sería el mártir bendito de Cristo, cuando mucho de veinte y dos años, apuntábele la barba, era pequeño de cuerpo, pocas carnes, caridelgado y bien blanco.

18 de Se-  
tiembre 1569.

En una cabalgada o entrada que entre otras muchas hicieron los años pasados los caballeros y soldados de Orán en tierra de moros, cautivaron, entre otros, un morillo casi niño, el cual siendo de gesto y talle muy bonito, cuando en almoneda se vendió la presa que se había de repartir (como

es uso en Orán) compróle el licenciado Juan Caro, vicario que entonces era y ahora es general (y con razón por su mucho valor) de aquella ciudad y sus fuerzas. Con la buena crianza y doctrina que tuvo el muchacho, a pocos días fué cristiano él, y le pusieron en el bautismo por nombre Jerónimo. Después, ya que el muchacho sería de ocho años, en una peste que dió en la ciudad de Orán con que fué forzado que se saliese la gente a vivir y habitar fuera en el campo en sus tiendas y pabellones, y, por tanto, no pudiendo haber tanta guardia en la ciudad, ciertos moros que en Orán estaban cautivos, huyeron una noche y llevaron consigo a Jerónimo, el morillo, desta manera y le entregaron a sus padres. Vuelto el muchacho a su casa, y viéndose entre los suyos, fué cosa fácil volver a sus costumbres y ley, y ansí vivió mucho tiempo y años, hasta que siendo ya de edad de veinte y cinco años, poco más o menos, en el año de nuestro Señor Jesucristo de mil y quinientos y cincuenta y nueve tocado del Espíritu Santo, que le llamaba para lo que después fué, de su propia voluntad se volvió a Orán a vivir en la fe de nuestro Señor Jesucristo. No fué pequeño el contentamiento que el vicario general recibió cuando vió entrar por sus puertas hecho hombre a Jerónimo, y sabido su buen propósito y el arrepentimiento de su error, reconciliándole con la Santa Madre Iglesia, le volvió a recoger con mucho amor en su casa. Y porque Jerónimo era ya hombre y valiente de su persona, como a pocos días en algunas cosas dió experiencia, le hizo meter en la paga de las cuadrillas del campo, en las cuales sirvió con mucha satisfacción de todos. Demás desto, para hacerle más bien, el mismo vicario general le casó en su casa con una moza cristiana, de nación mora, su esclava, y los tenía como si le fueran hijos. Desta manera se estuvo, y vivió Jerónimo diez años en servicio del Señor, y muy a su con-



tento, hasta que en año de mil y quinientos y sesenta y nueve en el mes de Mayo, Antón de Palma, vecino y adalid de Orán, hubo licencia del señor don Martín de Córdoba, marqués de Cortes, que era y es general de Orán y de sus fuerzas, para ir en una barca con algunos soldados a robar ciertos alarbes de que tenía aviso estar cerca de allí a pocas leguas a la marina; embarcóse Antón de Palma en su barca con otros nueve compañeros que le parecieron bastar, y entre ellos era Jerónimo, a quien el adalid quería bien y era de su cuadrilla. Finalmente llegados al lugar, y comenzando a desembarcar una madrugada, aparecieron dos bergantines que venían de Tetuán, los cuales reconociendo ser de moros, y viéndose los cristianos ser tan pocos y que no podían asconderse aunque quisiesen, embarcáronse luego en la barca y comenzaron a huir a remo lo más que ellos podían. Los moros que luego los vieron, al momento caminan tras ellos, dándoles caza, y ganáronle tanto camino, que los cristianos no viendo otro remedio para salvarse, fueron forzados embestir en tierra, pero esto les aprovechó poco, porque ya los dos bergantines estaban con el espolón sobre ellos, y saltando los cristianos en tierra, saltaron también los moros y los tomaron a todos vivos, aunque a Jerónimo mal herido de un flechazo en un brazo, y a otros en otras partes maltratados. Sólo el Antón de Palma escapó dellos metiéndose a gran correr por la tierra adentro; pero a poco espacio fué a dar en las manos de ciertos alarbes que por allí estaban con su aduar, de los cuales fué tomado y después rescatado. Con los nueve cristianos cautivos muy contentos se partieron luego los moros para Argel, y como es costumbre que los reyes de Argel, de cada diez cristianos que cautivan, toman dos para sí, Jerónimo y otro cupieron a la suerte y parte del Rey, el cual entonces era Aluch Alí, renegado calabrés, que hoy día es

general de la mar del gran turco. Siendo, pues, Jerónimo esclavo del Rey, fué luego llevado al baño y lugar de sus cautivos. Y como el demonio siempre usa de sus artes, procurando a los buenos todo mal, hizo como a pocos días se supiese de la calidad y naturaleza de Jerónimo, y como era de nación moro, y cómo y por qué causa se volviera cristiano, por lo cual los guardianes del baño le echaron una gruesa cadena y no le dejaban salir del baño, aún para trabajar, como suelen cada día salir otros. También muchos de los moros, y principalmente algunos de sus letrados y morabutos en sabiendo quién fuera Jerónimo, pensaron que sería fácil cosa volverle a su secta y opinión; y, por tanto, iban muchos dellos de continuo al baño, y unos con razones y como podían, otros con prometimientos y aun otros con amenazas trabajaban persuadirle. Pero era todo su trabajo en balde y por demás, porque con una fe viva y constante les respondía el buen Jerónimo, que no se cansasen que por ninguna cosa del mundo, ni por ningunas amenazas y temores dexaría de ser cristiano. Algunas veces, viéndose importunado en extremo dellos, les decía que se fuesen con Dios, y vuelto a los cristianos, de alguno de los cuales yo lo he sabido, les decía: ¿qué piensa esta canalla, qué me han de hacer moro?, no lo seré aunque pierda en ello la vida. Con esto, viéndose los moros tan desengañados y no aprovechar sus persuaciones, volviéronse como dicen a las malas y dieron parte de todo ello al Aluch Alf, encareciéndole mucho el negocio. Y atribuyendo la constancia santa del siervo de Cristo a obstinación, y requiriéndole que en todo caso le diese un tal castigo, que para otro fuese exemplo y escarmiento, estrañamente se airó el Rey cuando esto le dixeron; y satisfaciendo a los moros con buenas palabras, concibió en su pecho un muy encendido deseo de matar al siervo de Dios con una cruel y notable muerte, y así salien-

do aquel día a ver la obra de un bestión, o fuerte que hacía fuera de la puerta de Babaluete, hacia Poniente, para defensa de cierto desembarcadero y playa segura, que por aquella parte está cerca de la ciudad, habiendo visto la obra un gran rato, ya que se quería volver para casa, llamó a un cristiano suyo, albañil, que era el maestro de ciertos tapiadores que trabajaban en el bestión, que se decía maestro Micael, de nación navarro, y díxole desta manera: «Micael, aquellas tablas (mostrando con el dedo unas que estaban ya armadas para la obra, más aún no habían en el hueco dellas echado tierra), no las hinchas ahora, más dexa aquel hueco y espacio vacío, porque allí tengo de tapiar vivo aquel perro de Orán, que no se quiere volver moro»; y dicho esto, dió la vuelta para su casa. El maestro Micael hizo como el Rey le ordenó, y no tardó mucho que alzando mano de la obra, porque era ya tarde, él y los demás cristianos que en aquella obra trabajaban que eran del Rey, se volvieron al baño; do llegados el mismo Micael, condoliéndose del mal que el Rey determinaba hacer, fué a buscar luego a Jerónimo, y muy triste le contó lo que el Rey le dixera, rogándole y exhortándole a que tomase todo en paciencia y se aparejase como buen cristiano, para aquella muerte que era cierta, porque él acababa de hacerle la sepultura con sus manos. Nada perdió de ánimo el bienaventurado Jerónimo oyendo una nueva como ésta; mas con ánimo muy esforzado respondió al maestro Micael estas palabras: «¡Sea Dios por todo bendito!, no piense esta canalla que con eso me han de espantar o acabar conmigo que dexé de ser cristiano, acuérdesse nuestro Señor de mi alma y perdóneme mis pecados.» Algunos de los cristianos, particularmente amigos suyos, como entendieron este negocio, recogieronle luego entre sí, y consolándolo como podían, y animándolo a recibir aquella muerte por amor de Dios en

paciencia, respondió con gran ánimo a todos: Que él confiaba en el Señor le daría gracia y esfuerzo para morir por su santo nombre; que les rogaba le encomendasen todos a Dios.» Y conforme a esto, queriéndose como buen cristiano aparejar para aquella batalla, lo primero que hizo fué que llamó a un padre sacerdote, que allí estaba entre los cautivos del Rey, y le rogó le oyese de confesión; hízolo el padre de muy buena gana, y entrando con Jerónimo en la iglesia que allí tienen de muchos tiempos los cristianos, estuvo un muy gran rato oyendo su confesión, y consolándole y animándole para recibir aquella muerte. Después de lo cual, siendo ya bien noche, se fué Jerónimo a su aposento do casi toda la noche gastó en encomendarse muy de veras a nuestro Señor, suplicándole le perdonase sus pecados y ayudase con su gracia; y no siendo aún bien mañana, se fué a la iglesia, a do vino luego el padre que le confesara, y dicha misa, que Jerónimo oyó con mucha devoción, le dió la comunión y viático del Santísimo cuerpo de nuestro Redentor Jesucristo. Desta manera y con estas armas invencibles de su espíritu, se armó el bienaventurado siervo de Dios, estando con ellas muy confiado y aguardando la hora en que los ministros de Satanás le habían de llevar a la muerte. No serían bien las tres horas del día y las nueve, como en España contamos, que entraron por el baño tres o cuatro ministros chاوزes del Rey, y preguntando por Jerónimo, que estaba en la Iglesia encomendándose a Dios, él mismo salió a ellos, los cuales como le vieron, luego como es de su costumbre, comenzaron con mucha braveza decirle mil afrentas y injurias, de cane, perro, cornudo, judío, traidor, ¿que por qué no quería ser moro? A lo cual todo el siervo de Dios no repondió ni aun una pequeña palabra. Los chاوزes le tomaron en medio y caminaron con él hacia el fuerte o bestión, que diximos donde el Rey le

aguardaba, y había de ser su dichosa fin y muerte. Llegado, pues, a este lugar y presentado delante del Rey, que estaba muy acompañado de renegados y turcos, díxole el Rey estas palabras: «Bre juppe, que quiere tanto decir, cómo. Hola, perro, ¿por qué no quieres tú ser moro?» Respondióle el mártir de Dios: «No lo seré por ninguna cosa; cristiano soy y cristiano tengo de ser.» Replicóle el Rey: «Pues si tú no te vuelves moro, allí (señalando el lugar de las tablas, que diximos con el dedo) te tengo de entapiar vivo». Respondióle el varón santo con singular y admirable esfuerzo: «Haz lo que quisieres, que aparejado estoy para todo, y ni eso me hará que dexé la fé de mi Señor Jesucristo». Visto por el Rey su grande ánimo y esfuerzo, y que tan constante estaba en la fé de Jesucristo, mandó luego le quitasen la cadena que tenía a la piernas y que atado de pies y manos le metiesen en el hueco de las tablas de la tapia, que mandara reservar el día antes, y vivo le tapiasen. Hiciéronlo así los chauzes. Y metido entre las tablas así ligado, un renegado español de casa de Agü Morato, el cual en cristiano se decía Tamargo, que cautivara en la pérdida de Mostagán con el conde de Alcaudete, y en turquesco se decía Jafer, saltó luego a pies juntos sobre el mártir de Dios, y tomando en las manos uno de aquellos pistones que allí estaban, pidió con grande instancia que truxesen presto la tierra, como truxeron, y echándola sobre el santo de Dios, que ni hablaba ni abría su boca, más que un corde-rito manso, comenzó el renegado a dos manos con gran fuerza a pistar, dando con el pistón grandes y crueles golpes, lo cual viendo otros renegados de muchos que allí estaban con el Rey, deseosos también de que los tuviesen a ellos por buenos y finos turcos, arremetieron también a otros pistones, y cargando la tierra que se traía y ellos pistando a toda fuerza y furia, acabaron de hinchar el hueco de las tablas y de

matar al glorioso mártir de Cristo, cuyo espíritu conforme a nuestra santa fé, habemos de tener, que le recibió el Señor en el número de sus santos en el cielo, y que le dió la corona y premio desta santa y gloriosa muerte. A todo esto estaba presente el Rey y una infinita cantidad de turcos, renegados y moros, mirándolo con gran contento y gusto. Lo cual hecho y quedando el cuerpo del santo varón sepultado en tan noble sepulcro, dió la vuelta el Rey para su casa, y decía por el camino, que realmente no pensara que aquel cristiano recibiera la muerte con tanto ánimo. Sería entonces mediado septiembre del año mil y quinientos y sesenta y nueve, el cual día había de quedar en perpetua memoria y remembranza de los que aman la gloria de Jesucristo, Señor nuestro. Y aunque entre los cristianos que en aquella obra y bestión trabajaban se trató después si sacarían de allí aquel santo cuerpo, no les pareció posible porque lo verían los turcos y moros, que estaban allí de continuo por guardianes, ni tampoco conveniente, porque mucho más se conservaría la memoria deste bienaventurado mártir y de su gloriosa muerte y esfuerzo, si su cuerpo estuviese allí enterrado en tan noble lugar, y tan a la vista y ojos, no sólo de cristianos, más de los ciegos moros y turcos, y principalmente de los renegados, que viendo un tan excelente mártir de Dios, se confundirían y avergonzarían de su yerro y engaño. El lugar do el cuerpo santo está enterrado, quien mirare el bestión lo verá muy claramente en las tapias y paredes dél, porque en la parte que mira hacia tramontano o Norte se ve que está una tapia toda sentida y como movida, porque con el tiempo consumiéndose la carne del cuerpo, hizo la tierra de la tapia asiento, y se ve muy señalada. Deste lugar confiamos en el Señor por su piedad, que algún día le sacaremos, y con otros cuerpos de otros muchos santos y mártires de Cristo, que con su sangre y bien-

venturadas muertes consagraron aquella tierra, le pondremos en otro más cómodo y más honroso lugar, para gloria del Señor, que tales santos y de tal exemplo nos dexó a los cautivos. Era el bienaventurado mártir Jerónimo, según parecía al tiempo de su gloriosa muerte, de edad de treinta y cinco años, pequeño de cuerpo y pocas carnes, caridélgado y bien moreno, como son casi todos los moros de aquella tierra y Berbería.

Año de mil y quinientos y setenta y dos era Rey, o gobernador de Argel, Arab Amat, de nación moro y natural de Alexandria, en Egipto, como más largamente tratamos en otra parte, el cual tanto que de Constantinopla llegó a Argel puso todo cuidado en fortificar la ciudad, y particularmente hizo aquel foso que está a la puerta de Babazón, que mira entre Levante y Mediodía, do con otros muchos esclavos cristianos de los turcos y moros de la ciudad, hacía también de continuo trabajar cuantos él tenía por suyos, entre los cuales había uno de nación raguzés, el cual siendo patrón de una nave raguzea fuera cautivado de ciertas galeotas de Argel y presentado al dicho Rey. Y esto, considerado bien, era contra toda razón y justicia, porque pagando la República raguzea tributo cada un año al gran turco, y siendo ellos como sus vasallos, tienen dél licencia o salvoconducto para poder libremente navegar. Y, por tanto, viéndose este buen hombre y honrado cristiano (porque tal testimonio le dan todos los que le conocieron, que son muchos, y están hoy en Argel) que tan injustamente le usurpaban y robaban su libertad, un día, que sería a los quince o diez y seis de abril de aquel año de mil y quinientos y setenta y dos, trabajando, como dixé, con los otros cristianos del Rey en aquel foso, y habiendo el Rey venido a mirar la obra, como cada día solía, llegóse el raguzés a él y le dixo: «Sultán, cómo, ¿y es razón que pagando nuestra na-

ción y república tributo al gran señor, y navegando con seguro que nos da a todos los raguzeos tú me tengas por esclavo? ¿Y tan mal trato y que me hagas así trabajar desta manera?» El Rey que esto oyó, volvióse al cristiano muy airado y díjole desta manera, como quien se halló presente me dijo: «¿Cómo? ¿Y no eres tú mi esclavo?» A esto respondió el cristiano: «De razón no lo soy, pues soy vasallo del gran señor.» A esto respondió el Rey muy indignado: «¡Pues verás si tú eres mi esclavo o no!» Y con esto envió al momento por chاوز o portero a llamar al guardián Baxí, éste es guardián mayor de sus esclavos, el cual se decía Amica Raez, de nación turco. Y venido hablóle en turquesco, porque no le entendiesen los cristianos que allí estaban trabajando, diciéndole que hiciese lo que al punto hizo: que llamando el guardián al cristiano le llevó de allí consigo, y sin le decir nada se fué con él hasta el muelle y puerto de la ciudad, do llamando a tres turcos que allí hallara, con ellos y con el cristiano se embarcó en una barca de las que suelen ordinariamente allí estar y se largó hacia la mar un buen tiro de ballesta, y allí, asiendo del cristiano inocente él y los demás turcos, quien había dado parte del negocio, le ligó las manos y pies, y atándole a la garganta una sogá con una piedra muy grande, como a una oveja mansa, le echaron a la mar, do ahogándose, nunca más pareció. Era el buen cristiano hombre alto de cuerpo, barbicastañó, robusto y bien proporcionado, y de edad de hasta cuarenta años.

Luego de allí a un mes que fué a los veinte de mayo de mil y quinientos y setenta y dos, en tiempo del mismo Rey Arab Amat, dos cristianos, uno de nación español y otro de la isla de Ibiza, huyeron por tierra para Orán, y habiendo caminado hasta Sargel, que está de Argel sesenta millas, los alarbes los tomaron y traídos al Rey, como suelen presentar todos los



que hallan que huyen, preguntóles él mismo por la causa de su huída, al cual ellos respondieron: «Que el deseo de libertad les hiciera hacer aquello que a todo cautivo era tan común y tan usado, buscarla como pudiesen». Pero no miró el bárbaro Rey a tan justa disculpa; mas al momento y con gran furia mandó que los tendiesen en el suelo; y hecho esto, él mismo, con su mano, no se avergonzando de ser tan vil verdugo, estando en estado de Rey, con una media lanza primero, que de continuo solía traer en las manos, y después rompida ésta, con un muy grueso bastón, dió tantos palos al español en la barriga, que al último, invocando siempre el nombre dulcísimo de Jesús, acabó allí la vida. Muerto éste, al ibizano, por lo semejante, dióle tanto de palo en la barriga y le molió de tal manera los hígados y entrañas, que dándole ya todos por muerto, le sacaron de allí para enterrar como el otro, aunque esté vivo; después dos días, al cabo de los cuales murió muy cristianamente y con mucha devoción. Eran ambos mancebos, y de una misma edad de veinte y cinco años poco más o menos. El español era más alto un poquito y de más carnes; el otro, no tan grande ni tan rehecho.

En el año de mil y quinientos y setenta y tres, era Rey de Argel el sobre dicho Arab Amat, el cual, entre otros muchos esclavos que tenía cristianos, era uno de nación italiano, el cual se decía N. Trinquete, y de oficio zapatero. Este, deseoso de la libertad, cosa tan deseada, trató con algunos sus amigos cristianos, que una noche, descolgándose del muro, que va hacia la marina y puerto, tomasen un bergantín que allí estaba desarmado, y en él se fuesen todos a tierra de cristianos. Sería el número de todos los que entraban en este concierto hasta cuarenta cristianos cautivos, y parecía ser cosa fácil salir con su intención, porque era entonces invierno en el mes de diciembre de aquel año de mil y quinientos y

setenta y tres; y por tanto, todos los cosarios y arraeces, o invernaban fuera de Argel o tenían en el puerto los baxeles desarmados; y así, antes de ser sentidos o fuesen algunos tras ellos, podían los cristianos llevarles muy gran ventaja de camino y ponerse a buen recaudo. Para esto se efectuar, por medio de un cristiano, remolar, esto es, oficial de hacer remos, trató el N. Trinquete con otro cristiano, que era de un arraecz, y tenía las llaves de un cierto magacén en que estaban los remos y aparejos del baxel de su patrón, que les diese todos los remos que para el bergantín que había de tomar, pareciesen necesarios, a lo cual de buena gana consintió el cristiano, con esperanza también de poder ir con los otros en libertad. Venido, pues, el día señalado para efectuar esto, que fué a los veinte y ocho de diciembre del año arriba dicho, día de los Santos Inocentes, todos los cuarenta cristianos y Trinquete con ellos, siendo casi media noche, se hallaron prestos a la muralla, que está entre la mezquita grande y el magacén de los remolares: unos con barriles de agua a cuestras, otros con costales de bizcocho, otros con cuerdas que serían necesarias y otros con cuatro o cinco barraganes de lana grandes que llevaban ya cosidos, para servirse de ellos de vela. Luego que se descolgaron abaxo, el que había de dar los remos y tenía las llaves del magacén le abrió y dió hasta veinte remos muy buenos que servían a otro bergantín tal como aquel que pretendían tomar, y caminando todos muy contentos, y con un silencio muy grande hacia el muelle do el bergantín que habían de tomar estaba amarrado, ciertos moros y turcos, los cuales el Rey tenía puestos en guardia, por lo que después se entendió, y que estaban ya a posta aguardando para tomar los cristianos y cogerlos con el hurto, como dicen, en las manos (porque el Rey había sido algunos días antes avisado desto, el cómo no se sabe, y disimulara hasta entonces),

comenzaron a dar voces y apellidar<sup>r</sup> unos a otros, diciendo: «Acudir, acudir, que se huyen los cristianos.» Ellos que esto oyeron, vieron ser descubiertos, dieron luego a huir, unos por una parte y otros por otra como podían. Pero con todos, unos que serían hasta doce, entre los cuales era uno el N. Trinquete, que se hallaron más cerca del bergantín, tuvieron más ánimo, y así como iban cargados con los remos, cada uno con el suyo, se arrojaron dentro del bergantín y, desamarrándole y defendiéndose de las pedradas que los moros y turcos les tiraban, se hicieron con gran ánimo a la mar, animándolos a todos y exhortándolos en gran manera el bueno de N. Trinquete; y así tentando la ventura comenzaron a bogar a grande fuerza, y de tal manera que a poco rato, no sólo salieron salvos del puerto, pero se hicieron unas dos grandes millas a la mar, do, arbolando el árbol y metiendo esa vela que llevaban, caminaron tanto que ya estaban cuarenta millas lexos de tierra, muy contentos y con esperanza muy grande de proseguir su viaje, que luego enderezaron hacia Levante porque para aquella parte era el viento favorable. Yendo desta manera y encomendándose a Dios, quiso así nuestro Señor que el tiempo se mudó en maestral o, como decimos en español, en viento Noroeste, el cual creciendo más, y embraveciéndose en gran manera la mar, y no se pudiendo tener el bergantín con un tiempo tan contrario, que era como fortuna deshecha, fueron los pobres cristianos forzados, con grandísimo dolor (porque veían que perdían tan maravillosa ocasión para recibir la libertad), de volverse a la tierra; y pensando poderse reparar mejor en un puerto que de Argel está hacia Levante cuarenta millas y de la punta de Malafuz veinte y ocho, que se dice el puerto Galina, pusieron la proa en aquella parte; pero como el viento, y la mar, y la fortuna era tan brava, que fué milagro no se anegara el bergantín, no les

consintió que ellos tomasen el puerto; mas fuéle forzado embestir en aquella costa y playa, do, rompiéndose el bergantín y saliendo todos a tierra mojados y casi desnudos, fueron todos presos y tomados de alarbes que por allí vivían, los cuales, habiendo visto venir el bergantín tan trabajado con la fortuna, habían todos acudido a la marina. Tomados desta manera los cristianos, luego los alarbes, por ganar (como es uso) su aguinaldo, los llevaron a Argel; y presentados al Rey, como suelen presentar a todos los que huyen, y no considerando que por un caso como éste de tanto ánimo, procurando los pobres cautivos su libertad, eran más dignos de loor que de castigo, como hombre fiero, inhumano, mostró holgarse en gran manera con aquella ocasión para mostrarse con ellos muy riguroso, y, por tanto, mandó luego allí delante de sí dar muchos palos a diez de aquellos cristianos, que los molieron los huesos; y porque él sabía que el N. Trinquete y otro cristiano, su compañero, cuyo nombre y patria jamás he podido saber, que eran sus esclavos, habían sido los autores deste negocio, deseoso (como suelen hacer aquellos bárbaros infieles) de hartarse en la sangre cristiana, estimando esto por un sacrificio muy agradable a su Dios (que en efecto es la causa principal que los mueve a matar los cristianos y no los achaques que ellos toman, tan ajenos de razón y de justicia, como fué éste de que echaba mano para cruelmente matarlos), condenólos primero a que fuesen públicamente enganchados, que es una terribilísima muerte, como dijimos; y porque algunos le rogaron que fuese más piadoso, condenólos la segunda vez a que los colgasen de una antena a la marina y que allí los matasen a flechazos. Ya se quería ejecutar esta bárbara sentencia, cuando otros le rogaron y pidieron con gran instancia que su Alteza les diese otra muerte no tan penada y cruel, y, por tanto, muy contra su voluntad hubo de mandar que

luego y sin más réplica los llevasen ambos al lugar por donde ellos y los demás se habían descolgado de la muralla a la marina y que allí los ahorcasen al momento. No lo hubo dicho el Rey, cuando los chaucees y ministros de su crueldad los arrebataron y ahorcaron de la muralla. La cual muerte, quien lo vió, me afirmó que ellos, no sólo lo recibieron con muy grande paciencia y esfuerzo, mas también como muy buenos y verdaderos cristianos, esto es con muy gran arrepentimiento de sus pecados y con una devoción muy notable, que consoló en extremo a todos cuantos cristianos los miraban, que fueron muchos, sintiendo en gran manera aquella cruel e injusta muerte. Era N. Trinquete, a lo que parecía, de cuarenta años, de mediana estatura, no muchas carnes, ni muy moreno.

En el año de mil y quinientos y setenta y cuatro, siendo Rey de Argel Rabadam Baxá, renegado, de nación sardo, que es aquel que gobernaba el reino de Túnez cuando el señor Don Juan de Austria lo ganó en el año de mil y quinientos y setenta y tres, entre los cosarios que entonces en Argel había era un renegado que se decía Acanico, de nación griego, el cual particularmente en crueldad era entre todos el más señalado, porque su pasatiempo y gusto era cortar orejas y narices a los pobres cristianos, de los cuales así señalados traía en una galeota suya un muy gran número. Este, pues, tan inhumano y cruel cosario salió de Argel en corso en compañía de otros cinco baxeles de cosarios al principio del mes de junio del dicho año de mil y quinientos y setenta y cuatro, y tomando su camino hacia Poniente, en pocos días llegaron todos cerca de la isla y ciudad de Cádiz, que está fuera del Estrecho de Gibraltar, y sabiendo que media legua de Cádiz, en el lugar que se dice San Sebastián, había copia de cristianos que trabajaban en la almadraba que el duque de Medina Sidonia allí tiene, acordaron los cosarios de echar antes de amanecer

hasta trescientos turcos en tierra para cautivarlos, y entre ellos saltó en tierra el dicho Acanino, renegado. Diéronse los turcos tan buena maña y los cristianos estaban tan descuidados y sin guardias tendidos por aquella playa durmiendo, que tomaron dellos hasta doscientos, con los cuales los turcos comenzaron a caminar hacia los baxeles que de allí estaban cerca. A este tiempo tenían ya el corregidor y vecinos de la ciudad de Cádiz aviso de las galeotas de los turcos y de su salida en tierra (porque, según dicen, un renegado natural del mismo pueblo se había huído cuando ellos desembarcaron y dado en el pueblo aviso), por lo cual, poniéndose el pueblo en armas y saliendo al punto alguna gente armada a pelear con los turcos, encontraron con ellos y que a gran prisa se recogían a los navíos y trabajaban embarcar los cristianos. Y porque los cristianos de Cádiz apretaban reciamente con ellos, fueron forzados los turcos dexar mucha parte de los que llevaban cautivos, que aún no estaban embarcados, y queriéndose hacer a la mar con los navíos, hallaron que así por la marea haber vaciado mucho como por causa del peso de la gente que embarcara en los baxeles, todas las seis galeotas estaban en seco, de manera que no se podían hacer a la mar. Visto esto por los turcos, en cuanto algunos pocos dellos detenían los cristianos escaramuzando, procuraron a brazos y con los hombros echar las galeotas al agua y acogerse. Pudieron hacer esto cinco de los baxeles que eran pequeños, quedando algunos de los turcos en tierra cautivos, y otros muy maltratados y heridos. Pero no pudo hacer lo mismo la galeota de Acanico, así porque era mayor de todas y de veinte y un banco por banda, como porque la gente della era muy más en número y se habían a ella recogido otros muchos de los otros baxeles, y porque sobre este baxel había cargado más número de cristianos peleando con mucho esfuerzo, y asiendo

la galeota con las manos deteniéndola que los turcos no la echasen a la mar como las otras. Y así, viéndose Acanico y los demás de su baxel desesperados, unos se echaron a la mar y fueron nadando hasta los otros baxeles, y otros abatiéndose entre los bancos por causa de los muchos arcabuzazos que los cristianos les tiraban, fué al último rendida con cuantos en ella estaban, y el Acanico también. Fué muy grande el contento de los de Cádiz cuando vieron la galeota rendida, porque cuando menos dieron en ella libertad a más de ciento y cuarenta cristianos que bogaban, aunque sintieron en gran manera que las otras cinco se acogiesen, a las cuales a gran furia tiraban de continuo con una pieza de artillería que de Cádiz habían traído en carretada y con muchos y espesos arcabuzazos, por lo cual los turcos dellas, viendo la galeota de Acanico perdida, no quisieron esperar más y tomaron su camino para Argel. Los cristianos, poniendo la galeota a recaudo, con muy grande contento caminaron hacia Cádiz, llevando una procesión de cautivos muy grande libertados y de los turcos que habían tomado, do siendo recibidos con grande fiesta, a pocas horas los cristianos que en la galera habían recibido libertad, según estaban tan maltratados y fieramente señalados de la bárbara crueldad del Acanico, renegado, informaron dél todos al corregidor y justicia de la tierra, suplicando que para exemplo de otros crueles y bárbaros cosarios, se diese a aquel renegado algún castigo, y para esto mostraban uno las orejas cortadas, otros las narices, otros estropeados los dedos y otros señalada la cara, ojos y miembros de los fieros golpes que les daba, con que sin piedad les abría las carnes. Lo cual visto por la justicia, al cabo de algunos días que el Acanico estuvo en la cárcel detenido, fué condenado a que le cortasen la cabeza y la colgasen en una de las puertas de aquella ciudad. Dixéronme personas

que entonces se hallaron en Cádiz que antes que muriese el Acanico conoció muy de veras su error y pecado, y que se reconcilió con la Santa Madre Iglesia y mostró muchas señales de verdadera contrición y penitencia a la hora de su muerte. A este mismo tiempo vivía allí en Cádiz, casado y con hijos, un hombre hartó bueno, que vivía de una botica en que vendía lienzo y otras cosillas, el cual se llamaba Nicolo, y era griego, como también lo era el Acanico. Por lo cual al tiempo que el Acanico estaba preso en la cárcel, el Nicolo con buena intención le fué a ver y consolar algunas veces; sucedió, pues, que en el mes de octubre siguiente del mismo año, el Nicolo, como vivía de vender lienzos y otra alguna poca de mercancía, viniendo de Lisboa a do fuera a comprar para su botica estas cosas, fué cautivado de una galeota de turcos junto a las Arenas gordas y llevado a Argel en pocos días. Donde siendo llegado, deseoso de cobrar la libertad y volverse presto a su casa para sus hijos (que sin él quedaban faltos de todo remedio), trató con un moro de Argel, que era xarife, le comprase, prometiendo darle quinientas doblas, que son doscientos escudos de España, en llevándole a Tetuán, porque de allí, siendo como es tan cerca de España y de Cádiz, hacía cuenta Nicolo que le vendría presto el recaudo de su rescate. Ya que estaba comprado del moro y que cada día estaba para partir para Tetuán, acaeció que uno de los turcos que con Acanico se perdieron y fueron llevados a Cádiz (que también era renegado), huyó de España, y vuelto a Argel, un día que pasaba por cerca de do está la cárcel del Mesuar, vió estar a Nicolo cosiendo un capote en la botica de un sastre cristiano. Porque con esta arte se entretenía él así como podía, y al punto que le vió le conoció, porque cuando Nicolo visitaba al Acanico en la cárcel de Cádiz, este renegado estaba también en ella preso y detenido con otros turcos; conocido que hubo



a Nicolo, quedó maravillado, y luego imaginó de hacer la maldad que después hizo, porque al momento publicó entre otros renegados, que habían sido amigos de Acanico, que en Argel estaba el que había sido causa y autor della. Y, por tanto, que si ellos la querían vengar, él les mostraría el autor al momento. Oído esto de los renegados, todos dixeron que sería cosa muy bien hecha, y que en todo caso así se hiciese, y que les mostrase quién fuera aquél que tal cosa osara hacer; hizolo así el renegado y mostróles al inocente Nicolo, los cuales, creyendo lo que falsamente el renegado decía (y basta porque ellos crean estas y otras cosas semejantes pocas y muy cortas razones), comunicaron lo mismo con otros muchos renegados, y todos siendo de un mismo voto y parecer, se fueron a Rabadam Baxá, informándole del caso como a ellos pareció más al propósito; con grande insistencia le pidieron que en todo caso permitiese que ellos vengasen la muerte de su amigo y compañero Acanico en el mismo que della fuera causa y autor en Cádiz. El Rey, viendo tantos renegados y que tan ahincadamente demandaban esta licencia, como no era muy escrupuloso (ni generalmente alguno de ellos lo es) en consentir semejantes y crueles maldades para matar cristianos, díxoles que hiciesen como quisiesen. Por lo cual se fueron al momento todos al moro xarife, que era amo y señor de Nicolo, y dándole las quinientas doblas o doscientos escudos en que Nicolo se tallara con él, le sacaron de su poder, y para estar a buen recaudo, en cuanto ellos aparejaban otras cosas, le llevaron al baño y casa del capitán de la mar, que era entonces ese renegado albanés Mamí Arnaut; porque siendo éste el más cruel y fiero enemigo que hoy día tienen los cristianos (como se ve cada día en sus fieras y extrañas crueldades de que usa con ellos cada día), les pareció tomar a éste por capitán y cabeza de su bestial crueldad. Llevado el ben-

dito Nicolo (porque dende este punto que empezó su bienaventurado martirio le podemos así llamar), y metido en el baño del capitán, le echaron a los pies una gran y gruesa cadena, y poniéndole muy buenas guardias, mandaron que ninguno, ni cristiano ni moro, entrase a hablar con él, ni le diesen cosa alguna de comer o beber, para que dende aquel punta comenzase a padecer y a ser dellos atormentado. Fué esto a les veinte y tres del dicho mes de diciembre, y como los renegados determinasen matarle otro día siguiente, supieron que otro día más adelante era la solene fiesta y tan regocijada de los cristianos, conviene a saber, la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, acordaron entre sí que sería muy mejor diferirlo para entonces, pareciendoles que tanto más notable sería su venganza y de tanto más dolor para todos los cristianos, cuanto en un día tan célebre y de tanta fiesta para ellos cometiesen aquella maldad. Venidos, pues, el día de la Natividad del Señor, aún no era bien de día cuando ya todos, renegados y turcos y moros, daban voces y alaridos. diciendo: «*¡Quemar vivo al cristiano, quemar vivo al cristiano!*» Y andaba la cosa de fuerte que no osaba cristiano alguno parecer por la ciudad; tantos eran los puños, bofetones, pescozones y puntapiés que les daban los moros. A este tiempo se hallaba en Argel un muy reverendo padre de la Compañía de Jesús, de nación castellano, que se decía el padre Torres, el cual de la limosna que aquel valeroso caballero Luis Quixada, ayo del señor D. Juan de Austria, había en su testamento dexado, viniera a rescatar a muchos pobres cristianos. El cual, tanto que del caso fué avisado, deseando oviar una tan terrible crueldad contra un tan inocente y sin culpa cristiano, se fué luego al Rey y por una parte extrañando con muchas razones una tan fiera y tan inhuma crueldad, y por otra mostrando cómo el inocente Nicolo ninguna culpa tenía en la muerte

de Acanico, le suplicaba con mucha instancia mandase Su Alteza que no se hiciese tal muerte. No pudo el padre Torres ir a casa del Rey y tratar este negocio tan secreto que luego los renegados no fuesen dello avisados, por lo cual juntándose un gran número de ellos, temiendo que el Rey no mudase de parecer, se fueron luego a palacio, do hallando que el padre hablaba con el Baxá e instaba en el negocio, comenzaron ellos también a oponerse al Padre, y sin querer escuchar alguna buena razón daban voces que se cumpliese lo que el Rey les concediera. Y crecieron tanto en su dañada intención, que osaron pedir al Rey con grande instancia les diese licencia para quemar vivo aquél papaz, porque lo merecía él también y mejor que no el otro; por cuanto (decían ellos) estos papazes son aquellos que aconsejan allá que maten los renegados. Y no piense ninguno que era esto cosa de burla, o que lo decían por querer espantar al padre, porque realmente lo querían y deseaban tanto, que el capitán Mami Arnaut, de que hablamos arriba, con ser tan buen renegado y más que todos ellos cruel, temió que con las voces grandes que daban no acabasen con el Rey lo que pedían, de quemar al padre Torres, y, por tanto, movido deste temor se llegó al mismo padre, y echándole su ferja o manto turquesco encima, y cubriéndole con él (que es significación y mostrar que le toma sobre su amparo) dixo a los renegados que no convenía aquello por cuanto el padre siendo Redentor de los cautivos de España, representaba al Rey de España, que le había enviado y se contentasen que el Rey les concedía matasen al griego. Con estas palabras del capitán y con otras tales que el mismo Rey les dixo, se fueron los renegados echando fuego mal contentos, y el padre Torres sin poder hacer cosa alguna, se hubo de volver espantado de tan bárbara y cruel gente; deste tiempo el dichoso y bendito Nicolo era avisado

de lo que contra él se trataba, y como el Señor le escogía para con su muerte glorificar su santo nombre. En estos casos suele el Señor prevenir con su gracia y esfuerzo a los que desta manera escoge para instrumento de su gloria; afirman los que lo oyeron y con él estaban presentes a todo de quien lo supe, que era muy notable y muy para alabar a Dios, su esfuerzo, su ánimo, su constancia y la devoción con que aceptaba aquella muerte, alzando muy de continuo los ojos y el corazón al Señor, y diciendo que por todo y en todo le alababa y a su benditísimo nombre. Y como todos pensaban que el día de la Navidad del Señor había de ser el de su gloriosa muerte, determinó como bueno y fiel cristiano, aparejarse y disponer su alma con la santa confesión, y, por tanto, por medio de algunos cristianos del capitán, en cuyo baño estaba, y de otros procuró que le llamasen a un padre sacerdote español de la orden de la Santísima Trinidad que allí estaba cautivo, que después en el año del Señor de mil y quinientos y setenta y siete, se huyó por tierra a Orán, y venido se confesó con él con muy gran devoción aguardando por momentos cuándo le vendrían a buscar y llevar al horrendo y cruel patíbulo. Pero como los renegados de nuevo hubiesen acordado no quemarle, hasta que fuese cogido de limosnas por la tierra, el precio y dinero que por él habían dado (porque decían que era bien participasen cuantos pudiesen en tan santo sacrificio), húbose de dilatar para el otro siguiente día y fiesta del primer mártir de Cristo el glorioso San Esteban. Venido aquel día que contamos veinte y seis del mes de diciembre, dieron todos los renegados grande prisa a que se acabase de coger la limosna que faltaba, y como viese un renegado de nación español, natural de la ciudad de Murcia, que se dice Morat Arraez, Maltrapillo, (un gran traidor) que por sesenta doblas que son veinte y cuatro

escudos de oro, se detenía la fiesta, al punto se ofreció a dar la mitad deste dinero, y con un plato en la mano se fué por casas de sus amigos, y en pocos pasos cogió de limosna todo lo demás que faltaba. Hecho esto, y siendo como seis horas del día o poco más, y conforme a como en España contamos, las doce horas o poco más del día, una cantidad de renegados hasta treinta o cuarenta, llevando consigo dos o tres chauzes o porteros del Rey (que son como diximos los verdugos y ministros de justicia) se fueron al baño del capitán do estaba detenido y cargado de hierros, el dichoso siervo de Cristo, y quitándole la cadena asieron luego los chauzes dél, diciéndole los renegados mil injurias y afrentas, y que él fuera causa de la muerte de Acanico y que agora lo habían de quemar vivo como a un perro; el varón de Dios que ya para todo estaba aparejado y ofrecido a su Señor, sin responder cosa se dejó atar las manos y llevar como una oveja. Desta manera, y con grandes alaridos y voces, caminaron los renegados a grandes pasos con él hacia la puerta de Babaluate, que mira para Poniente, siguiendo tras ellos infinito número de moros y turcos y particularmente morillos y rapaces, que iban dando voces y gritos con fiesta y alegría de la muerte del varón justo. Lo cual todo, y los repuxones, puños, puntapiés que le daban, y injurias que le decían (como es de su costumbre), no fueron parte para que perdiere el ánimo; mas con un semblante muy grave y con una notable constancia y fortaleza caminaba al martirio. Llegados, pues, a aquella puerta y salidos fuera a aquel campo que allí se muestra, cerca del burgo o castillo de Ochali, que allí está, tenían los renegados enterrado un hierro o áncora de galeota grande, con las puntas debaxo de tierra y la asta alzada; en esta asta, llegados que allí fueron, ataron al siervo de Dios manos atrás con un cordel, y luego le hicieron un cerco por rededor

de leña seca, que estaba como ocho o diez palmos distante dél, que le rodeaba de todas partes, no queriendo que ardiendo la leña le tocase el fuego, ni contentándose de darle la muerte, que es el último de las cosas más terribles, sino que de lejos y estándose asando y turrando vivo, y a poder y fuerza de tan terrible tormento, le arrancasen la alma de las carnes. Y así fué, porque puesto fuego a la leña y hecho unas grandes y terribles llamas, el mártir de Cristo se tostaba vivo de una parte y otra; pero con tan gran devoción, fe y ánimo recibía aquel tormento, que muchos cristianos que lo han visto (los cuales se allegaban a mirar) me afirmaron que clara y muy distintamente, por espacio de más de tres cuartos de hora, que desta suerte padeció el buen varón de Dios aquel tan horrendo y espantoso tormento, le oyeron llamar por nuestro Señor Jesucristo y por su gloriosísima bendita Madre, y otros muchos santos, pidiendo su favor y encomendando su alma a su Dios y Criador; hasta que al cabo, tostado y consumido ya del calor, dió el espíritu a nuestro Señor e inclinó la cabeza, quedando muerto. Lo cual, como vieron los renegados, le apedrearon con grande furia de piedras, siguiendo luego tras ellos todos los muchachos. Habiendo quedado el cuerpo casi todo enterrado y cubierto de piedras, hicieronlas quitar y echaron sobre él toda aquella leña que ardía, con otra mucha más que allí estaba, la cual, tomando el fuego, acabó de quemar el santo cuerpo; pero al otro día, ciertos buenos cristianos recogieron algunos huesos que quedaron y los enterraron ocultamente, sin ser vistos, en el cimiterio de los cristianos, que luego un poco más adelante está. Era el bendito Nicolao, por cuanto parecía, de edad de cincuenta y cinco años; tenía ya muchas canas en la cabeza y barba; de más que mediana estatura y no muchas carnes, más moreno que no blanco.

En tiempo del mismo Rey Rabadán, renegado sardo, y en el año de mil quinientos y setenta y siete, a los cuatro del mes de febrero, Car Asán, cosario de Argel y capitán de la Volona, turco de nación, natural de Anatolia, de un lugar que se dice Carabrunie, distante de la isla de Xio a Levante sesenta millas, se hallaba en el río de Tetuán con dos baxeles suyos, uno de veinte y dos bancos que él gobernaba, otro de diez y nueve de que era araez un su renegado veneciano que se llama Mami Arraez. Este Car Asán, entre otras maldades de que él se preciaba, era ser el extremo mal acondicionado, fiero y cruel con los pobres cristianos sus cautivos. Por lo cual muchos días antes tenían los más dellos acordado en habiendo ocasión alzarse con el baxel e irse a tierras de cristianos. Estando, pues, entonces en el río de Tetuán les pareció que podía esto ser, y así determinaron ponerlo en efeto y procurar su libertad; principalmente, porque estaba tan cerca España, do a pocas horas se podían poner en salvo. Los principales deste trato fueron cinco, uno que se decía Janeto, de nación veneciano y de la misma ciudad de Venecia, que era carpintero y oficial de hacer galeras, de edad de veinte y seis años; el segundo fué Juliano, de nación ginovés, de edad de diez y ocho años, el cual era compañero como ellos dicen, y nos llamamos despensero de baxel, y que tenía a su cargo la provisión dél; el tercero fué maestro Marco, remolar, de nación ginovés, casado en Sicilia, que hacía remos, de edad de treinta y cuatro años; el cuarto Andrés de Jaca, siciliano, natural de aquella antigua ciudad de Jaca, de edad de veinte y cinco años; el quinto, Marcelo, de nación calabrés, natural de la ciudad de Mancia, de edad de veinte y dos años. Esto, pues, resolutos en el negocio y los demás con quien lo tenían comunicado, ofrecióse que el dicho Car Asán, su patrón, se puso a punto para partir y volverse para Argel,

y así a los cuatro del mes de febrero, del año que diximos de mil y quinientos y setenta y siete, haciendo señal de partir su renegado, que era como diximos Mami Ruez, que mandaba la otra su galeota, estando leste y a punto zarpó primero y comenzó a baxar el río abaxo y entre tanto el Car Asán, se estaba alistando, queriendo hacer lo mismo y baxar también río abaxo, cuando vió que el viento, que de abaxo de la boca del río venía, soplaba muy recio, y como el baxel estaba arbolado pensó que le estorbaría la baxada, o que sería dificultosa, por lo cual saliendo de la popa donde estaba y poniéndose en la cruxía cerca de la puerta del escotillón de la compañía, o cámara de medio, mandó a grandes voces, que desarbolasen el árbol y le metiesen en cruxía, como es uso para mejor se tener contra el viento. Al tiempo que Car Asán mandaba esto, el Janeto, carpintero veneciano, dió de ojo a los demás cristianos confederados, significándoles que la hora era llegada, oportuna y muy buena, para hacer lo que tanto deseaban, y mostrando todos que lo mismo le parecía, el Janeto tomó luego en las manos su hachuela grande, con que solía trabajar y adobar las cosas necesarias al baxel, que era la contraseña dada entre todos, por ser de menos sospecha. Porque, como de continuo, la solía traer en las manos y labrar siempre con ella, no se podía sospechar mal alguno, cuando él la tomase y mostrase a los otros; hecho esto, y estando todos a punto, el Janeto, con su hachuela, se llegó al Car Asán y díxole desta manera: «Patrón, no es tiempo agora de hacer eso», y en diciendo, alza a dos manos la hachuela y dióle tan grande golpe y de tanta fuerza en los pechos con el hierro, que se lo enclavó todo dentro y le echó muerto y tendido a sus pies, aunque otros dicen que le echó en cruxía, y que a esto acudió Marcelo de Mancia, y con un grande espeto de hierro le dió una grande estocada por el vientre y volvió a darle otra por



las sienes, con que le acabó de matar. A esto se alzaron luego todos los turcos, que serían hasta sesenta y más; y los cristianos también comenzaron asir dellos y a trabarse entre todos una brava riña y revuelta muy sangrienta. Porque de los cristianos tenían algunos espadas, que el despensero Juliano les había dado de la cámara donde estaba; otros también comenzaron la revuelta, las habían tomado por fuerza de los asientos y bancadas de los turcos donde estaban, y otros se servían de espetos, de puntales y de otros palos y armas que el furor les administraba. Los turcos también tenían no pocos alfanjes con que se defendían y ofendían; de manera que la escaramuza andaba muy revuelta y sangrienta, y como los cristianos, parte instigados del dolor y parte deseosos de libertad tan querida, peleasen con gran esfuerzo, mataron a poco rato una cantidad de turcos y forzaron a otros muchos se echasen a la agua del río, donde algunos que tenían el seno lleno de saquetes de moneda de reales y oro (que es mercancía ordinaria que traen de Argel), con el peso del metal se ahogaron, y particularmente con ellos siete u ocho mercaderes, moros pasajeros. Sólo de todos los turcos que quedaron en la popa cinco, y en la proa quince, con los cuales combatían los cristianos, y ellos, con el temor de la muerte, se defendían bravamente, esperando ser socorridos, principalmente porque (andando la escaramuza riña tan trabada) a las voces grandes y grita que daban los turcos y moros diciendo que los valiesen, el renegado de Car Asán, arraez de la otra galeota, como aún no baxara mucho río abaxo, mas cuanto un tiro de escopeta o arcabuz, revolviendo la proa hacia arriba el río, venía con gran furia tirando muchas flechas y arcabuzazos a los cristianos que peleaban. Los cuales, en viendo que la otra galeota venía, trabajaron cortar el cabo o soga del hierro de la galeota con que estaba dado fondo, con in-

tención de hacer rostro a la galeota que venía, y encontrándola, con la fuerza y con el ímpetu de la agua del rio que baxaba, investirla, entrarla también por fuerza. Y sin duda si lo pudieran hacer, acababan una grande y memorable hazaña; pero los turcos que diximos que quedaron en la proa se lo defendieron de tal suerte, que antes que cortasen el cabo la galeota llegó, y saltando algunos turcos en la otra donde era la pelea y escaramuza y otros tirando infinitos flechazos y escopetazos a los pobres cristianos, y, por otra parte, volviendo también a dar favor algunos de los turcos que se echaron al río, que entraron en la galeota, renovóse la batalla de tal suerte, que por todas partes corrían arroyos de sangre; los que más se señalaban entre todos los cristianos eran los cinco que diximos autores de este negocio, y, por tanto, procuraban más que todos o morir o acabarlo; pero a todos llevaba gran ventaja el mozo Juliano Ginovés, el cual, no siendo más que de diez y ocho años, andaba por la cruxía con la espada del mismo su patrón Car Asán, muerto (que era una rica y muy linda alfanje damasquina dorada), y más bravo que un león, haciendo maravillas; duró desta manera la pelea un grandísimo rato, hasta que cargando cada momento muy muchos más turcos y tirando de todas partes infinitas flechas y arcabuzazos, cayeron muertos diez y nueve cristianos de los más valientes y esforzados y fueron otros muchos muy mal heridos, por lo cual fueron al cabo rendidos los que quedaban vivos. Acabada, pues, la batalla, el Mami Ruez, renegado del Car Asán, como sentia en gran extremo la muerte de su patrón, que le criara y amara mucho, y los turcos la pérdida de muchos amigos y compañeros que murieron allí, no fué quietada la revuelta y puestos los cristianos a recaudo y bien herrados, cuando determinaron vengarse fieramente, y, por tanto, comenzaron luego por Janeto el carpintero, que ma-

tara con la hachuela al Car Asán, cortándole las orejas y narices, le ahorcaron de los pies en la punta de la antena, y después le aflecharon con gran número de flechas, con las cuales todo atravesado, quedó como un erizo. Y no siendo aún muerto, dexaron de golpe caer la antena, y a Janeto en el agua, debaxo de la cual habiéndose estado un gran cuarto de hora, que todos ya le tenían por ahogado y muerto, izaron otra vez los turcos la antena arriba y le vieron todos vivo, cosa increíble, pero echando mucha agua por la boca. Desta manera así colgado, estuvo como media hora, y acabó de dar el espíritu al Señor, a quien le oyeron siempre llamar, encomendándose siempre con muy grande devoción y llamando de continuo por el nombre de Jesús. Hecho esto, hicieron luego desembarcar en tierra al valiente y esforzado mozo Juliano, y desnudándole en carnes (que eran blancas como un alabastro) y no le dexando más que unos calzones de lienzo, le ataron atrás las manos, y enterrándole en la arena de la orilla del río, en un hoyo hasta la cintura, le aflecharon también con infinito número de flechas, tirándole a todas las partes del cuerpo, hasta que cubierto el cuerpo y rostro dellas, y enclavados todos los miembros, y manado dél muchas fuentes de sangre, dió su espíritu a Dios. Afirmóme un su amigo y compañero, que a todo se halló presente, que fué muy notable su esfuerzo en la muerte, como fuera en la vida, y que en aquel trabajo y cruel muerte jamás dexó el nombre de Jesús de su boca y de llamar a grandes voces por la Virgen María, Madre de Dios, hasta que dió su alma a su Dios y Criador. Su cuerpo, y el de Juliano, su compañero, echaron luego los turcos al río, cuya corriente los llevó hacia la mar y nunca más pudieron ser vistos. El día siguiente, que fueron cinco días del mismo mes de febrero, haciendo tiempo bueno, el Mami Ruez o los turcos, alistando los bajeles, se

partieron para Argel, con intención que, llegados allá, tomarían de los demás cristianos la venganza a su contento. Y así, llegados que fueron a Argel, a los once del mismo mes, a la noche de un domingo, el lunes siguiente, desembarcando el Mami Raez muy de mañana, llevando consigo algunos de los turcos que con él vinieron, se fué al rey Rabadán y le contó todo el caso como pasara, mostrando grandísimo dolor y sentimiento por la muerte de su patrón y demás turcos, le pidió le dexase a su gusto hacer justicia de algunos cristianos que él tenía por más culpados. A esto no le contradixo el Rey, mas libremente le dió licencia para que hiciese como quisiese; por lo cual luego, sin más esperar (tanta era la rabia que el Mami Raez tenía), hizo traer un caballo, y desherrando al Andrés de Jaca de la cadena en que estaba, le ató a los pies una soga, la cual estaba atada al pecho de aquel caballo, y desta manera le hizo arrastrar muy cruelmente, llevándole por todas las calles y parte principales de la ciudad de Argel, hasta tanto que, estando ya casi muerto, le llevaron fuera de la puerta de Babaluet, que mira hacia Poniente, en el cual lugar, junto a la misma puerta, por fuera del muro de la ciudad, tenían los turcos colgado un recio y fuerte palo, que salía de la muralla como cuatro o cinco palmos, y en la punta dél enclavado un agudo y temeroso gancho, con la punta hacia arriba, sobre el cual al Andrés de Jaca, así como estaba ensangrentado y todos los miembros molidos de arrastrarle, le arrojaron dende el muro de arriba de la muralla, y así, cayendo sobre el gancho, quedó al momento traspasado dél, por el lado derecho, de parte a parte, do a poco espacio expiró y dió su alma a Dios. En todos los cuales tormentos fué notable su paciencia, su esfuerzo y devoción cristiana, porque jamás cesó de encomendarse a Dios, y llamar por Jesucristo Señor nuestro y su benditísima Madre. El cuerpo estuvo allí aquel día, y al otro

le hicieron los turcos echar a la mar porque los cristianos no le diesen sepultura. Al Marcelo de la Mancía, calabrés, el mismo día llevaron los turcos fuera de la misma puerta de Babalúete, en aquel lugar do suelen vender la leña, y plantando allí un grande y grueso palo, le ataron por la cintura a él, las manos atrás, y así los turcos, moros y renegados le apedrearon con terribilísima furia y crueldad, hasta que rompida la cabeza y miembros del cuerpo dió su alma a su Criador, y luego echaron sobre él mucha cantidad de leña y le quemaron y volvieron en ceniza, la cual los turcos el día siguiente derramaron por todas partes, y parte echaron a la mar. Al maestro Marco, remolar, siciliano, le ahorcaron por los pies del trinquete de una saetia francesa que estaba entonces en el puerto junto a tierra adobándose, do todo aquel día estuvo colgado siempre, y vivo, y aun el día siguiente, que fué martes a trece del mismo mes de febrero, hasta que ya casi noche le apedrearon los turcos con gran número de piedras y deshecha la cabeza, que casi quedó muy poco, y todo el cuerpo molido, al último le echaron en la mar y nunca el cuerpo fué más visto. A todo esto se hallaron presentes muchos cristianos, y me afirmaron que todos estos cristianos tan cruelmente de los turcos muertos, padecieron los tormentos con muy gran paciencia y esfuerzo, y que acabaron sus días con muy grande y cristiana devoción. Con todo esto no se dando por satisfecho aquel cruel renegado Mami Ræz, mas deseando con grande rabia matar a puros tormentos los más cristianos (de los que en aquel levantamiento se hallaron) que pudiese, partiéndose de allí a veinte días para Constantinopla, y llegado allá en treinta y ocho días, hizo con la mujer y hijos del Car Asán muerto (porque allí estaba casado) que juntamente con él, suplicasen Aluch Alí, capitán general de la mar, les hiciese justicia de algunos otros cris-

tianos, que él en dos galeotas llevaba porque así fuese la muerte de Car Asán bien vengada. Hiciéronlo ellos así, pero el Aluch Alf, como hombre experimentado y cortido en las cosas de la guerra y casos ordinarios della, no lo quiso consentir, antes le dixo, que fuera demasiada la venganza que tomara el Mami Raez en Tetuán y Argel. Y mostrándoles el brazo derecho, que tiene estropeado, les dixo: « Véis aquí este brazo que cristianos esclavos, alzándose con un baxel mío en otro tiempo, y dándome muchas heridas por matarme y poder haber libertad, me estropearon, y ultra desto se me han alzado con otros dos baxeles míos y matado muchos turcos por alcanzar su libertad, y de todo no me he maravillado porque todo cautivo y esclavos, obligados es buscar modo y manera cómo salir de su cautiverio, y esta es la usanza de la guerra, y pues no sólo fué Car Asán a quien esa suerte cupiese, quitáos desa demanda y de querer matar a los pobres cristianos». Con estas y otras razones que les dió, los quietó el Aluch Alf y les dixo muy llanamente la verdad de cuán injustas crueldades fueron aquellas que el Mami Raez había hecho, juzgando que para dar tales muertes a cristianos no había causa justa ni bastante. Y en la verdad, como la principal causa que mueve a estos bárbaros infieles para matar cristianos y hartarse en su sangre, sea el odio inmortal que tienen al nombre y fe de nuestro Señor Jesucristo no se han de mirar en tales casos y muertes, los achaques que ellos toman, ni las razones que dan y inventan, porque o es en sí la causa y ocasión muy pequeña, o siempre injusta de parte dellos, y de parte los cristianos conforme a razón y justicia querer haber libertad o huir, aunque sea matando su enemigo infiel, que injusta y tiránicamente le tiene robada su libertad.

En tiempo del mismo Rabadán Baxá, renegado sardo, en el año de mil y quinientos y setenta y seis, un lunes, dos días

del mes de junio, hasta veinte turcos y moros de una fregata (que así llaman a los bergantines), que era de once bancos, habían salido en corso de Argel, y desembarcaron en el Colle de Balaguer, que está a la marina del camino de la ciudad de Tortosa en Cataluña, hacia Cambriles y Tarragona, siendo bien de mañana, y metiendo el bergantín en una de muchas calas que allí hay escondido; ellos también se pusieron escondidos no lejos del mismo camino. Siendo ya bien claro el día, como las ocho de la mañana, por mala suerte, pensando estar el camino seguro (en que tienen toda la culpa las malas guardias), pasaron por allí nueve cristianos que iban hacia Tarragona y otras partes, entre los cuales uno era un religioso sacerdote del hábito y orden militar de Montesa, do se profesa la observancia de la regla del patriarca San Benito, de nación valenciano, de buena parte y muy honrado, que se decía fray Miguel de Aranda, el cual y los demás compañeros, siendo al improviso salteados de los moros, fueron fácilmente cautivos todos. Con esta presa se embarcaron luego los moros, temiendo no ser vistos o sentidos, y se alargaron a la mar. Otro día, que era tres del mismo de julio, cautivando cuatro cristianos que pescaban en una barca más adelante hacia Levante, en un lugar que se dice el Torno, y satisfechos desta presa de trece cristianos, se volvieron a Berbería en dos días, y a los cinco del mismo mes llegaron con su presa a Sargel, un lugar de razonable puerto, que está para Poniente distante de Argel sesenta millas, que será de hasta mil casas, y todas de moriscos que de Granada, Aragón y Valencia, han huído y pasado a Berbería para vivir en la ley de Mahoma libres a su placer. Entre estos moriscos habitaba uno llamado Caxetta, que de Oliva (lugar en el reino de Valencia) se había huído, el cual, viendo llegar la fragata cargada de cautivos cristianos, llegóse a la marina, y preguntando al

arraez (que fué el primero a saltar en tierra) de dónde venía y de qué tierra eran los cristianos cautivos. En sabiendo que venía de la costa de España y ser todos valencianos y catalanes, entró luego en el baxel, y llegándose a los cristianos de Valencia que le fueron mostrados, comenzó a rogarles les diesen nuevas de un hermano suyo, que le dixeron estar en Valencia preso. Y fué el caso desta manera: Al tiempo que este moro se vino del reino de Valencia huído a Berbería, vino con él otro su hermano mayor, el cual se llamaba Alicax, y ambos truxeron sus hijos y mugeres y algunos parientes; después que ya estaban de asiento en aquel lugar de Sargel, como el Alicax, hermano mayor, era hombre animoso y muy plático en la mar y particularmente en la costa del reino de Valencia, en que naciera y se criara, haciendo muchos años el oficio de pescador, armó, en compañía de otros moros de Sargel (y también pláticos en España, y que de allá habían huído), un bergantín de doce bancos, con el cual robaba por toda aquella costa, muy gran número de cristianos, que vendía en Argel, y también traía otros muchos de los moriscos de aquel reino, pasándolos a Berbería. Con el próspero suceso destas cosas andaba el Alicax tan ufano, que para mostrar a todos cuánto era venturoso, pintaba todo de verde su bergantín y le traía con muchas banderas y gallardetes, que era cosa de ver. Pero al cabo de algunos tiempos sucedióle lo contrario, porque encontrando con él en la costa del reino de Valencia ciertas galeras de España, le cautivaron con el bergantín. Tomado desta manera y puesto luego al remo, como suelen a tales hacer, el señor conde de Oliva, cuyo vasallo fuera, que eso supo, procuró de traerle a sus manos para castigarle, porque en sus tierras más que en otras, como en ellas era nacido y plático, había hecho notables daños, y particularmente llevado a Berbería gran número de



moriscos sus vasallos. Mas los inquisidores de aquel reino de Valencia, informados de lo mismo, y siendo los delitos de este moro tan enormes y el castigo dellos tocante al Santo Oficio, le hicieron llevar a Valencia a las cárceles de la Inquisición, donde estaba a este tiempo. que el hermano preguntaba a los cristianos cautivos si sabían nuevas dél. Bien es verdad que no sabía él en particular que estuviese preso por el Santo Oficio; más pensaba, como antes le habían dicho, que estaba en Valencia cautivo y que sería esclavo de algún señor o persona particular. Preguntando, pues, por su hermano a uno de los cautivos con quien hablaba, que se decía Antonio Esteban, casado en Valencia en la parroquia de San Andrés a la Morera (de quien yo supe todo este cuento), y que conocía muy bien a ambos los hermanos moros, porque cuando ellos estaban en España pescara algunas veces juntamente con ellos, le respondió diciendo: «Que muy bien conocía a su hermano Alicax, que vivo era y que estaba en Valencia preso, y que placiendo a Dios presto habría libertad, no osando decir que estaba en las cárceles del Santo Oficio.» Con esta respuesta, el moro oyendo decir que el hermano estaba presose enojó de tal manera y se metió tanto en cólera, que si no pensara que los moros del baxel le estorbaran, quisiera, como él dixo, dar de palos a los pobres cristianos, diciendo a grandes voces que por qué habían de tener preso a su hermano y por qué no bogaría él en las galeras, como hacían hacer a otros que tomaban cada día, porque realmente siendo este moro plático del modo de proceder de España, bien entendió en oyendo decir que el hermano estaba preso, que el negocio no iba bueno, acordándose especialmente de los males que en aquel reino había hecho, y adonde sus cosas eran muy públicas y él de muchos conocido. Y como no osó desenojarse allí con hacer mal a los cristianos, comenzó a lo menos a decir con grande cólera y jurar

por Alá que si a su hermano hacían mal, que se lo habían de pagar, y con esta cólera y furia se volvió a la tierra, do comunicando con otros muchos de los moros sus parientes y naturales, particularmente con la mujer e hijos de su hermano. la nueva que había sabido, les dijo el temor grande que tenía no sucediese algún gran trabajo al hermano que estaba preso. Por lo cual, de común consentimiento, acordaron que sería bueno poner en esto remedio; y ninguno les pareció más a propósito que comprar alguno de aquellos cristianos que fuese de Valencia natural, para que éste se obligase y les prometiese de dar en trueque y cambio de su persona a su pariente que estaba en Valencia. Acordado esto entre todos, y ofreciendo cada uno parte del dinero que se diese por el cristiano, el moro Caxetta, informándose de la calidad de los cautivos, supo como entre ellos el más principal era el padre fray Miguel de Aranda, y que era persona honrada y religioso sacerdote, por lo cual determinó comprarle, pareciéndole que con una tal persona, sin duda, daría a su hermano libertad. Con esta resolución, repartiéndose los moros del bergantín para Argel (que fué a los nueve del dicho mes de julio), para mejor allí vender sus cautivos, el Caxetta se embarcó con ellos para hallarse cuando en el soco (que es el lugar do en público pregon se venden todas las cosas en Argel) le vendiesen los cristianos. Yendo desta manera, no pudo el moro disimular por el camino, ni encubrir su propósito e intención, al mismo padre fray Miguel, prometiéndole que, si le daba a su hermano, él le haría todo el regalo y buen tratamiento del mundo; pero como el padre fray Miguel sabía de qué manera, y dónde y por qué causas el hermano estaba preso, respondióle siempre que él bien le podía comprar, mas que supiese que él no se podía obligar a dar libertad a su hermano; mas en caso que ello pudiese hacer, y en su mano estuyese, él holgaría de

hacerlo. Ninguna cosa se curó el moro desta respuesta; mas llegados que fueron a Argel y se vendieron los cristianos, ofreció a los cristianos seiscientas y cincuenta doblas, que hacen doscientos y sesenta escudos de oro de España, por el padre fray Miguel, y así al cabo de tres días (que por costumbre y usanza de la tierra tantos ha de andar en pregón el cautivo antes que su precio y compra se remate), recibiendo los cosarios el dinero entregaron al padre fray Miguel al dicho moro un domingo a quince de aquel mes de julio de mil y quinientos y setenta y seis, y en un mes que en Argel se detuvo el moro negociando importunó siempre al padre fray Miguel que le prometiese dar libertad a su hermano y se obligase hacerlo venir de Valencia, siempre le respondía que prometer y obligarse no lo haría; mas que si se pudiese hacer él lo haría. Pasado desta manera un mes, a los quince de agosto, día de la Asunción de la Virgen, Madre de Dios, el moro se volvió para Argel por tierra caballero en un macho, y porque le pareció que lo que por buenas no podía, con trabajos y tormentos acabaría, llevaba detrás de sí a pie el reverendo padre fray Miguel, siendo, como son siempre en aquel tiempo, los calores grandísimos en aquella tierra. Dos días caminaron desta suerte aquellas veinte leguas que hay desde Argel a Sargel, y llegados allá, el moro entregó al padre fray Miguel a la mujer y hijos de su hermano, los cuales en gran manera holgaron de tenerle en su poder, creyendo por cierto que con la hambre, trabajo y tormentos que le darían sería forzado a darles lo que pedían. Y para principio desto, luego le echaron una muy gruesa cadena, y con no le dar más que un pedazo de pan de salvados, le hacían trabajar noches y días cavando la tierra, trayendo agua, cortando leña y haciendo otros tales servicios trabajosos. Y como estos moros tornadizos y huidos de España sean los mayores y crueles

enemigos que los cristianos tenemos, y principalmente siendo como son una viva llama de odio entrañable contra todo español, no se hartaban sus amos, como los demás moros de aquel lugar, de maltratarle y decirle infinitas desvergüenzas, vituperios e injurias, con que en gran manera tribulaban el corazón y espíritu del siervo de Dios, el cual, como afirman muchos cristianos que en Sargel le vieron, conocieron y trataron (porque también dellos hay allí un gran número cautivos), todo esto padecía con un ánimo muy constante y con una voluntad muy conforme con su Dios, hasta que pasados en estos trabajos ocho meses, en el mes de abril del año siguiente de mil y quinientos y setenta y siete, el moro Caxetta, su cuñada y sobrinos supieron por nueva cierta que dieron algunos moros que de Valencia huyeron (como hacen cada día) que el Alicax, después de estar preso en el Santo Oficio algún tiempo, al último fuera condenado por sus grandes culpas y delitos, por haber estado siempre pertinaz en todas las audiencias que le dieron, sin jamás reconocer sus culpas, antes muy obstinadamente diciendo que era moro y que moro quería morir, y, finalmente, que relajado a la justicia seglar, fuera en principio de noviembre del año de mil y quinientos y setenta y seis públicamente quemado en la ciudad de Valencia. No se puede declarar el dolor, llanto y pesar que esta nueva causó en aquellos moros, y la rabia y furia con que al momento se embravecieron contra el inocente padre fray Miguel diciendo: «Que pues habían quemado a su carne y sangre (como ellos suelen decir), juraban a Dios que su muerte no pasaría sin que dello tomasen una muy notable venganza.» Y, por tanto, al mismo punto, praticando entre sí y comunicando el caso, acordaron que por vengar aquella muerte y hacer un gran servicio a Mahoma (de cuyo servicio los cristianos quitaban a los moriscos), que hiciesen al padre fray Miguel otro tanto y que vivo

le quemasen públicamente. En cuanto ellos esta maldad platicaban, siendo a los veinte del mismo mes de abril de aquel año de mil y quinientos y setenta y siete, llegó a la ciudad de Argel una nave de Valencia con la limosna de la corona de Aragón, de la cual con otros padres traía el cargo el reverendo padre fray George Oliver, comendador de Valencia de la Orden de la Merced, lo cual como luego se supiese en Sargel, y presumiendo el padre fray Miguel que sería venido su rescate, sobre que había escrito a su casa, y pensando que no obstante el sentimiento grande que sus amos mostraban de la muerte de Alicax, por ser más pobres que ricos, se contentarían rescatarle por dineros, escribió al momento al mismo padre Redentor y le avisó de todo lo que pasaba, suplicándole que en todo caso le quisiese favorecer y librar del peligro grande en que estaba. A esta carta, como el mismo padre Redentor me dixo, le respondió que por dineros no dexase de acordarse con sus amos, y que avisándole del precio, al momento él daría el dinero; porque realmente luego su paternidad se temió no sucediese lo que después todos vimos. Como el padre fray Miguel recibió esta respuesta, propuso el negocio a sus amos, diciéndoles que si le querían rescatar por dineros, que los padres de la limosna que eran llegados y estaban en Argel, se ofrecían, como verían por aquella carta, darles lo que fuese razón y justo. A esto sus amos, como ya tenían la intención y corazones dañados, por lo que determinaban hacer, atajaron al momento con muchas bravezas y amenazas, diciéndole que era por demás hablarles de libertad por que no se la darían por cuanto dinero hubiese en el mundo, y se quitase de pensamientos, se desengañase, que pues Alicax había sido en Valencia quemado, que otro tanto habían de hacer dél, y tras eso le dixeron mil injurias, afrentas y vituperios. De manera que el siervo de Dios entendió

de cierto que era por demás tratar de su libertad; mas conformándose con todo lo que el Señor quisiese encomendábase a él, suplicándole, hiciese y ordenase dél lo que más su servicio fuese. No pasaron muchos días que sus amos con los demás parientes y amigos ordenaron y resolvieron que no dilatasen más el negocio; mas que la vengaza que se había de tomar fuese presto y que convenía para ser más pública y notoria, que no quemasen al padre fray Miguel en Sargel, mas que fuese en la ciudad de Argel, donde tanto número de cristianos había de todas las tierras de cristiandad, para que en todas las partes fuese el caso más sabido y sonado. Y, por tanto, a los diez del mes de mayo de aquel año de mil y quinientos y setenta y siete, el moro Caxetta que compra al padre fray Miguel, cabalgando en un macho le volvió a Argel, trayéndolo todo el camino a pie y maltratándole en todas las maneras que pudo. Llegado que fué en Argel a los doce del mismo mes, comunicó su intención con otros muchos moriscos, lo cual no sólo aprobaron todos, pero con muy grande placer y alegría se ofrecieron hablar al Rey sobre el caso para que diese su consentimiento, como suelen siempre pedir en semejantes casos. Y así el día siguiente, que fueron los trece de mayo, hicieron los moriscos congregación entre sí, a la cual concurrió un gran número dellos, feniéndose por asaz dichoso el que votase sobre la muerte del justo, y allí, en aquel consejo, ordenaron con el Caxetta el modo y manera que se tendría en matar al siervo de Dios. Y primero de todo señalaron allí cuatro de los más graves y de más reputación para que acompañasen al moro Caxetta cuando fuese a hablar al Rey y pedir aquella licencia que querían, y hubo algunos, y no pocos, que dijeron que no convenía quemasen vivo a un solo cristiano; más que en un caso como éste, que era servicio de Dios, poner freno y miedo

a los Inquisidores de España, para que no maltratasen a los moriscos que a Barbaría se fuesen y volviesen al servicio y ley de Mahoma, importaría, y aun era necesario, quemar dos, o tres, o más, y aun cuantos pudiesen, de los más principales cristianos que hallasen, y que si fuesen sacerdotes (a los cuales llaman ellos papaces), sería tan mejor y más agradable a Dios, porque éstos, decían ellos, son los que aconsejan en España y predicán que los nuestros sean perseguidos y maltratados, y pasó esta voz de tal suerte adelante, y estaban tan feroces y sedientos de la sangre cristiana, que rogaron muchos dellos a Morat Raez, Maltrapillo (un renegado natural de la ciudad de Murcia) les vendiese otro sacerdote natural de la ciudad de Valencia, que cautivara había poco en San Pablo, la galera de Malta, y que era su esclavo, ofreciéndose dar por él todo lo que demandase, con intención, como dije, de quemarle vivo cuando quemasen al siervo de Dios fray Miguel. Pero como el renegado tenía ya tallado y casi que rescatado al cristiano, no se movió a hacer lo que le pedían, y principalmente porque el padre fray George Olivar, redentor, le rogó no permitiese cosa de tanta crueldad. En todo esto se detuvieron los moros hasta los diez y siete del mismo mayo, en cual día el moro Caxetta, acompañado de los cuatro que antes diximos, fué a palacio a hablar al Rey, y recontando el negocio como a él le pareció y a los otros, y pintando el caso con los colores que a su propósito y dañada intención hacían, y sobre todo encargando al Rey el negocio mucho, y que convenía ansí para dar alguna muestra de cuanto sentían el mal tratamiento y persecución que a los moros en España se hacía; al último, y sin muchas réplicas, les concedió el Rey que hiciesen como mejor les pareciese. Quedaron los moros muy contentos desta licencia y de haber hallado al Rey tan fácil para lo que ellos querían; y volviendo a sus casas triunfando de contento,

no se podían tener, que por el camino y calles por do pasaban no llamasen a otros moros y turcos y comunicasen su contento, diciendo cómo ya tenían licencia para quemar vivo a un papaz cristiano, refiriendo la causa y razón que a ellos les movía, y encareciendo el negocio de tal suerte, que eran los demás moros forzados a decir que hacían de hombres valientes y de finos y buenos moros. Tras esto se desmandaron luego de tal modo contra los cautivos cristianos, que no contentos con decirles mil afrentas de perros, canes, cornudos, traidores y otras como suelen, los amenazaban que presto los habían de quemar todos como al papaz que luego verían tostar, y tras esto les daban mil bofetones y puños y trataban de tal suerte, que ningún cristiano osaba pasar por donde vía estar moro, tagarino o modexar, porque ansí llaman a los moros que de España se huyeron. Y quanto al bienaventurado y más que dichoso padre fray Miguel, si antes lo tenían a buen recaudo y encerrado dende el día que llegara y metido en una casa, ahora le tenían más estrecho, no permitiendo que moro ni cristiano le mirase, quanto más hablar con él. Por lo cual y porque los de casa más a menudo le amenazaban quemar vivo, entendió el siervo de Dios que sería presto su muerte, y, por tanto, aparejándose para aquella postrera batalla en que había de dar testimonio verdadero de la fe de su Dios, y morir en defensa de su justicia, deseaba confesarse, como suelen en tal tiempo hacer los buenos y fieles cristianos, y con quanto rogó muchas veces le llamasen un sacerdote cristiano, porque quería hablar con él, jamás lo quisieron hacer, y apenas un moro que allí se halló, a quien el padre fray Miguel importunó mucho, le dió una escribanía y papel, en el cual escribiendo (según se dixo) unos apuntamientos y memoria de algunas cosas para descargo de su alma, rogó al mismo moro diese aquella carta a cierto mercader valenciano que entonces en Argel estaba,



para que le enviase a Valencia a sus parientes, lo cual o que el moro no hiciese, o que fuese otra cosa, con cuantas diligencias hice nunca pude saber qué moro o qué mercader fuese aquél, ni lo que de aquél y carta se hizo. A este tiempo andaba ya toda la ciudad muy revuelta, y por toda ella muy público cómo quemaban vivo al siervo de Dios. Por lo cual, y por estorbarlo si pudiese el padre redentor fray George Olivar, viendo que con los moriscos autores desta tragedia, no había aprovechado cosa alguna, aunque algunas veces con ruegos y otras con ofrecer todo el dinero que quisiesen procurara aplacarlos, al último, por hacer lo que debía, se fué a ver al Rey, y representándole por una parte la inhumana crueldad que se hacía, y tan bárbara, y la poca o ninguna razón que aquellos moros tenían, y por otra la inocencia del buen padre fray Miguel, y cómo dando él licencia para ésta, quería que su nombre y nombre de Rey, de quien en cristiandad se decían tantos bienes, fuese infamado entre las gentes, procuró todo lo posible persuadirle que estorbado no se hiciese; pero fué por demás y el Rey le dió por descargo, que él no se podía oponer a la furia popular ni a los ruegos y peticiones de tantos moros que aquello demandaban y querían. De lo cual mal satisfecho el padre Comendador y no le aprovechando replicar una y muchas veces se hubo de volver sin aprovechar cosa alguna, y pareciéndole que el capitán de la mar, Mami Aranuz, renegado albanés, por ser cabeza de todos los otros cosarios, con temor de que sabida esta muerte en la cristiandad no hiciesen allá otro tanto con ellos, remediaría este mal, hizo como el padre fray Jerónimo Antic su compañero y comendador de Mallorca, le fuese hablar y pedir con gran instancia que hiciese ésta tan honesta y justa obra; hizolo así el padre, y tanto que propuso el negocio al capitán, revolvióse para él con un semblante y rostro tan indignado, que poco

menos quiso poner las manos en el padre fray Jerónimo, con una cólera terrible le echó a la hora de sí, y sin usar de algún respeto, le dixo desta manera: «Andar papaz, andar, que no solamente aquél, mas tú y tu compañero, sería bueno os quemasen en esa marina vivos.» Replicó esto algunas veces tan desentonado y tan denodadamente, que el padre oyéndole quedó maravillado y hubo de callar y volverse muy corrido, sin hacer efeto. Acaeció este día, que un moro el cual se dice Yza Raez, que era venido de Nápoles no había muchos meses (donde con salvo conducto había ido a tratar un pleito sobre una fragata y ciertos cautivos cristianos que pretendía haberse los tomado injustamente en la isla de Cerdeña, por estar haciendo rescate con la bandera alzada, y acuérdome yo haberle visto en Nápoles el enero de mil y quinientos setenta y nueve), como allá el señor don Juan de Austria le hizo muchas mercedes, y, generalmente, en todos había hallado mucha cortesía y justicia, oyendo decir que los moros querían quemar vivo a un papaz cristiano, y sabiendo la razón y causa por que, escandalizóse estrañamente, y como él por experiencia había visto y gustado la bondad y justicia cristiana, en todas las partes que se hallaba y a todos los moros de España que topaba, decía con grande libertad, que era aquella una gran injusticia y maldad intolerable, y que no se había de permitir que de aquella manera y con tanta crueldad matasen a un cristiano inocente que no tenía más culpa que él, y dixo esto a tantos y tantas veces y en tantas partes de la ciudad, que los moros autores de tal maldad lo hubieron de saber. Y sintiendo en extremo que su crueldad, aun aquél moro pareciese mal, se fueron al Rey acompañados de otros muchos y a grandes voces le pidieron que no comportase tal atrevimiento, más que tal moro, que tan sin temor de Mahoma osaba favorecer los cris-

Notable caso

tianos y condenar una cosa de tanto servicio de Dios, que les diese licencia para que juntamente con el papaz le quemasen vivo, y pidieron esto al Rey tantas veces, con tanta cólera y furor, que tuvo el Rey no poco que hacer en quietarlos y que cesasen desta demanda, prometiendo que él le mandaría castigar; por lo cual, y porque también ellos no veían cuando ya llegaría aquella hora en que lavasen sus manos en la sangre inocente (tan deseosos estaban), no quisieron que se dilatase más esta crueldad. Y ansí el día siguiente, que fueron los diez y ocho del mes de mayo, un sábado muy de mañana procuraron cómo se llevase mucha leña al muelle que está a la marina y hace el puerto, lugar que, por estar allí todos los bajeles de turcos y cristianos que traen mercaderías, les pareció más apto y a propósito para lo que deseaban y pretendían; y juntamente con esto, hizo luego plantar allí un hierro o áncora de galera, enterrando las puntas y alzando arriba la asta, que fué el patíbulo en que padeció el bendito siervo de Dios. Hecho esto, y que serían las doce del día, llevando los moros algunos turcos en compañía (para que diesen más favor y calor al negocio, y entre ellos tres o cuatro de los que son chauzes, y son como porteros, porquerones y ministros de justicia), sacaron al bienaventurado padre fray Miguel de la casa do estaba encerrado y le llevaron casa del Rey, para que él y los genizaros que allí suelen acudir y estar le mirasen, queriendo con esto mostrar generalmente a todos la hazaña y hecho tan heroico que ejecutaban. Y deteniéndose poco allí, le sacaron fuera y le encerraron allí cerca en una casa, hasta que supiesen estar ya todo en orden y aparejado para el martirio y muerte tan gloriosa del bendito siervo de Dios; y como ya por la ciudad andaba la fama y el rumor grande que quemaban vivo a un papaz cristiano, concurrió allí un gran número de turcos y moros de toda suerte: alarbes, cabayles, azuagos

y principalmente muchachos, que de grande contento y alegría de aquella fiesta daban voces y alaridos tan grandes que rompían el aire. Y como matar un cristiano tengan ellos por un gran servicio de Dios (y más si es sacerdote), deseando casi todos los moros participar desta, como ellos dicen, tan santa obra, andaban muchos dellos, quien con platos y quien con pañizuelos en las manos, demandando entre los turcos, renegados y moros limosna para ayuda de pagar al moro que comprara al siervo de Dios lo que costara. A las cinco de la tarde, que todo estaba concluído y acabado, sacaron los moros al bendito padre fray Miguel de la casa, y haciendo camino los chauzes con los bastones, que de continuo suelen traer (porque la ordinaria justicia de que ellos usan es moler los hombres a palos), con gran furia, grandes alaridos y voces y a buenos rempuxones, pescozones y puntapiés, que luego comenzaron a dar al santo mártir de Dios, caminaron hacia el muelle, donde como diximos, estaba aparejado el patíbulo de su glorioso martirio. Iba el varón santo por todo aquel camino alzando los ojos al cielo, donde el favor y ayuda le venía, y aunque las voces y grita de la gente eran grandes, y el trabajo y mal tratamiento que le hacían era muy demasiado, nunca esto le estorbó, que en aquel tiempo no tratase muy de veras con su Dios encomendándose a él con muy grande devoción, que todos veían y notaban en él. La gente tanto crecía más por las calles, cuanto más pasaba la voz que ya le llevaban a quemar, y era tanta que no se podía pasar ni romper por aquellas calles, y trabajando todos los moros llegar al bendito mártir de Dios, y unos le echaban mano de la barba, que con la larga esclavitud tenía crecida y larga, otros le mesaban los cabellos largos de la cabeza, otros le daban en el rostro puños, otros le daban coces o rempujones y puntapiés; y, finalmente, los que no podían a él llegar le tiraban a la cara con palos, piedras,

zapatos y estropajos de las calles, teniéndose por más dichoso el que más le lastimase, y, sin duda, según todos aquellos infieles y crueles bárbaros de que iba rodeado le trataban con tanta rabia, a no lo estorbar los chauzes, que arredraban la gente con sus bastones, le hicieran pedazos mucho antes que llegara a la marina. Desta furia y tan inhumano tratamiento, participaron otros muchos cristianos que por ver el fin se hallaban por allí y acompañaban de lexos aquella furiosa procesión, algunos de los cuales me han afirmado que les daba gran consolación ver al mártir de Dios en medio de aquellos lobos crueles, no sólo no olvidaba la mansedumbre de oveja y paciencia cristiana, pero lleno todo de espíritu y con muy gran devoción y amor, iba llamando por Dios y nuestro Señor Jesucristo. Llevaba el santo varón vestido una camisa y jubón de lienzo, viejos y no muy limpios, con una ropilla de estameña negra muy rota y unos calzones de lo mismo remendados y unas botas de cuero negro ya viejas, que era el mismo vestido con que le habían cautivado. Al principio cuando de la casa le sacaron tenía en la cabeza un sombrero grande de camino a la usanza de España; pero con los puños y pescozones que en saliendo a la calle aquellos lobos le dieron, le cayó y tomaron y así todo el camino fué la cabeza descubierta. Llegando desta manera a la marina y lugar do el patíbulo estaba (que dista de la casa de do le sacaron junto a palacio, como dos tiros de escopeta), al momento le ataron a la áncora, ciñéndole con una cadena de hierro, y atándole las manos atrás con unos recios cordeles. El moro Caxetta, como había sido el autor deste negocio y por el camino se había más que todos señalado en injuriar y maltratar al siervo y mártir de Dios, porque todos mirasen y vieses cómo vengaba a su hermano, ahora que ya era llegado a este punto y lugar, que él tanto deseaba y procurara, estando ya

ligado el siervo de Cristo al patíbulo, como un manso corde-ro, sin hablar, hizo que los chاوزes arredrasen toda la gente. Y llegándose al varón santo, que tenía los ojos y el corazón en el cielo, comenzó a injuriarle de perro, can, traidor, ene-migo de Dios y con otras semejantes injurias, y echándole mano a las barbas con gran fuerza le tiró por ellas un gran rato, de manera que le arrancó un gran número de ca-bellos, a lo cual el siervo de Dios estuvo muy paciente y quieto, encomendándose al Señor, que sin duda allí estaba con él en aquella tribulación. Harto el moro de arrancarle las barbas (lo cual todos aquellos moros celebraban y festeja-ban con voces y alegrías muy contentos), y de afrentarle con tantas injurias y vituperios que le dijo, echó mano a un gran manojo de brusca o ramos de leña seca, de que allí había mu-cha traída para este efeto, y pegándole fuego se llegó al va-rón santo y con él le quemó lo que de las barbas quedara y juntamente los ojos y toda la cara, que a quien lo miraba mo-vía a compasión muy grande; acabado esto y el manojo gasta-do, arremetió el moro a una de muchas piedras que allí hay tan grande como una grande granada, y tiró con ella con gran fuerza de brazo al santo mártir de Dios, y acertóle en mitad de los pechos, lo cual como vió aquella bárbara y infiel multitud, siguió toda tras él tirando infinitas piedras al már-tir de Cristo un gran espacio con grandísima furia, y fué la tempestad y el número de las piedras tan grande, que en me-dio de este tormento dió el santo mártir su alma a Dios, que-dando el cuerpo enterrado hasta la cintura en medio de las piedras; no por esto se olvidó el varón santo de tener cuenta con Dios cuando le apedreaban, porque a Él y a su bendita Madre invocaba con grande espíritu y devoción hasta que ex-piró. Ya que todos estaban cansados de apedrear al bienaven-turado mártir de Cristo, truxeron (cada uno como pudo a gran

contienda y a quien más podía) mucha de aquella leña y brusca que estaba por allí, y cubriendo con ella todo el cuerpo ya muerto, le pusieron fuego, el cual luego se encendió en grandes llamas, las cuales, aun los que estábamos por la ciudad en los terrados escuchando el ruido y tumulto de la gente y su grito, vimos que subían al cielo, tristes por una parte por ver y oír blasfemar y perseguir tan cruelmente la honra, fe y nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por otra alabando su Divina Majestad, que así delante todos, y con una constancia tan grande, ánimo y esfuerzo, pelease tan gloriosamente por este mismo Señor este santo glorioso. Y así en el medio de aquellas llamas y gran humo se nos representaba cómo su bendita alma subía derecho al cielo, y allá era del Señor recibida en los coros de sus ángeles. Quemóse el medio cuerpo del santo varón y no más porque la multitud de las piedras le tenían enterrado hasta la cintura, y, por tanto, cesando ya tarde aquellas llamas y furia del fuego, los moros que esto advirtieron, truxeron azadones, y echando aparte las piedras, de nuevo le echaron encima más leña, y por hartar aún más su rabia (tanta era), le volvieron otra vez apedrear con tanta gana, que uno destes moros de España traxo a fuerza de brazos y con gran trabajo un gran pedazo de una piedra de molino, y dando voces la arrojó con gran ímpetu sobre aquellas cenizas y huesos que aún ardían. Al otro día, que fueron los diez y nueve de mayo, luego de mañana, comenzando abrir las puertas de la ciudad y que la gente iba a la marina, unos buenos cristianos quisieron coger aquellos pocos de huesos y cenizas que quedaron, y comenzando a quitar las piedras de encima, ciertos moros y turcos que los vieron arremetieron a ellos con tanta cólera e ímpetu y les tiraron tantas pedradas, que hubieron de huir y dexar lo que hacían, y así, llegándose aquellos bárbaros esparcieron con los pies por una

parte y otra hasta la mar todas aquellas cenizas y huesos; pero con todo eso, venida la noche, otros buenos cristianos cogieron una cantidad de ellos, y como dormían en la marina los baxeles de sus patrones, tuvieron lugar para a escondidas hacer un hoyo en aquel mismo lugar, do el varón de Dios fuera martirizado, do los enterraron todos, si no fueron unos pocos que por su devoción guardaron, de los cuales, por ser amigos míos, hube yo también mi parte. Era el glorioso mártir de Cristo al tiempo de su bendita muerte (por cuanto podíamos juzgar) de cincuenta años poco más o menos; tenía en la barba y cabeza muchas canas; era más que de mediana estatura, un poquito grande, cari largo, ojos grandes y nariz longa.

Este mismo año mil y quinientos setenta y siete, habiendo ya tres años cumplidos que Rabadán Baxá, renegado sardo, gobernaba el reino de Argel (que es tiempo ordinario de todos los gobernadores), proveyó el turco por su sucesor a un renegado veneciano, de edad de treinta años, que se decía Asán Veneciano, esclavo de Aluch Alf, general suyo en la mar, el cual cargó el negocio, no solo con el gran favor de Aluch Alf, que podía mucho, mas también con dar a los Baxás del Supremo Consejo del Turco, como Mahamet Baxá, esclavón, Sinán Baxá, griego, Asán Baxá, bosno, Pialí Baxá, hungaro, una gran suma de dineros. Porque realmente el gobierno de Argel es de los más principales que el turco provee y de donde los gobernadores dél sacan más provecho y ganancia, ansí, por causa del corso que tanta multitud de cosarios allí hace, como porque todos ellos desuellan los pueblos y gente de tierra de Berbería. Divulgado, pues, por Constantinopla, y sabido en la casa de Aluch Alf la nueva provisión de su esclavo para Rey de Argel, y metiéndose luego en orden el Asán Veneciano, con gran priesa para partir, algunos de los rene-



gados suyos y del Ochali, que habían de venir con él, trataron entre sí que en el camino se alzasen con la galera en que venía el Asán, nuevo Rey, y se fuesen con ella a tierra de cristianos. Movíanles esto ansí la honra y provecho que dello les resultaba, las mercedes que les harían en cristiandad con hacer un negocio tan honroso y dar libertad a tantos cristianos que consigo llevarían, como porque de todos era en extremo mal quisto y aborrecido el Asán Veneciano, a causa que era en extremo muy cruel, no sólo para los cautivos cristianos, que cada día mataba a palos, mas aun para los mismos renegados y turcos, a los cuales maltrataba y revolvía cada hora con el Aluch Alf, amo de todos, y, en conclusión, era de tan inícuo y perversa condición, que todos huían dél, y él a todos hacía temblar. Los renegados que principalmente platicaron y ordenaron esto fueron cuatro: uno que se decía Jaban, candioto de nación; el segundo, Isufo, de nación también candioto; el tercero, Muza, también candioto, y el cuarto, Rejeppe, de nación tiparato; los cuales, para efectuar mejor su deseo, la comunicaron con algunos cristianos que venían en la galera (tres de los cuales afirman algunos que fueron los que primero propusieron esto y lo persuadieron a los mismos renegados luego que fué público que venían para Argel), es, a saber: Danesi Nali, ferrares de nación, esclavo y escribano del dicho Asán Veneciano, y Michael Angeni, veneciano; maestro Francisco Lombardo, natural de Trapani en Sicilia, que sirvieron en la galeota de barbero o cirujano, fuera allí cautivado y era del mismo Rey Asán Veneciano; acordado el negocio, los renegados y cristianos se proveyeron de algunas espadas, cuchillos y otras semejantes armas; las espadas las metieron dentro de un cojín de terciopelo verde y amarillo tan grande como las espadas sobre que dormía el Isufu, candioto; eran las espadas cuatro, y los cuchillos doce, de largura

de dos palmos, que metieron en otro cojín que llevaba a su cargo Muza, renegado, y particularmente el maestro Francisco hizo algunas bolsas y bombas de fuego artificial, para con ellas, al tiempo que se alzasen con la galera y la contienda se trabase, como había necesariamente de ser ofender a los turcos y hacerlos saltar a la mar. Con este concierto, en muy gran secreto y amistad, se partieron de Constantinopla a los quince del mes de mayo, año de mil y quinientos setenta y siete; venían con el nuevo Rey Asán siete baxeles. Primeramente, una galera que el Aluch Alí, su patrón, le había dado, que pocos años antes había tomado a la religión de Malta, que se decía San Juan, y en esta venía el nuevo Rey, otra de que era arraez y patrón Mostafá de Xilo, un renegado natural de Xilo (isla que está enfrente de Piombino en la mar de Toscana, junto con la isla de Elba), que venía por capitán de todos estos baxeles, por ser hombre entendido y muy plático en la mar. La tercera galera era de Mahamet Tudesco, renegado, que en el campo de Mostagán (cuando se perdió el conde Alcaudete don Martín) era atambor de una compañía y cautivado renegado. De la cuarta era arraez Isuf Borrasquilla, renegado ginovés, un cruel enemigo de cristianos. El quinto baxel era una galeota de veinte y dos bancos, de que era patrón y arraez Mami Raez, renegado veneciano de Car Asán. El sexto era otra galeota, también de veinte y dos bancos, de Dalí Mami, renegado griego casado en Argel, para donde venía proveído por capitán de la mar y cabeza de los cosarios. La séptima era una galera del Ochali, de veinte y cuatro bancos, cuyo arraez era Sain de Melazo, renegado siciliano. Todos estos renegados eran capitanes de fanal, que es honra y eminencia principal entre los turcos. Navegando, pues, estos baxeles en compañía del Rey nuevo a los tres del mes de junio llegaron a la isla del Ouo deshabitada,

que está antes de llegar a Malvasia como cien millas, do juntándose los cuatro renegados como amigos, y considerados que eran, a comer en la cámara de Mezania, y tratando diversas cosas, el demonio, enemigo de todo bien, ordenó cómo por ocasión de cierto mozo, comenzaron los renegados enojarse y haber palabras, y como dellas fuese más cargado, el Jabán, renegado candioto, salióse de la cámara muy mal contento, y por lo que en él conocieron muy indignado y con propósito no sólo de desistir del negocio tan honroso que tenían platicado, pero también de descubrir todo al mismo Asán y Rey nuevo, como hizo, porque luego se fué al mismo Rey que estaba en la popa de la galera, y diciéndole como pasaba el negocio y el número y personas que en él participaban, quedó el Rey maravillado y todo cortado de miedo, y al momento llamando algunos turcos y renegados amigos, dióles parte del negocio, por lo cual se acordó que luego se prendiesen los conjurados. Los renegados que ya estaban recelosos de que el Jabán manifestase la cosa, como le vieron hablar con el Rey y que se llamaba a Consejo y consulta, tuvieron por cierto que el negocio se sabía, pero como no había remedio de huir o escapar, estuviéronse quietos en sus asientos y bancadas, cuando otros por mandado del Rey los prendieron y echándoles sendos grillos los pusieron a recaudo, y lo mismo hicieron al Danesi, escribano, y al Michael Angeni, veneciano, y maestro Francisco, barbero, y otros cristianos más culpados, aunque algunos dicen que antes que de Constantinopla partiesen, el mismo Jabán, como hombre inconstante y sin fe lo había todo descubierto y dicho al Rey Asán, mas que pareciéndole que el Aluch Alí no le dejaría tomar la venganza que deseaba, disimulara hasta que llegó a esta isla. Presos los renegados, quisiera el Rey luego allí hacerlos matar muy cruelmente; pero por algunos respetos dilató esto hasta otro

día, que llegado casi noche a Malvasia, tierra de la Morea, distante de la dicha isla del Ouo cien millas, en dando fondo las galeras lo puso por obra, y así por su mandato tomaron algunos turcos y renegados al Isufo, candioto y le desnudaron en carnes, y baxaron la antena, le colgaron della por el brazo izquierdo, y alzándole en lo más alto le mandó el Rey tirar muchos flechazos y con escopetas, con lo cual no perdió el ánimo el buen hombre; mas acordándose de su error y que renegara la fe de su Señor y Redentor Jesucristo (aunque realmente se conoció siempre en él la afición que tenía a nuestra santísima fe y el deseo de vivir en ella, y salvarse fué la causa principal para querer intentar aquélla y huirse), entonces en aquel paso de la muerte (en la cual no dexa Dios de recoger y perdonar al pecador) se arrepintió grandemente, porque lo oían todos llamar con voces altas a nuestro Señor y Redentor, nombrando a menudo el nombre suavísimo de Jesus. Lo cual, como el Rey de la popa de su galera oyese, de donde él mismo también, según dicen algunos por vengarse de su mano, le tiraba flechazos, le dixo a grandes voces: «Isufo, encomiéndate a Mahoma, ¿qué haces? ¿Por qué no te encomiendas a él?» El buen hombre que esto oyó volvióse para el Rey con los ojos retorcidos e inflamados, y le dixo: «Qué diablo me mientas a Mahoma, quítate de ahí con tu Mahoma, que fué un muy grande traidor engañador»; por lo cual el Rey, por una parte, y por otras muchas otros renegados (de los cuales mismos yo todo esto he sabido), oyendo así despreciar a Mahoma y que no llamaba sino por nuestro Señor Jesucristo, confesando su santo nombre, por mostrarse más celosos y finos turcos le tiraron muy más flechazos y arcabuzazos, con los cuales traspasado perdió la habla; pero ya que no podía hablar dicen todos que con los dedos de la mano derecha hacía de continuo la señal de la cruz y que la besaba muy

a menudo, hasta que le acabaron de matar y muerto le echaron a la mar. Al Muza, también renegado candioto, mandó el Rey en cuanto flechaban al Isufo, poner desnudo sobre una tabla, dentro de un esquife de galera, y atándole con cuatro sogas a los dos pies y dos manos, y tirando cuatro galeras a boga arrancada, cada una para su parte, le abrieron todo haciendo dél cuatro cuartos, del cual no se sabe decir si murió como el Isufo, confesando claramente a nuestro Señor Jesucristo, porque dicen que calló siempre y nunca en todo esto habló una palabra. Hecho esto estuvo allí en Malvasia el Rey hasta el otro día siguiente, que fueron los cinco de junio, que él y toda la conserva se partieron de mañana para Modón, que está como cien millas de Malvasia, do llegados a los siete del mismo mes mandó el Rey hacer justicia del tercero renegado, que se decía Rejepepe, cipparato, y atándole por el brazo derecho a la pena de su galera, le tiraron los turcos muchos flechazos, el primero de los cuales le acertó un poco abaxo del corazón, que la punta salió de la otra parte a las espaldas, y dixo entonces con voz alta: «Jaban train», que quiere decir, oh, Jabán traidor, dando a entender que el Jabán, renegado candioto, le truxera aquel estado, siendo, como fuera, traidor; y sin dar muestras claras que se conociesen de morir como cristiano, le acabaron de matar a flechazos, y después a cuatro horas que estaría muerto y colgado le echaron a la mar. Otros cuatro o cinco renegados pensó el Rey también matar, porque eran de los conjurados; pero siendo de los turcos y renegados sus amigos muy rogado les perdonó, y también perdonó al maestro Francisco, barbero, y al escribano Danés y al veneciano Michael Angeni.

En el mismo año mil y quinientos setenta y siete, a los primeros días de septiembre, ciertos cristianos cautivos que en Argel entonces se hailaban todos hombres principales, y mu-

chos dellos caballeros españoles y tres mallorquines, que serian por todos quince, concertaron como de Mallorca viniese un bergantín o fragata y los embarcase una noche y llevase a Mallorca o España. Este concierto hicieron con un cristiano mallorquín, que entonces de Argel iba rescatado; que se decía Viana, hombre plático en la mar y costa de Berbería, el cual en pocos días se obligó a venir; partido el Viana de Argel con este intento y propósito, a este tiempo casi todos los quince cristianos estaban recogidos en una cueva que estaba hecha y muy secreta en el jardín del alcaide Asán, renegado griego, que está hacia Levante como tres millas de Argel y no muy lexos de la mar, porque era lugar muy cómodo y a propósito de su intento, para mejor y más seguramente estar escondidos y poderse embarcar. Sólo dos cristianos lo sabían, uno de los cuales era el jardinero del jardín, que hiciera mucho antes la cueva; el cual estaba siempre en vela mirando si alguno venía, y el otro era uno (convidado también para ir en el bergantín) que naciera y se criara en la villa de Melilla, un lugar que está en la costa de Berbería, sujeto al Rey de España, en el Reino de Tremecén, doscientas millas más allende de Orán hacia Poniente, y ciento antes de llegar a Vélez y al Peñón, el cual habiendo renegado siendo mozo, después volvió a ser cristiano, y ahora la segunda vez había sido cautivado, el cual por sobrenombre se decía el Dorador, y éste particularmente tenía cuidado (de dineros que le daban) comprar todo lo necesario, para los que en la cueva estaban, y de llevarlo al jardín disimulada y ocultamente. Por otra parte el Viana mallorquín, llegado que fué a Mallorca, en pocos días como hombre diligente y de su palabra, luego que llegó (según yo lo supe después de tres cristianos que entonces con él vinieron) comenzó juntar otros compañeros marineros, hombres pláticos y muy en breve con el

favor de señor virrey de Mallorca (para quien había llevado cartas de aquellos cristianos y caballeros) en pocos días puso a punto el bergantín, y como tenía concertado a los últimos de septiembre salió de Mallorca y tomó su camino para Argel, do llegado a los veinte y ocho del mismo mes, y conforme a como estaba acordado, y siendo media noche, se acostó a tierra en aquella parte do la cueva, y cristianos estaba (que él antes que partiese había muy bien visto) con intención de saltar a tierra y avisar los cristianos que era llegado, para que viesesen a embarcarse. Pero fué la desventura, que al mismo punto y momento que la fragata o bergantín ponía la proa en tierra, acertaron a pasar ciertos moros por allí, que cuanto hacía obscuro divisaron la barca y los cristianos a ellos, y comenzaron luego los moros a dar voces y apellidar a otros, diciendo: «Cristianos, cristianos, barca, barca.» Como los del baxel vieron y oyeron esto, por no ser descubiertos fueron forzados hacerse luego a la mar, y volver por aquella vez sin hacer algún efeto. Con todo, los cristianos que estaban en la cueva, aunque pasados algunos días, veían que tardaba el bergantín, ni sabían cómo había llegado y se tornara, tenían muy gran confianza que el Señor Dios los había de remediar, y que Viana, como hombre de bien, no faltaría de su palabra, y, por tanto, allí do estaban en la cueva (que era muy húmeda y obscura, de la cual todo el día no salían, y, por tanto, ya estaban enfermos algunos dellos) se consolaban con la esperanza de salir con su intento, cuando el demonio, enemigo de los hombres, cegando al Dorador (que decimos les llevaba de comer) hizo en él que se volviese otra vez moro, negando la segunda vez la fe de Nuestro Señor Jesucristo, y, por tanto, pareciéndole a él ganaría mucho con el Rey y con los turcos, y particularmente con los amos y patrones, de los que en la cueva estaban escondidos el día de

San Jerónimo, que son treinta de septiembre, se fué al Rey Asán, renegado veneciano, diciéndole que él deseaba ser moro, y que su Alteza lo diese para ello licencia; dixo más: que para hacerle algún servicio le descubría cómo en tal parte y en tal cueva estaban quince cristianos escondidos, que esperaban una barca de Mallorca. Holgóse el Rey y le agradeció mucho esta nueva que le daba, porque como era en gran manera tirano, hizo cuenta de tomarlos todos por perdidos para sí, contra toda razón y costumbre, y así, no poniendo más demora en esto, mandó al momento que llamasen su guardián Baxí (el que tenía cargo de sus cristianos esclavos de guardarlos) y le dixo que llamase otros moros y turcos, y llevando aquel cristiano (que se quería hacer moro) por guía, que se fuese al jardín del alcaide Asán y que hallaría allí quince cristianos escondidos en una cueva, y que todos se los truxese a buen recaudo, juntamente con el jardinero; al punto hizo el guardián Baxí lo que el Rey le mandó, y llevando consigo hasta ocho o diez turcos a caballo y otros veinticuatro a pie y los más con sus escopetas y alfanjes y algunos con lanzas, fueron con tan buena guía (como otro Judas iba delante) al jardín, y prendiendo luego al jardinero, fueron a la cueva que el falso Judas les mostró, y haciendo salir della los cristianos, los prendieron luego a todos, y particularmente maniataron a Miguel Cervantes, un hidalgo principal de Alcalá de Henares, que fuera el autor deste negocio, y era, por tanto, más culpado, porque así lo mandó el Rey a quien los presentaron luego. Holgóse mucho el Rey de ver cómo los habían traído, y mandándolo por entonces llevarlos a su baño y tener allí en buena guardia (tomándolos y teniéndolos ya por sus esclavos), retuvo solamente en casa a Miguel Cervantes, del cual, por muchas preguntas que le hizo y con muchas y terribles amenazas, no pudo jamás saber quién era deste negocio sabedor y autor, porque



presumía el Rey que el reverendo padre fray George Olivar, de la orden de la Merced, comendador de Valencia (que entonces allí estaba por redentor de la Corona de Aragón), ordenara ésta, y aun se tenía por cierto que el mismo Dorador, Judas, se lo había dicho y persuadido, y, por tanto, como codicioso tirano, con esta ocasión deseaba echar mano del mismo padre para sacar dél buena cantidad de dineros, y como con todas sus amenazas nunca otra cosa pudiese sacar de Miguel Cervantes, sino que él y no otro fuera el autor deste negocio (cargándose como hombre noble a sí solo la culpa), envióle a meter en su baño, tomándole también por esclavo, aunque después a él y a otros tres o cuatro hubo de volver por fuerza a los patronos cuyos eran. El alcaide Asán, luego que en su jardín prendieron los cristianos y truxeron al jardinero con ellos, fué de todo avisado, y corriendo a casa del Rey, requeríale con grande instancia que hiciese justicia de todos muy áspera, y particularmente que le dexase a él hacerla a su gusto y contento del jardinero, mostrándose contra éste en extremo furioso y airado, y la causa era porque el Rey, a imitación suya, castigase a los demás cristianos que habían estado escondidos en la cueva. Cosa maravillosa, que algunos dellos estuvieron encerrados sin ver luz, sino de noche, cuando de la cueva salían, más de siete meses y algunos cinco y otros menos, sustentándolos Miguel de Cervantes con gran riesgo de su vida, la cual cuatro veces estuvo a pique de perdella empalado, o enganchado, o abrasado vivo, por cosas que intentó para dar libertad a muchos. Y si a su ánimo, y industria, y trazas, correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban a menos sus intentos; finalmente, el jardinero fué ahorcado por un pie, y murió ahogado de la sangre. Era de nación navarro y muy buen cristiano. De las cosas que en aquella cueva suce-

dieron en el discurso de los siete meses que estos cristianos estuvieron en ella y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia. Decía Asán Baxá, Rey de Argel, que como él tuviese guardado al estropeado español tenía seguros sus cristianos, baxeles y aun toda la ciudad; tanto era lo que temía las trazas de Miguel de Cervantes, y si no le vendieran y descubrieran los que en ella le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Argel había, y el remedio que tuvo para asegurarse dél fué compralle de su amo por 500 escudos en que se había concertado, y luego le acerrojó y le tuvo en la cárcel muchos días, y después le dobló la parada y le pidió mil escudos de oro, en que se rescató, habiendo ayudado en mucho el padre fray Juan Gil, redentor que entonces era por la Santísima Trinidad en Argel.

En este mismo año de mil quinientos setenta y siete, a los diez y nueve del mes de setiembre habían salido de Argel en corso para Levante hacia Córcega, Cerdeña, Sicilia y Nápoles nueve cosarios con sus galeras y sus galeotas muy en orden todos juntos. Es, a saber: Morat Raez, el grande renegado albanés; Cadí Raez, de nación turco; Morat Raez, Maltrapillo, renegado español, de Murcia; Morato Raez, renegado francés del capitán Mamí Arnaut; Caur Alí, hijo de un renegado griego; Asán Raez, renegado ginovés; Morat Raez, el pequeño, renegado griego; Amathoja, turco, y Sarí Raez, de nación turco; llegados que fueron estos nueve cosarios a Biserta, que está de Túnez sesenta millas para Poniente, determinaron todos en conserva tomar un casal del Rey de Nápoles en la provincia de Calabria, junto a Policastro, y la causa que a ello les movió fué que un mal cristiano (si cristiano se puede llamar), que era del mismo casal natural y nacido, se ofreció a los turcos darles aquel casal en las manos

si le daban libertad; prometiéronse la los turcos luego si lo hacía, y así llevando a este mal hombre por gufa y adalid y tan plático en la tierra, tomaron los turcos, siendo mediado noviembre de aquel año mil quinientos setenta y siete, el casal, cautivando más de 200 ánimas de toda edad y condición; con esta presa se volvieron al mismo puerto de Biserta en estos baxeles, y entre los turcos se hallaban entonces dos mancebos renegados, uno de los cuales, que sería de veinte y cuatro años, era de nación ginovés, y cuando cristiano se llamaba N. Gallo, y era hermano de un cómitre de una de las galeras del señor Juan Andrea Doria, que también se decía Gallo. El otro era de nación siciliano, natural de la antigua y célebre ciudad de Trápana, y casi de la misma edad, que en turquesco se llamaba Morat. Estos dos mancebos renegados, después que los cosarios con la presa del casal volvieron a Biserta, como de antes eran amigos, comunicándose al solito, vinieron a platicar sobre la tomada de aquel casal, pareciéndoles muy mal que un cristiano, profesando ser cristiano, diese en las manos de los turcos tantas almas inocentes y causase tanto daño, vendiendo su misma patria, do naciera, con sus parientes y deudos. Y procediendo en esta plática con mucha cólera y ira, vinieron al último a acordarse los dos de matar a aquel traidor y darle la pena que su maldad merecía, y como lo acordaron así procuraron ponerlo luego por obra. Y, por tanto, convidando los dos la tarde siguiente a cenar al traidor (con color de amistad y quererle regalar), el cual ya andaba deserrado y libre, porque luego los cosarios, satisfaciendo a su patrón, le dieron la libertad, lo acetó de buena gana. Por lo cual se fueron todos tres juntos a cenar a una huerta de aquel lugar de Biserta, pareciendo a los renegados que para lo que pretendían hacer era aquel lugar más cómodo y aparejado. Cenado que hubieron, y que era ya noche, los dos rene-

gados se volvieron al traidor y, afeando en gran manera la maldad que hiciera, en conclusión, arremetiendo a él, le dieron de puñaladas y muerto le echaron en unos valles que allí cerca estaba; hecho esto, fuéronse a sus galeotas, do con los demás turcos se recogían a dormir. El renegado ginovés en su galeota (que era la de Morat Ruez, el pequeño) tenía mucha amistad con un cristiano, también ginovés, que bogaba en su bancada, y a quien por ser de su misma nación hacía todo el bien que podía, y aun fiaban dél todos cuantos secretos tenía, por lo cual luego le contó todo lo que había pasado, y cómo él y el otro renegado trapanés mataron a puñaladas al tresleño, traidor, que vendiera el casal y propia patria, y tras esto discurriendo le descubrió cómo su intención y deseo era huirse con la primera comodidad y volverse a la fe y servicio de nuestro Señor Jesucristo, porque le parecían muy mal las costumbres de los turcos y moros, y que si hallase quien le ayudase, no le faltaba ánimo para un día alzarse con aquella galeota y irse con los demás cristianos a Sicilia o a Nápoles. El cristiano forzado que esto oyó, le alabó en gran manera, tanto lo que hiciera como lo que deseaba hacer, y exhortándolo lo mejor que pudo, se apartaron. De allí a pocos días, seis de aquellos cosarios, apartándose de los otros, se fueron de Biserta, donde estaban, a Puertofarín, que de allí hacia Levante dista 30 millas y queda entre Biserta y la Goleta, de la cual también dista otras 30 millas, entre los cuales cosarios fué también Morat Ruez, el pequeño, en cuya galeota (como diximos) andaba el mancebo renegado ginovés; llegados que fueron a Puertofarín, do aquellos cosarios se aparejaban para despallar y atravesar de allí a las islas de Sicilia y Cerdeña, ordenó el demonio que un día sobre cosa denodada riñeron los dos amigos, el cristiano forzado y el renegado ginovés, por lo cual el cristiano, ciego de la gran cólera y ira, sin más consi-

deración ni mirando el gran daño y mal que hacía, llamando al cómitre de la galeota y a otros turcos que cerca estaban, contóles todo lo que el mancebo ginovés le había dicho, ansí de la muerte del tresleño, que él y el siciliano trapanés habían dado la muerte en Biserta, como del propósito que tenía de alzarse con el baxel. Lo cual como los turcos oyesen y se publicase entre todos los demás cosarios de los seis navíos que allí estaban, alteráronse terriblemente, y prendiendo luego al mancebo ginovés que culpaban, le llevaron a la galeota de Morat Raez, el grande, por ser éste el más antiguo y el más principal de todos los otros arraezes que allí se hallaban, do preguntado al mancebo y examinándole del caso si era verdad lo que el cristiano decía, muy libremente se confesó que todo era verdad, y que cuanto a la muerte del tresleño calabrés, se la diera porque le pareciera muy gran maldad que un hombre cristiano vendiese tan sin piedad su misma patria y sangre, y cuanto al quererse huir y llevar si pudiese la galeota a tierra de cristianos, lo deseaba porque quería volverse a la ley y fe de sus padres, en que naciera y se criara. A esto le replicó el Morat Raez: «Pues de esa manera, ¿no eres turco, más cristiano?» A lo cual respondió el buen mancebo que decía verdad, y que cristiano era y cristiano quería ser. Oyendo esto los arraezes y turcos, no esperaron otra respuesta; mas desnudándole los hábitos turquescos que vestía, le vistieron de hábitos y vestido cristiano, porque muriese en el hábito de la ley y fe que aprobaba y profesaba. Lo cual hecho, desembarcaron en tierra, y atándole las manos atrás con recios cordeles, atáronle por el cuerpo y cintura a una peña que estaba allí muy cerca a la orilla de la mar, con una sogá doblada, y le apedrearon con gran número de piedras, hasta que le rompieron toda la cabeza y deshicieron la cara y ensangretaron todo y molieron, finalmente, todos los

huesos y miembros del cuerpo, y después de hartos desto, echaron el cuerpo a la mar. Este fué el fin del bendito mancebo Gallo, con que acabó confesando constantemente la bondad y verdad de nuestra santísima fe y religión cristiana. A los veinte y cuatro de enero del año mil y quinientos setenta y ocho era el mancebo Gallo de edad (como dixen) hasta veinte y cuatro años, alto de cuerpo, medianas carnes, blanco y bien proporcionado.

Al otro día, que fueron los veinte y cinco de enero, los corsarios que allí se hallaban en Puertofarín, habiendo espalmado, acordaron entre sí irse todos juntos a Susa, un lugar del reino de Túnez, que tiene razonable puerto, distante de Puertofarín hacia Levante 90 millas y de la Goleta 60, para de allí atravesar a Sicilia, porque es poca la travesía desde aquel lugar y ciudad de Susa; do llegaron a los 27 del dicho mes, y como por la pesquisa que habían hecho sobre el compañero de Gallo, que (como diximos) habían apedreado en Puertofarín, supiesen que estaba en Susa en una galeota que había días que de Biserta se había ido allá, tanto que estos corsarios llegaron a Susa, buscaron luego al mancebo renegado trapanés, cuyo nombre de cristiano no he podido saber, y en turquesco, como diximos, se llamaba Morato. Hallado que fué y que le prendieron, de la misma manera le presentaron delante todos los arraeces que para eso se juntaron, y examinándole si era verdad que él ayudara a matar a puñaladas en Biserta al tresleño calabrés, porque diera el casal llanamente y sin ninguna premia o dificultad, confesó el mancebo que lo había hecho y que la causa fuera porque le pareció muy gran maldad una traición de cristianos como aquélla, y replicando los turcos a esto: «Desa manera, tú cristiano eres y no turco»; respondió el mancebo: «Verdad es que en el corazón y voluntad cristiano soy y lo seré toda mi vida»; lo cual,

como oyeron los turcos, a la hora le desnudaron los hábitos de turco y no le dexando más de unos calzones de tela, desta manera, y con las manos atadas atrás, le enterraron hasta la cintura en un hoyo que hicieron allí en la playa de aquel puerto de Susa muy cerca del agua y le aflechearon todos con grandísima crueldad con un número infinito de flechas, con que, atravesado, parecía un erizo, corriendo dél ríos de sangre que bañaban todo el rostro, cuerpo y suelo, y desta manera dió su espíritu a su Señor y Redentor Jesucristo, a quien en cuanto la vida le duró (viéndose matar de aquella suerte) no cesó jamás de llamar, y a su gloriosa y benditísima Madre María, suplicándoles le valiesen y ayudasen; muerto que fué, y que los turcos se hartaron de asaetearlo con sus flechas, echaron el cuerpo a la mar, el cual nunca pareció; era el buen mancebo de la misma edad que el otro su compañero, de hasta veinte y cuatro años rehecho en carnes, no muy alto, y bien proporcionado; matáronle a los veinte y siete de enero mil y quinientos setenta y ocho.

Este mismo año mil y quinientos setenta y ocho, en el mes de abril, hasta 30 españoles de diversas provincias de España que estaban cautivos en Argel, concertaron entre sí huir una noche y irse a tierras de cristianos. Y había de ser con tomar una fragata o bergantín que se hallaba entonces en el puerto, desarmado y sin más guardia que de dos moros que en él dormían de noche; y quanto a los remos que para el bergantín eran necesarios (porque en llegando al puerto, tanto los corsarios como todos los demás que tienen galeotas, bergantines, fragatas o barcas, al punto los desarman y quitan los remos, y los depositan en ciertos magacenes públicos y otros lugares deputados para eso) ofrecióse un honrado y valeroso soldado español tomarlos de noche de un torren, que está a la marina, cerca del muelle, en el cual estaba entonces un

buen número dellos, no obstante que eran guardados, juntamente con la artillería del bestión (que allí está para defensa del puerto) de algunos turcos guardianes que día y noche allí están. Este valeroso soldado era de nación castellano y se llamaba Cuéllar, y acaeciéndole cierta desgracia en Orán (do estaba por soldado) con otro soldado, habría como seis meses que de allá huyera con temor de la justicia, y de cuanto de ordinario, los que de Orán se huyen para Argel, al punto se vuelven turcos y reniegan; el buen Cuéllar por ningún caso lo quiso hacer; mas traído delante del Rey Asán Veneciano, renegado (el cual entonces era Rey de Argel), de ciertos alarbes que en el camino le tomaron cuando de Orán se partiera, y importunándole el Rey se hiciese turco como los demás que de Orán venían solfan hacer, respondió muy llanamente que él no venía con esta intención, mas ampararse del favor de su Alteza, como suelen hacer otros hombres, acogiéndose en tales casos al favor de semejantes príncipes, a lo cual replicó el Rey: «Pues desa manera, si turco no quieres ser, tomarte he por mi esclavo»; a esto respondió Cuéllar: «No esperaba yo eso de Vuestra Alteza, pero si una de dos ha de ser necesariamente, mas quiero que Vuestra Alteza me tome por su esclavo que no dexar de ser cristiano». Desta manera y sin aquel bárbaro se mover a usar de algún modo de nobleza (como suelen los príncipes hacer), tomó al Cuéllar por esclavo, y le tenía en su baño entre los demás sus cautivos, y como Cuéllar era hombre en efeto animoso y determinado, él fué autor de todo este concierto entre los tres cristianos españoles, tomando el principal peso del negocio sobre sí; concertado, pues, y acordado, señalaron para efectuar esto la noche de un miércoles 29 del mes de abril 1578, porque no había entonces en todo el puerto de Argel baxel alguno armado que los pudiese estorbar o seguir, si hu-



yesen o fuesen sentidos; llegada aquella noche, juntáronse pocos a pocos todos en una casa a do dormía uno dellos, que está junto a la muralla de la marina cerca del mismo puerto, y siendo casi la media noche, comenzaron a poner en obra lo que tanto deseaban, y primeramente el Cuéllar se descolgó solo de aquella muralla, y caminando por el pie della junto al agua que allí bate de la mar, llegó sin ser sentido hasta el bestión, o caballero, que está a la puerta de la ciudad por do se va al puerto y su muelle, en el cual bestión diximos que estaban guardados los remos que se habían de tomar; llegado que fué aquí Cuéllar y que vió no ser sentido de los guardias del bestión y muralla, subió por la pared del mismo bestión, cosa que parecía imposible, y sin tener alguna cuerda o cosa que le ayudase a subir, sólo con pies y manos como gato subió arriba ligeramente, y no siendo tampoco sentido en el torreón de las guardias, reconoció muy despacio cómo las guardias dormían y a dónde y cómo estaban los remos. Con todo, dos perros que allí estaban le olieron y sintieron y comenzaron a ladrar. Por lo cual Cuéllar volvió luego a baxar por el mismo lugar por donde subiera, y vuelto a sus compañeros, que le estaban aguardando con gran temor, no los sintiesen, díxoles estas palabras, muy alegre, según quien a todo se halló presente me contó: «Hermanos, demos muchas gracias al Señor, que nuestro desinio va bien», y dándoles relación del descuido de los turcos y guardianes que dormían, y cómo subiera y baxara sin ser sentido, y que fácilmente baxaría todos los remos, quedaron todos muy contentos y con mucha esperanza de alcanzar la libertad. Y no se deteniendo más Cuéllar, pidió primeramente le diesen un pan para echar a los perros, si dellos fuese sentido y ladrasen, y después dixo a dos de los que allí estaban que le acompasen para tomar los remos cuando él de encima el bestión los baxase. Uno de éstos era

valenciano y el otro portugués. Descolgándose, pues, todos tres por la muralla abaxo y llegados al pie del bestión donde los remos estaban, quedando abaxo al pie los dos compañeros, Cuéllar con la misma ligereza y facilidad que de antes, se subió en lo alto dél, y ladrando los perros que le sintieron, echóles dos o tres pedazos del pan, con que luego se callaron, y sin las guardias ver o sentir algo, descolgó muy a placer hasta veinticuatro remos de los mejores que allí estaban, que los compañeros tomaban abaxo y recostaban al bestión. Hecho esto, caminó Cuéllar más adelante por el bestión muy osado y sin temor y no siendo sentido, y baxó de la otra parte del bestión dentro de la ciudad en un llano que allí está entre dos puertas de la muralla, y de allí tomó un timón de galeota que ya de antes tenía devisado, sacándole debaxo unas cofas de pasas, sobre las cuales estaban dormiendo ciertos moros que las guardaban, que parece todo encantamiento. Y hecho con la misma presteza y osadía, subió otra vez a lo alto del bestión, llevando acuestas el timón, y se fué de la parte de la marina, y se descolgó abaxo con el fin de ser sentido de las guardias. Dejando así los remos y timón en aquel lugar y pie del bestión, volvió otra vez con los dos sus compañeros muy contento a avisar a los demás que le estaban aguardando, y diciéndoles cómo ya todo estaba aparejado, comenzaron luego a baxar por la muralla por una sogá colgada, llevando unos acuestas sacos de bizcocho, otros barriles de agua, otros sogas, otros estobos para atar los remos y otros barreganes para vela, y ya que estaba abaxo descolgado como la mitad dellos, vino acaso un turco y entró en aquél mismo cortijo y callejuela que iba a dar al mismo lugar, por do los cristianos baxaban para meterse en su posada que estaba en aquella callejuela, y porque era tan noche trafa en la mano una linterna encendida, al cual, tanto que los cristianos que quedaban en la muralla

para baxar, le vieron así venir y con luz y que no podía ser menos sino que los había de ver porque venfa hacia ellos con la luz, no tuvieron otro remedio sino que remitiendo a él, y poniéndole uno un palo grande como lanza en los pechos, y el turco se arredró y acostó a la pared de la callejuela, y ellos de golpe, dando todos a huir, metiéndose en la ciudad y derramándose cada uno para do les parecía que estaba más seguro, quedando en la muralla mucha de la ropa y cargos que cada uno llevaba, maravillado el turco desto, y no sin algún temor, en llegando a su puerta hizo venir otros compañeros y reconociendo la muralla hallaron toda la ropa que dixen, y dando voces que los cristianos huían, y a voces respondiendo las guardias que estaban en los bestiones de la marina, los demás cristianos que estaban abaxo, que ya sospechaban antes mal, cuando vieron que los demás no baxaban y se habían huido, también ellos se pusieron en huida por aquellas piedras, rocas y peñas que a la marina están junto a la muralla, rodeando la ciudad por aquella parte, hasta que fueron a la puerta de Babazón, que responde entre Levante y Mediodía, y de allí cada uno buscó su remedio sin que alguno fuese tomado. A la mañana apareció todo al pie de la muralla lleno de barriles, costales de bizcocho, sogas y otras ropas que los moros saquearon. Y también se hallaron los remos y el timón puesto al pie del bestión, de lo cual todo, siendo el Rey avisado y queriendo saber cómo este negocio pasara, el mismo turco que fué causa de estorbarse, dixo al Rey que mandase prender un cristiano de una casa su vecina que estaba en la misma callejuela, diciendo que él viera entrar y salir de aquella casa algunos de los cristianos que huyeron y que él los debía conocer y saber todo, por lo cual el Rey lo mandó traer luego delante sí, y dándole crueles palos, confesó como pasaba el caso, nombrando algunos cristianos y al Cué-

llar por principal y cabeza; de los cuales mandó prender el Rey algunos, pero como todos con temor se habían ausentado, no se hallaron más de tres y con ellos al Cuéllar, el cual de mañana se había entrado en el baño sin ser visto ni sentido de los guardianes que están allí de continuo; tanto que el Rey le vió, preguntóle con muy grandes amenazas cómo intentara aquélla y por qué causa, a lo cual el Cuéllar que no era nada necio ni cobarde, le respondió confesando la verdad y diciendo al Rey cuán justa cosa es que un esclavo procure su libertad, y más con medios tan honrosos y honestos como los que él y los demás habían tomado; pero siendo el Rey tan bárbaro y cruel tirano, como de su condición lo es, y crudelísimo con cristianos, nada le aprovecharon las muchas y justas razones que le dió; mas al punto en su presencia le mandó dar infinitos palos, porque no tuvieron número: tantos fueron de manera que se cansaron los chauzes y ministros del tirano. Y con todo, él no cesaba de decir con voz y vuelto muy feroz: «Dad, dad a ese perro, matalde, matalde», y así lo hicieron, porque le molieron los huesos y las entrañas y dexaron ya por muerto, y luego vinieron dos cristianos para llevarlo a enterrar, pero hallándole vivo, le llevaron al baño del Rey, do a tres días, que fueron los dos de Mayo, confesado y comulgado y con grande arrepentimiento de sus culpas y pecados, dió a su Criador su alma. Sería Cuéllar de hasta treinta y cinco años, mediano de cuerpo, no muchas carnes, barbinegro, bien proporcionado.

Año de nuestro Señor Jesucristo 1579, a los 25 de marzo, salió en corso de Argel hacia Poniente Mami Arnaut, renegado albanés, crudelísimo y fiero enemigo de los cristianos, con intención de en Mallorca tomar un pueblo pequeño o casal, que un renegado natural de aquella isla le ofreció hacer tomar, y para esto llevó consigo ocho baxeles gruesos. Es a

saber: una galeota gruesa de 24 bancos, en que iba por arráez un renegado suyo, de nación francés, que se dice Morato Ræz Francés; otra de 22, que era de otro su renegado griego, que se decía Dabardi; otra de 22 bancos, en que iba Dali Mami, renegado griego, cuya era, Mami Ræz, renegado; el de Car Asán en otra suya, de 22 bancos; Musa Sofi, turco de nación, otra de 22 bancos; Mami Gancho, renegado veneciano, en otra de 21 bancos; Isuf, renegado napolitano, en otra de 20. Y como el trabajo de bogar en las galeotas destes crueles cosarios sea, sin encarecimiento, el mayor de todos los trabajo del mundo, así son infinitos los cristianos que cada viaje matan a palos, con sed, con hambre y con hacerles reventar sobre el remo, y los que vuelven no parecen hombres vivos, más sacados de sepulcros, desfigurados y secos, y si en los baxeles de otros cosarios pasan esto, muy más y mayores crueldades padecen en los del dicho capitán Mami Arnaut, porque, como sus cautivos cristianos dicen, no los lleva a bogar, sino a matar; por lo cual y por este temor, cuando entonces el dicho capitán Mami Arnaut quiso salir de aquella marina en corso se ausentaron de su casa y se escondieron hasta partirse tres cristianos suyos, uno de los cuales era amigo mío, y que el año 1578 me ayudó en traer piedra y arena a cuestras y amasar cal y servir en cierta obra del mismo capitán, do mi patrón, por maltratarme, me enviaba cargado de hierro y traviesas y con guardia de dos renegados, y sin comer hasta la noche, y éste se llamaba Juan Gasco, de nación francés, y doy testimonio que era un muy buen hombre, y de todos publicado por tal, caritativo y de mucha compasión con los demás cautivos; de los otros dos, uno se decía Pedro Cosentino, calabrés y natural de la ciudad de Cosencia; el otro se llamaba Felipe, de nación siciliano. Partiósse el capitán y sus conservas, como dixe, a los 25 de marzo de 1579, y lue-

go a cuatro días se volvieron los cristianos a su casa, porque no pretendían más de no ir en aquel viaje. El suegro del capitán, a quien quedaba el cargo de toda su casa y esclavos, que se llamaba el Cayde Fatale, aunque era uno de los grandes enemigos para con cristianos, venidos que fueron no les hizo molestia alguna, entendiendo ser cosa de esclavos huir el trabajo si pueden, y más el de bogar tan extraño y terrible, solamente los mandó trabajar como antes en una heredad de su yerno; a los doce de junio siguiente volvió el dicho capitán y los demás cosarios que con él fueron, muy corridos porque ni tomaron casal, ni cautivaron más de treinta personas en una saetia cargada de madera y algunas barcas; y luego de allí a ocho días, que eran los veinte del mismo mes de junio, los tres cristianos que, como diximos, se habían escondido y no fueron con el viaje, volvieron de la maseria o heredad para la casa, a los cuales, tanto que el capitán vió, porque como es uso de todos los esclavos, le fueron besar la mano por recién venido, siendo como es la misma cólera y rabia, no menos que una bestia, al punto se demudó toda la cara, y muy feroz les dixo mil injurias y afrentas de perros, canes, cornudos, judíos, traidores, que por Alá que los había de matar luego a palos. Y como dixo, lo puso por obra, porque los hizo al punto ligar manos y pies, y al Juan Gasco hizo luego se tendiese en tierra boca abaxo y sentar un renegado sobre la cabeza y otros sobre las piernas, como usan, y por otros dos renegados tan crueles como él, le hizo dar en su presencia tanto de palos con bastones a dos manos, y esto no sólo en las espaldas, pero en la barriga, pechos, brazos, coxas y piernas, que al último el pobre cristiano tendió como muerto todos los miembros ya pisados y deshechos, y quedó sin moverse más; no se hartó aún con esto la rabia de aquella fiera cruel insaciable de la sangre cristiana; mas alzando la

voz y a gran cólera, mandó a los mismos renegados que ya estaban cansados se apartasen y que otros de nuevo les sucediesen en aquella cruel obra, y ané, descargando éstos de nuevo a gran fuerza sobre el inocente tendido duros golpes con los nudosos bastones a dos manos, y estando ya el cuerpo todo pisado y las carnes hinchadas y empoladas, las abrieron a pocos golpes y comenzó a salir la sangre pisada por do alcanzaban los golpes, corriendo por aquel patio con la mayor lástima del mundo, y tanto que los mismos renegados no le podían mirar; no por eso perdió el ánimo en todos estos tormentos tan crueles el buen cristiano, mas, como renegados que presentes se hallaron me dixerón, alzaba como podía los ojos al cielo, y con ronca y flaca voz decía de continuo: «Jesús, Jesús, Virgen María Madre de Dios», hasta que echando la hiel por la boca y mucha sangre de sus entrañas, perdió la voz y quedó ya como muerto. Lo cual viendo el capitán, mandó que se lo quitasen de delante, y llevándole ya por muerto dos cristianos, hallaron que vivía, de que todos se espantaron en gran manera, y recogiénole en su baño y lugar de los cautivos, le hicieron luego confesar, y no le pudiendo dar remedio, tan deshecho y molido estaba, con cuanto lo procuraron, a cabo de siete días que duró contra toda esperanza y opinión de todos, dió el alma a su Criador con muy grande devoción, alabando siempre a Dios por aquella muerte y trabajos.

Acabado el tormento de Juan Gasco, y que le sacaron por muerto, hizo venir el capitán a los otros dos sus compañeros, que estaban arredrados esperando la misma muerte, y de la misma manera tendidos en el suelo delante dél, les hizo con la misma crueldad dar otros infinitos palos de renegados que sucedían unos a otros, de manera que les molieron todos los miembros, espaldas, barriga, brazos, coxas y piernas, hasta

que hinchados como cueros o atambores, comenzó a correr dellos infinita sangre que hinchó todo el patio, representando una cruel carnicería y degolladero de vacas, y pareciéndole al tirano que ya estaban muertos, los mandó de allí llevar, y llevados de cristianos con muy gran dolor y compasión al baño y casa de los esclavos, el Pedro Cosentino, luego otro día que fueron los veinte y uno del mes dió su alma al Señor, y el Felipe, siciliano vivió hasta los veinte y seis de aquel mes, y como los otros compañeros, murió muy cristianamente. Y según renegados, que a todo se hallaron presente, me dixeron, recibieron todo este tormento con muy grande paciencia, no dexando jamás de la boca el nombre de Jesús y de su Madre Santísima, lo cual, viendo y oyendo aquel bárbaro renegado enemigo del nombre de Cristo, tanto más se indignaría, y hacía cómo los renegados más los matasen a palos. Entierranlos a todos fuera la puerta de Babaluete. Sería Juan Gasco de edad de cuarenta años, de cuerpo más alto que no baxo y lleno de carnes, barbinegro y de condición muy benigna y alegre; el Pedro Cosentino sería de treinta y dos años, de buena estatura, no muchas carnes, barbinegro y moreno. El Felipe, siciliano, sería de treinta y seis años, pequeño de cuerpo y seco de carnes, barbinegro y de buen talle.

El año de mil y quinientos setenta y nueve, fué tan grande la falta de pan y de todos bastimentos en Argel y su distrito, que se moría la gente, como vimos, por las calles de pura hambre a treinta o cuarenta cada día y más; pero sea Cristo, Dios y Señor nuestro, bendito, nunca se vió ni se supo que entre tantos millares de cristianos cautivos, que de ordinario en Argel pasan de veinticinco mil y más, algunos muriesen de hambre; tanto cuidado tiene el Señor de los suyos. A esta grande y general hambre se juntó que el Rey de Argel y los turcos estaban con grandísimo temor de la armada cristiana,

Agos. 1579.



porque se sabía de cierto cómo en los puertos de España, Gibraltar, Sevilla, Puerto de Santa María y Cádiz, se juntaban muchos baxeles, y por todas partes se hacían provisiones y baxaban de Italia mucha copia de galeras y soldados, por lo cual el Rey de Argel, que entonces era un veneciano renegado de Aluch Alf, que se llamaba Asán Baxá, procuró de recoger en Argel todo el trigo que se pudo hallar por la comarca y otras tierras. Y entre las demás diligencias envió también a los diez de junio de aquel año mil y quinientos setenta y nueve una galera de veinte y cinco bancos, que era de un renegado ginovés que se decía Borrassquilla, y que el mes antes de marzo había venido en ella de Constantinopla, a la ciudad de Bona por bastimentos. Habiendo, pues, llegado a Bona la galera, cargó luego de trigo, manteca y otras vituallas, hasta víspera de San Juan, veinte y tres del dicho mes, en el cual día, por la mañana, casi todos los turcos y soldados de la galera, que eran muchos, desembarcaron en tierra, queriendo cada uno embarcar lo que había comprado para su casa, porque ya la galera estaba casi del todo cargada y para partir, y no quedarían en ella más de hasta doce o trece, lo cual, visto y notado de los cristianos que a costas metían todo en la galera, comenzaron a darse del ojo y después a platicar por el camino, que era aquél muy buen punto para poderse alzar con la galera. Esta plática pasó tanto adelante, que le pareció comunicarlo con los que dentro la galera estaban al remo herrados, a los cuales pareció también lo mismo; y el deseo de libertad y de verse libres de tan inhumanos y crueles enemigos les hizo resolverse en que luego se hiciese. Eran todos los cristianos ciento y ocho, parte del Rey y parte del renegado Borrassquilla, cuya era la galera, y el principal autor deste negocio fué un soldado español que se decía N. Navarro, natural de Lorca, ciudad en el reino de Murcia,

que cautivara cuando se perdió el fuerte de Túnez y era esclavo del Rey. Resolutos, pues, todos en alzarse con la galera, tanto el Navarro y sus compañeros que carreaban la ropa, entraron la última vez en la galera. El compañero o despensero de la galera, que de todo era consentidor, dióles cuatro espadas o alfanjes de los turcos, que, según es uso, tenía allá abaxo en la compañía y despensa. Y otros echaron mano luego de otras que los turcos habían en sus bancadas dexado muy seguros. Y quien no pudo haber espada echó mano de algún puntal o palo y cualquier manera de arma que suele ministrar el furor; hecho esto en un instante y remeter a los turcos que quedaron en la galera, todo fué uno. El Navarro con los otros tres remetieron a la popa do estaban cuatro turcos, los cuales, como los vieron con las armas y alfanjes desenvainados venir, echaron también mano a sus alfanjes, defendiéndose. Pero cerrando con éstos los cuatro cristianos, dió el Navarro a un turco una fiera cuchillada, y fué la desgracia que con esto se le desempuñó la espada, y, por tanto, otro turco pudo alcanzarle y darle una cuchillada muy terrible en el hombro izquierdo, que se lo abrió todo; pero con todo eso, el Navarro con su alfanje desempuñado, con la ayuda de los otros tres compañeros, mató los cuatro turcos de popa. Por otra parte, en cuanto a la popa pasaba esto, los otros cristianos apretaron de tal suerte con los demás turcos, que los hicieron saltar a la mar, si no fueron tres que se retiraron a la proa por estorbar que los cristianos no cortasen el cabo del hierro y pudiesen ellos ser socorridos de tierra. Y el que más se señalaba entre todos era un mancebo ginovés, de hasta veinte y cuatro años, que se decía Juan, al cual, porque era tuerto de un ojo, solfan llamar los otros por burla Gil de Andrade, porque en esto se parecía con aquel caballero. Este, pues, peleando como un león, no sólo hizo que

aquellos tres turcos se retirasen a la proa; pero apretó con ellos de tal suerte y con favor de los otros, que al último los forzó echarse también a la mar. Rendida, pues, la galera desta manera sin muerte de algún cristiano, y quedó sin ningún turco, si no fué un renegado catalán, que, deseoso de volverse cristiano, como había otras veces procurado, se puso aparte, y los cristianos, que sabían su voluntad, le favorecieron y llevaron [de buena gana consigo; luego alzaron todos un gran grito de placer, y burlándose de los turcos que en tierra estaban mirándolos con gran dolor no pudiendo ni osando socorrer a los suyos, y alargándose a la mar alzaron su entena con la vela, y haciendo un tiempo muy lindo y favorable, sin poner mano al remo llegaron a Mallorca en dos días. Era entonces virrey de aquella isla y reino un caballero catalán que se decía D. Antonio Oms, el cual, avisado del caso y de que esforzadamente habían los cristianos cobrado su libertad, los recogió muy humanamente, y a todos hizo mucha honra y llevó en procesión hasta la iglesia mayor, la cual fué de toda la ciudad muy regocijada, holgando todos con gran placer de ver tan linda y dispuesta juventud y las banderas que eran cuatro y estandartes ganados en la galera que llevaban arrastrando por el suelo como triunfantes, y particularmente así del virrey como de todos los demás, fué muy acariciado el Navarro, informados como él fuera el autor principal deste hecho, y el que entre todos particularmente se señalara. Por lo cual llevándole el virrey para su casa le mandó curar con gran diligencia; pero como la herida era mortal y muy profunda, acabó sus días al tercero día que llegaron, recibiendo primero los Sacramentos, y muriendo como buen cristiano muy devotamente, y fué por orden del virrey enterrado con mucha honra. Hecho esto, luego los demás cristianos repartieron entre sí el despojo y el precio de la galera que allí se vendió,

y a pocos días se pasaron a España y cada uno a su casa. Destos hasta cuarenta y nueve armaron un bergantín, para pasar a Barcelona, porque eran muchos dellos levantiscos, y por cabeza de todos iba el Juan Ginovés, a quien los demás tenían mucho respecto, así porque en el alzar de la galera se señalara tanto como diximos, como también porque en el camino cuando de Bona venían para Mallorca, el Navarro que debajo cubierta venía malo de la herida, había ordenado como él fuese como cabeza y en su lugar obedecido de todos. Habiendo, pues, caminado con el bergantín, cuanto medio camino para Barcelona, a los veinte y siete de agosto, encontrando con dos fragatas o bergantines de Argel, que por allí andaban en corso y reconociéndolas, no por eso quisieron huir, mas determinaron embestirlos animosamente, siendo ellos tantos menos, lo cual no rehusaron los turcos, siendo como eran dos a uno. Embistiéndose, pues, todos a una, fué la pelea bien sangrienta, porque los cristianos, por no perder la libertad que con tanta honra habían tan poco antes ganado, peleaban animosamente, y los turcos teniendo a gran vergüenza que fuesen de pocos, siendo ellos tantos, vencidos, trabajaban con gran esfuerzo por rendir el bergantín. Desta manera pelearon más de una hora, en la cual los cristianos mataron diez turcos y fueron de los suyos también muertos hasta siete, entre los cuales fué un hermano del mismo Juan Ginovés; pero con todo la victoria ya se inclinaba a los cristianos, porque tenían a los turcos retirados y los más muy mal heridos y atemorizados; con tanto valor peleaban, cuando sucedió la desgracia que estando desta suerte y en mayor fervor combatiendo, cargaron algunos una parte del bergantín, con tanto peso que le hicieron trabucar. Sucedida esta desgracia quedaron los cristianos vencidos, no de valor, mas de la inicua, inconstante y desleal fortuna. No murió ninguno

ahogado, con cuanto así trabucara el bergantín, mas lo recogieron luego los turcos, y entre ellos al renegado catalán, el cual estando en grande peligro le quemasen vivo, escapó, con que los cristianos por favorecerle dixeron que por fuerza le habían llevado preso a Mallorca y de allí le llevaban a Barcelona, condenado a trabajar en las galeras del Rey de que era oficial. Con esta victoria se fueron los turcos derechos para Argel, yendo muchos dellos mal heridos, mas muy contentos de que el Rey se holgaría que ellos vengasen el alzar de la galera, y que llevasen aquellos cristianos cautivos, la mayor parte de los cuales eran suyos. Llegaron allá a los treinta de agosto, y el Rey quedó en extremo satisfecho deste suceso, y sabiendo que Juan Ginovés fuera el segundo en hacer alzar la galera y después dél otros dos, uno de nación siciliano, que se decía Cola, natural de la ciudad de Mazara, y otro de nación vizcaíno, que se llama Sebastián, como estaba tan sentido de que ellos hubiesen hecho aquello, a la hora mandó que a estos tres los ahorcasen por los pies de una antena de su galera, que estaba en el puerto y se decía San Angel, que fué una de las dos que los cosarios de Argel habían el año antes de mil y quinientos y setenta y ocho, a veinte y tres de abril, tomado a las islas de Capri, pasando en ellas de Sicilia para Nápoles don Carlos de Aragón, duque de Terranova. Hicieron los ministros del Rey luego lo que mandaba, y ataron a la punta de la antena por los pies a Juan Ginovés, y luego, cerca dél, a Cola de Mazara, y después al Sebastián, vizcaíno, y desta manera colgando estuvieron hasta casi media noche, cuando el Sebastián, vizcaíno, tuvo tal maña y tal ventura, que se desató las manos que tenía atrás ligadas; y afirman cristianos que estaban en la misma galera herrados, que el Cola de Mazara, que estaba en medio, con los dientes le desató, y de la misma manera hizo de suerte que alzándose

arriba se desató también los pies, y baxando muy mansito se huyó sin ser sentido y se escondió en arsenal dentro en una galera nueva que allí se hacía y donde después a dos días fué hallado. Como siendo de mañana hallasen los turcos que guardaban la galera solamente a dos colgados y menos al Sebastián, avisaron al Rey, y un turco, por mala voluntad que tenía a un gentilhomme panormitano, esclavo del Rey, que en la misma galera estaba herrado, que se llamaba Castellón, persuadió al Rey que por la bancada y lugar do estaba Castellón se había huído Sebastián, por lo cual, el Rey, muy colérico, mandó que al momento colgasen al Castellón en el mismo lugar y antena por los pies como el Sebastián había estado. Allí estuvo colgado como media hora, y intercediendo por él algunos turcos, lo mandó el Rey baxar; y al Cola de Mazara también, después de haber estado de aquella manera veinte y cuatro horas y más. Sólo en el buen Juan Ginovés descargó toda la ira y cólera del Rey, queriendo en él (con darle una muerte cruel) hartar su ira y tomar de todos venganza, y, por tanto, mandó que así le matasen a flechazos, y, en la verdad, la suerte fué para él muy más dichosa, porque así como él entre todos se había señalado en ánimo y esfuerzo para dar a sus hermanos libertad, así agora padeciendo sólo por todos, glorificase con su muerte a Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, porque si consideramos la razón que el Rey quiso tomar para matarle, fué más achaque que razón justa, pues en toda razón y en todo uso y ley de hombres y de hombres de guerra, ¿cuál cautivo no debe procurar su libertad, y más estando tan injusta y tiránicamente cautivo? Pero el odio del nombre cristiano es aquel que a estos bárbaros hace de continuo no se hartar de derramar la sangre inocente cristiana; para le dar esta muerte fueron señalados dos turcos que lo pidieron por gracia y merced al mismo Rey, los cuales. en

trando en otra galera que estaba al costado de la de San Angel, do Juan Ginovés estaba colgado de la popa de aquella galera, le tiraron un gran número de flechazos con que le enclavaron todos los miembros y cuerpo, y particularmente uno le dió muy cerca del corazón. En el cual tormento, me dixeron quien a todo se halló presente, jamás cesó de llamar al nombre suavísimo de Jesús y de María su gloriosísima Madre, como también antes y en cuanto estuvo colgado siempre hizo. Ya que los turcos habían consumido cuantas flechas allí trujeron y vieron que aún todavía era vivo, otro dos turcos (uno de los cuales los años atrás había habido libertad del señor don Joan de Austria, cuando por su grandeza diera a doce turcos de su galera la real libertad) rogaron a los turcos y renegados del Rey que tenían el cargo de hacer matar al buen Juan Ginovés, les dexasen tirarle sendos arcabuzazos; habida la licencia, fácilmente y sin mucho rogar, le tiraron escopetazos, uno de los cuales le dió en el ojo derecho que le rompió mucha parte de la cabeza, otro en la ceja derecha, otro en mitad del rostro y otro junto al corazón; y así dando voces y llamando a Jesús que le valiese dió su alma al Señor. Estuvo su cuerpo aquel día, que fué el postrero de agosto del dicho año de mil y quinientos y setenta y nueve, colgado de la antena, y después le echaron los turcos a la mar, do nunca más pareció. Era Juan Ginovés, como diximos, de edad de veinte y cuatro años, flaco de carnes, de mediana estatura, barbirroxo, blanco y bien proporcionado.

A los quince días del mes de mayo de mil y quinientos y ochenta, a las nueve horas de la mañana, en la Caliba, que es un lugar de razonable puerto, aunque pequeño, en el reino de Túnez, distante de la Goleta para Levante noventa millas, se hallaban tres cosarios con sus tres galeotas, es a saber: Marja Mamí, con una de veinte y dos bancos; Mami Gancho, con

otra de veinte y dos bancos, y Cary Raez, con otra de veinte y uno; el cómitre del Mami Gancho era un renegado de nación griego, natural de isla de Xio, y no había más de dos años y medio que, engañado del demonio, se había hecho turco, hallándose en Argel sobre una saetia, en la cual había venido por calafate; pero cayendo después en la cuenta de su pecado y error, deseaba volver a la fe y servicio de nuestro Señor Jesucristo. Este su pensamiento y deseo comunicaba algunas veces con un mozo cristiano, que era cautivo del mismo Mami Gancho, su patrón, de edad hasta diez y ocho años, que se decía Alonso, al cual, siendo hijo de moriscos y natural de Andaraxe, un lugar del reino de Granada, y de edad de diez y siete a diez y ocho años, un Bartolomé López de Parros, labrador, vecino de Cartagena, había cautivado en la guerra de Granada y criado en su casa con sus hijos, como si también él lo fuera, y según me han dicho personas que le han conocido y tratado en Cartagena, en todo tiempo dió el muchacho muy buenas muestras de sí, siendo muy bien criado, obediente y nada revoltoso, o travieso, como suelen otros mozos, y, por tanto, muy querido y amado de todos. A este mozo había el mismo Mami Gancho, en compañía de Marja Mamí, cautivado el primer día del mes septiembre del año antes de mil y quinientos y setenta y nueve, con otros dos hombres, en una torre tres leguas de Cartagena, que se dice la Torre de la Zoya, donde todos tres trabajaban, ganando el mozo sus dos reales cada día para su amo, el cual era fiador, como dicen en España, de la misma torre; y después de ser cautivo de turcos mostró bien la buena crianza que tuviera, porque cuando el Mami Gancho (que es renegado veneciano) trabajó por le volver turco, ora con amenazas y azotes, ora con ofrecerle muchas cosas, y para esto le hizo muchas veces llevar a casa de tagarines, que son moriscos venidos de Granada a vivir en la ley de mo-



ros, jamás con él se pudo acabar, por lo cual el Mami Gancho, cuando aquel mismo septiembre se fué de Argel para Biser-ta, le llevó encadenado puesto al remo, pensando que desta manera acabaría con él, que hiciese lo que quería; pero todo fué por demás, porque en todo mostró siempre seso y ánimo, no de mozo, más de hombre y varon esforzado. Por lo cual su patrón, viendo que nada aprovechaba, le sacó de la cade-na y le trafa suelto en el bajel, sirviendo en lo que le era mandado. Estando, pues, como dixe el Mami Gancho, con los otros dos arraeces de su conserva, en la Caliba, en aquel mes de mayo de mil y quinientos y ochenta, comenza-ron a espalmar para salir en corso, y desarmando Cari Ráez su galeota, metió el Marja Mami toda su ropa y aparejo de galeota en ella, y comenzó a despalmar, sirviendo en todo esto la galeota de Mami Gancho, porque de la misma manera le habían a él de ayudar los otros; ya que el Marja Mami había espalmado la parte diestra de su galeota, y queriendo dar a la banda para descubrir la siniestra, los cristianos de la galeota de Mami Gancho, que sólo estaba armada y era la que hacía toda la obra, viendo que las otras dos galeotas estaban desarmadas y los turcos todos en tierra, que otro navío no había más allí que los pudiese estorbar, pare-cióles que era esta comodidad muy grande y muy a propósi-to para poderse alzar con aquella galeota y haber todos li-berdad. Y como ya de antes el cómitre y el Alonso habían tratado con algunos cristianos de que se fiaron el deseo y in-tención que tenían, y quedaron de concierto y acordado que con la primera comodidad alzasen aquel baxel, viendo, como dixe, la comodidad tan a propósito, que mayor no se podía desear, significáronlo al cómitre y al Alonso, los cuales, aprobando lo que decían, resolvieron todos no esperar más. Y, por tanto, el Alonso, conforme a como ya estaba de antes

ordenado, fuese a la popa donde estaba su patrón el arraez Mami Gancho y otros dos turcos principales, y dando muestra como que quería tomar el timón, como otras veces solía hacer, echó mano a una alfanje de algunas que allí estaban, y en desenvainando con presteza, tiró un fiero golpe a su mismo patrón Mami Gancho, el cual, como se vió sin armas y que le tiraba aquel golpe, de un salto se echó luego a la mar y escapó; revolvió el Alonso luego con otro sobre uno de los dos turcos que quedaban, el cual se llama Mos Lahadin; dióle una gran herida en la cabeza, con que le hizo ir tumbado hasta el sexto banco, donde un cristiano muy honrado que se llama Alonso Muñoz, natural de Vera, le echó luego así herido a la mar. El tercero turco, como vió el negocio mal parado y que el Alonso no diera espacio a tomar armas, tomó también por partido echarse a la mar; ya a este tiempo los otros cristianos andaban asidos de los demás turcos, unos a palos, otros con puñales y otros a puños, y de manera que todo andaba trabado y no se acababa porque los cristianos no tenían armas. Más tanto que el Alonso vació la popa de los turcos hiriendo el uno y echando los dos a la mar, las espadas que en la popa halló arrojólas luego a los cristianos, que serían como cuatro o cinco, y ellos tomándolas en las manos, fácilmente hicieron como los demás turcos se echaron a la mar, como se echaron, si no fueron sólo tres que se hicieron fuertes en proa, no dejando cortar el cabo del hierro. A este punto, llegó el Mami Gancho, arraez de la galeota, en una barca, trayendo consigo hasta veinte y cinco escopeteros turcos, los cuales, disparando en los cristianos, mataron a dos y hirieron más de veinte, y llegando también otros turcos a nado y entrando por la proa que estaba tomada de otros; finalmente, siendo los cristianos apretados de toda parte y maltratados de las escopetas, fueron forzados a baxarse en los bancos y

rendirse. Apoderado el Mami Gancho de su galeota, que tenía ya perdida, luego maniató al Alonso y no a otro ninguno, y desta manera le metió debaxo de cubierta, preguntándole con muy grandes amenazas por el autor de esto, porque bien entendía que no había nacido dél; el mozo, viendo que por demás era negarlo, llanamente le dixo como pasara, y que fuera acordado entre él y el cómitre y los demás cristianos, no nombrando en particular ninguno, más a todos en general, por lo cual luego al momento hizo el Mami Gancho dar infinitos palos a los mezquinos cristianos, y al cómitre y Alonso los hizo desnudar, quedando en carnes, y con solos sendos calzones viejos de algunos cristianos, y desembarcándolos en tierra, los ataron ambos a dos con las espaldas uno para el otro en un hierro de galera que enterraron en la arena con la asta para arriba como poste, y juntándose todos los turcos de las tres galeotas, tiraron a los dos infinitas flechas con que los enclavaron todos y bañaron en mucha sangre, llamando tanto el cómitre renegado como el buen mozo Alonso, por nuestro Señor, y les oían decir de lejos cristianos de quien lo supe en voz clara: «¡Oh, válame nuestra Señora! Nuestra Señora sea conmigo», y particularmente el Alonso llamaba por Nuestra Señora del Rosario, en cuya devoción debía ser criado y dotrinado, y no siendo aún muertos con este tormento, encendieron los turcos mucha cantidad de brusca y leña menuda que tenían para espalmar las galeotas, y echándola encima los acabaron de matar, quemándolos, perseverando siempre en la invocación de Nuestro Señor y Redentor Jesucristo. Sería esto a las tres horas después de medio día, y como diximos a los quince del mes de marzo de mil y quinientos y ochenta. Era el buen mozo Alonso de edad de diez y ocho años, de mediana estatura, rubio, ojos grandes, lindo de cara, nariz roma, lleno de carnes y bien proporcionado. El có-

mitre era de edad de veinte y dos años, desbarbado, de mediana estatura, de color moreno, rehecho y lleno de carnes.

RAMÍREZ. ¡Oh cuánto me he holgado de leer esos papeles! ¡Qué casos tan extraños! ¡Qué sucesos tan diversos! ¡Qué muertes tan espantosas! ¡Qué tormentos tan exquisitos! ¡Y qué crueldades tan horribles, tan fieras y tan inhumanas!

SOSA. Bien estoy con todo eso y todo eso se ha de notar. Pero volviendo a nuestro primero propósito y principio de nuestra plática, ¿no le parece a v. m. que son muchos de esos ejemplos, ejemplos de viva fe, de ardiente caridad, de firme esperanza y de verdadera fortaleza y constancia cristiana? ¿No le parece que todavía no falta hoy quien huelgue y desee padecer por Jesucristo? ¿No le parece que todavía hay muchos amigos de Dios? Y finalmente, ¿no le parece que aún en nuestros tiempos provee Dios a su Iglesia de algunos hijos legítimos, y como dice el profeta, tales como sus padres, para que como aquéllos plantaron la Iglesia con su sangre, éstos con la misma la rieguen y de continuo aumenten? Pues, ¿y por qué no miramos en tan claros espejos? ¿Por qué no deprendemos de tan estremados maestros? ¿Por qué se nos figurarán los trabajos del cautiverio y todos los que hay en el mundo tan difíciles, no resistiendo hasta derramar como ellos la sangre? ¿Por ventura eran ellos de otra masa que la nuestra, o de otra composición y cuerpos que nos, o tenían por ventura otro Dios ayudador y diferente que nosotros, o esperaban otro premio, otro galardón, o bienaventuranza que nos? Esto es, lo que leyendo y oyendo tales muertes habemos de notar atentamente y avergonzarnos de que queramos ser premiados con los santos y vivamos tan al contrario de lo que vivieron los santos.

RAMÍREZ. Confieso que es eso así, y que no hay excusa para tanta floxedad y descuido, Bien quisiera yo que tratáramos más un poco de cosa tan necesaria; mas según veo es llegada

Psalm. 44.

ya la noche y mi patrón debe ser vuelto a casa. Quede (por hacerme merced) esta plática para otro día, que cierto, según della voy consolado, aquí me quedara días y noches. SOSA. Vaya Dios con v. m. que para eso no faltará otro día y tiempo, y para cosas de su gusto y servicio tampoco yo me puedo negar, etc.

# DIÁLOGO TERCERO.

De los morabutos de turcos y moros.

## ARGUMENTO.

*Amud, hijo de renegado y renegada, y yerno del patrón del doctor Sosa, del modo de saludar y consolar al mismo doctor en las prisiones en que está, le da ocasión para que trate y le muestre los grandes errores y las falsas opiniones que los morabutos (esto es), los letrados y chazizes de los turcos y moros, les enseñan y tienen persuadido.*

AMUD. SOSA.

## DIVISIÓN PRIMERA

AMUD. ¿Cómo estás, papaz? SOSA. De cualquier manera muy bien, pues Nuestro Señor así es servido. AMUD. Dio grande no pigllar fantasia. Mundo cosi cosi. Si estar scripto in testa, andar, andar. Sino acá morir. SOSA. Ha, ha, he. AMUD. ¿De qué te ríes? ¿Haces burla de lo que te digo? ¿Cómo, y no es verdad que Dios es grande? SOSA. ¿Y quién puede dudar de eso? Días ha que lo tengo entendido. AMUD. ¿Pues qué mal digo en decirte que no te enojas ni tomes melancolía, porque el mundo se muda ora así, y ora así, de la manera que se vuelve esta mano de arriba para abaxo y de abaxo para arriba? SOSA. Hasta eso muy bien dices, y te lo agradezco en gran manera, como muchas veces te dixé.

Error. 1.

AMUD. ¿Pues de qué te ríes? SOSA. ¿Cómo y no lo sabes? ¿Cuántas veces me lo has oído? AMUD. Tatá. Ya cayo en la cuenta. Es cierto que aún todavía te desplace, lo que nosotros los turcos y moros decimos: que si está escrito en la cabeza y frente, que habrá cada uno libertad, o bien alguno, o mal, que así será, si no, no. SOSA. Deso mismo me reía, y aún no me hartó de refr. AMUD. ¿Y por qué? SOSA. Ya te lo díxe hartas veces y lo vuelvo a decir ahora, que me maravillo de vosotros, y especialmente de algunos que presumís de entendimiento y juicio, os persuadais, un disparate, o, para decir mejor, una ignorancia tan grande y tan grosera como esa. AMUD. Antes vosotros los papaces cristianos sois los que presumís en gran manera, siendo muy grandes y manifiestos ignorantes; hasme de perdonar, papaz, porque hablo desta manera, que ya conoces mi libre condición. SOSA. Ni me enojo, ni hago caso de cosas de tampoco momento; habla como quisieres, con tanto que escuches la razón, y esa solamente nos valga. AMUD. Soy contento. Y volviendo a lo que dices, se te decir que eso mismo de que tú tanto te burlas, tengo yo entendido, no una vez, de letrados nuestros y morabutos excelentes, y tan eminentes en doctrina y saber que tú, y cuantos papaces cristianos hay (no digo en Argel, pero en toda la Cristiandad) podéis, con mucha razón, deprender dellos y tenerlos por maestros. SOSA. Brava cosa es esa. ¿Y no sabremos qué gigantazos hombres son esos? AMUD. Espera, que yo te lo diré. ¿Conoces (a lo menos habrás oído nombrar) al morabuto Caramani Hoja, aquel renegado de Ibiza, que tiene cuidado desta mezquita aquí cerca del soco, a do el Rey va todos los viernes al Salá? SOSA. No le he visto, pero muchas veces he oído decir dél y aun a personas de su casa. AMUD. Pues no hablando más que deste has de saber que dende muy muchacho que le cautivaron, y le hicieron renegado, ha estudiado en nuestra

ley; y con tan grande aprovechamiento que, siendo eminentísimo en todo saber, vino a ser el más principal de todos nuestros letrados y morabutos, si no es Cid Butaibo, el morabuto de la mezquita mayor, que le iguala; y tanto, que, como sabes, este Rey Asán, renegado veneciano, el año pasado le envió a Fez, para que con su mucha sabiduría y prudencia acabase con el Rey de Fez no hiciese las paces y amistad (como era fama) con Felipe, Rey de España. SOSA. Y aun por eso, y por el saber tanto, hizo tan poco en Fez, que se vino de allá corrido y afrentado, sin efectuar alguna cosa. AMUD. Dexemos ahora aparte eso, que quizá no fué culpa o falta suya. Mas volviendo a mi intento, a este hombre tan sabio, tan entendido y tan eminente en juicio, he oído yo decir y afirmar muchas veces (y lo mismo a otros muy grandes letrados nuestros) eso mismo que tú juzgas por disparate, no entendiendo ni sabiendo lo que dices. SOSA. Poco hace al caso que tú sientas eso de mí; pero vuélvote a decir otra vez que si este tu gran sabio, y otros tales como él, no saben más que lo que en esta parte afirman, no sólo no son letrados, pero con perdón unos asnos albardados. Y si quieres saber la razón óyeme por tu vida, y verás muy a la clara que todavía bien entiendo lo que dicen ellos. Dime. Amud, ¿quién dicen ellos que escribió esa buena, o mala, dicha de gitana en la cabeza del hombre? AMUD. ¿Cómo quién? ¿Quién había de ser sino Dios? SOSA. Verdad es que si él quisiera muy bien lo pudiera hacer; ¿pero en qué lugar está escrita? ¿En la frente o en el cogote? AMUD. Ves ahí cómo lo entiendes. Ven acá, nunca viste el hueso desencarnado de una calavera de hombre. SOSA. Hartas veces. AMUD. ¿Pues no miraste cómo de la frente hasta casi de la mitad de la cabeza corre y se va extendiendo una raya derecha; y cómo luego cabe esta atraviesa otra en cruz? SOSA. Mil veces he visto eso, notado y muy bien remirado. ¿Quieres más? AMUD. ¿Pues no



miraste también cómo esas dos rayas van escritas con ciertas letras dende principio al cabo? SOSA. ¿Letras? ¿Cómo letras? Si no es que llamas tú letras a unos como dientes de sierra con que van esas rayas señaladas. AMUD. Pues, ¿cómo no son letras? Sí que son letras y muy buenas letras. SOSA. Anda, vete de ahí con una ignorancia tan grande. ¿Cómo y no tienen tus morabutos vergüenza de afirmar una borrachería como esa? ¿Esos son los misterios escondidos y los maravillosos secretos que contiene su doctrina? Tristes y desventurados los que por tales ciegos se guían. Querría yo que me dijese esos tus grandes letrados, qué género o manera de letras y caracteres son aquellos de las rayas, porque dexando las letras latinas y griegas, que yo entiendo razonablemente, bien conozco también las hebreas, y te diré todo el alfabeto dellas y cómo y de qué manera se escribe, y también he visto infinitas veces los caracteres caldeos y los arábigos, y ví letras egipcias y aun letras antiguas de los fenicios, y tuve en mis manos libros escritos de las letras de los indios y de los chinas y japones y liquios, naciones a nosotros más remotas que ningunas otras del mundo. Pero yo jamás en ninguna calavera de muy muchas que traté con estas manos de hombres, mujeres, mozos y niños he visto ni hallado una sola letra o carácter de cuantos hoy se saben en el mundo. Es cierto que los ojos de tus morabutos deben de ver más que los otros, pues alcanzan a descubrir esos misterios secretos tan ascondidos. AMUD. Pues, y si no son letras, ¿qué dirás tú que son? SOSA. Si tú lo quieres saber, óyeme de buena gana y verás, Amud, la torpe y grosera ignorancia de esos tan grandes morabutos, que con esas y otras semejantes patrañas, de infinitas mentiras que sueñan, os engañan, llamándoles secretos divinos y misterios abscondidos. AMUD. Ya tú sabes cuán amigo suelo ser de tratar de cosas buenas. Dí,

que me holgaré en oírte. SOSA. Has, pues, de saber que aquellas rayas señaladas en la cabeza de un hombre o mujer no son más que obra de la naturaleza, sin haber en ello algún misterio de letras, mas como suelen ser otras muchas que esa misma naturaleza (como sabia, muy sagaz y muy prósida) hace para conservación de las cosas naturales. Porque siendo nuestro estómago como un horno o una olla herviente, que las cosas que le echamos por la boca las cuece con la fuerza del calor natural, y, por tanto, habiéndose de levantar necesariamente humos de ese mismo cocimiento y hervor desde el estómago hasta lo alto del cerebro y cabeza (como se hace), fué necesario, como escriben todos los médicos y filósofos, muchos de los cuales son también tus moros (como Mesué, Avicena, Averrois, Avenpace y otros), que en lo alto de la cabeza del hombre hubiese algún modo de salida, por lo cual aquellos humos saliesen y respirasen. Porque a no salir fuera, y multiplicándose con el continuo cocimiento, y así juntándose en cantidad con la humedad grande del cerebro, vendría a ser la cantidad y la fuerza dellos tan grande, que causaría en el cerebro un espasmo o alguna lesión y mal tan fuerte, que siendo el cerebro el origen y principio de todo el sentimiento, como el corazón lo es del movimiento animal, quedaría el hombre o privado de los sentidos (y, por tanto, inútil de todo), o se moriría o perdería la vida y todo el ser natural, y así estas rayas son como unas chimineas del cuerpo humano, por las cuales los vapores del estómago salen y resfrían el cerebro, y como estos vapores son sutiles de sí mismos, porque el calor los adelgaza, no fué necesario que fuesen las rayas o chimineas más abiertas de lo que vemos. Ni tampoco convenía porque por aquella parte tan importante del animal no entrase algún humor o calidad nociva, que penetrase el cerebro, que es en sí muy delicado y de fácil

alteración; o dañase las telillas que cubren y defienden los sesos y meollo que están dentro, mas que de tal manera hubiese lugar para la salida de los humos; que con eso no tuviese el mal alguna entrada. Y por esta causa están las junturas todas cerradas y como encaxadas entre sí, a la manera y como se juntan y encuentran los dientes de dos sierras ajuntadas; y allende desta razón dicen más los mismos médicos: que como el hombre que anda sobre sus pies y con la cabeza en lo más alto está sujeto a caer y a dar con la cabeza en un palo, piedra o tierra dura; fué, por tanto, necesario que el cráneo o hueso de esa cabeza fuese no de todo macizo o de una pieza sola hecha, porque a ser desesa manera fácilmente se rompería con el golpe, y quebrado se haría pedazos; mas que fuese de partes y pedazos hecho, porque cayendo no se imprimiese tanto en ella el ímpetu fuerte y violencia del golpe; y las partes de que es compuesta diesen como lugar para no se poder romper y quebrantar la cabeza. Estos, pues, son los misterios de esas rayas que la Naturaleza formó y puso en la cabeza del hombre, y no esotras imaginaciones fantásticas de esos vuestros morabutos y tan admirables letrados ignorantes. AMUD. ¿Pues, y negarás tú que no tengamos los hombres todos señalada dende el instante que nacimos toda la ventura o fortuna que nos ha de acaecer? SOSA. Quítate de esas imaginaciones y de tan vanos pensamientos. Ni hay fortuna ni ventura desesa manera que piensas. Todo lo que de nosotros ha de ser y suceder en esta vida, allá en el entendimiento divino está ab eterno ordenado; allí está escrito; allí por su orden decretado, y no en la frente y testa, o calcañar, de los hombres; y en esto nos hizo no pequeña merced el Señor, y que ni tengamos en nosotros escrita ventura, ni sepamos lo que ha de ser, porque, viviendo en continuo temor y recelo, nos sea de continuo forzado recorrer a Dios por favor

y a encomendarle nuestras cosas, para que él como Padre las ordene a su servicio y bien nuestro. Cuanto más dime por tu vida, Cid Amud, ¿a qué propósito nos había de escribir Dios la ventura en la cabeza y con aquellas tan misteriosas rayas y letras, tan incógnitas a todos, si no las podemos leer ni entender, y ni aun mirar ni poder ver mientras vivimos? Y cuando ya otros las leyesen había de ser después de muerto el hombre, y siendo ya todo pasado y acabado, fenecida y cumplida su ventura, y vuelto cada uno en vil polvo y ceniza. Sería eso hacer una cosa de tanto misterio y de tanto peso e importancia por demás y sin provecho o fruto alguno, lo que es muy ajeno de todas las obras de Dios y aun de la misma naturaleza. AMUD. Todavía bueno es saber no me parece que vas muy fuera de razón en lo que dices. SOSA. Ni es posible que a un hombre de juicio pueda parecer otra cosa siendo como es ésta y no otra la verdad, la cual tiene esta propiedad y condición que así como la deseamos saber con una vehemencia y deseo natural muy grande, así también encontrando el entendimiento y juicio con ella, luego la abraza y con ella queda contento, quieto, satisfecho y reposado. Al contrario de la mentira, que nunca satisface, ni quieta o agrada al juicio. AMUD. Es así como dices; y no sólo en estas cosas, que en sí son tan graves, pero aun en las cotidianas y de ningún peso. SOSA. Pues de ahí verás, Cid Amud, cómo esos morabutos, en quien vosotros los turcos adoráis tanto, como si fuesen unos ídolos o dioses, que no os hartáis de besarles las manos y las ropas y aun los pies, no sólo no merecen que los tengáis en opinión de hombres sabios, pero de muy ruda y ignorante gente. Porque si aun una cosa como ésta, de unas rayas en la cabeza o calavera del hombre, que es en sí cosa tan baxa, tan material y grosera, ellos con toda su sabiduría no alcanzan a saber para dar razón alguna

della, sin fingir tales sueños e ignorancias, ¿qué será en cosas altas, como son las de Dios y del cielo, que son sublimes, ocultas, excelentes, admirables y divinas? ¿Qué certidumbre nos darán dellas, los que ni aun saben, como el otro dixo, a dónde ponen los pies? Pero tampoco no es mucho de maravillar que vuestros morabutos, cacices y letrados, sean tan groseros ignorantes, porque entre vosotros, los discípulos de Mahoma, así los que vivís en esa parte de Africa como los que están en Turquía, Arabia, Persia y otras muchas partes del mundo, en que vuestra ley se enseña por vuestros morabutos y letrados, no sólo no hay estudio alguno o se hace profesión de letras, pero a otra cosa no se atiende que a la rapiña, a la avaricia, a la luxuria y crápula, como brutos animales. Y, por tanto, ¿no habiendo en tantas naciones y provincias del mundo que siguen a esa vuestra ley y dotrina de Mahoma, algún exercicio oculto liberal de ingenio, ni sabiendo vuestros letrados y morabutos cosa alguna de ciencias, o artes liberales y disciplinas humanas o divinas, ¿qué se puede conseguir, sino que saquen de sus cabezas ignorantes y aun sueñen de noche durmiendo mil grosísimos errores, y aun cien mil necedades y mentiras estupidas, que os vendan por misterio de Dios con que míseramente os engañan, para que los tengáis en alguna cuenta? AMUD. A lo menos no me negarás tú que los moros nuestros antepasados fuesen maravillosos filósofos y hombres tan perfectos en las ciencias como cuantos hubo en el mundo. Pues si hablamos de estudios y escuelas (no hablando de Turquía y de Persia o Arabia, que no he visto), pero en lo que toca a Africa o Berbería, la cual casi toda he caminado y notado particularmente y aun leído algunos libros que della tratan, pregunta a los que han estado en Fez, Marruecos, Tremecén, Buxía, Constantina, Túnez, Gran Caruán y el Gran Cairo, y dí que te digan qué número de cole-

gios aún hoy día permanecen, o a lo menos se ven, no del todo arruinados y perdidos, en todas estas ciudades que dixé, en los cuales en tiempo de nuestros pasados, muchos públicamente profesaban y enseñaban todas las ciencias humanas, y eran sustentados infinitos estudiantes que de todas las partes y tierras concurrían a estudiarlas. De manera que en cuanto a esto, ni los cristianos ni ninguna otra nación nos hizo jamás ventaja. SOSA. No tanto, por tu vida, no tanto; mucho te alargas. No te niego yo que entre vosotros, los moros, haya habido algunos notables filósofos y médicos, y aun astrólogos, los cuales todo eso que supieron lo deprendieron, sin duda, de los mismos cristianos que entre ellos habitaban y eran de las tierras que conquistaban, como fueron Avicena, Averrois, Rasis, Mesue, Alfragano, Abdilazo, Avenpace y otros. Y aun no haríamos agravio a muchos destes, ni les levantaríamos falso testimonio, si dixésemos lo que algunos afirman dellos: que las obras que han escrito en algunas ciencias y artes no fueron suyas, mas de autores cristianos de sus tiempos y de otros atrás, que eran incógnitos, y, por tanto, ellos, porque fuesen conocidos y quedase de ellos memoria, las hicieron traducir en la lengua árábica y publicar al mundo como suyas y cosa propia. Y que esto puede ser, ves, aquí tengo un libro prestado de un moro nacido en Granada y criado en la ciudad y reino de Fez, que trata de la descripción de toda Africa, el cual afirma que tenéis los moros infinitos libros en vuestra lengua escritos que tratan de muchas y diversas cosas y ciencias, los cuales son y fueron todos de antiguos cristianos, y que se maravilla cómo en tierras de cristianos no los hay, ni son nombrados o conocidos. Y como al tiempo que los alarbes y discípulos de Mahoma conquistaron esta tierra de Berbería y mucha parte de España, floreció entonces la cristiandad destas provincias con varones señalados en todas las ciencias humanas

Joan León.  
Descrip.  
Afric. Parte  
última.



y divinas, no es de maravillar que ellos, habiendo sido siempre antes gente rústica, bárbara y inculta, que no sabía sino robar, y entonces comenzando a saber y a gustar de las ciencias humanas, que de sí son tan maravillosas y excelentes, no sólo se aficionasen a ellas y las deprendiesen de cristianos que tenían sus cautivos o sujetos, pero que aún con los libros y escritos dellos se quisieron también honrar y afanar vistiéndose, como la corneja del poeta, de plumas y vestido ajeno. Pero no contendamos sobre esto; sea así como tú quieres y que entre los moros haya habido tantas y tan filósofos, hombres sabios y entendidos en las ciencias humanas. Tampoco te quiero negar (porque es muy cierto) que después por tiempos, estando los alarbes y moros en diuturna y pacífica posesión de Africa y de mucha parte de España, hicieron muchos colegios y estudios en las tierras de sus reinos, porque si bien me acuerdo, he leído que cuando en Marruecos (y comenzaremos desta parte) aquel gran Rey Almanzor, que reinó dende Messa, más allende de Suz hasta Tripol, y en más de la mitad de España (cuyo hijo el Mahamet Masir, que fué vencido y roto del Cid junto a Valencia, con pérdida de sesenta mil hombres a pie y a caballo), edificó aquella grande fortaleza, o alcazaba, que aún hoy día en parte permanece, y aquel suntuosísimo templo o mezquita, do hoy día en la punta de una torre dél están las tres pomas de oro, que su mujer, para quedar della alguna memoria mandó hacer, vendiendo quantas joyas tenía, que, como Juan León dice, pesan todas trescientos y treinta mil ducados africanos o españoles, edificó un muy lindo y riquísimo colegio para estudiantes. Y los Reyes de la casa de Marín, que reinan en Fez, hicieron también otros dos colegios en la misma ciudad de Fez. Pero uno dellos, el que hizo el Rey Abuhenor, dicen que fué de admirable grandeza y belleza, con columnas de muchas

Joan León.  
Descrip.  
Afric. Part. 2.

colores, y con arcos sobre ellas labrados a la mosaica de oro y de azul, con muchos entalles y labores de madera muy ricos, y alrededor de las paredes estaban muchos versos escritos en alabanza del lugar y del Rey que le mandara hacer, y las puertas eran de bronce muy lindamente labradas, y afirman que fué el Rey Abuhenon tan liberal en hacer este colegio, que gastó en esta obra cuatrocientos y ochenta mil ducados, que para aquel tiempo fué insigne gasto y de gran liberalidad, y, finalmente, dió a este colegio muchas y muy ricas posesiones. También dicen que en el Caruán floreció mucho el estudio, en un colegio que en él hizo, el mismo que edificó aquella ciudad, que fué Hucba, capitán de los alarbes, que Hutmen, tercero pontífice y sucesor de Mahoma, envió dende Arabia a conquistar a Africa y Barbaría, en el cual afirman que antiguamente se hacían la mayor parte de los doctores en la ley de Mahoma destas partes de Africa. También dicen que en el Cairo ha habido otros tres colegios: uno en el Burgo Bebzuailla, que edificó el Soldan Hesen, el cual era de admirable alteza, de bóvedas y muros. Y otro en el Burgo Beb Elloch, que un principal mamaluco, que se decía Jazbac, consejero del Soldan, edificó con grande espesa. Y el tercero en la ciudad murada, que hizo el postrero Soldan, aquel a quien Selim, Emperador de los turcos, desbarató y mató, año de mil y quinientos y diez y siete, y quien tomó todo el reino, que se decía el Soldan Ghauri. Y, finalmente, confieso que además destes colegios, que fueron los más generales y más ricos y afamados, otros muchos particulares ha habido en Tremecén, Bugía, Constantina, Túnez y otras partes, como en Córdoba, ciudad de España, do dicen que hubo uno muy rico y principal. Pero también no negarás tú lo que autores moros escriben, que casi todo lo que en esos colegios se leía o profesaba era el estudio de vuestra ley de

Joan León,  
part 5.

Joan León,  
part. 8.

Archiepisc.  
D. Roder. in  
histo.



Mahoma (de la cual he conocido que han sido los moros en extremo grado celosos), y cuando mucho, lefase alguna poca astrología y práctica de medicina. No tratando ni profesando las ciencias humanas, como lógica, filosofía, metafísica, astrología, geometría, música, aritmética, sin las cuales no es posible sea un hombre consumado en las cosas divinas y humanas, y como entre los griegos y romanos se usó, y como hoy día en Cristiandad se profesan y enseñan en mil partes. Tampoco me puedes negar que si fueron vuestros antepasados tan entendidos en todas las ciencias humanas como tú quieres, puede eso escusar agora la grandísima ignorancia y crasísima ceguera de todos vuestros morabutos y letrados de hoy día y que hay en todas las partes del mundo; antes tanto más vergüenza dellos y afrenta, que tantos colegios como sus antepasados fundaron y dotaron con tantas rentas, ellos no son para sustentarlos y los dexan caer por tierra, como casi todos están; ni de tantas ciencias que aquellos profesaron y de que se preciaron, como tú dices, siquiera una dellas profesen, deprendan o hagan caso. Antes al contrario, después de saber un poco de leer y escribir toda su ocupación no sea otra sino gula y lujuria. Siendo, pues, los maestros tales y tan faltos de luz, y tan notables en toda ignorancia y ceguedad, ¿es mucho que os pongan las tinieblas por luz y de la luz os hagan tinieblas? Así vivís todos cuantos turcos y moros hay; de manera que ni os sabéis gobernar ni tenéis modo de República, ni sabéis administrar justicia, ni razón, ni tenéis leyes ni estatutos, ni quien os lo diga o enseñe, sino que todo es fuerza, violencia, robo, mentiras, falsedades, engaños y confusión. Y aquello se hace, se tiene, se obedece, que se le antoja a un Rey, o un gobernador necio, o a un ignorante cadí, o a un borracho Agá de los genzaros. Y en cuanto a las cosas del alma y del conocimiento de Dios, además de ese vuestro Alcorán (que

apenas se halla uno de todos vuestros letrados que le entienda, excusándose que está escrito en lengua arábica antigua), aun ellos de su casa ponen otras muchas necedades, que añaden a sus invenciones; y os persuaden infinitos errores, que sueñan y publican cien mil disparates, desatinos y locuras, que vosotros, sólo porque ellos lo dicen, adoráis y abrazáis como oráculos del cielo.

## DIVISIÓN II

AMUD. No es necesario murmurar, ni basta que tú digas eso; querría yo, pues que tan bravo te muestras, me mostrases con efeto esos tan grandes errores, y si no, palabras quedarán por palabras. SOSA. Si tú me prometes de poner aparte toda pasión y estar por lo que la razón determina, yo te las diré muy llanamente a la clara y al ojo te mostraré todo esto que digo. AMUD. ¿No sabes tú mi condición, pues me tratas há tantos días? Dí, de cuantas veces aquí me vengo a tratar estas y otras cosas contigo, ¿hasme visto enojar o tomar pesadumbre alguna porque me digas tu parecer? Tú, como eres cristiano, forzadamente dirás lo que conforma más con tu ley, y ni porque yo sea en ley moro, me ha de parecer mal la razón a do quiera que la vea y atienda. SOSA. Y aun por eso y por tus buenas partes y tan noble condición, te amo verdaderamente, Amud, y deseo que muy de veras te venga todo bien, y particularmente que te vea algún día alumbrado del Señor y libre de tantos errores. AMUD. Dios te dé libertad por la voluntad que me tienes. Dexemos de tratar de quién está ciego o alumbrado; sólo quiero que veamos qué errores groseros son esos que los nuestros morabutos nos predicán y persuaden. SOSA. Tampoco no trataré agora de lo que ellos os enseñan y

Error. 2.

predican conforme al Alcorán de Mahoma; ni ese Alcorán y ley de Mahoma, si ley se puede llamar, es falsa o verdadera, aunque hartas veces te tengo dicho mi parecer. Mas hablando agora sólo de lo que vuestros letrados y morabutos añaden de sus cabezas y de las falsas opiniones o sueños que os tienen persuadido como dotrina y verdades de Dios, dime, ¿qué cosa buena os pueden éstos decir o enseñar, pues casi todos en general son espiritados, arrepticios, endemoniados y se precian mucho dello? ¿Negarás que hay poquísimos que no digan y confiesen y aun publiquen y se precien de que lo sepan cómo tienen un demonio en la cabeza que llaman ellos Ginón? AMUD. No entiendo bien lo que dices. SOSA. Pues yo te lo diré más claramente. Bien sabes tú, pues fuiste el primero que me lo dixo, cómo todos vuestros morabutos clara y públicamente se precian y se honran (y creo que con razón) de que cada uno dellos tiene un espíritu familiar, el cual afirman que es, o demonio, o algún espíritu de algún hombre malo que murió de mala muerte, y llaman a este espíritu Ginón. AMUD. Eso es muy gran verdad, y no es cosa de estimar en poco, porque esos espíritus les muestran grandes secretos, les responden a muchas dudas que tienen, o les preguntan los que van a consultar con ellos; les dicen las cosas que están por venir y aun les enseñan grandes remedios para curar enfermedades. Lo cual todo bien considerado, es muy bueno, muy útil y provechoso a los hombres. SOSA. Ya veo que eres tú de esa opinión y parecer, y así, cuando los días pasados Ancona, tu hija, estaba enferma de aquel mal de que murió, llamaste tú a uno destos morabutos espiritados para que le diese algún remedio, como soléis todos en Argel llamar, estando alguno de vosotros enfermo; y preguntándote yo, que le ví pasar, qué hombre era, me respondiste que era un hombre muy santo, porque tenía un ginón en la cabeza, y

como yo no te entendiese, me lo declaraste de la misma manera que ahora, afirmándome que en virtud de aquel espíritu podía curar a tu hija. AMUD. Así es, y cada día lo vemos por experiencia, que visitando uno destes un enfermo, luego conoce la enfermedad y le da el remedio con que sane. SOSA. No sé yo cómo eso es, porque no por eso dejó de morir tu hija, y luego tras ella Morato, el corso renegado del patrón, y la negra Fátima, a los cuales todos ese gran santo visitó no pocas veces entonces, sin les aprovechar los remedios que les daba. Y veo, con haber tantos desos santos endemoniados en Argel, que según tú y otros muchos dicen, tienen tanto poder para dar remedios, todavía se mueren cada día centenarios de personas; mas volviendo al propósito, sea como dices y ellos quieren que se crea (porque los tengan por santos y más que hombres), que realmente tienen todos espíritus y demonios familiares, que cuando ellos lo negasen, yo dellos lo afirmaría, según son las obras que hacen. Solamente quiero que me digas: ¿qué de bueno enseñará aquél que en efeto tiene por maestro y consejero al demonio, padre de toda mentira y autor de todo engaño? Por ventura, vosotros mismos, turcos y moros, ¿no llamáis en vuestra lengua al demonio Saitan, que también en nuestro hablar significa contrario o enemigo? Muchas veces que te veo enojado, o con la negra que tienes, o con ese esclavillo Bugima, luego rompes en llamarle bellaco, traidor, saitan. AMUD. Así es; pero ¿qué quieres tu inferir deso? SOSA. Esto que agora diré. Si al demonio llamáis vosotros enemigo y contrario, ¿qué es la causa si no, porque en todo es contrario a nuestro bien, y en todo nos procura todo mal como nuestro enemigo? Cosa es esta que tú no la puedes negar, y en la cual convenimos todas las generaciones del mundo y todos aquellos que hacemos profesión de algún modo de ley, sea de moros o cristianos o judíos.

Porque así, por la doctrina de cada una destas leyes y profesiones, como por la tradición de nuestros padres y por la experiencia que tenemos, se entiende y se conoce que el demonio es enemigo y contrario de todo el género humano. Pues siendo esto así, ¿cómo será posible que siendo el demonio maestro del morabuto le comunique y enseñe doctrina buena para los hombres? ¿Es posible que siendo el demonio espíritu de mentira y maldad, aquél que de su espíritu es ilustrado, tenga otra ley, sino tinieblas, o enseñe otra cosa que mentira y maldad? AMUD. Bien parece que no trataste con ellos. Desengáñate que hallarás algunos dellos, tan amigos de darte muy buenos consejos y de mostrarte el buen camino, que no sé yo si vosotros los cristianos llegáis aún a su zapato. SOSA. Tampoco te quiero negar que algunas veces tus morabutos harán eso y que para la vida humana os darán buenos consejos, aunque no tantos como blasonas. Antes te digo que no siempre el mismo demonio, ni en todo, engaña con mentiras y falsedades a los hombres; mas antes no pocas veces les dice algunas verdades y enseña cosas buenas; pero todo ello es artificio y maña, para con la sombra de esas verdades persuadir cien mil mentiras; y debajo desa miel dulce asconder la amarga hiel de mil maldades y pecados, que no echan de ver los que él una vez persuadió a que le den algún crédito y piensen dél que dicen, o trata verdad. Claro está que nunca el pece tragaría el anzuelo si le viese descubierto y sin cebo, ni el enfermo tragaría una píldora si no se la envolviesen en el azúcar. De la misma manera no persuadiría el demonio por sí y por sus ministros, cuales son los morabutos vuestros letrados, sus errores y mentiras acerca de las cosas de Dios en que da la salvación de las almas, si todo lo que propusiese fuesen errores, mentiras y manifiestas falsedades. Bástale a él engañar en lo principal, y que entre dos maduras

nos haga tragar una verde, y envueltos en tres onzas de azúcar haga beber dos escrúpulos de escamonia o ruibarbo. Esta es la causa, porque en vuestros morabutos, con ser, como son, maestros de infinitos errores, todavía hallaréis una compostura de fuera, grave, mansa, piadosa, y que os aconsejan y amonestan a ser pacíficos, piadosos y limosneros, para que debaxo desta santa capa encubra el demonio en ellos su veneno y engañe con mil errores y falsedades las ánimas; ¿nunca oíste decir que el demonio no es tan feo como lo pintan? Pues por esta causa se dixo: que siendo él en sí todo tinieblas se sabe a las veces transfigurar en ángel de luz. Quieres ver que es esto así que aun hasta vuestro Mahoma (si bien me acuerdo haber leído en el Alcorán en otro tiempo) os manda que ninguno tenga plática ni comercio con el demonio, porque no pretende sino engañar a los hombres. Y en otra parte dice que todos los pecados del mundo tienen su principio del demonio. Pues si esto es así, ¿cómo tenéis, honráis, veneráis, adoráis por santos y os pasmáis de la doctrina de aquéllos, que sabéis y ellos confiesan, y con los ojos se ve, que tienen el demonio en la cabeza y que de su espíritu reciben la doctrina que os dicen? AMUD. Dí tú lo que quisieres, que, a lo menos, no hay hombre principal de letras entre nosotros que no suplique a Dios sea él también uno desos espiritados que a ti tan mal te parecen. SOSA. Concedo que es así como tú dices y no me maravillo, según los tales son estimados entre todos los turcos y moros por divinos y más que hombres; pero eso no justifica la causa, porque muchos se engañen; ni deja de ser grande error lo que en efeto lo es, y errar los que lo siguen. Aun más me dicen que está esto tan adelante, y este error tan persuadido y tenido por cosa tan santa, que hasta las mujeres que son más nobles, más ricas, de mayor grado y calidad, procuran a contienda y con envidia, cada

cual que las tengan a ellas por morabutas espiritadas y que tienen en la cabeza ginón. A este propósito me contaba la patrona, tu suegra, el otro día, hablando desta materia, que de la misma manera que hacen los hombres morabutos, ellas se juntan también con otras, que son de la misma profesión, muy lavadas y sahumadas, con los más ricos vestidos que tienen para estos diputados y olorosos, en casa de alguna enferma, adonde son llamadas o do les parece, y cuando quieren saber algo del demonio, hacen un baile en corrillo todas, y la que sale a bailar (en la cual el ginón ha de hablar) no ha de andar derecha, más corvada, retorciendo la persona, la cara y la boca, de manera que en sus gestos representan al mismo demonio, y la mano y brazo izquierdo le ha de traer sobre las espaldas, y, sobre todo, que se ha de procurar, como por ningún caso, cristiano o cristiana las vea, sopena que luego el ginón se enoja y no quiere venir ni entrar en la que baila, y desta manera es el contento de venir sonando muy recio los panderos y sonajas, y bailando la otra muy deprimida, y entrándole en la cabeza que luego da con ella tendida en tierra haciéndole hacer mil gestos espantosos, con la cara, ojos y boca, y echar gruesos y muchos espumarajos, y, finalmente, contrahaciendo la voz de la morabuta espiritada, comienza a dar respuesta de todo cuanto le demandan y quieren dél saber. Desta manera revelan los misterios a tus morabutos los espíritus ginones; desta suerte las enseñan la doctrina que os dan; así, finalmente, son ilustrados y alumbrados para poder alumbrar a los hombres. ¡Qué maldad, qué error, qué ceguedad, qué locura! AMUD. ¡Oh válanos nuestro Señor!, y ¿cómo estás tan asqueroso, cómo y tan mal te parece eso? ¿No te agrada? Ora riete (pues así quieres) y a placer, ¿quieres más? SOSA. ¿Cómo? ¿Y no quieres tú que me ría de un disparate tan grande? Aunque por otra parte

estoy todo frío y helado considerando que haya hombres en el mundo a los cuales no les faltando entendimiento y juicio, se persuadan que Dios desta manera revele los secretos y misterios. Injuria y muy grande afrenta hacéis los turcos y moros, a un Dios de tanto poder y saber, pensando dél tan baxamente, y creyendo que por medios tan indignos, tan feos y tan deshonestos, él revele a los hombres y comunique su doctrina; para esto no tiene el Señor necesidad desos bailes, corcovas, ni dese tocar de panderos y sonajas de vuestros moros, y muy menos de que los ginones y espíritus de demonios, sean los medios por do él reparta sus gracias y haga tales mercedes. Espíritu es Dios, el cual está en lo íntimo de nosotros, y aún más íntimo a mí mismo, sin comparación de lo que yo soy íntimo a mí. Y cuando él mismo habla a sus siervos, que son dignos de tanto bien, derrama su divina luz en lo íntimo del alma, y allí les dice, les revela y les enseña con una dulzura maravillosa, con una suavidad del cielo, con una blandura divina y con una quietud y contento admirable, sus secretos y misterios. Y cuando algunas veces a él le parece hacer esto por ministerio exterior de alguno de sus espíritus, no se sirve en obra tan divina como ésta, de demonios o de espíritus de hombres malos y que malamente murieron; mas de algunos de tantos millares de ángeles y de espíritus bienaventurados que asisten en su presencia, por los cuales on otros tiempos hablaba y trataba con los santos patriarcas y profetas, como aún el vuestro mismo Mahoma; cuando habla de Abrahán y de su sacrificio del carnero, dice. Mas dexando esta materia, en que hay mucho que decir y de que aún agora tú no eres capaz, y volviendo a tus morabutos, espiritados de espíritus malignos y no del espíritu del Señor, aun en las respuestas que os dan en cosas baxas, terrenas, viles y de los modos y maneras de remedios que para vuestras necesidades



os enseñan, conocerás tú, si quieres, cómo todo cuanto dicen, procede del padre de la mentira, engaño y falsedad. Y porque no quiero agora tratar sino de aquellas cosas que tú mismo viste con tus ojos y palpaste con tus manos, comencemos por aquí, y después vendremos a otras cosas más graves. Acuérdate de lo que el morabuto mandó con tan gran encarecimiento y protectos que hicieses a tu hija, estando los días pasados enferma, aunque le aprovechó bien poco. AMUD. ¿Y acuérdate tú también dello? SOSA. Y cómo si me acuerdo. ¿No te prometí entonces, cuando acabaste de decírmelo, que jamás me olvidaría? Creo yo que fué desta manera: Primero, estuvo un poco suspenso y como que consultaba con su espíritu o que invocaba la gracia del cielo (porque no le faltan sus marañas y astucias); luego, vuelto a ti, te dixo que la calentura que maltrataba la muchacha procedía de un espíritu o ginón, que la atormentaba, y que para remedio desto tomases un gallo, el cual en todo caso fuese bermejo y roxo y no otro, el cual el mismo morabuto no quiso que otro degollase sino él con su propia mano; y pelado y abierto, te mandó que guardases, a buen recado, todas las plumas del gallo, con los pies, cabeza y tripas y todo cuanto relleno tenía, porque eran cosas importantes; y cocido el cuerpo del gallo, con todos sus adobos y especias, como si lo hubiérades de comer ambos, y bien templado, mandó que echases dentro de la misma olla todas las plumas, pies, cabeza, tripas y rellenos, y revuelto todo muy bien con el gallo cocido, que llevasen aquella olla a una fuente o río, que quisieses, allá fuera de la ciudad, y que allí la dejasen todo el día y noche, afirmando que el ginón o espíritu que atormentaba la muchacha y causaba la calentura iría al río, o a la fuente, a comer de aquella olla, y quedando con esto contento y satisfecho, que se aplicaba y dexaría la muchacha y cesaría todo el mal. ¿No es así

Error. 3.

como yo digo? AMUD. ¿Más cómo tienes esas cosas en la memoria? Es cierto que estudias en ellas todos los días y noches. SOSA. Por hartó perdido tendría el tiempo si no me ocupase y pensase en otra cosa. Mas volvamos a nuestro intento. No eres tú sólo aquél a quien los morabutos han revelado este misterio como cosa y remedio celestial. Porque sabe que sé yo con quanto ha cuatro años continuos que tu suegro y mi patrón me tiene tan atado a esta piedra, y tan cargado de cadenas, y encerrado en este obscuro aposento, que de otras tales ollas como éstas y todas guisadas de gallos rojos con sus plumas, cabezas y tripas está la fuente verde a que vosotros llamáis en morisco Alarnehadar, que está fuera de la puerta de Babalúete para Poniente, junto a la ermita y sepulcro del morabuto Cid Jacob, toda llena y rodeada, las cuales cada día y cada hora por orden de estos vuestros letrados y alumbrados morabutos allí llevan, y se dexan, para remedio de enfermos. Pero examinemos esto muy bien por tu vida, y veamos qué misterios están aquí abscondidos. Y dime primeramente, ¿en qué medicina o parte de filosofía hallan éstos tus espiritados que toda enfermedad y calentura nace de espíritu, o de algún ginón malo, que atormenta el enfermo, y no como todos los médicos y sabios del mundo afirman, y con la experiencia palpamos del destemplamiento o corrupción de los humores y calidades del cuerpo? Nueva ciencia es ésta en el mundo; cómo ¿y todo se ha de hacer y causar por éstos sus espíritus y ginones, y que fuesen como ellos quieren? Dime por tu vida, Amud, ¿tan amigo es el ginón, siendo espíritu incorpóreo, del comer, que con gallos rojos se ha de aplacar? Antes dime, qué, ¿es posible que sean estos espíritus tan golosos y aun de estómago tan bueno y tan codiciosos de ollas podridas que gusten tanto de comer una tan podrida como ésta y tan rellena de carne, cabezas, pies, plumas y re-

Daniel. ca.  
14.

llenos tan hediondos? Y después, ¿tan vergonzosos son esos espíritus que no comerán sino allá fuera a las fuentes y ríos y do ninguno los puede mirar? Según esto, deben de ser estos ginones parientes de Babel, de quien los otros decían que tragaba grandes comidas, pero que no había de ser sino de noche y escondidas. ¡Qué necedad! ¡Qué engaño! ¡Qué borrachería! Sin duda, muy menos inconveniente sería si de toda una olla como esas se hiciese un grande emplasto y le plantasen en los cascos del enfermo, que quizá aprovecharía y haría algún efeto, como suele en los locos. Y mejor de lo que aprovechó a su hija, pues, sin embargo, de que cuanto te prometió el mo-buto ella se murió el mismo día. Desta misma suerte es el otro remedio, que ello dan muy ordinariamente, y lo hizo nuestro Mami, renegado catalán, sin sacar provecho, que para remedio del que tiene algún mal ordenan que con un pan o algún pedazo de carne o ave den siete vueltas por rededor de la misma cabeza del enfermo y que después se lleve aquel pan o carne a poner sobre alguna sepultura de algún morabuto muerto y no de otro; y afirman que dexado allí, y viniendo algún animal a comerlo, como perro, zorra o adibe, que luego con el bocado tragará la enfermedad y se llevará consigo todo lo que hacía mal al enfermo. ¿Hay disparate o locura como ésta? ¿Qué quieren dar a entender, que la enfermedad y calentura del enfermo se traspasa en el pan o en la carne, porque con ella den vueltas sobre la cabeza dél algunas veces? ¿Y que éstas han de ser siete, ni más, ni menos? ¿Y que después comido el pan o la carne del animal que salte otra vez aquel mal en quien le come y traga y se traspase todo a él? Estos saltos, estas mudanzas, estas transmutaciones pitagóricas. ¿qué diablo las inventó? Pues lo de la cabeza de carnero, cabrón o cabra me agrada en gran manera. Que para que uno sane de dolor o mal de cabeza que digan que es divino

Error. 4.

Error. 5.

remedio (y como tal lo usáis todos) echar rodando por los terrados algunas destas cabezas hasta que se haga pedazos, ¿qué culpa tiene la cabeza del carnero o cabrón o cabra que pacía en su prado en el mal que se engendró en la cabeza del hombre? ¿Cómo, y por castigarla desamano, ha de recibir alivio la cabeza del enfermo? Y del huevo, ¿qué me dices? ¿Que os persuadan tan de veras que para parir una mujer estando con los dolores del parto se junten los muchachos de la escuela y no otros; y que éstos llevando una sábana tendida y asida por las cuatro partes o puntas, y puesto un huevo de gallina en medio della, que vayan desta manera por las calles de toda la tierra cantando ciertos cantares en arábigo y rogando a las mujeres que socorran todas con agua, que echan sobre el huevo, viniendo todas a gran priesa, aunque muy encerradas, a cumplir con esta obra de piedad; y que si el huevo se rompiere con la fuerza de tanta agua que sobre él van derramando que parirá sin falta, y si no, que morirá desesperada? ¿Qué filosofa o qué doctrina nueva es ésta? ¿Qué hace al caso de poder una mujer parir que rompan a un huevo dentro de una sábana tendida y colgando? ¿Y que no se ha de romper sino con agua? ¿Y cantando por las calles? ¿Dame por amor de Dios entender estos misterios, y qué conexión de causas son éstas o qué dependencia de una cosa y efecto para el otro, porque yo no puedo entender invenciones como éstas? ¿Quieres que te diga más? AMUD. Bien puedes, di todo lo que quisieres porque con paciencia te oigo, siquiera por el contento que veo que tomas de decir mal de los nuestros morabutos y letrados.

Error. 6.

DIVISIÓN TERCERA

SOSA. Creedme que no lo hiciera si entendiera que en ello hacía algún agravio a la verdad y razón. Antes sí sólo pudiera hallar con que excusar ignorancias y errores tan manifiestos, hiciera lo que somos obligados hacer unos hombres con los otros, pensando que a la postre somos hombres y ninguno tan perfecto que no yerre. Pero siendo estas cosas que vuestros morabutos enseñan errores tan manifiestos y lo que más agrava, que los vendan por revelaciones del cielo, ofensa haría a Dios si en esta parte no saliese por honra y mostrase como levantan al mismo Dios tan gran falso testimonio. Y porque tampoco me digas que llevo gusto en contar faltas ajenas, aunque tus morabutos y vosotros no las juzgáis, sino por virtudes y perfecciones heroicas, no quiero acerca destas cosillas decir más de tres o cuatro, porque quería que gastásemos el tiempo en tratar de otras de más calidad y de mayor importancia. Dime así, Alá te guarde y te prospere, Amud, ¿qué quiere decir cuando en el mes de mayo os proveéis de ajos y de escobas, que digan vuestros morabutos y afirmen vuestros letrados ser gravísimo pecado, que éstas dos cosas, ajos y escobas entren en aquel mes por la puerta de la casa, mas que conviene o comprarlas antes de mayo, o si entonces se compran que entren por allá por arriba y por encima de los terrados? Estos secretos divinos yo no los puedo entender. ¿Qué mal hicieron los ajos y escobas más que otros al bueno del mes de mayo para que les quiten de parte de Dios que en todos sus días entren en alguna casa, y que si fuere forzado sin poderse excusar que no sea por la puerta de la calle, mas que al modo de permisión se les consienta venir por donde vienen los gatos y entran por cima de los terrados y tejados? ¿Hay locura que se iguale con ésta?

Error. 7.

AMUD. ¿Quién te dixo así eso? ¿Cómo y dónde lo sabes? SOSA. Mas ¿qué linda pregunta es esa? cómo, ¿y piensas tú que porque estoy metido y retirado en esta casa oscura que no veo lo que pasa? ¿No te acuerdas tú de los azotes, y tan buenos, que este mes de mayo pasado dió la patrona al pobreto mochacho de Bugima, porque en un día de aquéllos traxo a casa una cabeza de ajos? Y el viejo nuestro portero y buen cristiano Pere Jordán, queriendo entonces comprar una escoba, o según creo acabándola él de hacer, como algunas veces solía, de palmas que le traían para barrer ese patio y corredores que tenía a su cargo, ¿no te acuerdas (que aún nos reímos antes deso) las injurias, las afrentas y las maldiciones que las nuestras patronas le dixerón? ¿Y como, con la mayor cólera del mundo, viéndole la escoba en la mano y entendiendo que la traía de fuera le enviaron a mala hora, y aún le quitaron aquel día la comida? AMUD. No hay que fiarse de vosotros los papazes cristianos. Todo miráis, todo notáis, todo os parece mal, por ninguna cosa pasáis ni la queréis desimular. SOSA. Vuelvo otra vez a decirte que tampoco hiciera yo caso de cosas de tan poco momento, si vuestros propios letrados no le hiciesen tan grande dellos. Y, por tanto, cuanto más estas cosas son tan poco en sí mismas y dignas en la verdad, de que ni se echen de ver ni se haga dellas caso, tanto más me quejaré a Dios y a los hombres, destes vuestros morabutos y doctores, que fingen y quieren que en todo caso creáis que son muy grandes misterios, siendo grandes hechicerías, y que en ellas siendo en sí cosas tan vanas os pongan, y en su observancia, el bien y salvación del alma. Pero pase todo esto de los ajos y escobas, porque, en fin, todo es nada en sí y más para lo que ahora diré. ¿Hay maldad en el mundo como la destes vuestros morabutos y doctores admirables, que no contentos con éstas y otras hechicerías (que

Error. 8.

sería fastidioso quererlas todas decir por sus géneros y especies) cuando ven que con todos los remedios que os enseñan, no pueden sanar una enfermedad o remediar otro algún mal, os dicen y os persuaden que os encomendáis a vos y a vuestros hijos, parientes y amigos a los mismos demonios, y que a ellos ofrezcáis a vos mismos y a ellos? ¿Hay paciencia en el mundo que ésto pueda disimular? antes no sería paciencia, mas ofensa grande de Dios no descubrir y manifestar una maldad como ésta; cómo ¿doctrina es ésta de ministros de Dios y de maestros del cielo, que al hombre imagen y semejanza de Dios, a quién y por quién hizo este Señor tanto, y a quien ama y quiere tanto, han de aconsejar vuestros letrados que se encomiende y entregue al demonio, enemigo del mismo Dios y contrario a todo nuestro bien humano? AMUD. Ta, ta, mucha cólera es esa, entendamos primero bien qué es lo que quieres decir, porque pienso que te engañas; y en cosas como éstas do se trata del ser y reputación de hombres tan principales, no se sufre, ni quitar ni añadir cosa en su perjuicio. SOSA. En eso tienes razón, y en cuanto a mí, ya me conoces para estar certificado de cuán agena es esa maldad de mi condición y costumbres. No diré cosa ninguna que tú mesmo no la sepas mejor que yo, y si ahora haces del olvidado, acuérdate y míralo, que otra vez aquí tratamos, y por Argel anda tan público, que no hay mochacho a quien no sea muy notorio. Ahí está el alcaide Cid Aut, de nación turco, el más rico, poderoso, y valido de cuantos alcaides hay en Argel, que por ser tal y no haber lugar de decirme que finjo algo de mi casa, quiero hablar más deste que de otro, aunque podía lo mismo decir y hablar de otros muchos ricos y notables alcaides, mercaderes y ciudadanos, tanto turcos como moros. Este, como sabes, es casado con la señora Axa, hija de Jahaya, que gobernó algún tiempo como Rey, este reino

y ciudad de Argel, y nieta de Agi Baxá, que también fué Rey de Argel y hombre que hoy día se nombra. Destos dos han nacido ocho o nueve hijos, los cuales todos sin quedar uno se murieron a los seis, siete, ocho, diez o doce meses después de nacidos. Y la manera como todas estas criaturas murieron, sabes y es público que fué entrando en ellas el demonio, o como vosotros le llamais el ginón, el cual los atormentaba, de manera que con ser criaturas tan tiernas, les retorció con gran violencia los miembros, les revolvió los ojos, ponía a las espaldas la boca, hacía echar espumajos y hacer tales ademanos, que a los hombres y mujeres que les miraban causaban horror y espanto; y, finalmente, volviéndose de blancos, como la leche que eran, en una color negra oscura, a cabo de dos o tres días los ahogaba y mataba.

AMUD. Verdad dices, ni yo te la negaré todas las veces que la dixeres; y ahora me acuerdo que un día yo y tú tratamos deso. SOSA. Sin que tú me lo dixeses ya lo sabía yo de maestro Cristóbal Villalón, aquel tan honrado cristiano español, esclavo del mismo alcayde Daut, que bien conoces y aquí viene algunas veces, el cual los ha visto con sus ojos a todos morir de la manera que dixe. Y también sabes (y es muy digno de notar) que la misma señora Axa (como todas las demás moras principales, y aun medias y chicas) es tan devota destos vuestros morabutos, como tú eres, que ningún mal tienes, ninguna enfermedad, ningún pesar, ninguna angustia, ningún dolor o tristeza, que luego no envíes por ellos, como sin excepción todos los turcos y moros de Argel y de toda Barbaría y Turquía hacéis. Porque estos son vuestros médicos, vuestros cirujanos, vuestros remediadores y aun vuestros consejeros y valedores; y, por tanto, cuantas veces sus hijos se hallaban indispuestos (como es tan ordinario en los niños), al momento habian de ser llamados los morabutos; los cuales de continuo



1579.

asistían a los muchachos noche y día, rezando siempre por sus libros y haciéndoles mil hechicerías de mil suertes y maneras; y cuando todos pensaban y ellos más certificaban que sanarían, entonces se multiplicaban más los accidentes y reconocimiento de miembros, hasta que con una estraña piedad de quien los estaban mirando esparaban los inocentes. En conclusión, viniendo al punto, viéndose esta señora tan confusa y desconsolada con la muerte de tantos hijos, y que todos se morían de muertes tan espantosas, ahora el julio pasado, viéndose preñada y temiendo de lexos no acaeciese otra que tal infelice suerte al hijo que traía en sus entrañas, hizo en su casa una congregación destos vuestros santos morabutos y letrados, para que le diesen algún remedio con que la criatura, siendo nacida, viviese y no viniese a tener una tan desdichada muerte, como todos los otros tuvieron; hora mira tu ahora Amud y sin pasión ni afición alguna, a do llega el saber y aun la maldad de estos vuestros morabutos. Porque después de grande consulta que tuvieron, aconsejaron a la desdichada y triste señora, y le dieron por un divino remedio que por ningún caso pariese dentro en Argel, más que se fuese a parir en un jardín suyo lexos dos millas, puesto en aquel valle, que comúnmente llamáis Bugivar, allá sobre la fiumara de Babaluate, en lo alto y cerca de Busarrea. Y aconsejaronle más, y dixeron que por cuanto en aquel valle (mira qué maldad) está una gran cantidad y congregación de ginones y diablos, que antes que pariese, como después, muy de continuo encomendase a los mismos ginones a sí misma y a su criatura, porque ellos se encargarían del niño o niña que pariese, y que le sanarían de todo mal y peligro. Dios nos libre de ceguedad y maldad tan grande. Mira qué santos consejos dan estos tus letrados santos. Pero veamos si en esto hablaron tanta verdad como sue-

len en otras cosas. Finalmente, la buena señora, conorada con este consejo, se fué luego otro día, que fueron los quince del dicho mes de julio, a su jardín, y a los quince de agosto siguiente parió en él una niña, a la cual, por veneración de aquel lugar y de los ginones que en él le decían que habitaban, le puso nombre Giveria, derivándolo del mismo nombre del valle, que se dice, como diximos, Bugivar. Y al cabo de cuarenta días, que suelen las moras estar en casa después del parto, en los cuales encomendaba de continuo a su hija a los ginones de aquel valle, como los morabutos le aconsejaron, fuese con su marido a los veinte y cinco de setiembre para Túnez, del cual lugar, que está de Argel para Poniente treinta leguas, su marido era alcaide, y llegada allá a siete de octubre en un viernes, al domingo siguiente, nueve del mismo mes, habiendo la dicha señora salido de su casa para ir al baño de la ciudad (como suelen todas, grandes y pequeñas, ir), a horas de medio día, ya que estaba a medio camino, a gran priesa la llamaron que volviese, porque la niña muría; y aun así, llegando a casa muy afanada, halló a la hija negra toda como una pez, retorciendo los miembros, ojos y boca, como todos los otros hijos antes hacían, y tomándola entre los brazos, allí luego la ahogó y mató el demonio. Ves aquí, Amud, en qué paran la dotrina y consejos de sus santos, o para mejor decir, sus hechicerías, sus errores, sus ceguiedades, sus maldades e invenciones diabólicas. Y siendo esto así, ¿qué os ciega para que sigáis a una gente tan ciega y creáis a una gente tan mentirosa y adoréis a unos hombres tan malos? ¿Qué de bueno pueden tener, decir o enseñar unos hombres (si hombres se han de llamar) que tan desvergonzadamente se precian de tener en sus cabezas y aun en sus almas los demonios y os aconsejan que os encomendéis y entreguéis al demonio? Bendito seáis vos, Señor, que me hicis-

tes cristiano y libre de tantos errores. ¿No me respondes algo a esto? AMUD. ¿Qué quieres tú que te responda? ¿No sabes tú que todo es ordenado por Dios, y que nada se hace que El no permita, dando licencia y libertad para que se haga? SOSA. En eso muy bien dices, pero no respondes a propósito; bien es verdad que los demonios no mataran de aquella suerte a los hijos de aquella mora si el Señor no lo permitiera (porque el demonio nada puede hacer sin que dél tenga licencia) para castigo de la misma madre, que, dejando de pedir a Dios el verdadero remedio para sus hijos, con ofensa del mismo Señor, recurre tan vanamente al saber de tus morabutos y después al favor de los demonios enemigos del mismo Dios. Pero no es eso lo que yo te quiero decir, sino que deste tan horrible caso veas y colijas cuáles son vuestros letrados, que tienen y enseñan por cosa santa, saludable y provechosa, darse y entregarse la persona a sí y a todas sus cosas, que más ama, a los mismos demonios del infierno. AMUD. ¿Qué es esto, que este día estás tan bravo, siendo de tu condición tan quieto? No es esto sin misterio. SOSA. Dexémonos de hablar de burlas, pues las cosas de que tratamos son de tanta calidad y peso. Respóndeme, a lo menos, a esto que ahora diré. ¿Qué razón hay en el mundo para que estos vuestros tan grandes sabios os digan y aun persuadan (y tan persuadido como está) que los locos sin juicio y los tontos sin seso (o ellos nazcan así, o lo sean, o por enfermedad y accidente alguno) son todos santos justos sin pecado, benditos, amados y escogidos de Dios. Dime tú si en esto digo mentira o si levanto a vuestros letrados algún falso testimonio. AMUD. Verdad dices y por tales los tenemos, y maravillome de tí que a lo menos no digas en esto que tenemos mucha razón. SOSA. Espera, que eso luego lo veremos. De manera que a los locos tenéis por muy grandes santos y

por muy queridos de Dios, y tanto que no os hartáis de besarles la cabeza, las manos, las ropas y aun los pies, y llega esto a tanto que, con ser como todos sois, tan cortos, tan apretados y tan mezquinos para dar algo, a uno destos tales santos y locos, no sólo dáis cuanto os piden, pero por dotrina de los vuestros morabutos tenéis por grandísimo pecado negarles aun la camisa que vestís, y cuanto tuviéredes en casa si lo quieren. Y porque en tales cosas como éstas, es bien que aleguemos testigos que no se puedan reprobar, bien te acuerdas cómo el año en que vine a Argel era vivo aquel loco que se llamaba Cid Abdalazis, de nación moro, el cual siendo cautivo en Génova, al tiempo que tu suegro, nuestro patrón, también lo era, de coraje enloqueció, y sabes que vuelto a Argel, porque su patrón (un cosario ginovés que se llamaba Porchon, que le cautivó junto a Tabarca) viéndole loco lo dió por nada, andaba por esas calles haciendo cien mil desatinos y locuras y aun se iba por esos montes, do lo hallaban hablando con las piedras y con los árboles, y pasando por alguna botica do se vendía pan, carne o fruta, berzas u otra cosa, todo lo arrebatava y echaba a rodar por la calle, sin que alguno osase contradecirle o estorbarle, más antes dicen todos que lo que así echaba a perder era todo muy ganado, porque Dios por otra parte lo doblava, y aun no contento con esto, como acaeciese algunas veces que llegando las mujeres a besarle por devoción la mano, él les diese de buenos coces y puños, y las echase en tierra y allí se hartase de acocearlas; todos vosotros, tanto turcos como moros, os parábades atónitos a mirarle, sin osar alguno favorecer a las pobres mugeres; y aun más que esto hacía, y tú no lo puedes negar, que algunas moras y renegadas, y no de las menores le hacían llevar a sus casas y se revolvían con él, deseosas de tener hijos de un tan grande santo y amigo de Dios, y él, que

para esto no era loco, nunca jamás se negaba. Finalmente, muerto el mismo año de mil y quinientos setenta y siete, en el mes de setiembre, de limosnas que se cogieron por toda esta ciudad le habéis hecho aquella cuba o mezquita de la Palma, allá fuera de la puerta de Babazón, do está hoy día enterrado con tanta honra, y de vuestras mujeres es de su cuerpo visitado cada jueves con muy gran devoción y de los hombres cada día y cada hora. Y también sabes tú muy bien quién fué el otro loco que está enterrado en la misma cuba o mezquita, junto al mismo Cid Abdalazis, porque todos fueron en un tiempo, que se decía Cid Abdalabes; pero porque entiendas que también yo le conocí, te diré brevemente toda su vida. Este era también de nación moro, como el otro, pero naciera así loco del vientre de su madre, y era natural de esas montañas de Sargel y delante de la casa de Rabadán Baxá; y en su tiempo tenía una pequeña cabaña o choza, cuanto solamente la largueza de su cuerpo, y allí se estaba casi de continuo días y noches, y aun también allí hacía todas sus necesidades, las cuales, a los que allí le iban a ver y a dar limosna, arrojaba en la cara, y aun él mismo tenía tampoco o ninguno asco, que a las veces comía dellas. Al mediodía, que es la hora en que de ordinario acudís turcos y moros a las mezquitas a hacer vuestro salá, muchos le llevaban por devoción de comer y de beber y por bienaventurado se tenía aquél de quien lo tomaba y cuyo vaso él recibía para beber. Murió éste después del otro como dos o tres meses, y acordaron de la misma manera vuestros letrados de que fuese como el otro canonizado y enterrado solemnemente en la misma cuba (pero en otro sepulcro) y de la misma manera venerado y visitado todos los jueves por un santo. Y si yo quisiese contar de otros muchos que han vivido, no digo en otras partes, pero aquí en Argel, los cuales fueron locos y aun gran-

1577.

Año 1577.

des y muy desvergonzados bellacos, y que después de muertos los tenéis y adoráis por santos, sería nunca acabar; y no es necesario para ti, pues viste y conociste algunos dellos y las obras que hacían, y aun por ahí andan hoy dos desta manera con las cabezas quemadas, con muchos botones de fuego, que se dan aposta y con los brazos, pechos y cuerpos señalados de heridas y quemaduras que vosotros tocáis y besáis como reliquias, y con grandes rosarios de agallas que les atraviesan por el hombro y pecho, que son ordinarias insignias destes bellacos, y no hay santos en el cielo que para vosotros más santos sean ni más venerados y adorados. Pero basten estos testigos para cosa que siendo tan manifiesta lo podíamos excusar. Y dime Amud, por tu vida, ¿qué locura tan grande es ésta que afirman vuestros letrados y morabutos que todos los locos son santos, o el uso de la razón y entendimiento hace a los hombres pecadores? Y si esto es ansí, ¿por qué vuestros morabutos no se vuelven todos locos, y aun os dan alguna cosa con que perdáis todos el juicio? En verdad que si para ser santo basta a un hombre que sea loco, que era éste muy más corto y breve camino, que no ayunar tantos ayunos, rezar tantas oraciones, lavar tan de continuo el cuerpo, guardarse de comer el puerco, echar de sí todo el vino y andar como tú andas tan solícito en observar tu Alcorán. Cómo, ¿y no ven esos mostruosos letrados, tan ciegos, que el uso de la razón es toda la nobleza del hombre? ¿En qué hizo Dios al hombre poco menos que los ángeles y semejante a El mismo, si no que le dió razón, juicio y entendimiento? Y si no tuviésemos esto, ¿qué preeminencia sería la nuestra sobre las demás criaturas? Antes, si tú quitares a un hombre el juicio, la razón y el discurso, ¿qué le faltara para ser bruto animal? Pues ¿es posible que siendo tan gran perfección y nobleza el uso de la razón, que la falta y privación

deso en un hombre no sea falta ni mal alguno, más antes gran bienaventuranza y riqueza, que por eso quede santo? Dios me libre de tal gente y de ignorancias tan grandes. Realmente grandes bestiales son estos vuestros morabutos, pues que tan bestialmente ponen la santidad y perfección en la misma bestialidad y locura. AMUD. Pues, cómo. Y si estos tales no hacen mal y vemos que en sus obras son inocentes, no diremos que son santos, ¿por qué somos pecadores los hombres malos, y por qué causa Dios nos desecha y aborrece, si no por las maldades y malicias que obramos de continuo y hacemos cada momento? SOSA. Ya veo que es esa la razón con que vuestros morabutos quieren colorar tan gran error, manifestando mucho más en ella lo poco que alcanzan a saber, porque no está la bondad o santidad en sólo no hacer mal, porque de esa manera también diríamos que es santo un caballo, un mulo y un asno, los cuales ni roban, ni matan, ni levantan algún falso testimonio, ni hacen algo de cuanto Dios y la razón nos prohíbe; mas entonces merece alabanza y premio, el que dexa de hacer mal, cuando de su propia voluntad y elección y movido de su mismo arbitrio libre lo dexa de hacer, esto es, que sabiendo y conociendo lo que es en sí malo, y que si quisiese en su mano está hacerlo, él escoge antes el bien y le agrada más lo que es virtud y bondad, que no el vicio. Y, por tanto, ni las bestias que no tienen conocimiento alguno del bien o mal, ni lo que por fuerza son forzadas a hacer alguna cosa no buena sin poderlo excusar, tiene culpa o merecen alguna pena, ni tampoco los que son locos, pues no entienden lo que hacen, ni tienen en sus obras albedrío; mas como bestias van a ciegas tras el deseo y antojo, merecen algo o son dignos de alguna honra, o se han de castigar siendo verdaderamente locos. Como, por el contrario, el que sin voluntad libre y sin que el mismo lo quiera, diere una

limosna, ayunare un ayuno, rezare una oración, o hiciere otras obras semejantes de sí buenas, ¿qué merecimiento puede tener, o cómo se lo ha de agradecer Dios, pues no le agrada, ni place, ni contenta, ni aun quiere lo que hace? ¿Cuántas veces dándote el patrón alguna cosa, en volviendo las espaldas, le das luego una higa diciendo que no se lo agradece, ni te obliga, por que lo hace por fuerza o de vergüenza y sin voluntad?; pues deso mismo colige tú lo que tus letrados con ser como ellos quieren que los tengan por tan valientes y admirables no alcanzan a saber, que do no hay voluntad, ni saber lo que se hace (como en un loco y en el que está borracho o frenético), las obras ni merecen premio, ni tampoco pena.

#### DIVISIÓN CUARTA

AMUD. Confieso que por ahora yo no te sé responder a eso, déxame pensar en ello que quizá otro día me hallarás más dispuesto a responderte y prosigue adelante. SOSA. Sí haré, porque también no es para sufrir, ni aun disimular lo que estos locos o bellacos os tienen persuadido, porque suelen algunos dellos echar a una mujer honrada y casada en mitad de la calle en tierra y sin vergüenza ninguna la conocen allí en público, o si más les agrada se mezclan también en mitad de aque se soco (como los días pasados hizo uno) con alguna asna o camella, y afirman que no sólo aquello no es pecado, pero que Dios los inspiró que lo hiciesen. ¡Oh mi Dios! ¿No es vergüenza solamente tratar desto, cuanto más afirmar una tan horrenda admirable maldad y blasfemia? Y así os ponéis luego todos los moros y turcos a mirar como abobados al bellaco que esto hace, y aun el otro día, cuando aquel desvergonzado remetió en el soco a una asna, venían los sastres y

Error. 10.



zapateros moros y turcos, y aun los mercaderes con sus banquillos en la mano, y porfiaba cada cual quién le había de servir con el suyo, para que el sucio y desvergonzado pudiese mejor llegar a la asna. Y hecha aquella bestialidad cogieron luego limosna de algunos asperos para comprar yerba para la asna, que comiese en pago de aquel servicio. Y después de besar todos las manos, cabeza y ropa del gran bellaco, arrancaba cada uno como más podía los pelos de la asna y los llevaban en el seno por reliquias. ¡O bendito Dios, o bendito Dios, o más que bendito, que tal sufre, que tal disimula! ¿Cómo y no os avergonzáis los turcos y moros de Argel que de vosotros tal se diga o se hable por el mundo? ¿Qué dirán las gentes? ¿En qué cuenta os tendrán cuando supieren que no sólo maldades tan horrendas se permiten en Argel; pero que afirman vuestros letrados que ni son pecados, ni menos que inspiraciones divinas? ¡Oh qué ceguedad tan grande! ¡Qué tinieblas! ¡Qué errores! Errores ha habido en el mundo muy groseros, porque los masagetas no tenían por pecado matar a los padres siendo viejos, pero coloraban esto con decir que lo hacían por usar más piedad librándolos de las penas y trabajos que la vejez trae consigo. Y los gimnosofistas se quemaban antes de morir vivos; pero decían que hacían esto para que el espíritu que viviera tanto tiempo encenagado en el sucio lodo del cuerpo, saliese dél para el cielo limpio y purificado. Y los bragmanes persuadieron a sus mujeres que con ellos muertos se quemasen en vivas llamas; pero daban por razón que con esto ninguna procuraría la muerte a su marido, como antes hacían muchas, pues era de fuerza que ella muriese muriendo él; y otras muchas naciones se persuadieron otras cosas, en las cuales, si no tenían razón, a lo menos daban alguna color o manera de razón. Pero en este caso, y para que se crea que mezclarse un bellaco sucio desvergon-

zado con una asna en la plaza públicamente y con tanta solemnidad, no sólo no sea pecado, pero (como vuestros letrados os hacen creyente y verdadero) que sea esta inspiración propia de Dios y obra santa y de santo varon, y tanto santa que hasta la asna y sus pelos queden santos y santificados; y no sé qué razón ni color o manera de satisfacción nos pueden dar, sino que el diablo y sus ginones de aquellos son espiritados, les enseñan esta doctrina. Y que digamos ahora que esto sólo se platica, se apruebe o se enseña en Argel, en todo Fez, en todo Túnez, en todo Trípol, en el gran Cairo, en Alejandría, en Constantinopla y en todo Turquía y otras partes do se observa el Alcorán de tu Mahoma y reinan estos tus morabutos, lo mismo se tiene y se usa como todos vosotros sabéis y lo dicen todos cuantos de allá vienen: turcos, moros, cristianos y judíos. AMUD. Mira, papaz, yo te confieso que nunca eso me pareció bien; pero quizá si tú hablases con algunos desos morabutos él te daría razones, por las cuales no te escandalizases ni te maravillases tanto deso. SOSA. ¿Razones? ¿Qué razones me pueden dar que justifiquen maldad tan clara, o que la puedan palear y encubrir?; diráte lo mismo que me respondió por tercera persona los días atrás aquel gran morabuto que mostraba a leer y escribir al renegado Jafer Romano, que el patrón nuestro envió en presente al Ochali, mandándole yo preguntar acerca deste negocio. AMUD. ¿Cómo fué eso? ¿Es posible que tal cosa nó me diceses platicando aquí tan a menudo? SOSA. También yo me maravillo cómo nunca te lo he dicho, pues suelo darte parte de otras cosas; y pues lo quieres saber, pues fué desta manera: Un día que aquel tan valiente morabuto y letrado, que ya sabes que en tal cuenta es tenido, y por eso le dieron cargo de una desas principales mezquitas, y aun también por eso el patrón le escogió para maestro del renegado, por el cual, como

Vide Jo.  
León. descrip.  
Afr. p. 7.

Error. 11.

tú sabes, bebía los aires y vientos, entraba por ese patio, halló en tierra un pedazo de papel, y no le hubo visto cuando se abatió a él como una águila real a la caza, y besándolo y rebesándolo, volvióse al mismo Jafer, que venía a su lado, y díjole en lengua franca con gran gravedad muy entonado, y tanto que yo aquí lo oí todo: «Mirar, Jafer, que esto estar gran pecado, ¿cómo andar aquí carta por terra?; pillar y meter en aquel forato, guarda diablo, que la papaz cristiano (entendiendo por mí que me miraba) facer aquesto». Yo que así me sentí condenar de gran pecado por estar allí en tierra aquel pedacillo de papel, hice tanto con el Jafer, que preguntó al morabuto de mi parte me dixese ¿qué pecado era tan grande estar en el suelo un pedazo de papel? Hízolo así el renegado, y venido otro día el morabuto a darle lección, díxole lo mismo que yo le había antes rogado, a lo cual respondió el gran letrado: «¿Cómo, y ancora hablar papaz desa manera?; estar muy grande pecado: responder que decirme, que cerrar boca, chito, chito, non hablar»; y repitiendo eso muchas veces, no quiso, ni supo, dar otra respuesta. De manera que nunca el mismo Jafer, que también deseaba de saber la causa de un tan grande y notable pecado, pudo del morabuto sacar, sino estar grande pecado, y que bastaba decirlo él. Desá misma manera me respondieron sus morabutos, disputando eso de los locos grandes vellacos, porque ni ellos tienen razón, ni la podrán hallar, ni para eso, ni otros infinitos errores, disparates o locuras que enseñan. AMUD. Maravillado estoy, porque la razón deso, no hay turco ni moro que no la sepa y te la diga muy fácilmente. SOSA. Eso quería saber: veamos y qué tal es. AMUD. Porque estando la ley de Dios y sus divinos secretos, que comunicó a los hombres, escritos todos en papel, con mucha razón ha de ser de nosotros reverenciado el mismo papel, y es ofensa de Dios que esté por ese

suelo y le pongan todos los pies. SOSA. Admirable razón es esa. Desa manera hagamos reverencia a los trapos de que se hace el papel; pues también está esa ley escrita con tinta, tengamos por cosa santa a la tinta, a las agallas y caparrosa y goma de que se hace, y aun la pluma con que se escribió y al cuero con que el libro está encuadernado y guarnecido. Anda, vete day. ¿Sabes qué me parece eso?; lo mismo que Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, reprendiendo a otros, tales como estos tus morabutos, que eran letrados de los judíos, les decía que por una parte colaban un mosquito, no dexando pasar a una cosa tan pequeña, y por otra parte se tragaban un camello todo entero. Quiero decir que hay algunos como eran aquellos judíos y son también tus morabutos, que harán escrúpulo de una tan gran burlaría, como poner el pie en un papel, en lo cual no se hace perjuicio a la honra de Dios, o bien del próximo, y por otra parte se tragan un tan grande pecado como mezclarse con una asna; y aún afirman que es esto obra buena y de varón santo. Y de aquí viene que estos tan alumbrados letrados y santos afirman que beber por vaso de cuello largo y que haga glo, glo, como una garrafa o frasco, es gran pecado, y si bebieren, que no le hinchan más que hasta el cuello porque no haga aquel rumor, y dan neciamente por causa, que de aquella manera fuerzan al vaso con violencia que dé la agua; yo entiendo ser aquello cosa natural, por se encontrar dos cuerpos en un camino angosto del cuello del vaso: la agua que sale, y el aire, que es forzado que entre, porque no puede haber lugar vacío, como dice y enseña la filosoffa que ellos no saben; y que no se entienda fuerza y violencia ser pecado, sino a do se perjudica con ella a la voluntad de alguno libre, lo cual ni la garrafa ni el frasco tiene. Item, dicen que es gran pecado barrer algún aposento de noche, por muy sucio y asqueroso que esté. Y dan por causa

Error. 12.

Error. 13.

Error. 14.

que la noche hizo Dios para todas las cosas estar quietas, como si no se inquietase más la noche y los hombres con los trabajos de todos los oficios mecánicos que se hacen y con otros servicios, voces y estrépito que en sus casas usan de noche. Item, afirman que es gran pecado jugar al mojón o a la choca, porque dicen que de aquella manera damos pedradas y porrazos a la tierra nuestra madre, como si no sea peor tratamiento ararla, cavarla y abrir sus entrañas, como hacen los moros que sacan el hierro en las montañas de Sargel, que están diez y seis leguas de Argel, en la montaña Benaycha, más adelante de Sargel ocho leguas. Y en la otra montaña el Giebelhadit, que está para Levante camino de Buxía treinta leguas de aquí. Y como hicieron muchos años, y principalmente en tiempo de Asán Baxá, hijo de Barbarroxa, muchos turcos y moros por mandado del mismo Rey, que rompieron la tierra de la plata, que está una jornada de Meliana, entre Poniente y Mediodía, veinte y seis leguas de Argel, a la cual llamáis el Gibel Elfeta, do se hallaba buena copia de oro y ahora hallan mucha de muy fino azogue, lo cual todo nunca pareció pecado, ni hay razón para lo parecer a vuestros letrados, siendo estas obras (si estamos por lo que ellos dicen) muy más crueles y de más mal tratamiento para la tierra de lo que son la del mojón y de la choca y aun otros infinitos que son necesarios cada día hacer labrando y cultivando la tierra. Item, de la misma manera dicen que es gravísimo pecado el que nosotros los cristianos hacemos sin escrúpulo ni temor de Dios, escribir con alguna pluma sea de gallina o ansar o otra ave, más que ha de ser con caña, como usáis generalmente todos los turcos y moros, y preguntando yo un día la causa a aquel tagarino y morisco de España, Ali Medina, que aquí tienen los moros por grande sabio, me respondió, disputando yo sobre esto con él, que era, porque en principio del mundo

Error. 15.

había dicho Dios a la pluma que escribiese y que ella no lo quiso hacer, y que volvió de allí a un año otra vez Dios a decirlo y mandarlo a la pluma, y que entonces ella escribió. Y, por tanto, que en memoria de aquella desobediencia por ningún caso conviene escribir con ella. Pero no sé yo a dónde vuestros letrados hallaron esta plática de Dios con la pluma, o cómo sea posible que la pluma tenga ni tuviese voluntad o algún querer, o no querer; y que no habiendo hasta ahora desobedecido a Dios cosa alguna corporal, ni más (de todas las criaturas) que el hombre y el demonio, sólo la pluma fuese tan desobediente, rebelde y obstinada. Aunque si después se arrepintió y hizo lo que Dios le mandó al cabo de un año, ¿por qué no nos serviremos della en lo mismo que entonces arrepentida sirvió al mismo Dios? No me puedo persuadir sino que el primero que tal patraña inventó debía de soñar esto, habiendo bebido muy bien. Item, afirman también (y cáeme esto mucho en gracia) que es en gran manera grave pecado limpiar el trasero con otro que con el dedo de la mano izquierda, y dan por razón que hizo Dios la una mano para comer, que es la derecha, y la otra para limpiar el salvo honor. ¿Y hay cosa como ésta? Pues que haya un solo turco o moro que haga otra cosa en contrario. Dios nos libre, antes se dexaría hacer pedazos. Verdaderamente, que fuera no poca vergüenza tratar de patrañas y necedades tan grandes y tan sucias como éstas, si no fuese que quieren estos nuestros maestros ciegos vender todo esto por misterios importantes. Por amor de Dios, que me digan cómo y para un tan bajo, tan vil y tan sucio fin como ése había Dios de criar un tan principal miembro, y un Dios de tan alta y infinita sabiduría se ha de presumir que obligue al hombre, so pena de desgracia suya, que emplee tan linda cosa como su mano que la ensucie cada día en su estiércol y suciedad. ¡Jesús, Jesús, qué sueños, qué

Error. 16.

El texto

ceguedades, qué errores! Pasemos adelante, tratemos de otras cosas que se sufran mejor oír, si no es que tú no quieres. AMUD. Ya te dixé que este día todo es tuyo, y por eso haz cuenta que no puedes tanto decir que mas yo no te oiga con paciencia, y, por tanto, no quería tampoco te enciendas tanto en cólera: camina poco a poco, que todo cuanto me dice voy notando. SOSA. Mira, Amud, la perdición de las ánimas, y de tantos centenarios de millares de ánimas, y por necedades y errores tan manifiestos, no es cosa que se pueda disimular ni hablar della sin muy grande sentimiento, y pues tan larga licencia me das, esta vez no seré corto en decirte un gran número de mentiras con que vuestros morabutos os traen tan engañados y tan ciegos, aunque todas ellas serán la mínima parte de otras muchas que quedarán para otro día. AMUD. Desa manera, según veo, ¿nada hallas en todos ellos que te pueda agradar? SOSA. También deso hablaremos a su tiempo; mas ahora dime tú: ¿a quién puede agradar lo que tus morabutos sueñan, que es muy grande pecado traer de la campaña caracoles para casa, o tortugas, de que están esos campos llenos? ¿Y que si se comen, que no hay mayor maldad en el mundo? AMUD. Y con todo eso muchos son los que los comen, a lo menos caracoles; ¿no los oyes pregonar y vender por las calles? SOSA. Verdad dices; pero no verás que los vendan, o los coman, sino a la gente pobre mezquina, como los alarbes y cabayles, que no tienen de qué vivir; pero, ¿cuál moro que se tenga por buen moro comerá un caracol? Pues cuanto a las tortugas, aquel mismo gran morabuto de quien hablamos poco antes que venía a esta casa a dar lección al renegado Jafer, ¡qué de voces dió un día, qué de exclamaciones hizo y con qué amenazas amenazó al pobre viejo cristiano, nuestro portero Pere Jordán, porque entró en ese patio una tortuga! Digo verdad, que dende aquí yo le ví con mis ojos y oí con mis ore-

Error. 17.

jas hablarle desta propia manera y señalando a la tortuga con el dedo: «Veccio, veccio, nizarane cristiano, ven acá: ¿por qué tener aquí tortuga, qui portato de campaña; gran vellaco estar, qui ha portato. Anda presto puglia, porta fora, guarda diablo, portar a la campaña, questo si tener en casa, estar grande pecado. Mira no trovar mi altra volta, si no a fee de Dio, mi parlar patrón donar bona bastonada, mucho, mucho». Y con esto iba por esa escalera echando chispas de viva cólera; y el pobre viejo que esto vió, al punto me trae aquí la tortuga, la cual, con otras tres que nos había traído un amigo, cenamos aquella noche mi compañero y yo y dimos al buen viejo también su parte. Después quise yo saber por qué causa aquel tan gran letrado ponía en cosa tan poca un tan enorme y horrendo pecado. Y supe del mismo Jafer renegado, que a solas se lo preguntó, que la causa era ésta: que estos dos animales, el caracol y la tortuga, no hacían mal a ninguno, y, por tanto, que era pecado que alguno lo hiciese a ellos. Y si vuestros morabutos no dan otra causa más verdadera, cuanto a esto, perdóneme tu morabuto, que él respondió una muy gran necesidad. Porque, primeramente, él no debe de haber visto el gran daño que suelen muchas veces hacer los caracoles en los huertos, viñas, pomares y sus árboles, y lo mismo el que hace una tortuga de tierra royendo las raíces de berzas, plantas y árboles; y si por esta regla nos habemos de regir, que no comamos sino aquello que nos causa daño y mal, no comamos los carneros, las ovejas, las vacas, los cabritos, gallinas, capones, palomas y otros infinitos animales, aves y peces, de los cuales no recibimos de continuo otra cosa que provecho y no mal alguno. Y, por el contrario, no comamos sino los leones, los tigres, las onzas, y todos los animales de que no recibimos provecho. Pero, dejadas estas cosas, hablemos algo de otras, en las cuales os engañan con más aparien-



Error. 18.  
Error. 19.  
Error. 20.

cia de virtud y santidad. ¿Por qué razón afirman que es muy grave pecado pagar, comprar o contar dineros, antes de hacer el salá y oración? No niego yo que para un hombre se aparejar para hablar con Dios, no sea muy poco todo el tiempo que en esto se gastare; pero, ¿qué mal es antes de la oración pagar uno lo que debe a su prójimo que se lo pide, pasando a las veces no pequeña necesidad?; o si vendiere a quien tuviera también necesidad, o si contare algún dinero para alguna obra buena y fin honesto, ¿cómo y no se pueden hacer todos estos actos sin pecado ni ofensa de Dios? Pues no habiendo pecado, porque en tal caso hace perder todo el fruto de la oración si ella de sí es de algún provecho. Item, ¿por qué dicen

Error. 21.  
Error. 22.

que cualquier turco y moro que sabe leer el Alcorán peca gravísimamente si trata o habla con un cristiano? Y lo mismo dicen de los xarifes, que son los moros que proceden de la casa de Mahoma. ¿Cómo, y tan abominable gente somos todos los cristianos, y tan empestados, o ya que en esa cuenta nos tenéis, por qué si yo soy malo dañara esto a un bueno que me habla o me trata para buen fin y para cosas que en sí son buenas, honestas y justas? Desá manera tampoco sería lícito tener los morabutos y xarifes, como tienen tantos cristianos en sus casas por esclavos, de que se sirven en todo servicio ordinario. Item, ¿por qué razón dicen que no sólo es

Error. 23.

pecado gravísimo dexar tocar a un cristiano el libro del Alcorán solamente con un dedo, pero aun leer delante que lo oya? Porque si las cosas que dixere o leyere en el libro, yo que soy cristiano y no sé hablar morisco no las entendiere, tanto será como si nunca leyera en el libro, y si todavía las entiendo y ellas fueren en sí buenas y santas como vosotros creéis, ¿por qué no será bueno y aun servicio de Dios alumbrar y enseñar con ellas al que pensáis que vive en ceguedad y sin conocimiento de Dios? Yo no entiendo en qué razones

se fundan estos tan admirables letrados para afirmar estos disparates tan grandes. Item, ya que fuese pecado que un cristiano toque el Alcorán, ¿por qué será lo mismo en una mujer, mora, turca o renegada, a la cual en ningún caso permitís Error. 24.

que toque tan santo libro, si no fuere tomándole, o tocándole, con una toaja en las manos muy blanca y muy linda? Y de la misma manera que peca muy grave pecado el que llevare este Error. 25.

libro menos que de la cintura arriba y en el pecho, de manera que no toque en las partes más abaxo. Confieso que ya que en tanta veneración queréis tener a ese libro, que se sigue también que le traéis con respeto. ¿Pero qué suciedad recibe el libro, o qué desprecio de Dios redundo, si no fuere con tanta superstición adorado? Son invenciones de los vuestros morabutos para que creáis dellos que en todo quieren, buscan y pretenden limpieza, bondad y santidad, siendo, por otra parte, en las cosas de importancia y de peso muy grandes tacaños y sucios. Item, ¿por qué les parece tan mal la estampa de Error. 26.

los libros, que digan que pecamos los cristianos gravísimamente porque estampamos los libros y no los escribimos de manos? ¿Cómo, que una cosa de tan admirable ingenio y una invención que Dios enseñó a los hombres para tan manifiesto y claro provecho y utilidad dellos, y con que tantos libros de tantos autores de tantas ciencias y artes, utilísimas a los hombres, se conservan, se comunican, se perpetúan, y mediante la cual el mundo y las artes humanas han recibido y reciben cada día más tan noble ornamento y lustre, que la desprecien, la desechen y la aborrezcan, persigan y infamen estos ciegos ignorantes y bestias sin algún saber o juicio? Es cierto que querían ellos (como todo ignorante y vicioso quiere) que todos se parezcan a ellos, y que pues ellos son tan faltos de todo saber, tampoco no viviesen en el mundo hombres sabios, ni hubiese ciencia o arte o disciplina alguna, y así que vi-

- viésemos todos en las tinieblas y ceguedades en que todos ellos viven tan contentos. Y de la misma manera, ¿por qué quieren y ponen por cargo grande conciencia, que todo aquel que supiere leer el Alcorán no se ocupe en ninguna otra arte o ejercicio, sino en estudiar en él? Y que si es pobre y no tiene con qué pasar la vida, que es pecado deprender o exercitar alguna arte; mas que todos los turcos y moros sois obligados a sustentarle de limosnas para que no le falte cosa ninguna, sino que de la misma manera, como ellos desta suerte se criaron dende mozos, y en una continua y perpetua ociosidad, llena de vicios de carne, quieren que no les falten sucesores de sus costumbres y que haya siempre seminario de una gente tan inútil y dañosa. Item, ¿por qué razón afirmaron ellos que sería pecado si vosotros los turcos y moros, queriendo rescatar algún vuestro hijo, o pariente o amigo, llevásedes a tierra de cristianos algún cristiano cautivo para trueque y cambio dél? De do viene que como ellos os tienen, tan sin causa ni razón, persuadido esto, hacéis generalmente gran escrúpulo de que un cristiano haya libertad, primero que os haga venir en persona a Argel al que queréis rescatar de la cristiandad en cambio dél; porque si conforme a vuestra ley no es pecado dar libertad a un esclavo cristiano, o sea por dinero o por vuestra liberalidad, antes ella os obliga a que no tengáis un cautivo más de siete años (aunque ninguno de vosotros lo observe), ¿por qué será grande pecado llevar este cristiano a su tierra y de allá que recibáis el vuestro hijo o pariente o amigo? Verdaderamente, Amud, y fuera de todo encarecimiento, yo en tan grandes disparates sin fundamento que estos vuestros letrados os predicán, no hallo otras razones que puedan dar sino que porque no digan que ellos no son hombres, ni inventan algo de su casa, los sueños que de noche sueñan os publican por misterios y por doctrina de Dios,

siendo, en fin, sueños y todos mentiras y falsedades, ¿Diré más? ¿Dásme licencia? AMUD. Bueno está eso. ¿Y para qué me la pides habiéndotela dado tantas veces? Adelante, que bien veo que gustas deso.

#### DIVISIÓN QUINTA

SOSA. Soy muy contento. Dime, Amud, ¿dónde hallan tus morabutos, que el raparos a menudo es cosa muy santa, y de Dios, y que con raparse los cuellos, se rapan también los pecados?, ¿cómo y el pecado, y está asentado en la piel, o tiene allí su nacimiento y raíces como tienen los cabellos? El pecado nace de la misma voluntad que le produce con el acto de su querer, antes es el mismo acto y querer de la voluntad. Pues si la voluntad es cosa espiritual y una potencia plantada en el centro de nuestra alma, que es espíritu, ¿cómo la navaja de acero puede cortar por ella el pecado y raparle con los cabellos? Ciertamente que estas vuestras navajas deben de tener más que las otras alguna virtud, pues pueden rapar hasta lo que está dentro en lo íntimo del alma y del mismo corazón. Item, ven acá Amud, ¿de dónde sacan tus morabutos, que tanto merece uno con Dios dando de comer a un gato o perro, como a un hombre animal racional que se muere de pura hambre?; y no digo esto por tratar ahora si hacen bien, y lo que deben a hombres, en tratar tan cruel y inhumanamente a los cristianos sus esclavos, ni si dicen bien que dar una coza a un perro, o golpe a un gato, es gravísimo pecado, y no matar a palos o quemar vivo a un cristiano, como hacen infinitas veces, porque podían luego alegar que no cree el cristiano en Mahoma; más solamente querría saber ahora ¿por qué causa o razón, en caso de hacerle bien se ha de igualar un

Error. 29.

Error. 30.

perro o un gato con un hombre?; ¿y es tan grato y aceto a Dios hacer bien al uno como al otro?, que esto es entre vosotros tan creído, como todas las demás patrañas y necedades que os han persuadido, ni tú lo puedes negar, ni hay ninguno que no lo sepa, porque uno de vosotros turcos y moros que halle en la calle a un gatillo en los brazos, y en el seno le toma y lleva para casa y le busca madre que le dé leche o le crie con gran cuidado; y por casa dexan vuestras mujeres muchas veces de lo que sobra, los platos y escudillas llenos de comida, diciendo que es aquello para los gatos, de casa o de fuera y que lo hacen por su alma, y los carniceros en las carnicerías de la carne que venden, y vosotros de que la compráis, tenéis por devoción cortar pedacillos y echarlos a muchos perros y gatos que por allí andan de ordinario muy gordos; y aun llega esta devoción a tanto, que según vosotros mismos los turcos decís, allá en Turquía, hacen muchos hospitales públicos a donde se manda que se dé de comer cada día a tantos perros y gatos por sus almas. Y por otra parte, para dar una gota de agua a un pobre moro que la demanda, o un pedazo de pan negro, no hay importunaciones ni piadosas palabras (de que son grandes maestros estos vuestros pobres moros) que os muevan o persuadan. Veamos, pues, por amor de Dios, si cuadra esto con la razón. ¿Negarme han tus morabutos que ha hecho Dios más mercedes al hombre y usado con él de más favores y repartido más gracias, que con cuantas criaturas hizo? No creo yo cierto que osaran ellos tal decir. Porque ¿quién no sabe que todo el hombre, así en el cuerpo como en la alma es un montón y ayuntamiento de dones y gracias de Dios, y que no hubo perfección alguna en todas cuantas criaturas hizo Dios, que todas no pudiese y recogiese en el hombre? De manera que con razón le llamaron los griegos microcosmos, esto es, un

mundo pequeño. Y no paró en esto Dios, sino que hizo al hombre fin de todas sus criaturas, como los filósofos gentiles alcanzaron a saber por la razón, porque todas ellas fueron para el hombre ordenadas y criadas. Pues ven acá, siendo esto así, y haciendo Dios tanto caso del mismo hombre, y preferiéndole a todas sus criaturas, por más digno de sus favores y bienes, ¿por qué tus morabutos no harán lo mismo y no le quieren igualar a un gato o a un perro? Item más, no sé yo si tus morabutos alcanzan a saber de do nace la obligación que tenemos las criaturas unas a otras, y particularmente unos hombres para con otros, de amarnos, ayudarnos y favorecernos; y cierto no lo deben de saber, pues afirman una necesidad como ésta, yo te lo diré y quiero, porque eres amigo mío, que lo sepas. Has de saber que la obligación que las criaturas tienen unos para con otros, nace de la participación que tienen y conveniencia que hay en ellos en alguna tercera calidad, y cuanto esta fuere mayor, tanto redundalla muy mayor obligación. Y de aquí viene que los que son de una especie se aman y se defienden y favorecen más que no los que son de un género y no convienen tanto ni conforman entre sí. Y ansí la oveja ama más a otra oveja que no a la cabra, y la paloma más favorece y ama a otra paloma, que no a un cuervo o milano, y de la misma manera discurrirás por otras cosas. De aquí viene que los que somos hombres más obligación tenemos unos para con otros, que tenemos al caballo, al buey y al asno, con los cuales no convenimos tanto como con otros hombres que son del mismo ser y naturaleza que nosotros. Y por la misma razón, si un hombre es de mi tierra téngole más obligación que no al que es de Italia o de Alemania, y al que es de mi pueblo más le soy obligado que no al que nació en otro pueblo. Y siguiendo esta regla, ni más ni menos entenderemos, que con razón amo yo más a

mi vecino, y después más al que es de mi propia casa, y después más al que es de mi parentela y casa, y entre éstos, más al que es mi hermano, o mi padre o mi hijo. Y la causa desto es, porque con estos tales tengo más conveniencia y participo en más cosas que no con los otros fuera dellos. Y, finalmente, porque ninguno es más semejante a mí, que yo mismo, ni conviene en todo más, que yo mismo conmigo mismo, por tanto, me amo a mí mismo más que a otro ninguno, y soy más obligado y primero a mí mismo que a todos cuantos hay. Presupuesto esto, veamos con quién tienes tú más semejanza o quién conviene más o tienes más participación ¿con un gato o un hombre? Verdad es que tú y yo convenimos con un gato en el género, esto es, que todos somos animales, todos cuerpos, todos sustancias, pero fuera de eso no hay más. Y con otro hombre convengo y soy semejante en eso mismo, en ser sustancia, en ser cuerpo y en ser animal, y más en ser hombre y en tener alma como él, entendimiento como él y aun en tener el mismo Dios que él, y poder tener una misma tierra, una misma patria, una mesma vecindad, una misma sangre y aun una misma ley que él. Pues adonde hay tantas razones y causas, tan grandes y estrechas obligaciones para favorecer y hacer bien a un hombre, no habrá también razón para que sea yo más obligado a darle del pan, de la carne y que no permita que perezca, que no a un vil perro o gato, sino que se persuadan tus morabutos, que no quiere Dios que nos gobernemos por razón, ni obligarnos a la razón, ni acetar lo que dice con la razón, más que lo que es contrario a la razón; ¿qué me respondes tú a esto? Pues es posible que a tantas y tales cosas como hasta ahora te he dicho no hallas alguna respuesta, ¿qué es de aquélla tu pasión tan grande con que comenzaste a defender tus morabutos y tan soberanamente engrandecer todas sus cosas? AMUD. Alegas tantas razones que me pones en

confusión. Bástete por ahora, que si a todas no respondiere por desta vez, no tardarán muchos días que lo haga, porque entretanto quiero revolver mis libros y mirar bien lo que puedo oponer a tus razones. SOSA. Muy en buena hora. Y, por tanto, hazme tanto placer, que notes bien lo que digo y las razones que me mueven a decirlo, y a las cosas que tengo dicho, quiero que también añadas ésta. ¿Qué espíritu ha revelado a estos vuestros grandes maestros que es muy gran servicio de Dios sacarse el hombre los ojos? AMUD. ¿Qué me dices de sacar ojos? ¿Cuándo les oíste tú decir tal cosa? SOSA. ¿Y para qué es menester que yo se lo oiga decir, pues ellos mismos con las obras lo pregonan? ¿Cómo y no vemos todos cada día que muchos de los romeros y peregrinos, y aun desos mismos morabutos que van y vienen de la casa de Mahoma, de su misma voluntad y porque quieren, se ciegan y se quitan un ojo y algunos ambos a dos? ¿Cómo y el otro día no metió aquí uno destos Mostafa, aquel renegado francés de casa que murió a pocos días y no se hartaba él y otros de besarle la mano y aun el ojo ciego? Y aun el mismo morabuto y romero, que lo daba a besar con muy grande continencia y bel postura, como si fuera una preciosa reliquia. Y dime, ¿no afirman todos ellos que esto es un muy grande sacrificio y servicio que hacen a Dios? ¿Añadiendo, más que ojos que tal miraron, cómo el sepulcro de Mahoma no se habían de emplear más en mirar las cosas del mundo? AMUD. Pues, ¿y qué inconveniente es que hagan eso, si de su propia voluntad, y por servicio de Dios, y por honra de Mahoma, que tenemos y creemos ser su profeta, ellos se quieren privar de la luz de sus mismos ojos? ¿Sácante a ti por ventura los tuyos o fuerzan a alguno que los haga? ¿No te quitas tú el pan cuando ayunas, no dejas tú los viernes y sábados tan obstinadamente la carne, y muchos no dejan también sus bie-

Error. 31.



nes y estados y huelgan de servir a Dios, como hacen algunos desos romeros pobres, hambrientos y mezquinos? ¿Pues y por qué no será lo mismo de los ojos y de la luz? SOSA. Y aun habías más de decir de las narices, orejas, labios, dientes, manos, pies; y formarías un muy lindo y excelente romero de tu Meca. AMUD. Bien me parece esa risa, ¿no te decía yo antes que no sin misterio estás hoy desta manera? SOSA. Verdad dices que hago mal en me reír, porque, sin duda, no se habían de tratar errores tan manifiestos y en que vivís tan malamente engañados, sin que todo fuese muy acompañado de lágrimas, y porque quieres defender una ofensa de Dios como ésa y decir que es servicio muy agradable a Dios, responderé a tus razones. Y primeramente si servicio es de Dios sacarse un hombre los ojos, ¿por qué no le será cortarse una mano, o una pierna u otro miembro hasta sacarse la vida, ofrecerlo todo a Dios? ¿Y aquél es el hombre de juicio que tal hiciese? ¿Tú no sabes que ninguno de nosotros se hizo a sí mismo? ¿Y qué no soy señor de mi mismo? ¿Y que estas manos, estos pies, estos ojos, estas narices, labios, orejas y todos mis miembros Dios me los dió y prestó, y que sin licencia suya no me los puedo quitar, como también después de quitados no me los puedo restituir y volver a su lugar? Más te digo, que ni aun el mayor señor del mundo tendría poder para cortar las narices, o quitar un ojo, o cortar una mano, a un ladrón y a un desuella caras y salteador público y muy menos quitarle la vida, si el mismo Dios y Criador nuestro así no lo hubiera mandado y ordenado, tanto por su ley como por la razón y lumbré de entendimiento que en nosotros puso, que lo dicta y enseña para castigo de los malos y conservación de los buenos. Y si es cosa tan santa y tan buena ver el sepulcro de tu Mahoma, que para ver eso cuando más no fuese es merced grande de Dios tener ojos, ¿por qué no lo será, y benefi-

cio muy grande, poder ver tantos cielos, tantas estrellas, tantos planetas, tanta hermosura del mundo, el sol, la luna, los elementos, la mar, la tierra, las aves, los animales, las plantas, las hierbas y los frutos, y con la vista de tantas y tan maravillosas obras de Dios alabar de continuo al sapientísimo y poderosísimo Hacedor y Criador de tanta y tan hermosas y lindas cosas? Antes sin comparación aprovecha mucho más ver todo esto que no ver un sepulcro de un hombre hecho en tierra y ceniza, y es, sin duda, más servicio de Dios que emplee mis sentidos y miembros en la alabanza de aquél que me las dió (pues para eso y no para otra cosa los dió) que no privarme yo de un don tan grande de Dios y hacerme inútil para poderle servir, alabar y adorar. Y no es lo mismo que tú dices el quitarme el pan, o la carne, o el dinero, o la honra, porque para eso tengo yo poder y licencia libre de Dios, si entiendo que puedo más sin eso servirle que no con tenerlo o poseerlo o gozarlo. Diferentes cosas son los bienes de naturaleza y de fortuna, porque en aquéllos no tengo poder para quitármelos, porque el mismo Dios se reservó para sí ese poder, y no soy más que un depositario, a quien Dios los ha otorgado y encomendado para que con ellos se sirva, y en esotros me dió licencia para usar o no usar de ellos y aun para los arrojar de mí si con ello entendiere que mejor lo puedo servir. Y en la verdad, con tu Mahoma me quiera yo sobre este caso quejar y no con otro, porque ¿cuál será la razón que no habiendo él hasta el día de hoy después que murió, que son 980 años, y aun dende el punto que nació podido dar vista a un ciego, ni sanar un ojo de un caballo, sea tan amigo de que sus aficionados y peregrinos se saquen los ojos por su causa y respeto? Mira, Amud, no sea quizá esto argumento y muestra clara de lo que pasa en realidad, que esos tus peregrinos turcos y moros (que con tanto concurso van cada año a la Meca) vuel-

Murió Mahoma año de 632.

ven aún más ciegos de allá de lo que de sus tierras y casas partieron. AMUD. En eso por ningún caso me toques; dí de nuestros morabutos lo que te place, con razón o sin ella; pero en cuanto a nuestro Profeta, no nos burlemos, que aún no mereciste alcanzar a saber lo mucho que acababa y puede con Dios.

#### DIVISIÓN SEXTA

SOSA. Ora bien adelante trataremos deso, porque dudo yo más desas cosas que de cuantas tus morabutos dice; pero respóndeme ahora a esto. ¿En qué razón hallan esos tus letrados que de la misma manera es gran servicio de Dios y agradable a tu Mahoma, que hagáis a los mozos y mochachos cristianos, moros y turcos por fuerza? AMUD. ¿Cuántos viste hacer desa manera? SOSA. Para decirte la verdad por estar tan atado a esta piedra ha tantos años, más que un mono fugitivo, y debajo de tantas guardias y encerramiento no ví con mis ojos más de sólo a uno, que el patrón, y tú quisistes los días pasados hacer moro desta manera; y es ese pobre mozo Hernando, de nación corso, al cual atastes allá arriba en la cámara de manos y pies, y dando él voces, que era cristiano, y que por ningún caso quería ser moro, le quisistes retajar; y quiso Dios y su buena suerte, que él escapó de vuestras manos, mientras retajastes al otro mozo clabrés, y huyó baxando por estas escaleras como un rayo. ¿Mas para qué me pides testigos y probanzas de vista, siendo esto tan común entre vosotros, tan usado y manifiesto? y por que sepas que cuanto pasa en Argel sé, y aun lo escribo como sabes todo, día por día, acuérdate lo que pasó el año pasado y es tan público en Argel. Había ese Asán, renegado veneciano, que fué Rey de Argel, cuando vino de Constantinopla el año de mil y quinientos se-

Error. 32.

1579.

tenta y siete, tomado en una nave luquesa de Carlo Seminiati, que encontró cerca de la isla de la Sapiencia, junto a Modón, en la Morea, un mozo de gentil belleza, de nación luqués, de edad de diez y seis en diez y siete años, nacido de muy buenos padres mercaderes, que se llamaba Francisco de Fondira. Y dado caso que la nave iba con salvo conducto, y libremente podía navegar, el Asán contra toda razón y derecho, hizo aquel gentil mozo esclavo, cautivo de su hermosura. Traído a Argel, en dos años continuos, nunca el dicho Rey, ni con halagos, promesas, ni amenazas pudo acabar con el buen mozo que renegase y se hiciese turco, procurándolo todo lo posible. Entretanto los padres del dicho mozo, sabiendo como su hijo estaba cautivo injustamente, tuvieron modo como lo hicieron saber al turco, el cual mandó al Ochalí, patrón del mismo Asán Rey, le escribiese de su parte que en todo caso restituyese el mozo a sus padres. Llegó este mandato a Argel a los primeros del mes de setiembre del dicho año. Con el cual quedando el Rey Asán muy alterado, y pesándole en gran manera de dexar ir aquel buen mozo, pidió consejo a los más principales morabutos y letrados de Argel, si le haría moro por fuerza. Y si hecho así, quedaba verdaderamente moro, para con eso se escusar en algún modo honesto de volverle y restituir a los suyos, como el turco le mandaba. Congregáronse para esta tan solene consulta, por orden del Rey, todos los valientes letrados moros y turcos, entre los cuales los principales eran ese tu tan afamado renegado de Ibiza, Caramami Hoja, y el tan celebrado, si lo merece, Cid Amet Alubedi, de nación moro, que tenéis todos por gran santo, Cid Butaybo; altercado el negocio, finalmente se concluyó en pocas palabras y con votos de todos ellos, *nemine discrepante*, en un colegio y claustro de tan eminentes letrados, que muy bien le podía el Rey hacer turco por fuerza y aun maniatado. Y

que no sólo el mozo quedaba verdadero turco, pero que en ello se hacía muy buen servicio a Dios y a Mahoma. No lo hubieron al Rey dicho, cuando al momento lo hizo, dando el pobre mozo voces al cielo que hinchían todo el palacio, de como por fuerza le retajaban; ello se hizo y le pusieron nombre Mostafá; y así se está hoy día, y respondió el Rey al turco y a los padres del mozo, que era turco, no lo siendo más que yo. Y si no te basta este ejemplo, ves ahí está el Alcaide de Tremecen, Jafer, de nación húngaro, el cual, teniendo en su casa a un mozo, de nación portugués, desos que en el campo de Portugal se perdieron en Fez (el cual es de Santarén natural, e hijo de padres muy honrados, de edad de diez y ocho años, de muy gentil talle y postura, que se decía Baltasar de Acosta, que yo conozco muy bien), no pudiendo el dicho alcaide de acabar con este mozo (que es muy sesudo y discreto) se volviese turco, a la postre, siguiendo el parecer de vuestros letrados, le ató de pies y manos a un palo, como columna, y dando voces el mozo que le retajaban por fuerza, invocando el nombre de Jesús y de su Madre, en medio destas voces le retajaron habrá seis meses y le pusieron nombre Amat, y con quanto ha venido aquí su rescate no lo quisieron rescatar, mas dicen vuestros letrados que es turco y que turco será. ¿Quieres más otro ejemplo? Ves ahí ese moro Mahamet, hermano desa mora, mujer dese Baluco Baxí Farat, de nación griego, que recogió el patrón aquí en casa, el cual Mahamet, moro, tiene a un mozo también portugués, que se dice Diego, natural del lugar de Alandñoal, de edad de diez y siete años, el cual aquí viene algunas veces, y trabajando quanto pudo para hacer con él se hiciese moro, y el mozo no queriendo, estos días pasados le ató a una aspa como una cruz, que decimos de San Andrés, de todos los pies y manos, y allí le dió infinitos palos y azotes, y le ponía la cruz

Año 1579.

delante diciendo escupiese en ella, lo cual el moro nunca quiso hacer. Y porque no halló con qué poder retajarlo, lo dejó estar crucificado que, acudiendo las mujeres de casa y otras de fuera, le sacaron de sus manos y le desligaron de la cruz. Ves ahí más arriba, por esa calle está un moro nuestro vecino, el cual tiene otro muchacho portugués, de edad de trece años, y el otro día, porfiando con él que se hiciese moro, y no queriendo el muchacho, le desnudó en carnes y le quemó todo el cuerpo, estando atado a un poste, con hierros ardientes en vivas llamas. Y destes te contaría un centenario y de todas las naciones del mundo, si no fuese que con estos cuentos luego te enfadarías; pero no dejaré de decir también de dos mujeres, las cuales ambas tú y yo conocemos. Ves ahí esta aquella corsa, parienta desta muchacha corsa cautiva, que tu suegro aquí tiene, la cual, como tú ves, viene aquí muchas veces por causa desta muchacha su parienta, y llámase ella Lavica: ésta ha quince años que es cautiva, en los cuales son infinitos los tormentos que le han dado, siendo mujer, porque se volviese mora. Porque, dexado aparte mil palos que por mil veces le han dado por esta causa, una vez la tuvieron siete meses continuos debaxo tierra en una mazmorra y cargada de hierro, y allí le hacían moler en un molino de brazos día y noche, y otras veces la colgaron de los cabellos largos de su cabeza y la azotaron con una sogá tan fieramente que la volvieron todo el cuerpo muy negro y derramaron mucha sangre. Otras, haciendo su patrón una cruz, como aspa, le crucificó en ella desnuda. Otra, a una coluna de casa la ató, dió un garrote con el mismo huso con que hilaba, llegándola a términos casi de ser ahogada del todo. Finalmente, cansado ya de tanta porfía y tanto tormento, arremetió a ella un día, y tomándole de la mano el huso, con él le sacó el ojo derecho, como ves que no lo tiene, y aun hoy día

es tan trabajada, escupida y apaleada, que, según ella dice, otro alivio no tiene sino cuando aquí me viene a contar y referir sus trabajos. Después desta, ves ahí está Juana, la Mallorquina, esclava dese nuestro vecino y moro de España, Cid Ratel, la cual por esa misma causa ha padecido y padece hoy día infinitos martirios de palos, azotes, puños, con que trae de continuo los ojos negros y hinchados. Y no sólo con venir aquí su marido dos veces con su rescate, no la quiso aquel tagarino rescatar, ni que el marido la viese, y la ató de pies y manos veinte veces, y la dió tantos azotes y palos, que la dexó todas por muerta. Y si quisiese contar destos casos otros infinitos que pasan cada hora o momento en Argel y Barbaría con cristianos y cristianas, sería nunca acabar y necesario que sólo en esto consumiésemos todo el día. AMUD. Ni yo quiero que tú tomes ese trabajo, porque llanamente confieso que pasa así como tú dices. ¿Pero qué que quieres tú de ahí inferir? SOSA. No otra cosa sino que me digas si desta manera y con tanta fuerza y violencia forzáis a un cristiano se haga moro; ¿cómo puede ser esto servicio de Dios? Prosupongamos que tu ley y de tu Mahoma fuese buena; ¿por qué ha de ser agradable a Dios que ninguno la reciba y profese forzado y contra su voluntad y querer? ¿Cómo? ¿Y no sabes tú que aun acá los hombres, tratando unos con otros, las cosas de que más caso hacemos en haciendo un servicio y buena obra es del ánimo y voluntad que se hace? Aquel grande Rey de Persia Xerxes, presentándole un labrador en las manos harto asquerosas un poco de agua a tiempo que padecía mucha sed, juró que nunca hombre tal servicio le hiciera, considerando, no la agua que le daba y el modo con que la daba, más la voluntad y ánimo con que aquel pobre hombre al Rey la ofrecía. Y, por el contrario, si uno hace una cosa por fuerza y sin voluntad y deseo, sea cuanto

grande quisieres, como antes decimos, no merece ni aun se la agradezcan; ¿pues por qué no será también lo mismo en las cosas para con Dios? Antes muy más, pues tanto es mayor la obligación de servirle de voluntad con la observancia de su ley y mandamientos. AMUD. Más antes me responde tú: ¿Por qué a los locos, tontos y frenéticos que no se dexan curar los atamos de pies y manos y por fuerza los curamos? Pues si de la misma manera un hombre o un mozo no conociendo, como tonto y loco, lo que pierde en no ser moro y lo que gana en lo ser y guardar la ley de Dios, ¿no le harán por fuerza y a palos los que entienden la verdad desta que abra los ojos y que sea siervo de Dios y se salve aunque no quiera? SOSA. ¡Qué gentil razón es ésa! ¿De manera que queréis vosotros hacer lo que el mismo Dios nos hace? ¿Para qué hizo Dios al hombre libre y le dexó, como dice la Escritura, en mano de su consejo que escoja lo que quisiere, sino para que en ninguna cosa se le haga fuerza? Suavemente dispuso el Señor todas las cosas, y con esa misma suavidad las dexa libremente correr por el curso y movimiento de sus causas naturales. Y de la misma manera quiere, que pues dió al hombre para todo libertad y quiso que fuese el principio de sus acciones libre como lo es la voluntad, obra en todo muy libremente y sin fuerza alguna o violencia, y desta manera disponga de sí mismo y de sus obras. Y lo que alegas de los locos, tontos y frenéticos nada hace a este propósito, porque la salud y bien del cuerpo es de tal suerte, que no depende de la voluntad; antes podemos, con aplicar los remedios al cuerpo de fuera, hacer volver en su seso a un loco a su pesar, y quitar la fiebre podrida y maligna a un frenético aunque no quiera. Pero este acto y obra de aceptar la ley de Dios, creer en lo que ella dice y propone, y aborrecer y desechar toda otra ley y dotrina que a ella sea contraria, es de tal suerte obra y acto de la



misma voluntad, que della solamente procede, y sola ella lo ha de hacer, o a lo menos ninguna parte ni potencia del hombre, ni aun el entendimiento, sin ella puede aceptar ninguna cosa, ni aun persuadirse. Y así dixo muy bien un sabio que todas las demás cosas podría un hombre hacer no queriendo, pero creer no, si él no quiere, mover, aconsejar, proponer, inducir, enseñar, persuadir, lo que creemos que es bueno, bien. Pero forzar a un hombre libre a que haga lo que él no quiere, es querer que él quiera no queriendo. Y, por tanto, que sea lo que por ningún caso será mientras no quiere. Mas para que gastamos el tiempo en razones y argumentos. Dime Amud, por tu vida, si así como tú estás agora tan persuadido y contento de ser moro, te arrebatasen y (aunque fuese sin palos ni azotes) te llevasen a una iglesia de cristianos y allí te bautizasen y llamasen Pedro o Juan, o te encerrasen en una sinagoga de judíos, y allí te hiciesen besar el Torán, que es la ley dellos, y que llamasen por Moysen, ¿serías realmente cristiano, o judío, o, quizá Jesucristo te tendría por cristiano o Moisés por su judío? Claro está que ninguno desos serías, pues ninguna mudanza había en ti, por que ninguna cosa se quita del estado de ser moro, si tu voluntad aun persevera en querer que seas moro. Y también, dime Amud, si por caso uno se vistiese del mismo vestido que tus amigos se visten, y te hablase y saludase como amigo, y tú realmente supieses de cierto que en el corazón éste te aborrece, de tal suerte, que te bebería la sangre si pudiese, ¿tendrías tú a este tal por amigo? No te tengo yo por tan loco. Pues si esto es tan verdadero, ¿por qué dirás tú que un cristiano retajado por fuerza y maniatado, que nunca aceptó ni quiso de ninguna manera ser moro, que lo sea? ¿Y que Dios (si tú dices que los moros son sus amigos) tenga por amigo, reciba por amigo y en cuenta de amigo a uno que si trae hábito de moro, y saluda a Dios

como moro, aborrece y tiene odio a ser moro? Yo no entiendo en qué fundáis vosotros, o en qué razón, un disparate como ese. Antes te afirmo que de las mayores ofensas y pecados contra Dios, este es uno y muy notable, hacer que reciba alguno la ley de Dios y su profesión contra su voluntad y querer. AMUD. Pues si eso es así, ¿por qué vosotros los cristianos forzáis a los moros de Granada y de Valencia, y de Aragón a que sean cristianos? Veslos ahí vienen cada día y cada hora huídos de allá a barcadas, y con sus mujeres e hijos, y todos quejándose a Dios y a los hombres, a grandes voces, de que les hacen ser cristianos a su mal grado y pesar. SOSA. Muy bien sé que vienen de allá infinitos cada día. Antes te quiero decir, que dende el primer día que entré en este Argel tengo escrito con otras cosas, el número de cuantos vinieron y aun en qué mes, en qué semana, en que día y hora vinieron, y como vinieron. Y confieso que son muy muchos los que traen las fregatas y bergatines desta tierra y de Sargel. Y particularmente los navíos de franceses, dándoles libre embarcación en Marsella y otras tierras de Francia, y también que es verdad, que eso mismo vienen diciendo. Pero mienten como grandísimos bellacos en decir que los hacen por fuerza ser cristianos. Porque por todo cuanto hay en el mundo, tal maldad no harán los cristianos, porque lo tienen por sacrilegio grandísimo y por ofensa incomparable contra Dios y prohibido y vedado por todas sus leyes, tanto humanas como divinas. Porque nuestro Señor y Redentor Jesucristo, hablando con todos los hombres, les dice muy llanamente: «Si alguno me quiere seguir tome su cruz y camine por do voy». De manera que lo dexa al querer y voluntad de cada uno, sin que para ello sea forzado o constreñido. AMUD. No sé yo cómo es eso. Pero yo veo que cuando se perdió Granada, Aragón y Valencia forzaron entonces que todos los moros,

Levanta-  
miento de  
moriscos.  
1567.

dexada la ley de Mahoma, se hiciesen cristianos. Y porque los años pasados, y no ha mucho, los de Granada, particularmente, reclamaron desto y querían volver a ser moros, bien sabes la cruel guerra que el Rey de España les hizo hasta forzarlos a que hiciesen como él quería. SOSA. Más qué razones tan ajenas y contrarias de la verdad. Porque quanto a lo primero, estás muy engañado y todos los demás que lo mismo piensan, de que perdida Granada y ganada por el Rey Católico en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos, a ocho del mes de enero, o cuando como tú dices, perdistes los moros el reino de Aragón y el de Valencia, aquellos tan sabios y cristianísimos Reyes (contra lo que manda ley y Evangelio de Cristo, por cuya defensión y aumento peleaban) mandasen que los moros vencidos fuesen forzados a ser cristianos, porque les dieron luego vencidos libre licencia para los que quisiesen se pasasen a Berbería. Bien es verdad que después por tiempo, pareciéndoles más seguro para sus reinos no tener en aquellas partes gente que viviese en la ley de moros, porque con la vecindad de Barbería, de do podrían pasar cada día que quisiesen otros moros, ellos volverían a revolver sus estados, con mucho saber y prudencia avisaron a todos los moros, como señores que eran absolutos de todas las tierras y lugares, de su intención y de lo que les parecía que convenía para asegurar sus estados, y, por tanto, que, quien quisiese ser moro, libremente dexase la tierra y se fuese muy en buena hora a do quiera que quisiese, y aun les ofrecieron (como el Rey Católico) navíos y baxeles en que pasasen a Barbaría, si allá querían ir, y así muchos se pasaron y los demás que quedaron o por el amor natural que tenían a la tierra do nacieron y se criaron, o por lo que a ellos les pareció, libremente y de su propia voluntad suplicaron y importunaron a los dichos Reyes los admitiesen a ser cristianos, ofreciéndose a bautizarse a sí

y a sus hijos y a vivir en la ley de cristianos, y que así se quedasen en sus tierras y haciendas. Lo cual visto por los Reyes, por la misma obligación de la doctrina y ley cristiana, no les podían negar que se hiciesen ellos y sus hijos cristianos, pues mostraban tal voluntad y decían que libre y voluntariamente lo hacían. AMUD. Sí, pero basta, que después, no una vez, han reclamado y dicho (y aun con las armas en las manos declarado) que todo eso fuera fingido, y que no querían ni pretendían ser más que moros, como pasó en Granada, año de mil y quinientos y sesenta y siete.

#### DIVISIÓN SÉPTIMA

SOSA. No obstante todo eso, con mucha y muy sobrada razón los forzaron, no a ser cristianos de nuevo, mas a guardar la ley cristiana, que ya una vez habían ellos y sus padres recibido y jurado y tantos años profesado. Porque diferente cosa es forzar a uno que nunca en su vida quiso aceptar una ley a que la tome y que se haga moro o cristiano, o que después que la aceptó y profesó y vivió en ella tiempos y años le obliguen y fuercen a que la guarde y observe. Porque en lo primero se hace agravio a la libertad y libre arbitrio que Dios puso en el hombre, y aun a la misma voluntad y ley del mismo Dios, el cual no quiere ningún siervo ni servicio que de sí sea forzado, y, por tanto, no conviene en ningún modo que se haga. Mas en lo segundo, a no se hacer, resultaría gran perjuicio del mismo servicio de Dios y del bien y conservación de la República. Porque ¿qué confusión habría en el mundo, o cómo alguna ley sería guardada, o cómo se conservaría la adoración y servicio de Dios si a cada uno fuese lícito tomar una ley y dexarla cuando quisiese, hacerse cristia-

Val. Max.  
lib. I. c. Plinius.  
lib. 13.

no o moro y dexarlo de ser si se le antoja, y, finalmente, andar variando y mudándose de una ley para otra, como quien en la farsa muda máscara y vestido? De los romanos, que fueron, como tú sabes, hombres de tanta prudencia y valor, escriben que, siendo cónsules Publio Cornelio y Beblio Panfilio, arando unos labradores en la tierra de una posesión de Lucio Petilio hallaron debaxo la tierra dos arcas de piedra, en una de las cuales estaba el cuerpo de Numa Pompilio, segundo Rey que fué de Roma, y en otra catorce libros, siete de los cuales estaban escritos en lengua latina y trataban de las leyes que los sacerdotes habían de guardar en sus oficios, y los otros siete, escritos en lengua griega, trataban de la disciplina de la sapiencia, esto es, cómo se había de aprender la sabiduría; y los primeros siete mandaron que los guardasen con grandísimo cuidado, mas los otros siete escritos en griego, porque contenían algunas cosas y preceptos contrarios a la religión y culto de los dioses que entonces guardaban, por no permitir que hubiese en cosa tan importante mudanza, mandó el Senado que tales libros fuesen públicamente quemados, como fueron. Los antiguos loerenses, pueblo de la Calabria, muy celebrado y de gran gobierno, tenía una ley, entre otras, que si alguno pedía que en el gobierno de la ciudad se mudase alguna costumbre o ley había de presentarse en el Senado con una soga a la garganta, para que si él no mostrase con muy graves e importantísimas razones y causas que convenía mudar algo del presente estado y gobierno de la ciudad, fuese por aquella osadía, como alborotador y enemigo de la paz y bien de la República, sin más esperar ahorcado con aquella soga. Tanto entendían aquellos santos varones que importa la estabilidad y firmeza en la observancia de las leyes, costumbres y estatutos de una República. Y de aquí vino que decía muy bien el otro, que toda no-

vedad es sospechosa, porque casi todas las repúblicas, ciudades y reinos del mundo que se perdieron fué la causa por permitir nuevas mudanzas y variaciones en ellos, como yo te mostraría con infinitos exemplos si fuese tiempo de tratar deso. De aquí nació el uso de la República romana, que con más discreción, prudencia y gravedad se gobernó en el mundo, que aun para proponer y requerir en el Senado que alguna costumbre o ley de la ciudad se revocase había de hacer esto, y proponerlo no quien quiera, mas alguno que tuviese igual mando o mayor en la República, que los que podían hacer tal estatuto y ley de nuevo. Cuales eran los Dictadores, Cónsules, Pretores, Tribunos del pueblo, Interrex o Prefecto de la ciudad, y eso se había primero de consultar con cien Senadores, por lo menos. Y en tiempo de M. Tulio hizo Cornelio una ley, que con ninguno se dispensase en alguna ley o estatuto sin que primero concurriesen para ello los votos de doscientos senadores. Pues si tanto rigor ha de haber, y con razón, en que no se mude ni altere una ley humana, que a las veces será injusta, sólo por no deshacer la armonía, paz, quietud y buen gobierno de una República, quieres tú, en un negocio de tanta calidad e importancia como son las leyes del cielo, de la fe, de la religión, de la veneración de Dios, y observancia de sus mandamientos, en lo cual todo y en cada una destas cosas no va menos, que la salvación perpetua o condenación de las almas (como decimos y tenemos todos los cristianos, moros y judíos) que se permita a cada uno y le sea lícito tomar y aceptar al principio, lo que quisiere (que eso ya dixere como en mano de cada uno está); pero después de tomada y aceptada una vez, jurada y profesada una ley, que la mude y traspase, y que todas las veces que se le antojare, dexere una y tome otra, y en conclusión, que siga, diga y enseñe cada uno en las cosas tocantes a Dios lo

Livius lib.  
9. de bello  
Macedonio  
Justi. lib. 2.

que más se le antojare. No conviene permitir tal cosa, ni abrir tan gran puerta para confusión y destrucción de las Repúblicas, antes en tal caso como ese, es muy gran prudencia y misericordia, usar contra esos todo rigor de justicia, como contra enemigos de la República, cuyo bien público y general, se ha de anteponer a los antojos y ciegos deseos de uno o de muchos particulares. Y vosotros mismos los turcos y moros, ¿si un renegado que había sido cristiano, huye para España o para otra parte de la cristiandad, y le cogéis, no le quemáis luego al momento (y aun vivo) en el fuego o cruelmente le hacéis apedrear? ¿Cuántos destes habéis muerto en Argel y fuera dél? Pues volviendo a nuestro propósito, si hallas tú que justamente hacéis eso, ¿por qué a lo menos no nos permitiréis a los cristianos que pongamos en España freno a los moriscos y a cualquier otros que son cristianos y nacieron cristianos y vivieron tantos años en la religión cristiana, no la desechen ni la infamen o desamparen? Si esto entendiesen tus morabutos y letrados, dexarsefan de las lamentaciones que hacen sin propósito ni razón cada momento, contra nosotros los cristianos en favor de sus moriscos, los cuales tienen la culpa de todo; pero, ¿qué saber ni qué discurso pueden tener para examinar bien esta causa y entender la razón y la verdad, si tan torpes son de juicio, tan rudos y tan faltos de doctrina? Pues aun acerca desto de los renegados tienen otra opinión no menos donosa que grosera. Porque afirman que si uno se hace renegado, siendo grande y no en edad pequeño, que no le aprovecha cosa alguna. Y la causa que dan es muy linda, porque dicen que los muchachos en no ser moros pecan como simples y los grandes de malicia, como si en todo tiempo no aproveche al hombre, dejar el mal y seguir el bien, o si alguna edad no sea idónea para el servicio de Dios. Y aún más donoso es lo que otros dicen, especial-

Falsa opinión. 33.

mente esos cacizes y morabutos de los alarbes, que en retajándose uno y volviéndose moro, el mayor bien que se le puede hacer, es cortarle luego la cabeza, para que vuele luego al cielo y se vaya santo y derecho al paraíso. Qué bestialidad, qué groseros juicios. ¿Esto es ser letrado? ¿Esto es ser hombres (como tú dices) eminentes, excelentes y divinos? ¿No es vergüenza que os honréis con tales hombres, y que os preciéis de tales letrados? ¿Que más quieres, sino que poquísimos y aun casi ninguno, entienda la misma ley de Mahoma, ni sabe lo que cree ni lo que profesa? AMUD. En eso cierto tienes razón, y no sé que maldición, o que negligencia o descuido es este nuestro tan grande, que se hallen tan pocos que se den al estudio de la lengua arábica antigua, aunque sea dificultosa y a revolver los libros de muchos antiguos y doctos moros que comentan nuestra ley y la declaran. Que cierto si todos los morabutos lo hiciesen (aunque todavía algunos hay) no tendrías tú ni otros que acusar de que no sean tan advertidos en algunas opiniones que tienen. Porque es nuestra ley tan admirablemente copiosa de doctrina y de doctrina tan varia y tan para todas las cosas, y en sí tan conforme a razón, tan justa, y tan santa, que no podrá ninguna cosa errar el que en ella fuere entendido. SOSA. Muy gentil término es ese, para que tú me quieras excusar por esa vía las ignorancias groseras y errores de tus morabutos. Como si los que son más entendidos y que más presumen de sabios, no afirmen más necedades. Pues más te quiero decir, y perdóname si lo dixere, que aún creo que por eso caen en errores tan groseros y enseñan tan notables desatinos, porque ven que conforman con otros tales de la doctrina y Alcorán de Mahoma. AMUD. Ola, papaz; si hasta agora, en cuanto de nuestros letrados y morabutos hablaste, te oí con paciencia, desengaña te que no será de aquí adelante lo mismo si me tocas en la doctrina de

Error. 34.



nuestro grande Profeta. ¿Qué sabes tú para juzgar della? ¿O dónde diablo hallaste que no sea toda justa, toda santa, toda pura? SOSA. No te enojés, por tu vida; dejemos antes la plática. Lo que dixe no es porque yo me quiera hacer juez de la ley y dotrina de tu Mahoma; yo lo dexo para los que entienden mucho más, sin comparación, que yo, ¿Pero qué será, si así como entiendo poco, te hiciese ver muy claro y que tú mismo pronunciasés la sentencia de que todo lo que enseña el Alcorán trae consigo razón? AMUD. Dexemos, por tu vida, de esas cosas; no son de suerte tan baxa ni de tan poca importancia que las andemos midiendo y ponderando con nuestra razón y juicio. SOSA. Pésame de oírte una cosa como esa, ¿pues y para qué te dotó Dios de un tan claro juicio como tienes, si no te has de servir dél, y más en negocio en que tanto a ti te va, como es o tu salvación o condenación para siempre? De los hombres ignorantes es, y de los que no tienen juicio, dar crédito a cuanto les dicen; pero a los cuerdos y tan avisados y aun tan leídos como tú eres en los libros, es afrenta y fea cosa tirar por do tiran las cabras y seguir a ojos cerrados lo que ni sabes ni entiendes si es bueno y saludable o si es malo o dañoso. Antes si tan grandes, tan justas, tan santas, tan puras y tan claras son esas verdades que vuestro Alcorán os enseña, muy mejor y más claro las verás considerándolas y trayéndolas al nivel de la razón y juicio. Porque esto has de saber que es imposible, más que todo imposible, que mande o enseñe Dios alguna cosa que sea contraria a la luz de la razón. AMUD. ¿Ves ahí cómo y cuán poco entiendes, por mucho que presumes de saber? ¿Cómo tú ni otro alguno por sí mismo entenderá (aunque ayudado de su juicio y razón) las cosas altísimas de Dios, y que nuestro grande Profeta nos dexó en nuestra ley, si aún las baxas y terrenas de acá del suelo no alcanza nuestra razón ni penetra nuestro juicio? Mira,

no quieras, por tu vida, que te tenga por presuntuoso. SOSA. Huélgome en gran extremo que te veo tan teólogo; bien sabía yo, y lo sé de muchos días, que no trato con persona ruda ni de baxo entendimiento; antes, por lo que tengo entendido dél y colegido de muchas pláticas que habemos tantas veces tenido, conozco la ventaja que haces, no sólo a mí y a muchos turcos y moros, pero aun a muchos de tus morabutos. Digo esto porque me respondiste muy bien y a propósito. Y en cuanto a lo que dices que nuestra razón y entendimiento humano no bastan para entender y penetrar por sí las cosas de Dios y del cielo, tienes más que sobrada razón; antes eso mismo afirma y prueba con muchas razones un filósofo gentil, que también es en las cosas naturales, y en aquellas que por tener más perfecto sér son de sí mismas naturalmente manifiestas, porque dice que para ellas son lo mismo nuestros ojos del entendimiento, que son los del cuerpo para la luz grande y inmensa del Sol; que mirándole fijamente luego se turban y se ciegan, no pudiendo ni comprender ni aun mirar tanta copia y fuerza de luz. ¿Pues cuánto más será esto en aquellas cosas que por ser divinas y misterios escondidos en el abismo de Dios, ni los ángeles son por sí solos bastantes a saberlas ni entenderlas? Y por esta causa, todos los hombres cristianos, moros y judíos, confesamos que para conocer a Dios y sus misterios altísimos tenemos necesidad de doctrina soberana del cielo sobrenatural y particularmente dada por Dios; y por la misma razón todos los hombres las leyes que profesamos y seguimos las atribuímos a Dios, no osando afirmar que la doctrina, que enseña cosas altas de Dios, venga de otro que Dios. Todo esto es gran verdad. Pero también has de saber que con eso es también muy gran verdad y tanto como lo que habemos dicho, que es imposible que Dios, so pena que no sería Dios (pues sería injusto y malo) nos mande

o enseñe o revele cosa que sea repugnante y contraria a la razón. Y la causa desto es: porque siendo nuestro mismo entendimiento y razón una participación y como rayo que procede del entendimiento y luz de Dios, aunque de suyo sea flaco y débil, y de poca fuerza y vigor para alumbrar y descubrir mucho, todavía lo mismo que repugnare al entendimiento y luz de Dios ofende también y repugna a luz de nuestro entendimiento y razón, como ni más ni menos la luz de una candela, que por ser pequeña no es posible que alumbre tanto cuanto aquella tan grande y tan fuerte luz del sol, todavía, porque tanto una como otra, en fin, es luz que alumbra y da claridad, las tinieblas que son contrarias a la luz y claridad del sol, repugna también a la luz de la candela, aunque pequeña, porque es luz. Y, por tanto, si tú me dieras una ley (sea la que fuere) en la cual se halle o enseñe alguna cosa contraria a la razón, desde agora ten por averiguado y sin duda que (por más que blasonen los que la siguen) esa tal no es ley de Dios, ni doctrina enseñada o revelada por Dios. AMUD. Ni yo tampoco te negaré eso. ¿Pero osarás tú decir ni afirmar que en nuestro Alcorán y en una doctrina tan divina y del cielo como la que Dios por Mahoma nos enseñó, se halla cosa alguna contraria a la razón? Mira primero bien lo que dices, quizá no te metas do después no puedas salir aunque quieras. SOSA. Mira, Amud, no llevemos esto por bravatas, de que yo poco me curo, y si no dexémoslo todo. Ya te dixé que en caso como éste, yo no quiero ser juez, sino tú, pues me tienes por sospechoso. Esto sólo me atrevo a hacer y aun a acabarlo sin costarme trabajo ni gastar gran tiempo en ello: que te haré ver a la clara muchas cosas de tu ley repugnantes y totalmente contrarias a la luz de la razón. Pues, ¿y no te bastará esto? ¿Y que tú mismo, vencido de la verdad, digas, confieses que es así como yo te digo? AMUD. ¿Y cómo será po-

sible que tú puedas saber lo que dice y enseña nuestra ley? ¿Para qué disputas della y tratas, si nunca en tu vida has leído el Alcorán, ni deprendido nuestra lengua morisca o turquesca para a lo menos siquiera saber o entender dellas alguna cosa? Juraré que ni aun tomaste en tu vista el Alcorán en las manos. SOSA. Confieso que no soy arábigo, de lo que me pesa no poco, y quisiera que no dexaras (como habías comenzado) de mostrarme esta lengua. También no puedo decir que en este Argel haya leído y tenido en las manos el Alcorán, como tú dices, sino fué una sola vez, recién cautivo a tres días, que me costó bien caro, porque estando (antes que me echasen cadenas y encerrasen en este lugar con tantos rigores) sentado a esta puerta de la calle, bien descontento y afligido, acaso pasó por allí un negro moro de casa del Rey Rabadán, que entonces era Rey de Argel y debía de ir para casa del Cay de Cader, yerno del mismo Rabadán Baxá, que posa aquí arriba, y como llevase en las manos un libro gentilmente encuadernado, pensé que sería alguno de muchos que había perdido en la nuestra desdichada galera San Pablo de Malta, y no sabiendo vuestra usanza ni atinado a que fuese lo que era, llamo al bueno del negro, diciéndole: «Hermano, muestra acá por tu vida; veamos qué libro es ése que llevas.» Y diciendo esto y levantándome y asiendo el libro que el otro llevaba recostado sobre el pecho, todo fué uno, cuando el negro, muy indignado, alza el libro y a dos manos, me descargó tan gran porrazo en la cabeza, que ainas cayera en tierra; tan atordido quedé, y tras esto me honró (yo te prometo bien a placer) de perro, canes, cornudo, judío y por ahí con una letanía tan larga de nombres honrosos, que me fué forzoso retirarme y meterme dentro de casa. De manera que en Argel, si no fué aquella vez, yo no toqué el Alcorán; pero es bien que sepas que no hay en cristianos librería principal, como muchas que

son de los estudios generales y de iglesias catedrales y de grandes monasterios, do comúnmente no se tenga el Alcorán traducido en lengua latina. Lo cual algunos Reyes y prelados de España procuraron se hiciesen en otros tiempos para que ellos y otros que tenían a su cargo tierras y lugares de moros pudiesen mejor darles a entender la verdad de aquella ley. Y allí los curiosos, teniendo primero licencia, leemos todo cuanto vuestra ley y Alcorán dice: y así apostaré que con cuanto tú cada día lees por él, que no sabes más de su doctrina, de lo que yo, que soy cristiano, me acuerdo haber leído en él. AMUD. Pues que eso es así, no quiero que me tengas por cobarde, o que pienses que estoy tan poco confiado en la verdad, de lo que nuestra ley y Alcorán nos enseña, que temo de disputar contigo. Bien es verdad que nuestro Profeta nos manda que las cosas de la ley no se pongan en disputa; pero, según te veo obstinado en quererla reprender y tachar, tengo por muy menos inconveniente responder a tus frías y mal fundadas razones. SOSA. Y aún deso que mande vuestro Mahoma, una cosa tan ajena de razón, que todo cuanto él dice, a tuerto y a derecho, por fuerza o de voluntad, o que sea, o que no sea, se haya de creer y defender, has tú (que eres hombre de juicio y discurso) de comenzar a pensar y de tener para ti, cuán sospechosa y poco firme debe ser esa doctrina, pues él no quiere que salga a luz, ni que se vea ni examine por razón. No así la ley de Cristo, que nosotros profesamos, porque de muy buena voluntad holgamos los cristianos de disputar della, aun con los mayores enemigos, y más obstinados que tiene, porque como es la misma luz no puede ser arguida de las tinieblas de la ignorancia. AMUD. Dexémonos de esas razones; ya te dixé ser contento de oírte y de ver esos tan grandes errores que tú sólo hallas en nuestra ley. Veamos si es posible, que esos tus ojos tan flacos y vista tan corta que tienes, que

ni aun divisas bien quien por allí pasa, o viene, alcanzan más que los ojos de los profetas de Dios, que del cielo han venido a enseñarla. SOSA. Pues esa licencia me das, también quiero me prometas de oirme con paciencia y no tomar cólera alguna, si forzado de la disputa usare de algunos términos que no eres acostumbrado a oír. Aunque también yo te prometo que sea con toda aquella modestia que conviene a cristiano. Porque es muy ajeno de nosotros, y nuestra ley y dotrina, tratando de cosas de Dios, o con moros o con judíos o herejes, exceder los límites de la modestia en las palabras. Mas por ser ahora tarde, será bien dexarlo para otro día. AMUD. Paréceme muy acertado. Y porque yo estoy cansado, me voy y mañana volveré aquí con nuevos alientos y gana de oírte. SOSA. Será para mí muy gran favor y gracia, porque deseo mucho continuar la plática, y que entiendas que cuanto os enseñan, dicen y aconsejan vuestros morabutos son errores y engaños manifiestos, lo cual viene muy de atrás, como lo echarás de ver en un caso muy notable que sucedió al Rey moro Abderrahaman, de Córdoba; aconsejado de Alfarami, morabuto de Meca, cuya historia refiere don Prudencio de Sandoval, monje de la Orden de San Benito, Obispo de Túy y coronista del Rey Filipo III, de España, nuestro señor, autor muy grave en la primera parte de las fundaciones de los monasterios de la Orden de San Benito, tratado del monasterio de San Millán de la Cogolla y privilegio del Conde Fernán González, concedido al dicho monasterio, folio 46, la cual gustarás mucho saber y será alivio del trabajo que has tenido hasta ahora en oirme, aunque no sea éste su propio lugar, y pasa así: «En la era de novecientos y setenta y dos años, aparecieron en el cielo unas muy grandes y espantosas señales, porque el sol perdió su luz a diez y nueve de julio, viernes, a las dos de la tarde, hasta las tres del miércoles quince de octubre siguiente, y

todo quedó en tinieblas por todo este tiempo, que muchos le vieron de color pálido, y abrióse en el cielo una puerta de fuego que echaba de sí muy grandes llamas; las estrellas se movían a modo de escuadrones contra el viento ábrigo, que entonces soplaba con gran vehemencia, que parecía lo quería destruir todo, y quedaban como muertas sin luz; de la puerta que estaba abierta en el cielo caía humo y fuego en la tierra, y encendiólo el viento ábrigo, y comenzaba a arder la tierra, y como una gran parte della. Estas señales tan espantosas duraron desde media noche hasta la mañana. Cuando esto vieron las gentes temían que la ira de Dios descendía a la tierra para destruir todo el mundo. El día siguiente descubrióse el sol tan deseado de todos y alegró toda la tierra, alumbrando todo el mundo. Los Obispos y clero estaban muy confusos por no saber en qué día estaban, ni qué mes corría, por haber perdido la cuenta de la luna con la oscuridad pasada. Estas prodigiosas señales hacían demostración cuán indignado estaba Dios contra el rey Ramiro II de León, conde Fernán González, señor de Castilla la Vieja y rey don García Sánchez de Navarra, por la sin razón que usaban, dando en cada un año cada reino destes sesenta doncellas en cabello en parias al Rey moro Abderrahaman de Córdoba, las treinta hijasdalgo y las otras treinta de labradores. Estas doncellas daba el Rey cada año en sueldo a sus caballeros, las hijasdalgo a los más nobles y las de labradores a los demás, y ninguno se atrevía a negar a su hija para este nefando tributo, hidalgo ni labrador, y aun las habían de acompañar hasta Constantzana para que quedasen seguras en poder de moros. Miraron y consideraron esta maldad el rey don Ramiro, conde Fernán González y el rey don García Sánchez, y echaron de ver la ofensa grande que en esto a Dios se hacía, y con palabras arrancadas del centro de sus corazones dixeron: «Más

vale morir mil muertes que vivir vida tan deshonrada: haga Dios a su voluntad de nosotros, que esta ofensa no ha de pasar adelante.» Estando en esta determinación tan santa, vinieron los moros a León, Castilla y Navarra para que se les entregase el tributo de las doncellas, a los cuales mataron y quitaron las cabezas, excepto algunos pocos que dexaron para que llevasen esta nueva a su Rey. La cual sabida, se sintió en gran manera de que así le hubiesen afrentado y escarnecido los cristianos, como él decía, y determinó de tomar la venganza muy por entero. Para esto hizo llamar a todos los morabutos y letrados, y estando juntos les preguntó: «¿Aquellas señales tan admirables que en el cielo se habfan visto qué pronosticaban?» A lo cual le respondieron que su saber no lo alcanzaba; mas que en tierra de Meca estaba un morabuto más sabio que todos, cuyo nombre era Alfarami, el cual jamás faltaba en lo que decía, y que éste se debía de consultar para dar claridad en caso que de suyo era tan oculto, y que debía seguir lo que éste dixese. Envió por él para que le aconsejase su total perdición, como se dirá. Vino con la brevedad posible a Córdoba, do se hallaba el Rey, y luego que llegó le metió en su cámara, y con palabras de mucho encarecimiento le mandó dixese qué pronosticaban aquellas prodigiosas señales que habían parecido en el cielo, porque en su corazón habían causado gran temor. «Señor, respondió Alfarami, no tienes de qué temer, antes debes estar muy alegre, porque todas aquellas señales te favorecen y son de tu parte, porque haberse escurecido el sol da a entender que los cristianos han perdido su ley y que te han de obedecer por señor; así como eres Rey de tierras de los moros, lo serás también de tierras de cristianos, y andarás todo el mundo, porque las estrellas que cañan contra el viento ábrigo son cristianos que te han de obedecer por señor.» Mucho se holgó el Rey de oír



a su morabuto, y dándole todo crédito como si fuera algún profeta de Dios, al punto envió patentes por todos sus reinos mandando que todos los moros que pudiesen armas tomar viniesen y se juntasen con toda brevedad en los campos de Córdoba. Y su sabio Alfarami les escribió, animándolos y certificándoles que sin duda sería para acabar de destruir todo el cristianismo. Juntóse en la campaña de Córdoba tanta multitud de moros a pie y a caballo, cuanta jamás se vió, de manera que era imposible contarlos, que parecía eran bastantes para conquistar todo el mundo. Con esta presunción estaba el morabuto Alfarami cuando vió tantas gentes juntas, y así propuso su razón al Rey diciendo: «Señor, tanta gente tienes en el campo, que no habrá lugar do ningún cristiano se pueda amparar ni huir de tus manos, ni habrá castillo ni ciudad que tú no sugetes; en el campo ninguno te osará esperar. Mas será acertado echés un bando que a los cristianos que se quisieren hacer moros se les den armas y caballos y se les haga mucho bien y buen tratamiento; los que no se quisieren volver moros, manda a tus capitanes los desuellen vivos, a las mujeres les arranquen las tetas, torciéndoselas; a los muchachos que los tomen por los pies, quebrantándoles las cabezas en las paredes y piedras, y desta manera no quedará rastro ninguno de cristianos.» En el extremo le aplacian al Rey las palabras que su letrado decía, y así mandó a sus capitanes y soldados con público pregón lo executasen, y al punto se hizo seña de partencia. Marchando Abderrahaman con este numerable ejército comenzó a entrar por tierras de Portugal y costa de aquel mar hasta el Reino de León, haciendo daños y crueldades increíbles, desollando hombres, arrancando las tetas a las mugeres, con que morían con grandisimos dolores, y estrellando los muchachos a las paredes y piedras, de manera que no había entre los cristianos, sino llantos

y gemidos tan grandes que rompían los aires. Como esto supiese el rey don Ramiro II de León, cuyo era Portugal, sintió mucho y rompió en estas palabras: «Pecador yo a Dios en fuerte y desgraciado punto nací, que sea yo Rey de tierra y que no pueda amparar los vasallos que debía mantener; muy airado está Dios nuestro Señor contra nos, pues que a esta gente descreída y sin ser, tan gran poder le dé contra la cristiandad. Sin duda que si hallásemos modo como los cristianos nos pudiésemos juntar en un lugar, valdría más que muriésemos todos a cuchillo, que morir tal muerte como moros dan a cristianos; por ventura el Señor del cielo habría compasión de nosotros y nos libraría desta gente infiel.» El rey don Ramiro era muy gran guerrero, de muy fuerte y esforzado corazón y juntamente dotado de un muy acertado entendimiento, no podía creer que tantos fuesen los moros como decían, y para certificarse, salió de su palacio con algunos caballeros que le acompañaban y púsose en parte que los pudiese ver al seguro, y se enteró de la verdad, que eran tantos que cubrían montes y valles, y no se veía cabo ni fin del ejército y que era imposible poderlos resistir y así se metió en Simancas, que es una villa dos leguas distante de Valladolid, hacia Poniente junto al río Pisuerga, en sitio eminente y razonable para la defensa, en aquel tiempo que se peleaba con solo lanza y espada. Los moros corrían toda la tierra, sin que nadie se atreviese a contradecírselo. Estando en esa congoja determinóse el rey Ramiro de escribir al conde Fernán González y al rey don García Sánchez, avisándoles de la entrada de los moros y de los grandes daños que venían haciendo y que era imposible hacerles resistencia ningún lugar de cristianos. Con este aviso se movieron luego estos dos Príncipes juntando todas sus gentes, y fué extraño el temor que todos concibieron, así hombres como mujeres, que con sus hi-

jos en los brazos iban siguiendo a sus maridos, que a mal andar, siguiendo a sus banderas, se vinieron a juntar en Simancas, y hecho alarde de la gente que destos tres Reinos se habían juntado hallaron que para cada cristiano había más de mil moros, y así tenían por muy cierto que entrando en batalla serían todos descabezados. A esta sazón los moros habían ya llegado a Alfanden, que es un gran campo de la ciudad de Toro, nueve leguas de Simancas; allí supieron que los cristianos se habían juntado, lo cual les dió sumo contento, teniendo, por cierto, de acabarlos de una vez, para lo cual partieron de Toro a gran priesa, y llegaron a Simancas muy en breve y cerraron la villa. Cuando los cristianos se vieron cercados de tanto moro y en tan manifiesto peligro, su temor fué tan grande, que no hay palabras para explicarlo. En aquella hora movió Dios el corazón del rey Ramiro, y dixo: «yo no hallo consejo humano que nos pueda valer en tan gran peligro sino la virtud de Cristo nuestro Redentor y de un cuerpo santo glorioso que está en mi tierra, señor Santiago, que fué uno de los doce apóstoles que Jesucristo envió a todas las tierras para convertir las gentes que en él no creían y traerlas a su santa ley. El cuerpo deste glorioso apóstol pasó martirio por el amor de Cristo, y obra grandes virtudes y milagros Dios por él, al cual hago Rey y señor de mi tierra, de mi cuerpo, de mis gentes, y a él las encomiendo para que las defienda, al cual humildemente pido su poderoso amparo, porque con la virtud dél espero seremos defendidos, y con su intercesión amparados, no temiendo ni dudando, antes firmemente creyendo que cualquiera cosa que a Dios pidiere le será concedida; él sea intercesor ante la Divina Majestad, que se apiade y duela de su cristianismo, cómo no se pierda, sin mirar a nuestros pecados que lo merecen». El rey don García Sánchez y el conde Fernán González, que estaban presentes, con

otro tanto dolor y angustia de sus corazones, formaron semejantes palabras: «otro santo cuerpo glorioso hay en nuestra tierra a quien muestra Dios favorecer mucho con grandes virtudes que por él obra, que es señor San Millán de la Cogolla, a él hacemos Rey y señor de nuestros cuerpos, gentes y tierras, con cuyos merecimientos y intercesión debemos conseguir de Dios la expulsión de nuestros enemigos, protección de los fieles, la abundancia de los frutos, defensa de nuestros Reinos y perdón de nuestras culpas; él sea rogador al Señor del cielo use de su clemencia, de manera que sus siervos que aquí nos hemos juntado no perezamos a manos de estos infieles enemigos de su ley, ni miren nuestras culpas que merecen mucho mayor castigo». En cayendo la noche se fueron estos príncipes cada uno a su aloxamiento, a los cuales, estando durmiendo, habló un ángel del cielo con estas palabras: «Varones de Dios, no desmayéis que a buenos señores os encomendáis; ellos son rogadores al Señor del cielo por vosotros para que os haga merced con tal que hagáis promesa, de manera que la virtud soberana que Dios por ellos mostrará no sea olvidada por vos ni por vuestra generación hasta la fin del siglo, y valeros ha la Majestad Divina por la intercesión destes dos gloriosos señores a quien os encomendastes, señor Santiago y señor San Millán, y sacaros ha Dios del dolor y peligro en que estáis. Otro día muy de mañana se juntaron los Reyes y todos tres acordaron en las palabras que el santo ángel les había dicho, y luego llamaron a consejo a los Arzobispos, Obispos y caballeros, manifestándoles haber recibido un mensaje del cielo que Dios los sacaría libres y victoriosos del peligro grande en que estaban. Publicóse esto entre todos, y dixerón: «Si el señor del cielo nos favorece y del peligro en que estamos nos saca, desde ahora le prometemos que nos y nuestra generación que después de nos verná le serviremos

hasta la fin del siglo y seremos siervos destes dos gloriosos santos». A este tiempo ya los moros se querían poner en orden para dar el asalto a la villa, cuando los cristianos salieron della con muy buen ánimo, repartiéndose en tres partes. La primera fué del rey don Ramiro con su gente de León. La segunda del rey don García Sánchez con sus gentes de Pamplona y Alava. La tercera del conde Fernán González con los guerreros de Castilla la Vieja, todos soldados de gran corazón; los moros asimismo se habían puesto en orden para dar la batalla enfrente de los cristianos, que antes de acometerla se hincaron de rodillas con grandísima devoción, suplicando a Dios usase con ellos de su misericordia, doliéndose de sus fieles con darles vitoria en aquella batalla que en su confianza acometían. Los moros, como estaban cerca y vieron que todos los cristianos se ponían de rodillas, fueron muy alegres y gozosos en sus corazones pensando que de temor dexaban su ley por creer en Mahoma y que hincaban las rodillas en señal que se querían sugetar y obedecer al Rey moro. Estando, pues, los cristianos desta manera en su oración y derramando muchas lágrimas, viéndolo moros y cristianos se abrieron los cielos, y vieron baxar dos caballeros en caballos blancos, armados con armas blancas, las espadas en las manos, con ellos grandes compañías de ángeles; entraron entre los dos campos y comenzaron a dar las primeras heridas en los moros, los cuales se cegaron y turbaron en tanta manera, que ellos mismos con sus propias armas se mataban y quitaban las vidas, y les parecía que para cada moro había mil caballeros blancos; vieron que eran todos confundidos y que la virtud de Dios descendía del cielo en favor de los cristianos y diéronse todos a huir; los cristianos herían en ellos con grande esfuerzo, siguiendo a los moros hasta el campo de Pegujares, do fueron presos el Rey Abderrahaman y el mo-

rabuto Alfarami, su consejero, que causó tantos daños y movió esta guerra, los cuales, con los demás moros que allí se hallaron, fueron todos pasados a cuchillo. Sucedió esta batalla martes cinco de agosto, víspera de la Transfiguración, de 934 años. Viéndose victoriosos los cristianos milagrosamente, quedaron con increíble gozo. Y reconocidos de tan gran beneficio y soberana merced, dixeron ser justo que todos hiciesen demostración que aquellos dos santos habían sido en aquella necesidad sus reyes y señores, y así habiendo juntado los despojos de aquella batalla (que eran de mucho valor, oro, plata, caballos, armas y tiendas), los hicieron cinco partes y la quinta partieron en dos; la una enviaron a señor Santiago de Galicia y la otra a señor San Millán. Y demás desto dixeron: «Hagamos tal promesa, que sea cumplida por nos y por toda nuestra generación hasta la fin del mundo, y así lo prometemos a señor Santiago y a señor San Millán, tal que los ricos tengan voluntad de dar más y los pobres fuerzas para mantener la promesa, en cada tierra lo que más abunda.» Los dos buenos Reyes y el conde Fernán González partieron las tierras, dando a señor Santiago desde las tierras de Araboya hasta la mar de Vizcaya, con toda Andalucía y Extremadura, con todo lo que se poblare hasta la fin del mundo, y a señor San Millán desde el río de Carrión hasta el río Arga, y señalaron lo que había de dar cada vecino, como se refiere en los privilegios concedidos a estos santos. Esta ofrenda se llama hoy votos de Santiago y San Millán. Cerca de esta batalla se hicieron unos cantos llamados peregrinos en redondillas, en verso antiguo castellano, y los comenta Alonso de Fuentes, dirigiéndolos al duque de Alcalá; fueron impresos en Zaragoza, año mil quinientos sesenta y cuatro. Y en la cuarta parte se tratan diez historias de cosas sucedidas a nuestros espa-

ñoles con los moros, y el canto primero de esta cuarta parte comienza así:

En Córdoba está Abderrahaman  
Próspero y con ufanía.  
Esperando están los parias  
Que los cristianos le envían.

Con este verso va refiriendo la historia de esta batalla de Simancas sobre el tributo de las doncellas, confundiéndola con la de Clavijo, habiendo sido muy diferentes.»

FIN

## TABLA DE LA TOPOGRAFIA E HISTORIA GENERAL DE ARGEL (\*)

A	Folio.	Co- lumna.
Abraham y Lot tuvieron esclavos.....	109	1
Açanico, renegado, es cautivado en Cádiz con su galera y le cortan la cabeza.....	175	1
Aqueos rescatan los romanos cautivos y por qué..	140	4
Adán hizo dos colunas, fueron los primeros libros del mundo.....	149	3
Adriano el Emperador hizo morir con humo a uno que se vendía por muy privado suyo.....	129	2
Afanes de Sisifo y Yxión, y hijas de Danao.....	102	1
Africa notada de los antiguos, por infame.....	125	3
Africa abundante de serpientes y fieras.....	125	3
Africanos gente inculta y fiera.....	126	1
Agá de los turcos y su preeminencia.....	11	4
Agí Baxá va contra el Xequé Butereque.....	65	3
Agrigentinos muy crueles con sus cautivos.....	114	1
Albanos como trataban sus esclavos.....	113	1
Alcaydes de Argel.....	10	3
Alcorán de Mahoma, tienen por pecado moros y turcos, llevarle de la cintura abaxo.....	202	1
Alexandro Magno rompe las treguas con Darío...	107	3
Alexandro Magno cómo trata sus cautivos.....	111	3

(\*) Reproducimos a continuación el copioso índice de materias que obra al final de la edición príncipe, conservando su foliación propia por si algún estudioso prefiere evacuar las citas por aquélla. La primera cifra corresponde al folio y la segunda a la columna. (*Nota del Colector.*)



	Folio.	Co- lumna.
Alexandro Magno se afrenta por la oferta que se le hizo en el rescate de la madre, muger y hijos de Darío, y lo que sobre esto respondió a Parmenión.....	111	2
Alexandro Magno dormía con la Iliada de Homero.....	149	1
Alonso Español y el cómitre de la galera de Mami Gancho, son asaeteados y quemados vivos en Caliba.....	190	2
Alma del hombre como es cometida, cuando desconfía del favor de Dios.....	133	3
Amida, Rey de Túnez, quita el reino a su padre y le saca los ojos.....	78	2
Amigos se dicen la mitad de la alma.....	98	2
Amor natural y sus exemplos.....	133	1
Amuca, renegado candiota, atado de pies y brazos a cuatro galeras, tirando cada una por su parte, es despedazado vivo en Malvasia.....	183	1
Andrea Doria va en busca de Barbarroxa y lo que sucedió.....	49	1
Andrea Doria asalta a Sargel y libra muchos cautivos.....	57	3
Andrea Doria hace presa de una galeota de Barbarroxa.....	60	1
Andrés de Jaca es arrastrado y quemado vivo en Argel.....	177	2
Aníbal, cartaginense, pérfido y mentiroso.....	127	4
Año, meses, cuaresma, fiestas y Pascuas de los turcos y moros de Argel.....	30	2
Apeles pintor, cómo sacaba en público sus pinturas.....	132	4
Apólogo del poeta Stisicoro contra los romanos..	107	4
Ardid de Barbarroxa en la batalla con el Marqués de Comares.....	54	2
Argel, por qué se llama así.....	3	2
Argel a cuál reino de moros fué sugeta.....	3	2
Argel cómo vino a poder de turcos.....	3	3
Armada de España va primera vez sobre Argel y se pierde.....	52	2

	Fo o.	Co- lurna.
Armada de España va segunda vez sobre Argel y se pierde.....	54	2
Armada de España va tercera vez sobre Argel y se pierde.....	62	2
Armada del turco viene contra Orán.....	69	2
Armas e invenciones de hierro quién las inventó...	104	4
Artes liberales por qué se llaman así.....	100	3
Asán Agá, Rey de Argel.....	62	1
Asán Baxá, Rey de Argel.....	64	2
Asán Corso, Rey de Argel.....	69	4
Asán Corso va con armada sobre Orán.....	69	4
Asán Baxá mata y vence al Rey de Labes.....	74	1
Asán Baxá, veneciano, Rey de Argel.....	81	4
Asán Baxá sale con armada a hacer daños en el mar de España.....	88	4
Asán Baxá cerca por mar y tierra a Mazalquivir, y con pérdida de muchos turcos se vuelve a Argel.	164	1
Astucias del demonio, que usa para persuadir al hombre sus engaños.....	195	1
Atenienses cómo trataban sus esclavos.....	110	2
San Agustín tuvo deseo de ver tres cosas en el mundo.....	141	3

## B

Barbaría; por qué se llama así.....	116	1
Barbarroxa el primero quién fué.....	47	1
Barbarroxa el primero se hace turco y se llama Aruch.....	47	1
Barbarroxa el primero toma dos galeras del Papa	47	4
Barbarroxa el primero toma una nave del Rey Católico.....	48	3
Barbarroxa el primero pierde un brazo en el cerco de Bugía.....	49	1
Barbarroxa el primero mata alevosamente a Carasán, señor de Sargel, y se apodera de aquel lugar.....	50	3
Barbarroxa el primero es recibido en Argel.....	51	2

	Folio.	Co- lumna.
Barbarroxa el primero se apodera de Argel alevosamente.....	52	2
Barbarroxa el primero se hace Rey de Túnez....	52	1
Barbarroxa el primero se hace Rey de Tremecén.	52	2
Barbarroxa el segundo, Rey de Argel.....	55	2
Barbarroxa el segundo se apodera de Túnez.....	58	3
Barbarroxa el segundo, general de la mar de la armada Otomana.....	59	1
Barbarroxa el segundo viene a Marsella, para ayudar, con la armada Otomana, al Rey de Francia.....	61	2
Barbarroxa el segundo manda matar a palos al capitán Martín de Bargas.....	135	1
Barbarroxa el segundo da tormento terrible a Sotomayor y sobre qué.....	155	2
Barbarroxa el segundo manda empalar a un maltés y arrastrar a Luis de Pacencia, que el Emperador Carlos Quinto enviaba al Carruán....	156	1
Batalla entre el Rey de Argel y el Príncipe de Fez.....	65	1
Batalla entre el Rey de Portugal don Sebastián y el Maluco.....	83	3
Barrer algún aposento de noche tienen por pecado moros y turcos.....	201	1
Batalla milagrosa de Simancas.....	208	4
Batería y toma de la fuerza de la isla de Argel por Barbarroxa el segundo.....	153	1
Beber por vasija de cuello angosto, que haga glo glo, tienen los turcos y moros por pecado.....	201	1
Bienes de naturaleza y de fortuna en qué difieren, y cómo se ha de usar dellos.....	202	4
Bienaventuranza cómo la define Boecio.....	139	4
Bienes que resultan de redimir a un cautivo.....	141	4
Bondades de los turcos y moros de Argel.....	39	2
Bondad del aire de Argel.....	43	3
Bragmanes, cuando morían sus mujeres se habían de quemar con sus cuerpos, y por qué.....	200	1
Burla muy pesada, sucedida a los franceses en Pavía.....	148	2

	Folio.	Co- lumna.
Butereque, Príncipe de los Alarbes, es vencido de Agi Baxá Rey de Argel.....	63	3
Buxía cercada segunda vez de Barbarroxa el primero.....	49	3

C

Caballeros de Malta se señalan en el asedio de Argel.....	62	2
Caballeros y bestiones que tiene la muralla de Argel.....	5	2
Calígula cómo se hizo Emperador de Roma.....	108	1
Caballeros españoles presos en los Gelves.....	77	2
Cañavean y apedrean a un cristiano en Argel y le sacan los hígados y los comen.....	160	1
Cautivar al hombre es la mayor afrenta que se le puede hacer.....	100	2
Cautiverio es el mayor mal de todos.....	98	1
Cautiverio a qué se compara.....	98	1
Cautiverio con qué se acompaña.....	106	2
Cautiverio de Argel es ocasión de lágrimas a quien lo ve.....	136	3
Cautividad de cuántos males sea causa.....	100	2
Cautividad es más cruel entre turcos y moros que entre cristianos.....	161	3
Cautividad por qué la aceptaron los hombres.....	103	1
Cautividad aprobada por la Sagrada Escritura....	103	2
Cautividad de Argel más cruel que cuantas ha habido.....	109	4
Cautividad de José.....	109	4
Cautividad del pueblo israelítico.....	109	4
Cautivo cristiano, cuanto merezca en resistir a la esclavitud.....	136	3
Cautivos cristianos hay en Argel casi veinte y cinco mil.....	136	4
Cautivos cristianos en Argel, causan gran daño a la Cristiandad.....	136	2

	Folio.	Co- lumna.
Cautivos cristianos en Argel muchos se vuelven turcos y a qué se comparan.....	135	4
Cautivos cristianos muertos cruelmente en Argel.	120	3
El Capitán de la fuerza de la isla de Argel, ahorca dos moros, y lo que desto sucedió.....	56	4
Vn cautivo cristiano es muerto a puñaladas en Biserta y por qué.....	185	2
Cartaginenses no cumplían su palabra ni promesa.	127	4
Cartaginenses muy crueles con sus cautivos.....	115	2
Cartaginenses quemaban vivos sus hijos.....	114	3
Cartaginenses crucificaron a Amílcar y Hannón...	115	3
Carlos Quinto Emperador echa a Barbarroxa el segundo de Túnez.....	59	1
Carlos Quinto Emperador va sobre Argel con una poderosa armada, y el mal suceso.....	62	2
Casamientos que usan moros y turcos de Argel...	24	4
Caso notable en Argel, sobre el rescate de una cristiana.....	140	3
Caso notable en Argel, sucedido a Fray Juan Gil, de la Orden de la Santísima Trinidad.....	144	2
Caso notable de un cristiano cautivo, que mata a su amo en la ciudad de Constantinopla.....	131	3
Casas y calles de Argel.....	7	3
Castillos y fuerzas fuera de los muros de Argel..	6	2
Castellano de Brindis es ahorcado, y por qué....	60	1
Castilnovo en Dalmacia, tomado por Barbarroxa el segundo, con muerte de cuatro mil españoles.	60	3
Castigo cruel que hizo Asán Baxá, contra los que estaban conjurados para matarle.....	87	3
Causa de la obligación que tienen los hombres de amarse unos a otros.....	202	4
Ciane fuente de Sicilia y sus propiedades.....	96	3
Ciro y su clemencia.....	110	4
Chimera que cosa sea.....	126	2
Ciro priva de la Monarquía a su tío Darío.....	107	2
Cristo nuestro Redentor desamparado en la Cruz, como se entienda.....	133	4
Ceremonias que usan las moras para que en ellas entre el demonio y les responda a sus preguntas.	195	1

	Folio.	Co- lumna.
Colegio en Fez, cuya fábrica llegó a cuatrocientos y ochenta mil escudos de oro.....	192	1
Comer tortugas o caracoles tienen por gran pecado turcos y moros.....	201	4
Comisura del cerebro del hombre, le sirve de chimenea por do salen los vapores del estómago.	192	1
Comprar algo antes del Salá, tienen los moros por gran pecado.....	202	1
Conde de Alcaudete vence en batalla al Rey de Tremecén.....	62	4
Conde de Alcaudete mete en Tremecén al Rey Hamet.....	64	2
Conjuración de algunos renegados para matar a Asán Baxá, Rey de Argel.....	87	3
Conjuración del Agá y Califa de Argel para matar a Jafer Baxá, Rey de Argel.....	89	2
Conocimiento anticipado en el hombre, qué sea...	104	2
Cráneo de la cabeça del hombre, por qué fué necesario fuese de partes y de pedaços.....	192	1
Cortar los cabellos a menudo usan los turcos y moros, y por qué.....	202	4
Clunia Facula, capuana, mujer pública, gastaba sus bienes en sustentar los cautivos romanos, y lo que por ello mereció.....	141	4
Cosarios de Argel si no salen a robar no tienen que comer.....	115	4
Cosarios de Argel entran doze y quince leguas en las tierras de cristianos a robar.....	116	1
Cosarios de Argel meten con astucia en posesión de aquel reino a Thecheoli.....	70	2
Cosarios de bergantines de Argel.....	18	3
Cosarios de galeotas de Argel y sus usos.....	15	3
Costumbres de los genízaros de Argel en la paz..	14	2
Costumbres de los genízaros de Argel en la guerra.	13	1
Costumbres loables de los Chinas para animar a los hombres a cosas heróicas.....	150	3
Cuerpos de Gigantes de extraña grandeza.....	105	2
Crueldades de Calígula Emperador.....	125	3
Crueldades de Falari y Arañco, tyranos.....	125	3

	Folio.	Co- lumna.
Crueldades de Asán Baxá Rey de Argel.....	88	1
Cristianos notados por descuidados en rescatar sus cautivos.....	141	4
Cuéllar, valeroso español, es muerto a palos en Argel.....	186	2
Cuaresma de los turcos y moros de Argel.....	30	2

## D

Daños que hizo Barbarroxa el segundo.....	61	2
Daños que resultan de la cautividad.....	101	3
Darío Medo priva de la Monarquía a Baltasar, úl- timo Rey de los caldeos.....	107	2
Descendientes de Nemroth, en las costumbres le imitaron.....	106	3
Demonio no puede enseñar otra cosa que mentiras y maldades.....	195	1
Demonio no es tan feo como le pintan, por qué se dixo.....	195	1
Demonio ninguna cosa puede obrar sin permiso ó mandato de Dios.....	198	4
Dios cómo revela sus secretos a sus siervos.....	195	1
Diógenes cómo se vengó de los atenienses que le herraron.....	113	3
Diógenes por qué andaba en la plaza y calles de Atenas a medio día con una hacha encendida... ..	126	2
Dionisio Siracusano el menor y sus crueldades..	115	2
Dionisio Siracusano pide a dos amigos le admitan por tercero en su amistad.....	127	3
Dios de la amistad como fuese llamado por los ro- manos.....	126	3
Don Alonso de Peralta, General de Bugía, entre- ga aquella fuerza a los turcos y lo que por éstos le sucedió.....	68	4
Don Diego Gaitán, castellano de Gaeta, preso por Barbarroxa el segundo con su mujer y hija. ....	60	3
Don Hugo de Mucada va con armada sobre Ar- gel, y el mal suceso.....	55	2

	Folio.	Co- lumna.
El señor don Juan de Austria, General de la Liga, vence la armada turquesca el año de 1571.....	78	4
El señor don Juan de Austria toma a Túnez.....	80	1
Dolor de ojos por qué lo dixo un Poeta.....	135	1
Dos cosas hacen al hombre retirarse.....	150	2
Dos muchachos españoles por no querer ser turcos son arrastrados en Argel.....	161	2
Duque de Medina Celi y Andrea Doria son vencidos en los Gelves.....	77	2

## E

Eco inventado por Dionisio Siracusano, y para qué.	114	2
Edad dorada cual fué.....	108	4
Edad férrea cual sea.....	108	3
El que lee libros buenos y santos se esfuerza a serlo.....	148	1
Edificios públicos y fuentes de Argel.....	41	3
Emblema de la honra y la verdad, como la pinta- ban los antiguos.....	127	1
Emilio, tirano de Sigesta, premiaba a los invento- res de nuevos tormentos para matar a los hom- bres.....	125	2
Empresa de Dios, es ayudador en las tribula- ciones.....	134	2
Con encantamientos hazen volver a casa, al cauti- vo que huye, moros y turcos.....	121	3
Enfermedades; cómo son curadas de los Morabu- tos, y los modos donosos que para esto usan...	195	1
Enfermedades de qué se causan según opinión de los médicos.....	196	2
Engaños y falsedades repugnan a la naturaleza humana.....	126	2
Engaños son madre de disgustos y de otros incon- vinientes.....	126	3
Epílogo de los trabajos de la cautividad.....	139	2
Errar los esclavos de dónde tuvo principio.....	113	2
Esclavo para nada tiene voluntad.....	99	3



	Folio.	Co- lumna.
Esclavo se compara a un animal bruto.....	100	1
Esclavitud, qué sea.....	100	1
Esclavo tornado a ser libre, es hombre hecho de nuevo.....	100	2
Esclavo, de cuantas cosas le priva el derecho....	100	2
Esclavo se compara a la Magia de Circes.....	103	1
Esclavitud es efecto de la guerra.....	103	1
Esclavitud de Argel, de qué manera sea.....	136	3
Esclavitud es llamada diluvio de grandes aguas...	102	2
Escribir con pluma tienen los moros y turcos por pecado, y la causa ridícula que para esto dan...	202	2
Espays de Argel.....	11	1
Estado de inocencia, no fuera para todos igual, aunque perseveráramos en él.....	103	3
Estampar libros tienen los moros y turcos por pecado.....	202	2
Exemplos notables del amor que esclavos han tenido con sus amos.....	112	3
Estando el hombre en gracia es en cierta manera omnipotente.....	150	2
Exemplos de gran santidad, que usó el Emperador Constantino en el Concilio Niceno.....	122	1
Exemplos de la observancia de la palabra.....	127	2
Exercicios de las mugeres de Argel, y sus alhajas de casa.....	28	3

## F

Fábula muy sabrosa de Perseo, hermano de Palas.	125	2
Fabio Máximo y su piedad en rescatar cautivos...	140	4
Faltando cristianos cautivos en Argel, cesarían los cosarios de robar.....	138	3
Fertilidad de la tierra de Argel.....	43	3
Saqueada de los turcos de Argel.....	67	3
Ficciones y astucias, que los moros y turcos usan en Argel, cuando se quiere rescatar un cristiano.	130	2
Ficción maravillosa del poeta Hesiodo.....	109	1
Forma, figura y muralla de Argel.....	4	1

	Folio.	Co- lumna.
Foso de la ciudad de Argel.....	6	1
Fray Miguel de Aranda y otros cristianos cautivos, son quemados muertos de los turcos y moros de Argel.....	123	3
Franceses no permiten esclavos cristianos.....	100	4
Francisco Sarmiento, general de Castilnovo en Dalmacia, muere en el combate que allí hizo Barbarroxa el segundo.....	60	3
Francisco, Rey de Francia, insta a Solimán, Gran Turco, que le envíe su armada contra Carlos V Emperador.....	60	3
Francisco de Soto y otros cautivos españoles, se levantan con una galeota en Sargel.....	163	1
Francisco de Soto combate valerosamente con un bergantín de turcos, y desgraciadamente es vencido y preso.....	163	1
Francisco de Soto es apedreado, arrastrado y quemado vivo en Argel.....	163	1
Fray Garao Carmelita es quemado vivo a fuego lento en Argel.....	164	1
Fray Miguel de Aranda, de la Orden Montesa, que milita debaxo de la regla del glorioso Patriarca San Benito, después de muchos malos tratamientos, es apedreado y quemado vivo en Argel....	179	1
Fuerza que tenía el Rey Católico don Fernando, en la isla de Argel tomada por Barbrroxa el segundo.....	56	4
Fuerza de los Gelues tomada de los turcos .....	77	2
Fundación y antigua nobleza de la ciudad de Argel.	1	1
Fiestas y Pascuas de los moros y turcos de Argel.	30	2

## G

Galo Napolitano es apedreado en puerto Farín...	185	2
Galera San Pablo de Malta, es tomada con mucha riqueza de los cosarios de Argel.....	116	1
Galeotas de Argel toman siete galeotas de España.	56	2

	Folio.	Co- lumna.
Galeón de España con doce mil escudos y mucha gente, tomada por Salá Baxá, Rey de Argel....	69	1
Galeras de Malta tomadas por Ochali, Rey de Argel.....	79	1
Germanos, cómo trataban sus esclavos.....	113	1
Gerónimo, de nación moro, por la Fe de Christo Nuestro Redentor, le entapian vivo en Argel...	171	4
Genízaros de Argel prenden a Asán Baxá, su Rey, y en hierros le envían a Constantinopla.....	74	3
Genízaros de Argel.....	11	2
Gigantes y sus vicios abominables.....	104	1
Ginosofitas se quemaban antes de morir.....	200	2
Gobierno de la ciudad de Argel.....	44	3
Gobierno entre hombres es de cuatro maneras, y cuál sea el mejor.....	106	4
Grados de los soldados genízaros de Argel.....	12	2
Granada ciudad en qué año fué ganada por el Rey Católico.....	206	2
Guerras entre persianos y griegos.....	110	4
Gratitud de Teseo con Hércules, autor de su libertad.....	141	2
Griegos sucedieron a los persianos en la Monarquía del mundo.....	111	1
Griegos, cómo trataban sus cautivos.....	111	1
Griegos, por qué causa tenían cuidado grande de rescatar sus cautivos.....	140	3

## H

Hábito de la Orden Trinitaria, cómo y por qué sea así.....	143	3
Hábitos y galas de las moras, turcas, renegadas y judías de Argel.....	27	2
Hijos de Israel reedificaron el templo de Salomón con las riquezas que traxeron de su cautividad..	110	3
Hombre es sumario de cuantas perfecciones están repartidas por las criaturas.....	99	3

	Folio.	Co- lumna.
Hombre llamado de los platónicos, milagro grande y venerando animal.....	99	4
Hombre cristiano es morada de Sión.....	133	1
Hombres por qué tienen la voz articulada y distinta y no los demás animales.....	126	3
Hombre no es señor de su cuerpo para hacer dél lo que quisiere.....	203	2
Honra y virtud son compañeras.....	122	4
Honra y verdad andan juntas, y cómo las pintaban los antiguos.....	127	1
Hospitales en Turquía y Berbería para dar de comer a perros y gatos.....	203	1
Huyen dos cristianos cautivos de Argel. son presos de los alarbes camino de Orán y presentados al Rey de Argel que con sus manos los mata a palos.....	173	4

|

Jafer Baxá, Rey de Argel, es insidiado de sus enemigos para matarle .....	187	1
Jardines de Argel y su frescura.....	43	3
Jaime Puxol, mallorquín, valeroso marinero, es cautivado y quemado vivo a fuego lento en Argel..	164	1
Ignorantes cómo se entienda ser siervos de los sabios.....	103	2
El Imperio de Alexandro Magno se dividió entre sus Capitanes .....	107	3
Indios no consentían tener esclavos.....	113	1
Inocencio tercero instituye la Orden de la Santísima Trinidad.....	143	3
Invenções y modos de crueldades de moros y turcos de Argel.....	124	3
Invención ingeniosa de Pitágoras para medir el cuerpo de Hércules.....	105	4
Inventor de la cautividad quién fué.....	106	2
Inventor de las cárceles y grillos quién fué el primero.....	106	2

	Folio.	Co- lumna.
Islas juntas a la de Sicilia, llamadas Neolias Bul- canias, son ocho.....	118	4
Israelitas en su cautividad edificaron la gran ciu- dad de Neardia.....	110	2
Jornada de Mostagán.....	73	2
Judíos de Argel.....	23	1
Jueces tienen la jurisdicción de Dios para castigar. Lugar a la chueca tienen por pecado moros y tur- cos, y la ridícula razón que desto dan.....	203	2
Juan Cañete es cautivado y le cortan la cabeça en Argel.....	201	1
Juan Portundo y seis Capitanes se concertan de levantarse con Argel y son descubiertos.....	158	2
Juan Gasco, valenciano, se ofrece al Rey Filipe Segundo, de quemar todos los baxeles del puer- to de Argel, y la mala suerte.....	154	2
Juan Gasco, valenciano, es ganchado en Argel dos veces.....	167	2
Juan de Molina, español, es quemado vivo en Argel.....	167	1
Janeto, veneciano, y otros cautivos, se procuran levantar con la galeota de Car Asán, y la mala suerte.....	169	1
Janeto, veneciano, mata a Car Asán, por lo cual los turcos en Tetuán le cortan nariz y orejas, y le asaetean vivo.....	175	1
Juliano, ginovés, es asaeteado vivo.....	175	1
Juan Gasco, de nación francés, con otros tres cau- tivos, es muerto a palos en Argel.....	187	4
Juan Ginovés y sus compañeros son cautivados de turcos desgraciadamente y llevados a Argel....	188	3
Juan Ginovés y otros dos cautivos cristianos son ahorcados por los piés en Argel.....	188	3
Juan Ginovés es asaeteado y arcabuceado vivo en Argel.....	188	3
Julio César para hacerse señor del mundo, recogió la gente más perdida y viciosa que había en Roma.....	108	1

L

Lacedemonios cómo trataban sus esclavos y se servían dellos.....	111	3
Latomias siracusanas que fueron.....	114	2
Lección de buenos libros, es importantísima, con muchas cosas curiosas a este propósito.....	144	1
Lenguas que se hablan en Argel.....	23	4
Lenguaje que los moros y turcos usan con los cristianos cautivos.....	136	3
Leer el Alcorán delante algún cristiano, o dejarle tocar, tienen los moros y turcos por pecado .	202	1
Ley de Mahoma manda él mismo que no se ponga en disputa, más que se defienda con las armas..	207	1
Ley que repugna a la razón, no se puede llamar ley, ni doctrina de Dios, sino tiranía.....	207	2
Libros hallados en Roma, arando una tierra, en tiempo de los Cónsules Lelio Panfilio y Publio Cornelio, y qué se hizo dellos.....	206	2
Libros buenos hablan sin lisonja ni engaño, y lo que dixo a este propósito Cicerón y el Rey Alfonso de Aragón.....	149	1
Libertad, qué sea y a qué se compara.....	98	3
Libertad no se puede comprar con ningún precio..	98	4
Locos y tontos no pueden merecer ni desmerecer.	199	1
Locos y tontos, entre moros y turcos, son tenidos por santos, y tienen por grave pecado negarles o imperdirles algo.....	199	1
Lo que San Ignacio escribía a los romanos con fervor de padecer.....	151	1
Lo que escribe Eusebio Cesariense de los santos mártires.....	151	4
Lucio Lúculo, romano, quería más librar de los enemigos un reino, que ganar todas sus riquezas y despojos.....	141	2
Lucrenses no admitían mudanza en las leyes y costumbres.....	206	4

	Folio.	Co- lumna.
<b>M</b>		
Mahamet Rey, muere hecho pedazos a manos de los cautivos cristianos que remaban en su galeota.....	123	1
Mahamet Rey, azotaba los cristianos cautivos, que bogaban en su galeota, con un brazo que cortó a uno dellos.....	123	2
Mahoma cómo dió principio a su Imperio.....	108	3
Magnánimo es aquel que huye de vengar la injuria y la perdona.....	111	4
Mala costumbre y su propiedad.....	109	3
Maltratar a un perro o gato, tienen los turcos y moros por pecado.....	203	1
Un mancebo italiano renegado, es enganchado vivo en Argel por volverse a la Fé de Cristo nuestro Redentor.....	171	1
Martín Fornier es martirizado en Argel con mucha crueldad.....	156	1
Martín de Bargas es martirizado en Argel.....	153	1
Martín de Rentería va con socorro a Buxía.....	49	3
Marqués de Comares mata en batalla a Barbarroxa el primero y sus turcos.....	53	2
Marqués de Comares mete en Tremecén al Rey Abuquemen.....	53	2
Marqués del Vasto socorre a Niza asediada por Barbarroxa el segundo.....	60	3
Maestro Marco, siciliano, es ahorcado por los pies y le apedrean vivo en Argel.....	175	1
Mami, renegado siciliano, es asaeteado en Susa, confesando la Fé de Cristo nuestro bien.....	186	2
Marcelo de Mancia, calabrés, es apedreado vivo y quemado en Argel.....	186	3
Masagetas no tenfan por pecado matar a sus padres siendo viejos.....	200	2
Mata un español cautivo a su amo en Constantinopla.....	131	1
Mazaquivir asediada por Asán Baxá.....	75	3

	Folio.	Co- lumna.
Mentira no satisface al entendimiento humano ni le quieta.....	193	3
Mentira es acompañada con la deshonra.....	127	1
Menorca Isla, saqueada por Barbarroxa el segundo, con presa de seis mil cautivos cristianos....	59	1
Mercaderes moros y turcos de Argel.....	18	4
Miembros del cuerpo para qué los dió Dios al hombre.....	203	4
Misérias y trabajos que padece el cautivo en el alma, son muy dignas de notar.....	133	1
Mitridates y su liberalidad para rescatar un soldado.....	140	4
Monedas que corren en Argel.....	23	4
Un moro, heremita de Argel, confiesa la Fé de Cristo con fortaleza, por lo cual le apedrean y queman vivo.....	162	3
Morato, renegado de nación ginovés, se torna a la Fé de Cristo nuestro Redentor, por lo cual le acañavean y apedrean vivo en Argel.....	166	1
Monarquía más excelente entre todos los Gobiernos.....	106	4
Monarquía Babilónica comenzó de Nabucodonosor.....	107	1
Monarquías que en el mundo ha habido y sus malos principios.....	107	1
Monarquía de los medos, cuánto duró.....	110	3
Monasterio llamado Cerro Frígido en Francia. cabeça de la Orden Trinitaria, de quién fué edificado.....	143	4
Moros y turcos no cumplen su palabra y quieren que a ellos se les mantenga y cumpla.....	130	2
Moros y turcos tienen por pecado grave herrar los cautivos en la cara.....	113	4
Morabutos o cacices de Argel y sus costumbres..	21	2
Mortuorios y enterramientos de los vecinos de Argel.....	40	1
Moros de Argel llaman a Barbarroxa el primero para que los libre de la sugesión de los cristianos.....	50	1



	Folio.	Co- lumna.
Moriscos de Granada piden favor al Rey de Argel.	80	1
Moros de Argel tratan de levantarse contra Barbarroxa el primero y son descubiertos.....	52	1
Mucio Scévola y su esfuerço.....	132	2
Muchacho español mató a sus padres y hermanos por no verlos cautivos.....	99	1
Mujeres que por no verse cautivas se mataron....	98	4
Muerte de Juan de Portundo, caballero de Vizcaya, con la de otros diez y seis españoles.....	154	2
Morabutos enseñan a moros y turcos se encomienden al demonio para remedio de sus males y enfermedades.....	198	1
Morabutos se precian de ser todos endemoniados.	195	2
Moros y turcos no se gobiernan por leyes, ni las tienen.....	194	1
Mora turca, o renegada, no puede tocar el Alcorán si no fuere con alguna toalla muy blanca en las manos.....	202	2
Moros y turcos que saben leer el Alcorán, y los descendientes de Mahoma que se llaman Xarifes, tienen por pecado si hablan o tratan al cristiano.....	202	1
Moros y turcos tienen por obra muy santa sacarse los ojos después que han visitado el sepulcro de Mahoma.....	203	4
Moros y turcos se precian mucho de tener espíritu familiar.....	195	3
Mugeres de parto, cómo sean socorridas entre moros, es cosa ridícula.....	197	2
Muerte de Alexandro el Magno, por mano de su copero.....	107	3
Muerte no se debe temer por conservar la libertad.	98	4
Música, y quien fué su inventor.....	104	4
Muerte del Rey del Cuco.....	50	3
Muerte de Selín Eutemi, Príncipe de Argel, a manos de Barbarroxa el primero. ....	51	2
Muerte de Barbarroxa el primero.....	54	4
Muerte de Barbarroxa el segundo.....	61	3
Muerte del Alcayde Safa, Gobernador de Argel..	66	2

	Folio.	Co- lumna.
Muerte cruel del Alcayde Alisardo.....	70	4
Muerte del Thecheoli, Rey de Argel.....	72	1
Muerte de Isuf, Rey de Argel.....	72	3
Muerte de Muley Buazón, Rey de Fez.....	72	3
Muerte del Conde de Alcaudete sobre Mostagán, do fueron cautivados doze mil soldados españo- les.....	73	3
Muerte de Ochali, General de la mar del Turco...	82	2
Muerte de Abraham Baxá, que de secreto favorecía las cosas de España.....	59	1

## N

Naturaleza, madre de todas las cosas y madrastra para los hombres .....	98	2
Naturaleza crió a todos libres.....	102	4
Naufragio de Bias y Estilbón, filósofos .....	101	3
Naves cargadas de trigo tomadas por Barbarroxa el primero.....	50	2
Navarro, español, con otros cristianos cautivos, se levantan con las galeras del renegado Borrás- quilla.....	188	3
Nave portuguesa tomada por Barbarroxa el se- gundo.....	59	1
Nave ginovesa tomada por Asán Baxá.....	88	1
Navíos portugueses toma Sal Arraez, Rey de Argel.....	67	3
Nemroth, primer inventor de la guerra y cauti- vidad.....	105	1
Nemroth, gigante de grandeza treinta codos.....	105	1
Nerón, cómo se hizo Emperador de Roma.....	108	1
Nicolín, ginovés, es apedreado vivo y quemado en Tripol.....	162	3
Nicolo, de nación griego, es quemado vivo en Argel a fuego lento.....	175	1
Noé da por castigo a su hijo Can, y a sus descen- dientes, la esclavitud.....	100	4